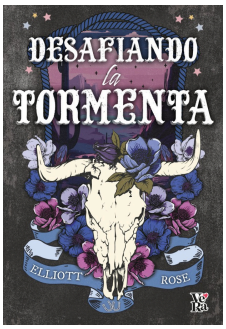
DESAFIANDO *la* TORMENTA



ELLIOTT ROSE

JU

VeRa



Un romance prohibido, intenso y adictivo.

Siempre he sido una pieza más en el juego de mi familia. Un apellido que utilizar. Un futuro que negociar. Hasta que descubrí un secreto capaz de destruirlo todo y no tuve más opción que huir.

Briar Lane: la chica que solo vale por su apellido.
Crimson Ridge era el único lugar donde sabía que no podrían encontrarme.
Lo que no esperaba era no estar sola.
Stôrmand Lane es hosco, reservado y exjinete profesional de toros.
No solo ocupa la cabaña que creía abandonada… también se ha metido en mi cabeza. Y en mis pensamientos. Y eso es un problema.
Porque es el hermano adoptivo de mi padre.

Aislados en mitad de las montañas, atrapados entre tormentas de nieve y silencios que lo dicen todo, la atracción entre nosotros se vuelve imposible de ignorar.
No debería fijarme en sus manos tatuadas. Ni sentir mariposas cuando me mira.
Sé que hay límites que no debería traspasar.
Pero cuanto más intento resistirme…
más difícil es no caer.

HGDAFNE@PROTON.ME

ELLIOTT ROSE es autora superventas de romance prohibido, intenso y deliciosamente oscuro. Vive en una pequeña localidad costera del sur de Aotearoa (Nueva Zelanda), junto a su pareja y sus tres perros rescatados.

Cuando no está escribiendo, es fácil encontrarla con una infusión humeante entre las manos, un cuaderno lleno de ideas o paseando por la playa.

HGDAFNE@PROTON.ME

DESAFIANDO *la* TORMENTA



VeRa

Para lectoras dispuestas a arrodillarse esposadas…
El tío Storm os va a cuidar.
Siempre y cuando le hagáis caso.

Introducción



Hola, queridas lectoras.

Bienvenidas a Crimson Ridge...

Si queréis entrar en este libro a ciegas, por favor, recordad que este romance tabú es una obra de ficción.

Es una novela autoconclusiva, pero forma parte de una serie. Hay un tío adoptivo. Cercanía forzada. Romance de vaqueros.

Y un final feliz.

Por favor, si sois sensibles a algún tema y preferís evitarlo, tened en cuenta que en el libro se abordan cuestiones y tópicos que quizá queráis conocer antes de continuar.

En la página web de la autora hay una lista con todos los temas sensibles y aclaraciones de contenido detalladas capítulo por capítulo:

Elliotroseauthor.com.

También podéis escribir a elliotrose@gmail.com si tenéis alguna otra consulta.

Playlist

Thunderstruck - ACDC

Bathroom - Montell Fish

If you think I'm pretty - Artemas

Last Of My Kind - Shaboozey, Paul Cauthen

White Horse - Chris Stapleton

Hysteria - Muse

Stupid Girl - Garbage

Does She Like It Rough? - Flavia

No One Knows - Queens of the Stone Age

Zitti E Buoni - Måneskin

Whiskey Glasses - Morgan Wallen

Work Song - Hozier

Pickup Truck - Kings of Leon

Black - Pearl Jam

Whole Lotta Love - Led Zeppelin

Austin - Dasha

Good Graces - Sabrina Carpenter

Casual - Chappell Roan

Lonely Cowboy - Kaleo

Alligator Tears - Beyoncé

Thunder - Imagine Dragons

You Proof - Morgan Wallen

Think I'm In Love With You - Chris Stapleton

Magnolia - JJ Cale

My Home - Myles Smith

Beverly Hills - Shaboozey

The Cave - Mumford & Sons

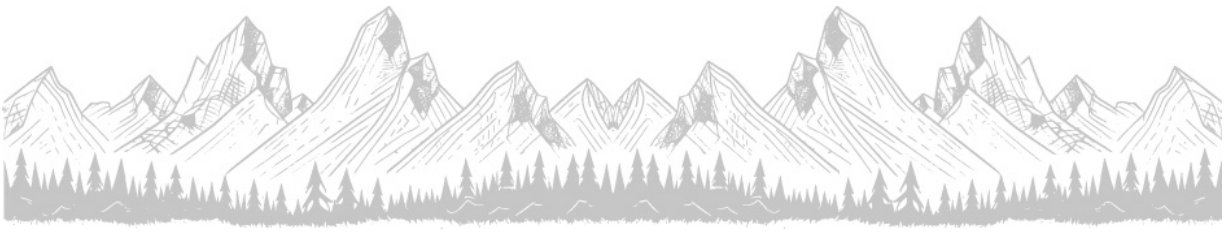
Wind Up Missin' You - Tucker Wetmore

What Don't Belong To Me - Post Malone

Sleeping on the Blacktop - Colter Wall

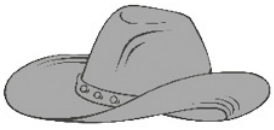
Crash into Me - Dave Matthews Band

But Daddy I Love Him - Taylor Swift



Capítulo 1

Storm



Maldita nieve.

Vivir en esta parte de la cordillera es maravilloso si odias a la gente, pero también significa pasarse medio año sepultado bajo polvo blanco, dentro de un ataúd de hielo.

Las ruedas crujen. El asfalto salpica. El *heavy metal* retumba en los altavoces. Giro el volante en la última curva y aparece ante mí el tejado a dos aguas de la casa.

¿Cuánto hace que no estoy aquí? Dejo una mano sobre el volante y con la otra me masajeo la nuca mientras intento pensarlo.

Más de lo que me habría gustado.

Pero fui un nómada toda mi vida hasta establecerme aquí, y jamás me quejaría de echarle una mano a un tipo como Colton Wilder.

Debe de ser la única persona de Crimson Ridge que no escucha chismes ni rumores.

En cualquier caso, después de pasar semanas cuidando de su rancho mientras él viajaba para ayudar a su hijo a prepararse para el próximo rodeo, estoy más que listo para desplomarme en mi propia cama.

Erguidas alrededor de la cabaña, las coníferas parecen centinelas que custodian el único lugar en el que he sentido que podía descansar de verdad. Aunque no haya ninguna garantía de que vaya a seguir siendo así para siempre.

Las nubes que cubren casi por completo el cielo apenas dejan pasar un hilo de luz de la luna y de las estrellas sobre Crimson Ridge. Hay restos de nieve acumulada en distintos rincones que irradian un blanco inquietante pese a la oscuridad; sé que mañana tendré que revisar bien la propiedad para comprobar que no haya daños después de tanto tiempo fuera.

Pero eso puede esperar.

Ahora solo quiero darme un baño caliente y servirme una copa.

Cojo la bolsa del asiento del acompañante, me la cuelgo al hombro y salgo de la camioneta. Apenas unos pasos sobre el asfalto me separan de los escalones del porche. Cuando meto la llave en la cerradura y entro, me recibe el aroma a cedro.

Mierda. ¿Debería encender el fuego? Será mejor hacerlo antes de meterme en la bañera. La vieja chimenea necesita tiempo para calentar la casa y ahora mismo aquí hace el mismo frío que en la vagina de una monja frígida.

Cuando estoy a punto de quitarme las botas, mis oídos captan un sonido. Se me eriza el vello de la nuca y se me pone la piel de

gallina. Algo se mueve dentro de la casa y me pongo en alerta al instante.

No es algo… Es alguien.

El sonido de pasos y movimiento es humano. No es un animal que haya entrado buscando refugio del último coletazo del invierno.

Dejo la bolsa despacio, procurando no hacer ruido. Sé perfectamente dónde está mi cuchillo de caza, pero no tengo forma de llegar hasta la guantera de la camioneta. También sé dónde está el rifle, pero el dormitorio queda al final del pasillo del que proviene el ruido.

Tampoco necesito ninguna de esas dos cosas para defenderme de un imbécil que cree que puede invadir mi propiedad. La gente no me da miedo. Me gané este cuerpo peleando por placer con criaturas mil kilos más furiosas que el demonio. Cuando te has sentado sobre el lomo de un toro que solo quiere lanzarte por los aires y reventarte las costillas contra el suelo, empiezas a ver la vida desde otra perspectiva.

Me quito el abrigo de un tirón. Me remango la camisa y cierro los puños. Incluso en la oscuridad alcanzo a distinguir los tatuajes y el reflejo plateado de los anillos. Muy apropiado para que el intruso vea la tinta que va a quedarle estampada en la cara junto a la marca de los anillos cuando salga corriendo montaña abajo.

Seguro que es algún paleto de mierda casado con su prima que ha pensado que podía subir hasta aquí para encontrar los lingotes de oro que todos creen que tengo después del éxito que alcancé en el circuito profesional. La gente piensa que soy rico. No puede ser nadie de por aquí. Aunque no sea amigo de todo el mundo, ninguno

de los habitantes de Devil's Peak es tan imbécil como para intentar algo así.

El pequeño pasillo que conduce a los dormitorios está casi completamente a oscuras, pero llego a distinguir la figura del intruso al fondo. Luces y sombras tenues se mueven al otro lado de la puerta abierta del baño y aminoro el paso cuando oigo la música que sale de allí.

¿Música?

Me detengo. He avanzado con el mayor sigilo posible y ahora mi mente está dándole vueltas a la situación para intentar entender lo que ocurre.

Oigo un suspiro femenino y mi mente se queda en blanco. Me paso una mano por el pelo y ladeo la cabeza.

Mierda, no sería la primera vez que una conejita se cuela en mi casa sin avisar.

Mi polla reacciona, aunque sigo un poco alterado por el hecho de que esa persona haya entrado sin avisar y sin mi autorización. No me parece una mala idea un revolcón rápido antes de devolverla a Crimson Ridge.

Después del invierno en Devil's Peak y de pasar semanas atrapado en el rancho con nieve hasta la coronilla, creo que se me han congelado las pelotas. Literalmente.

Mi lado más oscuro y perverso quiere convertir la situación en un juego. ¿Esta puta cree que puede colarse en mi casa y ponerse cómoda? Bueno, mi casa, mis normas.

En silencio, avanzo hasta la puerta abierta y me quedo oculto entre las sombras para descubrir quién cojones está en mi baño y

cuál será el sabor exacto del coño con el que voy a deleitarme esta noche.

Miro con los ojos hambrientos, y con la polla ya dura, a la chica que está de espaldas. La ilumina únicamente la pequeña luz sobre el espejo. Todo permanece en penumbra, como el resto de la casa, teñido de blanco y gris.

Sigue dándome la espalda mientras tararea una canción de mierda de alguna chica con guitarra.

Entonces empieza a desnudarse.

La chica no tiene ni idea de que estoy aquí y, joder…, cómo me pone.

No está haciendo un *striptease* para seducir a un jinete de toros profesional. No está subida a una barra restregándome sus tetas operadas por la cara. No es una conejita que se entrega de rodillas en un callejón de mala muerte a las tres de la madrugada para chuparme la polla hasta que me corro en su cara.

No. Es una mujer sexi y con curvas que se quita la ropa despacio porque sí. Como si lo hiciera únicamente para su propio placer.

Jesús. Mi polla me suplica que vaya hacia esa chica, aunque no tenga ni idea de quién es. He tenido una vida sexual bastante intensa y nunca he repetido con la misma mujer —incluso durante cierta etapa desastrosa que prefiero olvidar—, pero desde luego a ella no la recuerdo.

Si soy sincero, no me sorprende.

Nunca las recuerdo.

No recuerdo sus caras ni sus nombres y jamás guardo los números que consiguen colarme en los contactos del móvil cuando no estoy mirando.

Se quita por la cabeza el jersey corto que lleva puesto y deja a la vista unas mallas de cintura alta. Mierda. No lleva sujetador. Solo la extensión de su piel oliva y la curva de sus caderas. Un pequeño rollo se escapa por encima del elástico y esa suavidad me hace la boca agua.

En la cama me encanta tener carne de sobra que apretar y en la que hundir los dedos hasta dejar marcas con la forma de mi mano.

Los rizos largos y oscuros le caen hasta media espalda y le acarician la piel cuando se mueve. Bajo la mirada… hasta un culo que está pidiendo azotes, castigo y que le meta los dedos mientras le lleno el coño por delante.

Se me corta la respiración mientras la acecho desde el pasillo y saboreo con la mirada el festín que parece estar preparándome. Porque solo puede haber una razón para que esta chica esté en mi casa: ha venido buscando mi polla. Y voy a disfrutar de cada segundo que tenga para jugar con la comida antes de devorarla.

Se quita lo poco que le queda de ropa. Se baja esas mallas tan ajustadas y arrastra con ellas las bragas, dejando mucho más de la cuenta a la vista. Sigue tarareando la canción, completamente absorta en lo que está haciendo. Ignora todo lo que la rodea.

Estoy tan duro que tengo que recolocarme con cuidado y en silencio. La punta de la polla ya está húmeda de lo muchísimo que me pone esta chica. Levanta los brazos y veo un pequeño tatuaje: una delicada línea de texto rodeándole el pecho. Y esas tetas… Incluso desde aquí, de perfil, puedo ver que son grandes y pesadas, hechas para que las traten bien.

Cuando se inclina para terminar de quitarse esas mallas pecaminosamente ajustadas, me derrumbo. Alcanzo a verle por

detrás unos labios suaves y rosados asomando entre las piernas.

Con una zancada, cierro la distancia que nos separa en un segundo. Le sujeto la garganta con una mano para inmovilizarla contra mí, mientras la otra vuela a desabrochar el botón y la cremallera del pantalón; en el proceso, le rozo la piel desnuda del culo con los nudillos. Quizá dentro de un rato la pinte de semen.

—Cariño…, esa no es forma de pedir polla. Es de mala educación entrar en una casa sin permiso —gruño, con los labios pegados a su oreja—. Pero hoy estás de suerte. Me siento generoso. Tanto que, después de este numerito, quizá hasta te deje quedarte.

Está petrificada; su garganta se retuerce bajo mis dedos tatuados y el pulso se le acelera. Es bastante más baja que yo, apenas me llega al pecho. Su cabeza encaja a la perfección contra mi torso y mi mente sucia ya está dando rienda suelta a la imaginación.

—Ahora voy a inclinarte sobre el lavabo y voy a follarte hasta la semana que viene… y después te echaré de mi propiedad.

Grita cuando aflojo un poco la presión sobre su garganta y sus manos salen disparadas hacia las mías para intentar apartarlas, pero ahora mismo no estoy de humor para nada que no sea hacer exactamente lo que tenía pensado con mi versión del juego. La giro hacia el lavabo y ambos quedamos frente al espejo.

Cuando la veo de frente, tengo que contener un gruñido.

Joder, tiene unas tetas impresionantes. Los pezones duros me apuntan directamente desde el reflejo bajo la tenue luz de la lámpara y quizá sea porque he pasado todo el invierno rodeado de vacas y caballos, pero en ese instante decido que este juego va a durar dos rondas. No pienso desperdiciar la oportunidad de correrme

sobre esos pechos, marcarla, disfrutar deslizando la polla por ese suave valle… y solo entonces dejarla marchar.

Después de todo, me estaba esperando desnuda en mi casa.

Debería sentirse afortunada de que esté pensando en follármela más de una vez.

Coloco su cuerpo exactamente donde quiero sin soltarle el cuello y, con la otra mano, me bajo los calzoncillos. Libero mi polla dolorosamente dura, me la acaricio un par de veces con firmeza y limpio el líquido que asoma de la punta. Por el amor de Dios, tengo su coño justo delante y el calor que desprenden nuestros cuerpos me está volviendo completamente loco de deseo.

Ella apoya las manos sobre la encimera y yo le aprieto más la garganta para obligarla a inclinarse hacia delante, haciendo que esas tetas perfectas cuelguen un poco más, llenas y suaves.

Pero son sus ojos.

Esos ojos que me miran desde el espejo, grandes como los de un ciervo.

Unos ojos oscuros que me resultan familiares. Demasiado familiares.

Estaba convencido de que no recordaba a esta chica, pero ahora estoy desesperado por situarla.

—¿Qué coño…? —chilla, entre el pánico y la sorpresa. Recupera la voz mientras intenta incorporarse con una mano y apartarme los dedos del cuello con la otra.

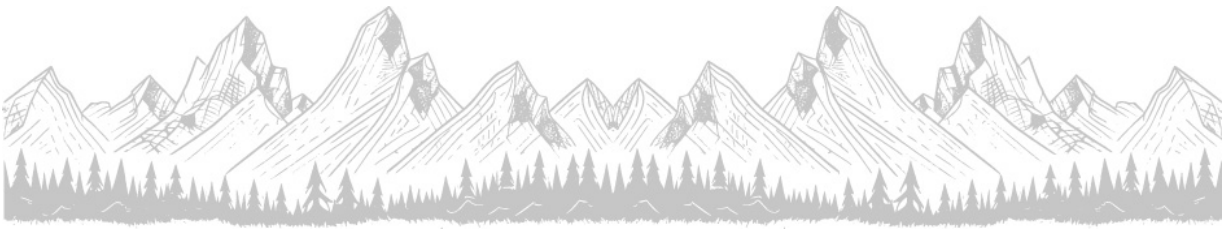
—¿Tío Stôrmand?

Me quedo paralizado.

Por Dios.

Mierda. Joder. La madre que me parió.

Tengo una mano aferrada a mi polla dura y húmeda mientras miro los pezones de mi sobrina.



CAPÍTULO 2

Briar



Tiemblo como una hoja a punto de desprenderse de un árbol. Siento las manos sin fuerza y tengo que intentarlo varias veces antes de conseguir atarme el cinturón de la bata de seda. Una bata demasiado fina, demasiado corta, demasiado atrevida, pensada para el clima de Los Ángeles.

De hecho, todo lo que llevo en mi improvisado equipaje son prendas carísimas diseñadas para una tarde despejada de mediados de los ochenta.

Prendas que él me compraba porque era el tipo de ropa que debía llevar cada vez que salía con él.

No porque me gustaran.

Y, desde luego, no son las prendas adecuadas para sobrevivir en una cabaña de montaña cubierta de nieve en un rincón olvidado del mundo. A juzgar por los chillidos que oí al llegar, estoy casi segura de que hay ratas dentro de las paredes.

Tiro del lazo rosa para asegurarme de que queda bien ajustado, me recojo el pelo en un moño y me doy un último vistazo para comprobar que estoy medianamente decente antes de presentarme en el salón.

Y averiguar qué coño está pasando.

En veintiséis años, siempre pensé que estaba más expuesta a sufrir una intrusión cuando vivía en Palisades. No media hora después de llegar a Crimson Ridge, en mitad de ninguna parte. Y mucho menos imaginé que el intruso sería este hombre tatuado que casi atraviesa la pared del baño intentando escapar lo más rápido posible.

Mi tío.

Técnicamente, mi tío adoptivo. El distante hermano adoptivo de mi padre cuando ambos compartían casas de acogida. En cualquier caso…, la última persona que esperaba volver a ver era al tío Stôrmand.

¿Y ahora? Ahora lo sé. Sé cómo se sienten sus manos sobre mi cuerpo desnudo y la vergüenza me cubre de la cabeza a los pies helados… porque me he quedado paralizada.

Me he quedado paralizada cuando me ha agarrado.

Me he quedado paralizada cuando me ha gruñido al oído.

Y hasta el instante en que he reconocido al hombre al que no veía desde hacía más de diez años, me gustaba lo que veía.

Jesús, el desastre en que se ha convertido mi vida al explotar en mil pedazos hace cuarenta y ocho horas parece estar pasándome factura.

Durante unos segundos solo he sentido alivio y deseo mezclados con una descarga de adrenalina adictiva. Un lapsus de irracionalidad se ha apoderado de mi cerebro igual que sus manos tomaban el control de mi cuerpo.

Está claro que un hombre como él sabe perfectamente cómo follarse a una mujer.

He sentido alivio porque, si tenía una experiencia puramente carnal en manos de un desconocido, tal vez por fin descubriría qué se sentía al darle a mi cuerpo aquello que tanto había anhelado… Algo que había deseado durante mucho tiempo sin saber nunca cómo conseguirlo, ni qué era exactamente, ni cómo debía sentirse.

Oh, Dios, si estoy dejando que estos pensamientos perversos crezcan, está claro que la falta de sueño está acabando con mi cordura.

Avanzo de puntillas, guiada por el sonido que hace mi tío. Parece una bestia salvaje recién liberada de su jaula.

Me abrazo el cuerpo, aferrándome a la finísima bata como si corriese peligro de volver a quedar desnuda delante de él.

Mi corazón herido y mis ojos cansados agradecen la luz tenue y cálida. Solo hay dos bombillas encendidas. Una cuelga sobre la diminuta cocina y el fregadero, junto a una ventana estrecha. La otra pende de un cable sobre el sofá esquinero colocado frente al fuego.

En Los Ángeles lo llamarían «rústico chic».

Pero sospecho que no es algo deliberado; simplemente es el interior de una cabaña vieja y descuidada.

El tío Stôrmand está sentado frente al fuego crepitante, echando con calma un tronco tras otro. No mira hacia donde estoy.

¿Viene aquí a menudo?

Sigo sin entender qué hace aquí.

Esta semana ha sido un desastre y estoy demasiado cansada después de haber pasado el día entero viajando; siento que floto, me escuecen los ojos y me duele la puta cabeza.

Cuando por fin encontré la dirección, descubrí la llave escondida y conseguí entrar, casi me eché a llorar al ver aquella casa muerta y helada.

No sé nada de esto. No sé nada de fuego, de nieve ni de cómo vivir sin cobertura.

Este plan de huida sonaba pintoresco y perfecto hasta que llegué y me encontré temblando en la oscuridad; enseguida comprendí que estaba tan lejos de mi zona de confort que ya no tenía ninguna gracia.

¿Me siento un poco aliviada de que haya llegado para protegerme de mi propia inutilidad o, siendo más exactos, para evitar que muera congelada?

Puede ser.

¿Tengo que dejar de mirar el culo de mi tío enfundado en esos vaqueros?

Absolutamente.

Trago saliva y aparto la vista. Qué situación tan jodida.

Hace diez minutos ha estado a punto de follarme sin mi consentimiento.

Es el hermano de mi padre.

Aunque mi cerebro sucio y perverso no deja de aferrarse a un único detalle: hermano adoptivo.

Dios. Necesito una copa. Espero que haya algo de alcohol en este sitio.

—En la alacena, a la derecha del fregadero. Los vasos están junto a la cocina —dice entre dientes mientras finge concentrarse en el fuego. Tiene un tipo de voz al que no estoy acostumbrada. Ronca y gastada.

Apoya una rodilla en el suelo y los vaqueros se tensan entre el culo y los muslos —mis ojos no dejan de volver a ese punto porque estoy mucho más jodida de lo que creía— mientras sigue avivando el fuego, cada vez más intenso.

Me giro sobre los talones para observar el entorno. Esta cocina no llega ni a los dos metros: un chiste comparada con el ostentoso palacio de mármol blanco del que escapé hace dos días.

Abro la alacena desvencijada y encuentro varias botellas de licor con las etiquetas desgastadas por el tiempo. Mis dedos se detienen sobre el whisky porque, al fin y al cabo, estoy en tierra de vaqueros. Después cojo un vaso del estante junto a la cocina.

¿Le sirvo uno a él también?

Me estoy congelando. Tengo que rebuscar en la maleta para encontrar más ropa. Tengo que cargar el teléfono. Tengo que averiguar qué coño estoy haciendo con mi vida.

Mi tío no dice nada más. No intenta iniciar una conversación, ni disculparse, ni hacer nada remotamente normal después de lo que acaba de ocurrir. Y yo tampoco sé exactamente qué decir.

Es un buen detalle por su parte encender el fuego para mí, o eso creo, pero todavía no tengo muy claro qué hace aquí.

Es (era) la cabaña de mi padre. Me la dejó a mí. Cuando murió, llevaba diez años sin hablar con su hermano. Desde el funeral.

—¿Quieres uno? —Intento servirme solo dos dedos, pero después decido mandar todo a la mierda y echo más. Con un poco de suerte, el alcohol quemará los recuerdos de toda la mierda que he dejado atrás y conseguiré dormir.

Mi tío sigue en silencio. Observa el fuego con los brazos cruzados y una rodilla apoyada en el suelo.

Por encima del vaso, mientras doy un sorbo, dejo que mis ojos se deslicen hacia él durante un instante. Los reflejos anaranjados y dorados de las llamas acarician su rostro áspero, iluminando las pecaminosas y atractivas líneas de tinta que le suben por el cuello, el aro plateado de su nariz y los reflejos dorados de su pelo rubio ceniza. Unos rizos indómitos y despeinados se mueven como si acabara de pasarse los dedos por ellos.

Lleva una camiseta de manga larga gris oscuro. Algo raída, gastada, tosca, igual que la energía que desprende. La tela se ajusta a sus hombros anchos y mi mente se desliza hacia un lugar muy peligroso cuando me doy cuenta de lo enorme que es. Como lleva las mangas remangadas, puedo ver una pulsera de cuero en la muñeca derecha y dos círculos concéntricos tatuados en la izquierda. Cuando arroja un tronco más grande al fuego, el resplandor plateado ilumina sus manos.

Ese brillo arrastra mi atención hacia sus manos venosas y poderosas. Una fuerza que hace apenas unos minutos me sujetaba por el cuello, arrebatándome cualquier capacidad de hablar porque

la sensación de que se apoderara así de mi cuerpo despertó cosas que no debería sentir.

Esas manos decoradas con letras de tinta que no consigo distinguir desde aquí combinan con las del cuello y, cuando el calor del whisky que me he bebido de un trago desciende hasta lo más bajo de mi vientre, se mezcla con otra sensación que no debería existir. Y me pregunto qué otros tatuajes esconderá bajo la ropa.

Briar Índigo Lane, contrólate de una puta vez.

Es tu tío, ¿recuerdas?

Tu tío.

¿Qué clase de persona tan patética y necesitada de afecto soy para que ver a un hombre —a mi propio tío— me haga sentir así?

Intento no tiritar de frío. Quiero un poco de intimidad para abrir la maleta y buscar ropa de abrigo. Los calcetines son prioritarios. Sin dejar de moverme nerviosamente en el sitio, doy otro trago de whisky.

Sin embargo, todo indica que mi tío no tiene ninguna prisa por marcharse y el silencio entre nosotros es tan incómodo que ni siquiera sé cómo romperlo.

Una parte de mí desearía que desapareciera en cuanto terminase de encender el fuego.

Está claro que no va a quedarse… ¿verdad?

Una chispa inapropiada prende en un rincón de mi cerebro y susurra que quiere que este hombre se quede aquí conmigo mientras las sombras de la noche avanzan.

No me fío de esa zorra. Es la reina de las malas decisiones.

Mientras doy otro sorbo, noto cómo el calor me golpea el pecho y se extiende por mis venas justo cuando él se incorpora.

Con los ojos muy abiertos, lo observo levantarse, cruzar el salón y mirarme con esos ojos azul hielo mientras intento esconderme detrás del vaso.

Mi tío no se detiene. Avanza seguro. Amenazante. Cada paso hacia mí resulta hipnótico y peligroso y, oh, Jesucristo, mi cuerpo reacciona de una forma que no me atrevo ni a reconocer. En este momento solo puedo aplastarme contra la encimera de formica y dejar que haga lo que le dé la gana.

Cuando llega hasta mí, me invade su olor a humo, cítricos y especias. Me aferro al vaso y lo aprieto contra el pecho.

Quedo completamente atrapada bajo su sombra. Es un depredador. Temible. Salvaje.

Sus dedos tatuados pasan junto a mí. El frente de su camisa me roza los nudillos y la rosa tatuada que cubre un lado de su cuello, llena de detalles en negro y gris, está tan cerca que puedo distinguir la tensión en los músculos de su mandíbula.

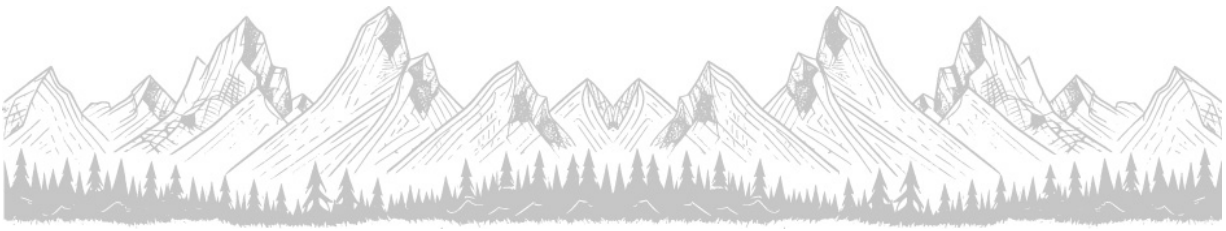
Y entonces, tan rápido como ha invadido mi espacio, vuelve a erguirse y retrocede con la botella bien agarrada.

—Puedes quedarte con el dormitorio —gruñe.

Bebe directamente de la botella. La nuez le sube y le baja al tragar.

Se da la vuelta y, con unas pocas zancadas, atraviesa la estancia. Coge el abrigo con una de sus manos tatuadas, busca unas botas de trabajo y, tras dar un portazo, desaparece en la oscuridad de la noche.

Yo me quedo allí, agitada, preguntándome qué coño acaba de pasar.



Capítulo 3

Briar



Abro un ojo. Siento que se me va a caer la nariz. Parece que me he mudado a Alaska, no a Montana. He tenido que levantarme tres veces durante la noche para ponerme más ropa. Me siento como un malvavisco humano, con la manta hasta la barbilla y ninguna intención de salir de este cálido capullo.

Me invade el pánico al recordar que voy a tener que averiguar cómo encender esa estúpida chimenea. También tendré que bajar la montaña hasta Crimson Ridge sin despeñarme por un barranco y morir en un accidente absurdo.

Creo que anoche, cuando llegué, solo sobreviví porque estaba envuelta en una mezcla de furia, desesperación y agotamiento.

Se supone que el diminuto coche que alquilé lleva neumáticos para nieve, pero hasta yo sé que no es el vehículo adecuado para un paraje remoto y montañoso como este.

Conducir entre atascos en autopistas urbanas o en el caos de la ciudad no me preparó para la grava, el hielo ni el terror constante de pensar que en cualquier momento puede aparecer una criatura salvaje en mitad de la carretera.

Al menos, por ahora estoy a salvo, escondida entre los pinos y la nieve. Me marché sin decirle a nadie adónde iba y, por suerte, tengo una tarjeta de crédito a mi nombre que no pueden rastrear. Tal vez con el tiempo relacionen el contenido del testamento con mi desaparición, pero la verdad es que solo me quieren por interés.

A la mierda. Estoy harta de ser su mascota.

Me cansé de vivir una mentira dentro de una caja de cristal.

Pueden irse todos al infierno con sus jueguecitos de poder y sus imperios corporativos y metérselos por donde les quepa.

No me sorprende que mi tío cortara toda relación y jamás mirase atrás.

Quizá había una razón para que decidiera no volver a hablar con mi padre después de aquella pelea. Yo sé que, si puedo evitarlo, no quiero volver a hablar con mi familia nunca más.

Stôrmand Lane no se parece en nada a ninguno de ellos. Es diferente en tantos sentidos…

No.

No, Briar. Tienes que dejar de pensar en eso. En unas circunstancias tan excepcionales como estas, tu cerebro idiota no puede empezar a obsesionarse.

Está claro que lo de anoche fue un malentendido monumental por su parte y que lo que ocurrió, lo que hizo, fue un accidente. En cuanto me reconoció, casi se rompe el cuello intentando huir lo más rápido posible. No tengo ni idea de qué hacía aquí, pero la única explicación que se me ocurrió mientras seguía completamente despierta a las tres de la mañana, sin dejar de pensar, fue que quizá utiliza esta cabaña para sus aventuras. ¿Esperaba encontrarse aquí con otra mujer aguardándolo en la oscuridad?

Dios, tengo que dejar de pensar en sus manos sobre mí. Ese instante de desesperación y deseo me derritió por dentro.

Pero está mal. Muy mal.

Tal vez pueda encontrar algún café decente en este pueblo de mala muerte con cobertura o wifi y descargarme alguna aplicación de citas. Nunca he probado ninguna, pero supongo que este es un buen momento para empezar.

No tengo el corazón roto; estoy furiosa y mi coño necesita un poco de atención. Hace muchísimo tiempo que solo cuento con mis vibradores.

Lo cual, evidentemente, explica mi reacción de anoche. No hay más misterio.

Enredo los dedos en la gruesa manta. En la habitación apenas cabe la cama de matrimonio, que no tiene nada que ver con la *king size* que tenía en casa para despatarrarme sola. Si aquí tuviesen que dormir dos personas, prácticamente acabarían una encima de la otra.

Tal vez esa sea la idea.

Recorro la habitación con la mirada bajo la luz grisácea de la mañana. Simple. Funcional. Un gran armario de madera. Un espejo

a los pies de la cama como único intento de decoración. La definición exacta de una cabaña en mitad del bosque.

No hay ni una sola pista sobre quién pudo vivir aquí, pero desde luego no fue mi padre. Erik Lane era más del tipo Malibú y restaurantes con estrellas Michelin donde podía codearse con gente importante. Dudo que haya pisado este lugar alguna vez. Esta propiedad lleva mucho tiempo en la familia y él me la dejó a mí. O, mejor dicho, la dejó en un fideicomiso a mi nombre en su testamento. Creo que lo único bueno que hizo por mí fue darme un lugar al que huir y esconderme cuando todo mi universo saltó por los aires delante de mis ojos.

Dios. Todavía tengo grabadas en la retina las bragas de satén púrpura guardadas en el bolsillo de su traje.

Se me eriza la piel.

Resultó que, una vez supe lo que estaba buscando, solo tardé diez minutos en confirmar que Antoine es un imbécil infiel. Ni siquiera tuvo la decencia de molestarse en ocultarlo.

¿Quería que lo descubriera? ¿O pensaba que yo era demasiado patética para atar cabos y demasiado cobarde para enfrentarlo?

¿Esperaba que me diera la vuelta y mirase hacia otro lado?

Uf. No puedo creer que haya acabado convertida en una mujer engañada.

Peor aún: no puedo creer que me permitiera mantener una relación con un tipo que, visto en retrospectiva, jamás ocultó ser un capullo.

Me he decepcionado a mí misma.

Suspiro y decido afrontar el día.

Lamentarme no va a cambiar el hecho de que decidí salir con un tipo llamado Antoine Montgomery III. O, siendo más exactos, que permití que mi familia de mierda me empujara a mantener una relación con él para estrechar vínculos y hacer negocios. Los Montgomery son esa clase de personas con las que a mi padre le gusta jugar al golf y mencionar en conversaciones para presumir. En algún momento llegué a creer que podría encariñarme con Antoine. Cuando consiguen convencerte de que el «amor» o las «almas gemelas» no existen y que solo importan los negocios, las conexiones y los imperios familiares construidos durante generaciones, acabas tragándote todo lo que intentan venderte.

Mi hermana es una experta manipulando emociones y siempre consigue meter el dedo en la llaga. «Después de todo lo que has hecho, esto es solo un pequeño sacrificio».

Mientras mi padre solo veía dinero en el imperio mediático de los Montgomery, la familia de Antoine veía el poder que obtendrían asociándose con Lane Enterprises.

Me recorre un escalofrío con solo pensar que viví tres años bajo el mismo techo que ese idiota y en todo el tiempo que fingí ser el complemento perfecto para su vida. Aunque ahora, solo con pronunciar su nombre, me entren ganas de reírme.

Saco los pies de debajo de las mantas y el aire helado resulta absolutamente insoportable. Llevo dos pares de mallas metidas dentro de tres pares de calcetines y, en el torso, más capas de ropa de las que puedo contar.

Me soplo los dedos, abro la puerta del dormitorio y me envuelve una oleada de aire caliente, como si acabara de cruzarme delante de un secador de pelo.

A mi espalda, la habitación parece la cámara frigorífica de un restaurante. Pero, delante de mí, al otro lado de la puerta que había dejado cerrada, el resto de la cabaña está envuelto en una calidez acogedora.

Desde la cocina llega el sonido del agua corriendo, el típico trajín de alguien fregando platos a mano, mezclado con un siseo constante.

Una vez más avanzo a tientas por el corto pasillo —si es que puede llamarse pasillo a un espacio que se recorre en apenas unos pasos— más confundida que nunca, sintiendo el peso de la presencia de mi tío suspendido en el aire.

—Eh… ¿Hola? —Me estiro para pasarme rápidamente los dedos por el pelo y recolocarme unos mechones despeinados detrás de la oreja. ¿Habré babeado mientras dormía? Disimuladamente, me limpio las comisuras de los labios con la manga. Mis ojos intentan fijarse en cualquier cosa que no sea la inmensa amplitud de sus hombros.

Lleva una camisa de franela de cuadros rojos y grises que se tensa sobre la espalda mientras permanece de pie frente al fregadero. Desde aquí puedo distinguir el contorno de los músculos empujando bajo la tela gastada.

—Si quieres, hay café —gruñe sin darse la vuelta.

Cómo no iba a quererlo. El estómago me ruge en cuanto percibo el olor de lo que sea que está cocinando. Huele grasiento y delicioso. En secreto, deseo que sobre algo cuando termine para poder robarlo.

Recuerdo vagamente haberme comido una barrita de cereales ayer por la tarde, pero no me detuve a comprar nada durante el

viaje; con el nivel de náusea y asco que llevaba encima, solo podía pensar en llegar a mi destino final, perdido en mitad de la montaña.

Cojo la cafetera y sirvo café en una taza desconchada. No es hasta que me siento en el banco cuando siento que el cerebro empieza a funcionarme de nuevo.

¿Qué hace cocinando en mi cabaña?

¿Qué hace aquí, en primer lugar?

—Gracias. —Doy un sorbo. Café negro, amargo, exactamente lo contrario de lo que les gusta a mis papilas gustativas, pero es café y, dadas las circunstancias, agradezco al menos el calor que me aporta.

Él sigue fregando platos en el fregadero y colocándolos después en el viejo escurridor. Como respuesta, solo obtengo un silencio sepulcral.

El fuego crepita con fuerza y me deslizo en un asiento junto a la mesa de madera, arrinconada en un espacio pensado apenas para dos personas, pero con unas vistas privilegiadas del mundo que me espera ahí fuera, iluminado por la luz del sol.

Por lo visto, me he despertado dentro de un cuento de hadas o de una bola de cristal. Estoy esperando que en cualquier momento aparezca la Reina Blanca en un carruaje tirado por renos para ofrecerme un dulce turco. Hay pinos altísimos con nieve cubriendo cada rama. Montones de nieve acumulada alrededor de la cabaña. Y, a lo lejos, alcanzo a distinguir una formación de roca rojiza elevándose hacia el cielo.

Crimson Ridge.

—Qué maravilla —murmuro aferrada a la taza, sin darme cuenta de que lo he dicho en voz alta—. ¿Vives cerca?

Cuando vuelvo la mirada hacia el enorme hombre que ocupa prácticamente toda la cocina, la sonrisa se me borra de golpe. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y me atraviesa con esos ojos azules mientras el labio superior se le curva en una mueca.

—¿Me estás tomando el pelo?

La brusquedad de su voz me sobresalta.

—¿Qué?

—Te. He. Preguntado. Que. Si. Me. Estás. Tomando. El. Pelo.

Me recoloco en el asiento y parpadeo. ¿Y qué se supone que tengo que responder a eso?

—Perdón, no quería ser grosera ni nada parecido… Solo me ha dado curiosidad. O sea, nunca había estado aquí y… No quiero parecer desagradecida. Gracias por encender la chimenea… —Señalo en dirección a las llamas y reúno valor para volver a mirarlo.

—No lo he hecho por ti, cariño. —Su tono es burlón.

He visto muy pocas veces a mi tío. Siempre estaba viajando, viviendo la gran vida de las estrellas del rodeo, y mi padre tampoco era especialmente cercano a su hermano adoptivo. Las cosas fueron de mal en peor hasta que, cuando yo tenía dieciséis años, mi padre nos dijo, por alguna razón que desconozco, que no volviéramos a relacionarnos bajo ningún concepto con el tío Stôrmand.

«Al primero que pronuncie su nombre en esta casa, lo desheredo». Todavía recuerdo aquella furia aterradora, la saliva escapándosele por las comisuras de los labios, el rubor incendiándole las mejillas. Fue una imagen bastante impresionante para la niña que yo era entonces. Desde luego, lo bastante intensa como para preguntarme más de una vez qué cosa tan imperdonable podría haber hecho mi tío.

Y ahora estamos aquí, solos en la ladera de una montaña, y él parece dispuesto a partirme el pescuezo.

Oh, Dios. ¿Debería preocuparme por estar aquí sola con él? ¿Será violento? ¿Un criminal?

De repente vuelve a mí el recuerdo de sus dedos alrededor de mi cuello y, sin querer, mi cuerpo entra en calor.

Estamos metidos en un lío. Un. Gran. Lío.

—Es solo que… no entiendo qué haces aquí —balbuceo. Acaricio el borde desconchado de la taza, disfrutando de cómo la cerámica afilada se clava en las yemas de mis dedos. Está rota, pero sigue en pie, empeñada en sobrevivir como una reliquia de los ochenta.

—¿Qué hago yo aquí? —repite, entornando esos ojos azules mientras inclina la cabeza.

—Sí. Quiero decir…, no sabías que iba a venir… Fue una decisión que tomé de manera impulsiva. —Me encojo de hombros, notando cómo las mejillas se me calientan cuanto más me observa.

—No soy ningún caballero, pero hasta yo sé que no es precisamente educado echar a alguien a la calle en pleno invierno.

Abro y cierro la boca.

—¿Qué?

—Me importa una mierda que seas mi sobrina, mi pariente o lo que coño seas; no estoy de humor para tus gilipolleces… Así que te daré café, algo de comer y luego te llevaré de vuelta a Crimson Ridge.

Se gira y empieza a servir el contenido de la sartén en unos platos. Después abre un cajón de golpe y hace sonar toda la cubertería mientras busca cuchillos y tenedores.

Mientras tanto, mi mente da vueltas.

Me muevo por instinto antes siquiera de pensar. Me levanto del asiento y recorro los pocos metros que me separan de la cocina con la guardia baja y sin tener preparada una respuesta.

—¿Perdón? No pienso irme a ninguna parte. Gracias por tu ayuda, tío… —Me estremezco por dentro al pronunciar esa palabra en voz alta, sobre todo teniendo en cuenta los pensamientos tan poco apropiados que he tenido desde anoche—. Pero voy a pedirte que te marches.

—¿Que me marche? —Suelta una carcajada. El sonido es frío y retumba en la pequeña estancia—. Sois de lo que no hay. Apuesto a que Erik te ha mandado hacer esto, ¿verdad?

—Difícilmente un muerto puede mandarme hacer algo. —Aprieto los dientes. No sé si mi tío lo sabía. No fue invitado al funeral y, teniendo en cuenta que mi padre lo desterró de la familia sin piedad, supongo que nunca se enteró o, si lo hizo, simplemente no le importó.

Él mueve esos hombros enormes. ¿Es su forma de mostrar empatía? ¿De disculparse? No sé si podría decir que quería a mi padre, pero era mi familia, y con ese vínculo llega una mezcla compleja de emociones cuando ya no están.

Por mucho daño que te hicieran mientras vivían.

Mi tío se gira y me coloca un plato entre las manos antes de pasar junto a mí. Tiras de beicon crujiente. Huevos revueltos. Tostadas cortadas en triángulos.

¿Quiero reír? ¿Llorar? Durante años, lo único que se me ha permitido desayunar era un batido verde.

Ni siquiera recuerdo la última vez que comí pan.

Así de vanidosa es la vida en Los Ángeles cuando representas al imperio Lane Media. Así es vivir dentro de una pecera, bajo el escrutinio de millones de ojos y el destello de cientos de *flashes* en cada esquina. Desde que aprendí a caminar tengo clavada la idea de que siempre hay alguien mirando.

Y eso sin contar que durante toda mi vida adulta he tenido encima un ejército de nutricionistas, chefs privados y asesores de bienestar: devotos absolutos del culto a la delgadez extrema. Todos venerando la última moda y evitando que pase por sus labios cualquier cosa considerada «poco saludable».

Que Dios no permita que tengas curvas naturales, da igual cuántas horas pases en el gimnasio o cuántos carbohidratos elimines de tu dieta.

Los genes de mi madre son poderosos y, la verdad, me encanta mi cuerpo. Siempre han sido los demás quienes arrugaban la nariz al mirar mis caderas, mis muslos y mis pechos como si fueran un problema que resolver. Mi hermana, en cambio, fue bendecida con la estructura ósea estilizada de la desconocida familia biológica de mi padre. No podría haber dos hermanas más distintas que nosotras.

Me doy cuenta de que mi tío se ha sentado a la pequeña mesa junto a la ventana. Si todavía tengo alguna esperanza de entender qué demonios está pasando aquí, supongo que voy a tener que seguirlo.

—¿Al menos vas a responderme? —Dejo el plato sobre la mesa y cruzo los brazos sobre el pecho. Si permanezco de pie, siento que conservo un ápice de poder en la conversación.

Stôrmand Lane es imponente.

El mobiliario del comedor parece demasiado pequeño para él y, aun así, se le ve muy cómodo.

Es confuso. Desconcertante. No me gusta.

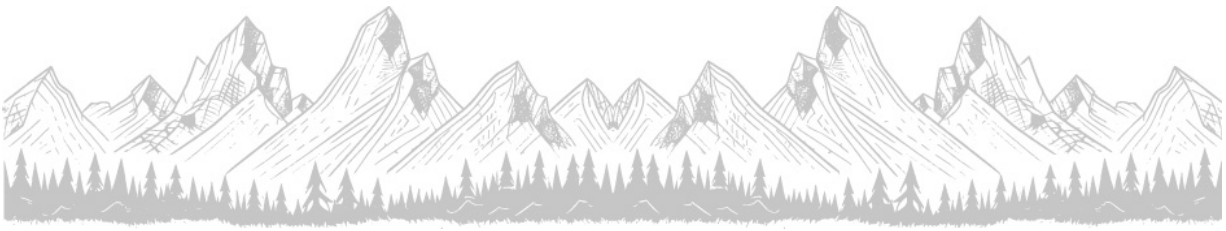
Tampoco me gusta cómo se me eriza la piel cada vez que estoy cerca de él. Aquí de pie, mis ojos no deberían recrearse en los tatuajes que le cubren las manos y los antebrazos. Las venas y los músculos que asoman bajo las mangas remangadas de su camisa son tan atractivos que podría desmayarme.

Pero, aun así, mi mirada termina escapándose hacia la tinta de los nudillos de su mano derecha. Una letra en cada dedo, desde el meñique hasta el pulgar, que forman la palabra *STORM*.

—¿Mi sobrina quiere saber qué hago aquí? —dice con la boca llena. Se burla de mí otra vez.

—Sí. —Me recoloco incómodamente.

—Es mi casa, cariño… mi hogar. —Se apoya en el respaldo de la silla y me clava sus ojos helados mientras apura un sorbo de café—. Así que la verdadera pregunta, y la que vas a tener que explicarme muy bien, es qué haces tú invadiendo mi propiedad.



Capítulo 4

Storm



—¿Invadiendo tu propiedad? —dice con voz aguda.

Mi sobrina abre mucho los ojos. Se le separan los labios de un modo que me obliga a apretar los dientes, porque es imposible mirarle la boca sin pensar en el resto de su cuerpo. En esas partes prohibidas que tienen el mismo tono rosado que jamás debería haber visto y que ahora no puedo olvidar.

No puedo olvidar el coño de Briar Lane. Sé lo grandes y pesadas que tiene las tetas bajo ese jersey grueso. Sé demasiado sobre la chica que está sentada en mi casa, bebiendo mi café, comiendo mi comida y hablándome como si le debiera alguna explicación.

Me duele la espalda después de pasar la noche sin dormir en el sofá, y el whisky que me bebí solo en la camioneta me ha dejado la cabeza como si me la golpearan con un martillo.

¿Qué coño se suponía que tenía que hacer?

Me quedé ahí fuera, escondido, sin más compañía que mis pensamientos depravados, hasta estar seguro de que se había dormido y podía volver a entrar sin peligro.

Joder.

—Fuiste tú quien se ocultó en la oscuridad para atacarme en el baño —escupe ella, con las mejillas encendidas.

—Lo dice la chica que irrumpió en una propiedad privada. Siéntate afortunada de que no me encontraras de peor humor.

No estoy pensando en ella desnuda, inclinada frente a mí. De ninguna manera.

—No he irrumpido en ninguna propiedad privada. Tengo la llave.

—Robar una llave de emergencia no es lo mismo que tener permiso para entrar en casa de alguien.

—Oh, por Dios, no puedes estar hablando en serio. —Se deja caer en el asiento con una larga exhalación y se masajea las sienes—. Esta cabaña es mía. Es mi propiedad… Si es que este lugar puede considerarse una propiedad. ¿Qué parte no estás entendiendo?

—Lo siento, pero me parece que estás equivocada —respondo arrastrando las palabras. Doy otro sorbo de café y aparto el plato vacío mientras noto que ella ni siquiera ha tocado la comida—. Llevo diez años viviendo aquí.

Sus ojos se clavan en los míos.

—¿Diez años? Entonces, ¿por qué…? ¿Por qué me ha dejado papá esta propiedad en el testamento?

Se me retuerce el estómago. Joder, Erik es un auténtico cabrón. Incluso muerto encuentra la forma de arruinarme la vida.

Me encojo de hombros. Hago todo lo posible por aparentar indiferencia.

—Ni idea. Pero lo que sí puedo decirte es que no pienso irme a ninguna parte. Aquí está mi vida. Mi trabajo. —Golpeo la mesa de madera con un dedo mientras la miro fijamente.

Parece que Briar está a punto de desmoronarse.

Sé que no está fingiendo. Conozco la forma en que las chicas con bronceados artificiales y tetas aún más artificiales se ponen a llorar para conseguir lo que quieren. Por Dios, tengo suficiente experiencia con coños manipuladores como para no reconocerlos a kilómetros de distancia.

Pero el lenguaje corporal de mi sobrina ahora mismo es completamente auténtico. Si recibe una mala noticia más, va a deshacerse igual que la nieve de ahí fuera cuando al sol le dé por salir de una vez.

—Come. —Aprieto la mandíbula mientras intento encontrar palabras que no me hagan sonar como el mayor gilipollas del planeta. Pero las cosas son como son, y necesita entenderlo—. Apuesto a que eso ya está frío, pero métete algo en la boca y así la mantienes ocupada y dejas de ladrarme. No estoy dispuesto a tirar comida por culpa de una princesita estirada de ciudad.

Parece que eso le devuelve un poco de vida, porque resopla y empieza a comer.

O, mejor dicho, empieza picoteando como un gorrión. La observo cortar pequeños bocados delicados y ordenados antes de rendirse al hambre y terminar devorando el desayuno. Los pequeños sonidos de placer que deja escapar acaban de destrozarme el cerebro retorcido.

Mientras come, intento recordar la última vez que vi a mi sobrina, que ahora mismo no parece para nada una sobrina: parece exactamente el tipo de mujer a la que me gustaría recorrer con la lengua hasta hacerle gritar mi nombre.

Me recoloco en la silla. Joder. Es joven. Mucho más joven que yo. Mucho más joven de lo que un cuarentón debería estar mirando.

Odio tener cuarenta años. Y, al mismo tiempo, me sorprende haber vivido tanto.

Durante mucho tiempo estuve convencido de que no pasaría de los veinte.

Pero resulta que el circuito profesional, los patrocinadores y los prestamistas no quieren verse relacionados con un jinete de toros rodeado de ciertos rumores.

Se deshicieron de mí como si fuera basura y me dejaron en la calle.

Un día estaba ganando fortunas y firmando autógrafos cada cinco segundos y, al siguiente, el teléfono dejó de sonar y mi nombre empezó a desaparecer silenciosamente de todas las competiciones del país.

Que les den a todos.

Sobreviví por mis propios medios.

Y ahora, ¿cuál es el castigo por mis pecados? Una chica sentada en mi mesa, durmiendo en mi cama, llevando mi mismo apellido (aunque no tengamos la misma sangre) y llenándome la cabeza de pensamientos extremadamente impuros.

Joder, voy a tener que encontrar la forma de controlar mi mente. No puedo ir por ahí empalmado delante de mi sobrina. O peor todavía: empalmado por culpa de mi sobrina.

Por Dios.

Ella termina el plato, permanece sentada un segundo y mastica con la boca llena.

—Lo necesitaba. Gracias —dice en voz baja, casi para sí misma.

Algo se enciende dentro de mí al oír esas palabras, pero lo aplasto de inmediato.

Sobrina.

Es tu sobrina.

Es la hija de Erik.

Sí, eso debería bastar. El simple hecho de recordar a mi hermano basta para sustituir cualquier otra emoción por la rabia más pura.

—¿Puedo preparar más café antes de que empecemos esta conversación?

Asiento.

—Haz lo que te dé la gana. Yo tengo que ir a buscar más leña.



Unos minutos fuera, disfrutando del aire helado de los primeros días de primavera, hacen maravillas con mi cabeza hecha un lío. Corto algo más de leña y me tomo mi tiempo para reponer las reservas tanto dentro de la cabaña como en el porche.

Cuando termino, me limpio las botas en el felpudo y vuelvo a entrar. Entonces me encuentro a Briar de puntillas, inclinada sobre la encimera mientras rebusca en la alacena. El problema es que, en el rato que he pasado fuera, se ha cambiado de ropa.

Ahora lleva unos vaqueros claros y un jersey marrón que parece carísimo —cachemira o alguna mierda parecida— y, por favor, el cuerpo de esta chica es un milagro. Sexi, con curvas y todas esas palabras que podría usar para describirla y que debería borrar inmediatamente de mi cabeza.

Porque ninguna encaja con la triste y dura realidad de que esta chica ni siquiera debería aparecer en mi radar.

Joder, debo de estar mucho más desesperado por follar de lo que creía si no consigo dejar de imaginar, ni cinco minutos seguidos, cómo se sentiría su culo bajo mi mano.

No llega a sonreír, pero inclina la cabeza mientras sirve dos tazas de café y me acerca una.

—Gracias.

La palabra apenas logra atravesar mis dientes apretados. Porque justo en ese momento sus dedos rozan los míos. Cuando cojo la taza, mis manos ásperas se deslizan sobre las suyas y algo se rompe. Es como si una chispa saltara desde el punto de contacto; y ella también debe de sentirlo, porque sus ojos color avellana se alzan de golpe hacia los míos.

Frunce el ceño y retrocede rápidamente, poniendo una distancia prudente entre nosotros. Después se inclina sobre la barra, aferrando la taza con ambas manos.

—Entonces… —dice con cuidado antes de dar un sorbo. Veo cómo arruga la nariz y tengo que esconder una sonrisa detrás de mi taza, porque sería capaz de apostar todo lo que tengo a que esta chica jamás ha bebido café solo en su vida.

—Entonces… —repito.

—¿Cómo resolvemos esto? He estado pensando y está claro que aquí solo hay un dormitorio. Así que, aunque haya sido muy caballeroso por tu parte cederme lo que supongo que es tu cama, no puedo esperar que hagas lo mismo todas las noches.

—No me molesta dormir en el sofá.

Sí me molesta. Es incómodo y demasiado pequeño para mí, pero no pienso dejar que lo sepa.

—Oh, Dios mío, ¿has dormido en el sofá? —Parece horrorizada.

—¿Dónde creías que había dormido, cariño? —Doy otro sorbo y veo cómo vuelve a sonrojarse.

Qué interesante.

—Pensé que… —De pronto Briar parece muy interesada en estudiar el contenido de su taza.

—Adelante, soy todo oídos. ¿Dónde creías que había dormido tu tío?

Algo me dice que ya sé lo que había imaginado. Y quizá, en otro contexto, habría acertado. Pero anoche no fue el caso. No tenía ninguna intención de buscar otra cama para dormir.

¿Por qué estoy disfrutando tanto viendo cómo se retuerce cada vez que aparece entre nosotros la palabra «tío»? Un pensamiento muy peligroso se enciende en mi cabeza como un neón. Quizá a ella también le gustó lo que vio en el baño antes de que nos reconociéramos.

No.

Maldito Stôrmand Lane. Vas a acabar ardiendo en el infierno. Si sigues pensando así, te pasarás la eternidad abrasándote entre las llamas.

El diablillo imbécil que vive en mi otro hombro aparece para recordarme que eso ya iba a ocurrir igualmente, así que divertirme un poco por el camino no cambiaría gran cosa.

—Di por hecho que tendrías muchos otros sitios donde aparcar tu camioneta por las noches. —Recupera la compostura y aprieta la mandíbula—. No soy quién para juzgar.

Oh. Así que Briar Lane sí esconde una pequeña llama bajo ese exterior tímido.

Entrecierro los ojos.

—Pues, para tu información, estuve aparcado aquí toda la noche.

¿Qué coño me importa la opinión que tenga esta chica sobre mi vida? Me han acusado de cosas mucho peores que de ser un jinete de toros mujeriego con una conejita diferente saltando sobre mi regazo cada noche.

—Bueno, en ese caso, creo que debería buscar algún sitio donde quedarme en el pueblo hasta conseguir un vuelo, y luego… —Arrastra las palabras y no se me escapa el temblor de su voz.

De pronto, repasando todo lo ocurrido durante las últimas doce horas, lo entiendo. Ya sabía que había llegado aquí de forma impulsiva. Parece que no ha traído más que una maleta de mano y ese coche de alquiler de mierda que encontré aparcado detrás de la cabaña.

Si tuviera que apostar, diría que está huyendo de algo. O de alguien al que dejó atrás, en la costa oeste.

—No. —La palabra sale con mucha más fuerza de la que pretendía —. O sea… Está claro que legalmente eres la propietaria y no sería precisamente de buen tío permitir que te alojes en algún cuchitril del pueblo.

Me mira con… ¿alivio?

—¿Estás seguro?

—Claro.

No, no lo estoy. De hecho, estoy convencido de que es una idea pésima. Pero puedo mantenerme ocupado, enterrarme en trabajo y buscar cualquier coño disponible el sábado por la noche.

—Entonces seremos compañeros de piso, ¿eh, tío Stôrmand? —Esta vez, una pequeña sonrisa ilumina su rostro mientras me tiende la mano.

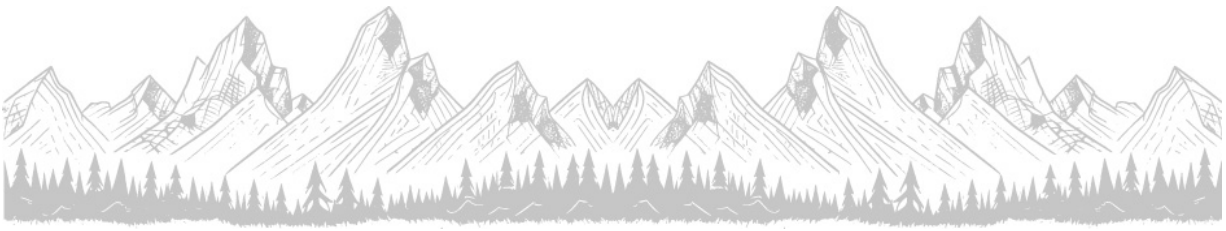
Me inclino para estrechársela. Su palma suave encaja a la perfección en la mía, callosa y áspera; otra chispa me sube por el brazo en cuanto nuestras pieles se rozan.

—Llámame Storm.

Un brillo aparece en sus ojos.

—De acuerdo…, tío Storm.

Me cago en mi puta vida.



Capítulo 5

Briar



Después de sellar nuestra tregua como compañeros de piso, el tío Storm (o solo «Storm», todavía no lo tengo claro) me anuncia que tiene que ir a trabajar a un rancho durante el día. Y eso me hace darme cuenta, como si se encendiera una bombilla en mi cabeza, de que no sé nada de la vida de este hombre, salvo algunos fragmentos que escuché de pasada sobre su época como estrella del rodeo. El campeón del mundo, nada menos, por lo que recuerdo que me contaban cuando era pequeña.

Vino algunas veces a casa para ver a mi padre en los años en que todavía se hablaban y recuerdo haber oído retazos de conversaciones. Palabras sueltas sobre premios, dinero y a mi padre intentando meterle ideas de negocios a la fuerza.

No sé nada de ranchos ni de rodeos. Tampoco de sobrevivir en un lugar tan frío como este. Nunca he vivido en un sitio con estaciones; ni siquiera durante temporadas cortas o vacaciones. Los viajes familiares siempre eran iguales: destinos tropicales, organizados hasta el último detalle para que mi padre pudiera pasarse el día entero en el campo de golf relacionándose con ricos y poderosos.

—¿Puedo acompañarte? —Me seco las manos con un paño de cocina de bordes chamuscados y al menos cinco agujeros. Como él ha preparado el desayuno, he pensado que, como mínimo, podía ayudar fregando los platos.

—¿Al rancho? —Frunce el ceño.

—Eh… Bueno, sí, claro… Pero, además, si puede ser, ¿podríamos pasar por el pueblo a la ida o a la vuelta? Cuando llegué ya era de noche y creo que voy a necesitar comida y algunas cosas más… —Arrastro las palabras; es como si fuera incapaz de terminar una frase cuando estoy con este hombre.

Me siento un poco ridícula al oírme decir eso, porque tengo un coche de alquiler que funciona perfectamente, ¿no? O sea, soy independiente. Una mujer adulta capaz de desplazarse sola. Por el amor de Dios, llegué hasta aquí sin ayuda pese a todos los obstáculos que me puso delante el invierno en la montaña.

Pero, bajo la fría luz del día, la idea de conducir me pone extremadamente nerviosa, sobre todo porque no tengo ninguna experiencia al volante con nieve o carreteras heladas.

En cambio, siento que mi tío podría hacerlo incluso dormido.

Me muerdo el interior de la mejilla antes de que mi cerebro empiece a preguntarse qué otras cosas podría hacer con la misma facilidad.

—Claro. Te enseñaré dónde están las tiendas en Crimson Ridge. —Se encoge de hombros, me recorre con la mirada y siento que se me para el corazón.

El calor me invade el coño y un cosquilleo me recorre los muslos.

—¿Piensas ir vestida así?

Abro y cierro la boca mientras me miro la ropa, confundida y decidida a ignorar la reacción visceral que me provoca notar sus ojos sobre mí.

—¿Sí? —me sale como una pregunta.

—No. Ni de coña. —Gruñe y se dirige al dormitorio.

Da vueltas por allí un par de minutos y vuelve con una gruesa camisa de franela y un abrigo pesado. Deja ambas cosas sobre la encimera junto a mí, continúa hacia la puerta y coge un sombrero vaquero marrón —que solo ahora me doy cuenta de que estaba colgado allí— antes de colocárselo en la cabeza.

No mires. Briar, ni se te ocurra. No permitas que la sensualidad que desprende tu tío tatuado, con esa pulsera de cuero tan sexi y esos vaqueros demasiado ajustados, te haga perder la cabeza. Tienes que ignorar, con cada gramo de autocontrol que te quede, el hecho de que ahora acaba de añadir un puto sombrero vaquero al conjunto.

A la mierda mi vida.

—Ponte eso y, por el amor de Dios, espero que tengas algo más grueso para los pies, porque no pienso tolerar que pierdas un dedo por congelación en tu primer día aquí.

Después cruza la puerta, llevándose consigo esos vaqueros perfectamente ajustados, y grita por encima del hombro antes de cerrarla de un golpe:

—Te espero en la camioneta.



Me hizo el gran *tour* por Crimson Ridge.

Duró cinco minutos enteros.

Tiene cierto aire a película de Hallmark. Estoy segura de que debe de haber cientos de películas donde una chica de ciudad llega a un pueblo como este y acaba enamorándose de un bombero voluntario con abdominales marcados y un *golden retriever* llamado Pumpkin Spice.

La gente saluda sin razón aparente. Incluso cuando conducen en dirección contraria. ¿Qué demonios? Sinceramente, no sabía que se pudiera hacer algo así.

En casa, la norma no escrita consiste en evitar el contacto visual y mirar hacia otro lado. Los desconocidos son exactamente eso: desconocidos.

Compro comida, ropa adecuada para el invierno y dos tipos distintos de botas —unas gruesas, como de trabajo, y unas clásicas botas vaqueras negras, porque a mi tío casi le da un aneurisma cuando vio mis zapatillas deportivas blancas—. Y hago todo esto mientras estoy envuelta en su masculinidad.

Su camisa y su abrigo desprenden un aroma intensamente masculino frente al que estoy completamente indefensa. A mi cuerpo le ha bastado una sola inhalación profunda en el cuello de la prenda para convertirse en un felino dispuesto a ronronear, frotarse y enredarse entre sus tobillos, embriagado por esa mezcla intensa

de madera, especias y piel. Y también algo ahumado. Es ligero y sutil, pero lo bastante tentador como para que me entren ganas de hundir la nariz en el forro polar y buscarlo otra vez.

Llevar su ropa me hace imaginar noches en estas montañas, bajo las estrellas, acurrucada junto al fuego, sostenida entre unos brazos fuertes.

Un abrazo que solo en mis más locas fantasías podría terminar con un beso y unas caricias desesperadas.

—El rancho Devil's Peak está al final de la carretera de acceso a la montaña. Colt es lo más parecido que tenemos a un vecino, aunque tendrías que caminar demasiado para pedirle una taza de azúcar.

El tío Storm me arranca de mis fantasías. No quiero ni pensar en lo rojas que debo de tener las mejillas. Siento como si me hubieran atrapado *in fraganti* haciendo algo muy perverso…; y eso sin mencionar que los brazos que estaba imaginando tenían tatuajes y estaban unidos a unos hombros anchos muy similares a los del hombre que ocupa por completo la otra punta de este asiento largo.

Los neumáticos de la camioneta saltan sobre la gravilla descuidada y me doy cuenta de que hemos dejado atrás el desvío que conduce a la cabaña.

¿Nuestra cabaña? ¿Mi cabaña? Ni siquiera sé cómo llamarla.

«Nuestra» hace que parezca que somos una pareja y, teniendo en cuenta cómo está reaccionando mi cuerpo solo porque insistió en que me pusiera su ropa, me parece que no es buena idea fomentar esa clase de pensamientos.

Quizá debería ponerle nombre a la cabaña. Como se hace con los barcos.

Seguimos subiendo por la montaña, atravesando cada vez más nieve. Es evidente, incluso para alguien tan inexperta como yo, que en el rancho al que nos dirigimos nieva muchísimo más.

—¿Trabajas a menudo aquí? —Recorro el paisaje con la mirada Hay un barranco empinado a un lado de la carretera (aterrador, por cierto) y, al otro, unos pinos robustos y una pared de roca. Todo parece estar congelado en tonos blancos y azul pálido.

—Cuando hay que cambiar las herraduras a los caballos. O cuando Colt necesita ayuda con alguna mierda del rancho.

—¿Herraduras?

Lo miro, pero está muy concentrado en la carretera, lo cual me deja un poco más tranquila. Tampoco es que haya ido aferrada al asiento durante todo el trayecto, pero admito que lo hacía cada vez que el camino se estrechaba o aparecía una curva especialmente cerrada.

—Ya lo verás.

No añade nada más. El sonido que retumba por los altavoces de la camioneta nos envuelve: guitarras furiosas y letras agresivas. El gusto musical de mi tío es… intenso.

Pero sigue el ritmo de la batería con los dedos y parece disfrutar de ese *heavy metal* atronador.

No ayuda mucho a calmar mis nervios, pero tampoco estoy en posición de ponerme a discutir la lista de reproducción.

Respiro hondo y me concentro en el imponente paraíso invernal al otro lado de la ventanilla, que me empuja a sacar el teléfono —lo he tenido en modo avión a propósito desde que subí al avión— y grabar un poco del paisaje nevado mientras avanzamos.

—Es precioso —murmuro.

Y entonces alcanzamos la última cresta y Devil's Peak aparece de forma dramática en el horizonte.



—¿La sobrina de Stôrmand Lane nunca ha montado a caballo?

Un vaquero de ojos color zafiro y mandíbula cincelada se inclina hacia la ventanilla del vehículo. Kayce Wilder ha sido todo sonrisas y amabilidad desde que ha salido del establo a recibirnos y yo he bajado primero de la camioneta.

El tío Storm gruñó algo antes de alejarse y no supe muy bien si tenía que seguirlo o quedarme ahí mismo.

Así que me quedé dando vueltas por el aparcamiento de grava junto a una increíble casa de montaña, intentando que no se me descolgara la mandíbula ante la belleza del rancho.

No es la primera vez que visito uno, pero este tiene un encanto y una energía especialmente atractivos.

—¿Lo dices en serio? —Kayce me mira de arriba abajo con expresión divertida.

—Sí. Ni siquiera recuerdo la última vez que vi un caballo de cerca. —Sonrío y me tapo la cara con las manos—. Y ahora debes de pensar que soy una urbanita idiota.

Kayce se echa a reír con una carcajada profunda y sincera que le ilumina los ojos.

—Nah, no te preocupes. Si eres sobrina de Storm, se te darán bien los caballos. Ese tío tiene un don con los animales, ya lo verás.

Tengo que morderme la lengua unas cinco veces para contener la inmediata necesidad de gritar con los brazos en alto para dejar bien en claro que no compartimos ni una gota de sangre.

Pero me doy cuenta de que sería algo absurdo y tremendamente sospechoso.

Dios, soy la reina absoluta de darle demasiadas vueltas a todo.

—¿Podemos ir a verlos? —le pregunto a Kayce con una sonrisa insegura. Cualquier cosa con tal de dejar de hablar de tíos y sobrinas.

Y, en parte, es verdad: tengo curiosidad por verlos. Incluso si la parte de mí que se ha pasado medio trayecto imaginando cómo se sentiría la barba de mi tío rozándome los labios tiene otras intenciones.

Hay algo en la idea de ver a ese gigante tatuado entre animales que me provoca cosas que no debería sentir en el estómago.

Revoloteos, caricias.

—Claro, ven, Briar. Los está revisando para ver cómo tienen las herraduras. Ahora que la nieve empieza a derretirse y el tiempo va a mejorar, Storm se ocupará poco a poco.

Siento que me habla en otro idioma, pero troto detrás de él para seguirle el ritmo a sus zancadas. Cada vez que atravesamos un charco de barro, vuelvo a agradecer haber comprado estas botas nuevas que mantienen mis pies calientes y secos.

—¿El rancho es tuyo?

Al entrar en el establo saco el móvil para hacer fotos y vídeos. Todo es tan mágico, tan irreal…; como sacado de un libro de viajes. ¿Estoy romantizando la situación o de verdad el aire parece más ligero aquí?

Después de tanto tiempo atrapada, esta montaña es exactamente el lugar que necesitaba mi corazón herido para empezar a sanar.

—Oh, eso no te servirá de mucho. Aquí no hay cobertura. —Kayce señala mi móvil con la barbilla—. Incluso en Crimson Ridge falla cuando hace mal tiempo. En casa tenemos internet; no es gran cosa, pero algo es algo. A mí me vuelve loco estar tan aislado, pero así son las cosas. Ahora que lo pienso, creo que Storm instaló wifi en la cabaña hace poco. Estoy bastante seguro de que vivió desconectado como un ermitaño durante años.

—La verdad es que creo que me vendrá bien desintoxicarme un poco del móvil mientras esté aquí, así que no me preocupa demasiado. —Espero haber sonado relajada, aunque por dentro estoy aterrada pensando en lo que me espera en el teléfono cuando me atreva a revisar los mensajes.

Kayce se detiene junto a una puerta de madera y un caballo asoma la cabeza, saludándolo con un relincho.

Doy un respingo y se me escapa un chillido por la sorpresa y el tamaño del animal. El caballo es más alto que él incluso contando el sombrero vaquero color crema, lo que significa que ambos me sacan varios centímetros.

—Hola, Winnie-Win. Te presento a la sobrina de tu novio Storm… Se llama Briar.

La presentación me hace sonrojarme un poco, aunque me recompongo enseguida.

—¿Puedo hacerle una foto? Es preciosa.

—Claro. A Winnie le encanta posar. Pero antes salúdala y acaríciala un poco, urbanita. —Kayce se ríe mientras me enseña cómo acercarme a un caballo.

Me enamoro en cuestión de segundos.

No del vaquero encantador —aunque sí, es atractivo y desprende ese brillo físico de deportista—, sino del caballo. De hecho, de todos los caballos.

Avanzamos por el establo y Kayce resulta ser el guía perfecto. Consigo entender lo que hacen en el rancho durante los meses cálidos: reciben turistas que vienen a hacer senderismo o se alojan allí mientras ellos siguen ocupándose del ganado y manteniendo en marcha el rancho.

O, al menos, eso hace su padre y, por lo que he entendido, Kayce le ayuda.

—Te llevarás bien con Layla cuando la conozcas. Volverán en cualquier momento… Se fueron de viaje durante el invierno y lo último que supe es que estaban recorriendo Irlanda, pero ya están de vuelta.

Mi atención se divide entre el hombre que tengo delante y una sensación cada vez más intensa en la nuca. Todavía no me he cruzado con mi tío y me decepciona un poco no haber podido verlo con los caballos.

Son gigantes dulces. Almas antiguas que parecen hablar a través de esos ojos enormes y brillantes mientras me observan o me mordisquean el pelo. Sus hocicos bigotudos y sus labios aterciopelados exploran mis bolsillos en busca de algún premio y me hacen cosquillas.

Soy consciente de que, por mucho que me preocupe admitirlo, tengo muchas ganas de ver cómo se comporta él con estos animales. Apenas ha pasado un día y ya siento un interés

peligrosamente poco saludable por el hombre con el que voy a convivir cuando volvamos a quedarnos solos.

Un hombre en el que no debería pensar en absoluto.

Kayce me guía por las filas de establos llenos de heno y virutas. Rodeados de ese olor a tierra que me llena los pulmones, nos dirigimos a una habitación al fondo del edificio. El espacio es estrecho y huele intensamente a cuero. Hay monturas, cabestros y estribos por todas partes. Creo que así se llaman esas cosas.

Entonces mis ojos encuentran por fin la figura que llevaba rato buscando de reojo y deseando encontrar en secreto.

Está inclinado sobre una mesa pegada a la pared, hojeando un cuaderno y, cuando entramos, se sobresalta y lo cierra de golpe.

Levanta esos ojos azules hacia mí y después hacia Kayce. En un instante me recorre entera con la mirada y lo noto.

Entonces caigo en la cuenta de que Kayce tiene una mano apoyada en mi cintura. No es más que un contacto para guiarme y un gesto de cordialidad para que pueda cruzar la puerta antes que él; definitivamente entre nosotros no ha habido más que una charla amistosa.

Pero aun así me siento incómoda.

¿Cree que he estado coqueteando? ¿Que me he lanzado sobre el primer hombre que me ha prestado atención?

¿Le importaría que quisiera salir con alguien mientras estoy en Crimson Ridge?

¿Me importa a mí que le importe? ¿Quiero que le importe?

Oh, por Dios. Si me paro a pensarlo dos segundos, esta es sin duda la señal de que necesito buscar una cita urgentemente.

—¿Ya habéis terminado?

—Sí. Nos vemos mañana, viejo. —Kayce retrocede y puedo oír la sonrisa en su voz.

—Te espero en la camioneta.

Un muro de músculos pasa junto a mí. Vuelve a hacer eso de atravesar la puerta sin detenerse, murmurando por encima del hombro y con los dientes apretados, como si yo fuera una molestia enorme.

Mientras yo estaba atrapada en mi batalla mental, completamente distraída, los otros dos habían seguido hablando tranquilamente. Así que me apresuro para alcanzar a mi tío y entonces oigo a Kayce gritar a mi espalda:

—¡Nos vemos mañana, urbanita! Vístete para montar. Te subiremos a un caballo antes de que te des cuenta.

Capítulo 6

Briar



Mis botas hacen crujir la grava suelta mientras el frío helado de la mañana me golpea las mejillas. Con los dedos aferrados al termo de café, avanzo hacia el vaquero que me espera apoyado en la parte trasera de su camioneta.

Kayce me dedica una sonrisa ladeada y baja de un salto. Lleva unos vaqueros claros, una sudadera gastada con el logo de una herradura y un sombrero vaquero color crema.

Se le ve demasiado alegre para ser tan temprano.

—Buenos días, Stôrmand. Es un placer verte… tan guapo como siempre —grita mientras le hace un saludo militar al hombre que entra en el establo.

Como única respuesta recibe un dedo corazón levantado y la espalda de Storm.

—Vamos, acompáñame a dar de comer a esas malditas muertas de hambre y luego te prepararé para montar. —Kayce sacude la cabeza con aire presumido y cierra la caja de la camioneta de un golpe.

Mi ceño fruncido deja claro que no he entendido ni una palabra de lo que acaba de decir.

—Sube. Vamos a conocer a las vacas.

—Ah, claro. —Me deslizo en el asiento del copiloto.

Hay envoltorios de comida esparcidos por todas partes y vasos vacíos de café acumulados en los portavasos.

—Parece que un adolescente te haya robado la camioneta sin que te enteraras. —Tuerzo la boca.

—No empieces… Suenas igual que mi padre cuando dices esas cosas.

Empujo con la bota el cementerio de envoltorios de caramelos y bolsas de papel arrugadas hacia un lado.

—¿Qué es exactamente lo que vamos a hacer? Y, por favor, no esperes que sirva para algo más que estorbar.

—En esta época del año seguimos alimentando al ganado. Si nieva mucho vamos a caballo hasta esa parte del rancho, pero ahora el camino está bastante despejado y podemos llegar cómodamente en camioneta.

Arranca el motor y emprendemos la marcha, rebotando por un camino embarrado y desigual que nos aleja de la casa grande y del establo. A lo lejos, Devil's Peak custodia el rancho. Los pinos crecen

entre las formaciones rocosas a ambos lados y enormes extensiones de campo se pierden hasta donde alcanza la vista.

Es un entorno hostil, pero también precioso.

—¿Cómo sobreviven con tanto frío? —Teniendo en cuenta que yo ya estoy frotándome los dedos delante de la calefacción, me da pena imaginar a esas vacas ahí fuera soportando este invierno brutal.

—Están hechas para esto. Criamos una raza angus que soporta el frío y la nieve. Da igual lo duro que se ponga el tiempo: resisten. La nieve se acumula en capas gruesas sobre su pelaje y les sirve de aislamiento extra.

—¿Como un abrigo de piel?

Kayce se ríe.

—Sí. Las mantiene bien calentitas.

—¿Y aun así tenéis que alimentarlas todos los días?

—Hasta que la nieve se derrita y vuelva a crecer bien la hierba con la llegada de la primavera, sí.

Mientras Kayce me explica todo aquello, nos acercamos a una fila de hocicos negros y orejas peludas asomando sobre la valla para recibirnos. Algunas retroceden inquietas al ver llegar la camioneta; otras prácticamente se cuelgan de la cerca saludándonos con entusiasmo.

—Sabían que ibas a venir. —No puedo evitar sonreír—. Como te he dicho…, unas malditas muertas de hambre. Llevan mejor la cuenta del tiempo que nosotros.

—¿Eso es lo que esperan? —Señalo unos enormes fardos redondos, mucho más altos que yo, colocados en fila junto a la valla. Ya hay un tractor aparcado allí abajo, con dos largas horquillas en la

parte delantera. Si esa maquinaria cayera en manos inexpertas, sin duda podría ser mortal.

—Cortamos y empaquetamos durante el verano para tener comida en invierno. Facilita las cosas, así no tenemos que traer alimento de fuera.

—¿Y usas el tractor para empujarlo o algo así? —Me imagino inmediatamente esos pinchos atravesando los fardos gigantes para moverlos.

—Exacto. O sea, los caballos son muy útiles para el trabajo del rancho, pero a veces hace falta un poco de maquinaria moderna para facilitarnos las cosas. Así puedo revisarlas bien y comprobar si alguna tiene heridas o está enferma.

Kayce tamborilea los dedos sobre el volante, no por nerviosismo, sino porque parece tener demasiada energía constantemente. Es increíblemente paciente conmigo. Siento que no dejo de bombardearlo con preguntas y él responde a todas sin mostrar el menor fastidio.

Es agradable no sentirme idiota por tener curiosidad.

—¿Cómo consigues ocuparte de todo esto? ¿O de tantas vacas a la vez? —Parece haber tanto trabajo que me cuesta imaginar que tenga tiempo siquiera para dormir.

—Oh, contratamos un refuerzo de personal cuando tenemos que revisarlas una por una. En esas épocas, Storm nos viene de maravilla. Ese cabrón sabe lanzar el lazo como nadie.

La sola mención de su nombre hace que me imagine a mi tío montando a caballo… El vaquero al completo: chaparreras con sombrero de cuero y guiando a su caballo con plena seguridad. El

calor invade mi cuerpo traicionero y no tiene nada que ver con la calefacción.

—¿Quieres conducir el tractor? —Kayce interrumpe mis pensamientos.

Lo miro horrorizada y me escondo detrás del termo.

—No, gracias. Me da pánico chocarme o atropellar a una pobre vaca. —Miro hacia la fila de ganado que espera impaciente, probablemente preguntándose por qué demonios se retrasa tanto el desayuno.

Kayce resopla.

—Vale. Quédate aquí calentita. No tardaré mucho.

Mientras sale del asiento del conductor, vuelve a inclinar la cabeza hacia dentro y golpea la consola para llamar mi atención sobre lo que parece ser una radio con micrófono.

—Si alguien habla por la radio, responde, ¿vale?

Lo miro.

—¿Y qué digo? —Está claro que, si alguien usa esa radio, será por algo importante, y yo no tengo ni idea de cómo funciona nada de esto.

—Lo que sea. Lo más probable es que sea el sheriff Hayes para saber si estamos bien, y no muerde.

Con esa respuesta nada tranquilizadora y un guiño, Kayce se dirige hacia el tractor.

Me acomodo en el asiento y lo observo mientras siento que mi mundo entero se ha convertido en algo que jamás habría imaginado cuando llegué a Crimson Ridge.

Que le den a Los Ángeles.

Me quedaré aquí encantada, escuchando los sonidos suaves del ganado y contemplando el vapor que emana de su pelaje negro.

Quizá, solo quizá, este sea el lugar donde consiga curar mi corazón roto.



He tenido mi primera lección oficial de equitación y Ollie, la yegua que voy a montar hoy, ya me tiene completamente enamorada.

No hace falta ni que me suba a su lomo; me conformo con quedarme aquí acariciándola y mimándola. Es preciosa. Tiene un tono dorado pálido, como la espuma de un *latte*, y unos ojos azules impresionantes.

Kayce me pasa las riendas y me indica con la barbilla que lo acompañe afuera, guiando a Ollie entre las caballerizas alineadas a ambos lados del establo.

Chasquea la lengua; no sé si dirigido a mí o al caballo.

—Vamos, chicas.

Ollie relincha y avanza. Sabe mucho mejor que yo lo que tiene que hacer.

Seguramente este caballo sería capaz de sacarme a pasear a mí y no al revés.

—Entonces, Briar Lane. ¿De dónde vienes exactamente?

Se me escapa un resoplido.

—¿Esto forma parte de lo que haces con los turistas? ¿Vas a darme la charla de manual del rancho Devil's Peak? —Alzo una ceja

en su dirección, sin estar muy segura de querer seguir por ese camino.

—Nah, para nada. Solo me ha dado curiosidad. —Rodea el cuello de Ollie, que no deja de balancearse mientras caminamos hacia la zona cercada junto a las puertas del establo.

—¿Has oído hablar de Lane Enterprises?

—No.

—Menos mal.

Kayce guarda silencio un momento.

—¿No te caen bien?

Llegamos a lo que parece una pequeña pista para entrenar a los caballos. Cuando nos detenemos junto a la valla de madera, Kayce apoya un codo y espera mi respuesta. Es fácil hablar con él. No sé si alguna vez había sentido algo parecido: consigue que me salgan palabras que jamás habría imaginado decirle a alguien a quien conocí ayer.

—¿Alguna vez has sentido que naciste en el lugar equivocado? ¿Que no encajas en ninguna parte cuando miras a tu alrededor? Como si llevaras una camiseta tres tallas más pequeña que te rozara por todas partes y no supieras cómo quitártela.

Acaricio el cuello de Ollie. Le estoy hablando más al caballo que a Kayce, pero ambos parecen escuchar atentamente mi torpe confesión.

—Muy específico, urbanita. —Entorna los ojos—. ¿Estamos hablando de picor de lana de oveja o de cuando se te mete paja en la ropa interior?

Pongo los ojos en blanco.

—Sabes a qué me refiero.

Esta vez es Kayce quien acaricia al caballo. Se coloca delante del hocico de Ollie y le pasa ambas manos por la cara como si estuvieran manteniendo una conversación secreta.

Le sonríe de lado y Ollie mueve los labios como si le devolviera la sonrisa en un intercambio absurdamente tierno. El vínculo entre ellos resulta evidente en cuanto los observas juntos.

Kayce recoloca una de las riendas antes de hablar.

—Yo no tuve la oportunidad de crecer aquí. Mi padre me abandonó porque solo tenía diecisiete años y creyó que era lo mejor para mí en aquel momento. El problema es que no podría haber escogido peor persona que mi madre para dejarme a su cargo. —Le rasca las orejas a Ollie con dedicación—. Así que, sí, lo entiendo. Creo que mi vida habría sido mucho mejor si hubiera podido crecer aquí con él, pero nunca lo sabré con seguridad. Lo único que puedo hacer es aprovechar esta segunda oportunidad y tomar mejores decisiones cada día.

—Siento mucho que no te lleves bien con tu madre.

—Me da la impresión de que tienes algo de experiencia con padres de mierda.

Consigue hacerme reír.

—¿Cómo lo has sabido?

—Has acabado en Crimson Ridge… y prefieres aguantar a Stôrmand Lane antes que volver con la gente que dejaste atrás.

El corazón se me acelera en cuanto oigo su nombre.

—¿Eso fue lo que te trajo aquí? ¿Escaparte? —pregunto.

—Algo así… Aunque quizá sea más bien intentar dejar atrás mis propios demonios y toda mi mierda.

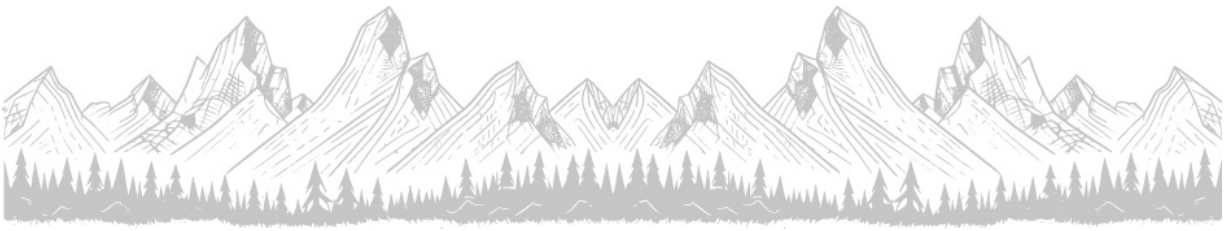
—¿Volverás pronto al circuito de rodeo?

—Eso espero. —Sonríe mostrando los dientes y veo cómo se le iluminan los ojos al hablar de aquello que ama—. Trabajé muchísimo el verano pasado y Storm no dejó de machacarme durante todo el invierno para que me centrara. Ahora que llega la primavera, voy a volver a entrenar. Tengo que estar listo cuando empiece la temporada.

—¿Te da miedo? Me refiero a competir. —Aunque no sé prácticamente nada sobre rodeo, la simple idea de subirse al lomo de un animal decidido a tirarte al suelo me parece aterradora.

—No… Los caballos son simples. Hablan un lenguaje simple. Solo quieren respeto. Cuando te has enfrentado a los verdaderos miedos de la vida, montar se convierte en el lugar al que siempre quieres volver.

Joder. Si pienso en la gente con la que he tenido la desgracia de relacionarme a lo largo de mi vida, entiendo perfectamente a qué se refiere.



Capítulo 7

Storm



—Sé buena. Tranquila y obediente —murmuro en voz baja—. Así, muy bien.

La yegua resopla a mi espalda antes de seguir mis indicaciones.

Sujeto la pata de Peaches justo por encima del casco, la acomodo entre mis muslos sobre los zahones y me pongo manos a la obra.

Siempre me ha gustado el trabajo de herrador. Es metódico. Duro. Físico. Pasarme horas entre caballos me tranquiliza.

Dame un establo lleno de relinchos, resoplidos, dientes mascando heno y gruñidos satisfechos, y lo preferiré mil veces antes que interactuar con personas.

Pero, joder, decir que este trabajo es exigente se queda corto. Hay que pasarse horas inclinado, quitando herraduras, limpiando y revisando cascos, calentando y moldeando metal para volver a

colocarlo. Después de un par de noches durmiendo en un sofá demasiado pequeño y mirando las vigas del techo hasta el amanecer… siento que tengo cien años.

Me duele el cuerpo en sitios que solo recordaba de los tiempos en que los toros estaban más embravecidos. Esos días infernales en la arena, cuando el guante se me enredaba en la cuerda, casi me dislocaba un hombro durante una monta o salía despedido contra el suelo en cuanto sonaba la campana y me destrozaba la espalda.

Ahora siento el mismo dolor y cansancio mental que en mis días como profesional.

Y, por mucho que intente centrarme, lo cierto es que estoy muy distraído.

Desde que llegamos, el maldito Kayce Wilder, con su encanto de niño bonito, se ha pegado a Briar como una maldita lapa. Ella se ofreció a ayudarme con las herraduras aunque no tuviera ni idea del proceso, pero yo no estaba preparado para pasar el día entero tan cerca de ella.

Sobre todo, después de pasarme la noche apretando los dientes, sin apenas pegar ojo, con mi polla medio dura, y sin poder hacerla bajar sabiendo que ella estaba durmiendo en mi cama al otro lado de esa puta pared. Aunque no quiera darle demasiadas vueltas, lo cierto es que Kayce es la persona indicada para enseñarle a manejarse con los caballos.

Es un profesional. Está abriéndose camino en el circuito de doma de caballos salvajes a pelo. Lleva montando y compitiendo en rodeos desde que aprendió a caminar.

Entonces, ¿por qué tengo unas ganas irracionales de ir allí y ser yo quien le enseñe un par de cosas a mi preciosa sobrina?

¿Por qué tuve que apretar los puños y casi partirme los molares de tanto tensar la mandíbula cuando ayer lo vi tocarla?

¿Por qué soy incapaz de sacar a Briar Lane de mi mente y devolverla a la caja etiquetada como «familia», que es exactamente donde debería estar?



Limpio el sudor de la frente con la manga y me recoloco el sombrero. Me cuesta contener el gruñido que amenaza con escapar cuando muevo los hombros y me estiro.

El sonido de las herraduras llama mi atención y, al otro extremo del establo, Kayce cruza las puertas. Es pura sonrisa con dientes, ojos azules brillantes y esa frescura de los veinticinco años pavoneándose hacia una de las caballerizas.

Ollie es un alma dulce. Una de las yeguas más tranquilas del rancho. Nada la perturba.

El caballo perfecto para que Briar aprenda lo básico.

Y en cuanto levanto la vista hacia la chica sentada sobre su lomo, se me olvida qué demonios estaba haciendo.

Tiene las mejillas sonrosadas por el calor y la emoción de montar. Es una amazona de pelo largo, oscuro y recogido, con algunos mechones rebeldes pegados al rostro. Su energía me tiene atrapado: irradia entusiasmo, satisfacción y felicidad; vibra como un diapasón. Es imposible estar cerca de alguien haciendo algo por primera vez y no contagiarse de esa emoción.

Es adictivo.

Quiero dejar de mirarla, de verdad, y sé que no debería ser tan evidente. Pero, joder.

He visto a miles de mujeres montar a caballo. Jinetes profesionales, corredoras, principiantes… lo que quieras.

Jamás me había sentido tan cautivado como observando a Briar sujetar las riendas. Me alegro de haber estado ocupado aquí todo el día. Pero también me jode muchísimo que haya sido Kayce quien ha disfrutado de sus risas y de esa felicidad.

Ya se la ve distinta; eso es lo que le pasa a la gente después de pasar un día en el rancho. Es como una inyección de felicidad pura, una mezcla de aire fresco y cielos inmensos entrando directamente en el torrente sanguíneo.

Y estoy perdido. Porque quiero verla así constantemente y, al mismo tiempo, no tengo ningún derecho a ser quien saque esa parte de ella a la superficie.

Ningún derecho.

Más allá del que me concede ser su maldito tío.

Así que quizá por eso camino hacia ellos, acortando la distancia, aunque sé que debería estar haciendo lo contrario.

Antes de que Kayce pueda volver a tocarla, me detengo junto al hombro de Ollie y le doy unas palmadas en el cuello. Paso la mano por su pelaje brillante.

—Mírate. Un día en el rancho y ya montas como si vivieras aquí.

Briar baja la vista hacia mí y trata de transformar la sonrisa en un pequeño ceño burlón. Joder, ¿por qué tiene que ser tan adorable y tan condenadamente sexi?

Por el bien de mi salud mental, ¿por qué no podía ser aburrida o molesta o poco interesante?

—Kayce es un profesor increíble. —Se gira para mirarlo, plantado al otro lado del caballo con el pelo rubio despeinado y esa sonrisa perfecta que me recuerda demasiado a mí mismo hace muchos años —. En serio, has tenido muchísima paciencia conmigo. Gracias.

—Tiene talento natural, Storm. A la urbanita le ha salido todo a la primera.

Joder. No voy a permitir que le ponga motes cariñosos a mi sobrina. Hay demasiadas mujeres en Crimson Ridge para que vaya detrás precisamente de esta.

—Kayce, ¿puedes revisar la herradura que le he puesto a Winnie? Delantera izquierda. Quiero asegurarme de que estás conforme con el resultado, porque ya sabemos lo quisquilloso que puede ponerse el capullo de Colt.

Utilizo la primera excusa que se me ocurre para quitármelo de encima. Es mentira de principio a fin. Las herraduras están perfectas y la yegua está en la otra punta del establo.

—Claro, viejo. Aunque a estas alturas tú conoces mejor que yo a estos caballos. —Me pasa las riendas, sacude la cabeza y se marcha hacia la caballeriza de Winnie.

—Vamos a bajarte. Lo divertido ya ha terminado. Ahora toca trabajar. Hay que quitarle los arreos a Ollie, darle de comer y agua antes de irnos. —Le doy unas palmadas en la rodilla para indicarle que pase la pierna al otro lado.

Se estremece un poco por el contacto. Sus ojos oscuros bajan hacia mi mano, luego suben hasta mi cara y finalmente vuelven al caballo que monta.

—No me dejes caer —murmura.

—¿Tu tío sería capaz de hacer algo así? —Alzo una ceja mirándola bajo el ala del sombrero.

¿Por qué hago esto? Quizá la estoy poniendo a prueba, llevando las cosas deliberadamente al límite porque esa es mi manera de ser.

Tengo curiosidad. Quiero ver de cerca cómo reacciona cuando dejo caer esa palabra entre nosotros.

—No sé si confío en ti.

—Bien. Se nota que aprendes rápido.

—Uf. —Pone los ojos en blanco, pero obedece. Gira el cuerpo sobre la montura y pasa una pierna por detrás mientras se sujeta al borrén.

—Eso es. Te tengo.

Cuando su peso se desliza hacia abajo, la sujeto por la cintura para amortiguar la caída hasta el suelo.

Joder… Estoy tan jodido que, en cuanto toco su abrigo —mi abrigo, que sigue llevando puesto desde que se lo di ayer; y no estoy preparado para analizar por qué me gusta tanto verla desaparecer dentro de él—, me muero de ganas de atraerla contra mi pecho.

—Gracias. —Le tiembla ligeramente la voz y, durante un momento, nos acercamos mucho más de lo necesario.

Briar inclina apenas la cabeza hacia un lado, tan cerca que alcanzo a distinguir sus pestañas largas. Tan cerca que podría acariciarle la oreja con los labios si me inclinara un poco más.

Las cosas que le susurraría a esta chica si fuera cualquier otra persona.

Qué promesas diabólicas sería capaz de hacer para persuadir a esta joven preciosa de que hiciera cosas muy inapropiadas conmigo

detrás de las puertas de madera de la caballeriza más cercana.

La imagino arrodillada, mirándome con esos ojos avellana brillantes. Pienso en cómo se vería su bonita lengua rosada ante mí, dispuesta, entre unos labios abiertos y lujuriosos.

Ahora mismo, el perfume a vainilla y melocotón llena mis pulmones y deslizo los pulgares sobre el espacio justo encima de su cintura.

Briar alza y deja caer los hombros y los segundos se alargan. El aire que llena el espacio entre su espalda y mi pecho parece cargado de electricidad, y allí donde su coleta cae entre los omóplatos las moléculas parecen crepitar.

O quizá sea simplemente la sangre golpeándome en los oídos.

Los rizos largos caen por su nuca y soy un hombre tan perverso y retorcido que me vuelvo loco de ganas de agarrar esa coleta con el puño. Necesito saber qué sonido haría si tirara de ella con fuerza. Creo que a esta chica le gusta que la traten así.

Mierda. Oficialmente acabo de descubrir un nuevo límite de depravación que ni siquiera sabía que existía… y lo he cruzado sin miramientos. Ahora ya sé exactamente qué va a ocupar mi mente mientras me paso la noche dando vueltas en ese sofá de mierda.

El sonido de unas botas y el tarareo de Kayce me arrancan del trance. Toso contra el puño para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta y retrocedo, poniendo una distancia sana (es decir, apropiada para un tío y su sobrina) entre nosotros.

Briar agacha la cabeza.

Se inclina para acariciar el cuello de Ollie, abriendo bien los dedos de uñas pintadas en rosa pastel, pero habla tan bajo que solo yo

puedo oírla. No sé si lo hace a propósito o si me lo estoy imaginando, pero parece no querer que Kayce la escuche.

—Me encantaría verte montar algún día.

Capítulo 8

Briar



Ha pasado una semana desde que hice pedazos mi vida, crucé el país en avión y llegué a Crimson Ridge.

Una semana.

Siete días desde aquella noche en la que mi tío no solo me agarró del cuello con su mano tatuada, sino que además se instaló para siempre en mi cerebro y alteró los engranajes y la química de mi mente.

No he vuelto a ser la misma.

Desde aquel encuentro, no dejo de desear volver a sentir lo que provocó en mí… y me enfurece no saber siquiera qué es lo que mi cuerpo necesita.

Además, tengo demasiado claro lo diminuta que es esta maldita cabaña, así que no he podido hacer nada para aliviar esta incomodidad creciente que no deja de acumularse dentro de mí.

Empiezo a pensar que necesito buscarme un vaquero en Crimson Ridge para divertirme un poco, aunque sea una sola noche. Alguien que no necesite un mapa y un manual de instrucciones para encontrar el clítoris de una mujer.

¿Qué dice de mí ser una mujer de veintiséis años que ha tenido que soportar una relación con alguien sin ningún interés en el sexo? Bueno, más concretamente, sin ningún interés en tener sexo conmigo. No diría que soy inexperta, pero tampoco una experta. Estoy atrapada justo en medio: sé perfectamente lo que quiero en la cama y, al mismo tiempo, no tengo ni la más remota idea de cómo pedirlo. Soy muy tímida. Pienso demasiado las cosas.

Pero tal vez en una ciudad nueva y con un completo desconocido, por fin se alineen las estrellas y consiga disfrutar de un sexo un poco sucio y muy ardiente. Aunque un revolcón de una noche tampoco me parece lo más interesante, no estoy en posición de ser quisquillosa. ¿Y qué importa si no vuelvo a verlo nunca más? Al menos me lo pasaré bien y habré empezado, de una vez, a disfrutar del sexo.

Claro que Antoine sí sabía conseguir lo que quería sin pensar ni un segundo en nadie más que en sí mismo.

No hay nada como un hombre que se levanta de la cama en cuanto termina. Tampoco es que yo quisiera que se quedara, pero eso no justifica el absoluto desinterés que mostraba después de llenar el condón y darse una palmadita en la espalda. El muy cretino

tenía un talento admirable para hacerme sentir que era culpa mía no llegar nunca al orgasmo.

Dios. No me extraña estar tan jodida en todo lo relacionado con el sexo y con los deseos reprimidos de mi cuerpo.

Lo que sí sé es que necesito a alguien que me folle y me saque de esta locura de no poder dejar de tener pensamientos inapropiados con mi tío.

Creo que estoy encontrando mi lugar aquí, ahora que han pasado algunos días: lo acompaño al rancho, lo ayudo con las herraduras y sigo recibiendo clases de equitación con Kayce. Pero, por Dios, no estaba preparada para lo difícil que iba a ser pasar tanto tiempo cerca de Stôrmand Lane.

Cada vez que me doy la vuelta, está ahí, y mis ovarios empiezan a gritar como si presidieran oficialmente su club de fans. Según ellos, es un diez. Un espécimen perfecto de su categoría.

Por otro lado, la cabaña —que sigue sin nombre— es tan pequeña que no dejamos de chocarnos el uno con el otro. Y, para complicar todavía más mis hormonas alborotadas, si no estamos tropezándonos mientras preparamos el desayuno por las mañanas o una cena sencilla después del trabajo en el rancho, vamos apretados dentro de la cabina de su camioneta.

Ese asiento corrido que se extiende entre nosotros me resulta demasiado tentador. Es como si gritara mi nombre para que me acerque más.

Estoy segura de que quien diseñó aquello tenía una sola cosa en mente.

Y desde luego no era conducir.

Otro detalle importante de esta convivencia tan cercana es que he descubierto que mi tío es la personificación de la terquedad. Basta con decirle que no haga algo para que lo haga dos veces y además te mande una foto enseñando el dedo corazón. Y basta con pedirle que haga algo para que se resista con la obstinación de una mula.

No me sorprende que pasara años dedicándose a ser lanzado por los aires como un muñeco de trapo encima de toros con pinta de asesinos. Este hombre no podría ser más obstinado.

Sí, he desarrollado cierta obsesión por encontrar cualquier oportunidad para escabullirme y ver grabaciones antiguas de su época en el circuito profesional. El otro día, Kayce me enseñó algunos vídeos en el rancho cuando admití que no sabía nada sobre rodeos ni sobre la carrera de mi tío.

Me miró con una expresión tan dramática que parecía a punto de llevarse las manos al pecho en versión vaquera.

Así que las clases de equitación acabaron convirtiéndose en clases improvisadas sobre rodeo. Pero no puedo culpar a Kayce de que una exposición completamente inocente a vídeos de ocho segundos y montajes a cámara lenta de Stôrmand «Storm» Lane me llevara esa misma noche a revisar de arriba abajo sus redes sociales abandonadas.

Oficialmente tengo un sucio secreto.

Por las noches me tumbo en la cama, a oscuras, con los auriculares y el volumen lo más bajo posible porque me da miedo que haya desarrollado un oído supersónico y morirme de vergüenza si llegara a escuchar lo que estoy viendo.

O, mejor dicho, a quién estoy viendo.

Es una sensación indescriptible compartir este espacio diminuto con un casi desconocido y, al mismo tiempo, tenerlo dentro de la pantalla de mi móvil.

Como la cabaña es vieja, aprendí desde la primera noche que amanecí en la cama al borde de la congelación que, para sobrevivir en esta montaña, hay que dormir con la puerta del dormitorio completamente abierta para que entre el calor de la chimenea. Así que, cuando me arropo por las noches, el hombre que aparece en la pantalla de mi teléfono —esa deidad del rodeo en la cima de su carrera— está tumbado en el sofá a apenas unos metros de distancia.

Un sofá en el que no debería seguir durmiendo teniendo en cuenta el castigo brutal al que somete su cuerpo todos los días.

He aprendido que el trabajo de herrador es agotador. Hay que retirar las herraduras gastadas —¿quién iba a decirme que los caballos necesitan pedicura regularmente?—, luego utiliza herramientas que parecen artefactos de tortura; y, aunque debe dolerles, siempre he visto a los animales bastante dóciles y alegres mientras él los manipula con seguridad.

Nunca antes había deseado tanto ser un caballo.

Hay otras tareas complicadas que implican fuego y calentar metal hasta dejarlo de un naranja vibrante, para luego seguir martilleándolo hasta que adquiere la forma adecuada. Todo el proceso es fascinante. Yo me quedo allí, sujetando al caballo y acariciándole el largo hocico mientras él lleva a cabo todo el procedimiento. Parece que algunos se ponen un poco nerviosos cuando tienen que cambiarles las herraduras y necesitan que un amigo les sostenga la mano…, por así decirlo. Otros tienen sus

manías, como un punto exacto donde hay que rascarles —en este caso, detrás de las orejas— para que se relajen. Les dan una bolsita con comida para que mastiquen y yo tengo que acompañarlos, pasarles los dedos por las crines, acariciarlos e intentar convencerlos de que, aunque no lo parezca —a juzgar por los golpes, las limaduras y los martillazos—, están en buenas manos.

Me cuesta creer que, por lo general, a los caballos no les moleste que les incrusten auténticos clavos en los cascos para colocarles las herraduras.

Para mi tío son horas y horas encorvado, martilleando, moldeando el metal y clavando. No hay atajos, y ahora me resulta aún más evidente por qué tiene ese cuerpo esculpido a mano. No necesita ningún gimnasio con un trabajo tan físico.

¿Y si le sumamos a la mezcla caballos y este rancho tan pintoresco? O sea, a cualquier chica se le aflojarían las piernas viendo ese espectáculo una y otra vez.

Y mejor no mencionar el sombrero.

No.

He decidido ignorar la imagen de mi tío con sombrero de vaquero, aunque me provoque mariposas en el estómago.

La imagen congelada en la pantalla lo muestra en plena doma. Es de una de las competiciones de los inicios de su carrera: levanta un brazo en el aire y los flecos de sus chaparreras siguen el movimiento. Lleva el mentón echado hacia atrás y el sombrero, sobre la cabeza, le queda tan bien como todo lo demás. El tatuaje que le sube por el cuello hace que se me tensen los muslos involuntariamente.

Más adelante, en su brillante carrera profesional, empezó a usar casco, lo que apenas le resta un poco de peligrosidad a todo el asunto. Bien sabe Dios que esa fina capa de plástico no será de mucha ayuda para prevenir lesiones fatales si las cosas salieran mal en el ruedo.

Su valentía me derrite por dentro.

No es la primera vez esta semana que me descubro deslizándome hacia pensamientos peligrosos. Preguntándome qué haría falta para que un hombre como él, siempre y cuando no fuera mi tío, se fijase en mí.

Un hombre rudo, salvaje y caótico, pero que desprende encanto y carisma de una forma hosca y sutil.

Su tozudez no hace más que añadirle capas de complejidad. Hay algo en eso que me enfurece, pero también me resulta cautivador.

Con lo cabezota que es, ha rechazado mis múltiples ofertas de cambiar de cama. Aunque solo fuera por una noche. Llegué a suplicárselo durante la cena. Yo estaría encantada de dormir en el sofá, pero mi tío sigue empeñado en decir que está bien, cuando es evidente que no lo está.

Veo las ojeras bajo sus ojos de un azul imposible.

No las tenía la semana pasada.



Las luces de la camioneta iluminan el porche de la cabaña —¿debería ponerle un nombre antiguo? ¿Quizá Clarabelle? ¿O algo que evoque el bosque, como Acres de Cedro?—. Estoy más que

preparada para una ducha caliente, algo de comida y acurrucarme bajo una manta gruesa.

Hoy lo he ayudado todo lo que pude en el granero: he limpiado establos, he movido pilas de estiércol de caballo… Básicamente, he sido un peón de rancho: la definición precisa de alguien que no tiene ni idea de lo que hace, pero le pone empeño.

También he conocido a Layla y Colt, que acaban de volver de su viaje. Creo que he tenido un flechazo lésbico con esa preciosidad que debe de tener más o menos mi edad: rizos cobrizos, ojos verdes y una energía que dan ganas de seguirla como una sombra todo el día para que te enseñe qué hacer con los caballos.

Mi enamoramiento estaba en su punto más alto cuando Layla me miró y dijo:

—Gracias a Dios hay otra mujer viviendo en esta montaña. ¿Me prometes que vendrás a la hoguera el próximo invierno, si sigues aquí?

No sé qué es esa hoguera ni qué implica, pero asiento con entusiasmo. Y entiendo por qué su hosco vaquero, Colton Wilder, no puede quitarle los ojos de encima vaya donde vaya. Estoy cien por cien de acuerdo. Está claro que Layla, además de ser un bombón, es muy amable; sentí ganas de abrazarla cuando nos despedimos al anochecer. ¿Hubiese sido raro? Tal vez, pero qué más da.

Pocas veces he conocido a una mujer que no tuviera segundas intenciones, o que se acercara a mí por mi familia o, peor aún, que solo quisiera estar conmigo para llegar hasta Antoine.

Que les den a todas esas zorras.

Me alivia mucho haber salido de esa pecera.

Después de ducharme y ponerme ropa que no huele a culo de caballo, voy hacia la cocina esperando, en silencio, encontrarla vacía. Para mi sorpresa, veo a un gigante sentado frente a una abundante ración de comida humeante, y hay otro plato igual de rebosante esperándome al otro lado de la mesa.

Parece carne, puré de patatas y litros de salsa que huele a gloria bendita después de un día entero trabajando en el establo. El frío debe de haberme alterado las papilas gustativas, porque he tenido mis épocas de ser vegana y jamás en la vida me había apetecido comer algo con este aroma. Y, sin embargo, aquí estoy, lista para abalanzarme sobre el plato, devorarlo e ir a servirme más.

—No hacía falta que te molestaras. —Me deslizo en el asiento al otro lado de la mesa. Mi tío casi ha terminado de comer en el tiempo que a mí me ha llevado ducharme. Él se ha duchado primero. No sé cómo, pero conseguí ganar esa discusión y no he cedido desde el primer día que volvió del rancho.

Es él quien está con los caballos y quien machaca su cuerpo todo el día. Me parecía lógico insistir en que se duchara primero. Pero cualquier otro intento de negociar con él ha sido inútil.

—Dios, huele de maravilla. En serio, gracias.

—No es nada. —Se encoge de hombros.

Caemos en el silencio habitual mientras terminamos de comer. Ahora que lo pienso, sentados aquí por las noches, nunca hablamos demasiado. Y, si soy sincera, no me molesta; incluso puedo entenderlo. He venido a destrozar la paz y el aislamiento de este hombre, y todavía no tengo claro cómo voy a solucionarlo. Yo suelo mirar el móvil y él hace lo mismo; después me retiro al dormitorio

mientras él ve algo en el pequeño televisor que tiene en una esquina del salón.

Por ahora, ignoro el elefante en la habitación; me refiero al momento en que por fin reúna el valor para decidir qué hacer con mi vida. Si soy sincera, ni siquiera sé cuánto tiempo voy a quedarme en Crimson Ridge, así que no quiero que él sienta que tiene que irse, mudarse o alguna estupidez por el estilo.

¿Quizá use esta cabaña como un lugar al que venir de vacaciones de vez en cuando? Tengo dinero suficiente para mantenerme una temporada. Una de las ventajas de trabajar en la empresa familiar desde los dieciséis años es haber podido ahorrar durante todo ese tiempo.

Cuánto me alegro de haber escuchado a mi instinto cuando me decía que jamás confiara en un hombre y de contar con la tranquilidad de una década de ahorros a mi disposición —por mucho que me moleste que sea dinero de Lane— para mantenerme hasta que siente la cabeza y encuentre trabajo.

Aun así, mientras tomo algunas decisiones, me gustaría conseguir que este lugar resultara un poco más… Ni siquiera sé cómo explicarlo. ¿Acogedor? ¿Menos austero?

Por eso disparo la pregunta después de tragar, con voracidad y sin pensar, una cucharada de puré de patatas.

—¿Dónde están tus cosas?

Sus ojos azules se clavan en los míos desde el otro lado de la mesa. Cada vez que me mira así, siento que la habitación se encoge. Como si yo fuera un acertijo; pero no de los divertidos, sino de esos que aparecen bajo tortura o en situaciones de vida o muerte.

En esos momentos me siento como un enigma que tiene que resolver para salvarse de la horca.

—¿Qué cosas? —Alza las cejas. Cada rasgo de su rostro me resulta tentador. Es tan fuerte y anguloso, como una estatua de piedra que quiero acariciar para apreciar con las manos la delicadeza con la que ha sido esculpida a lo largo del tiempo.

—Ya sabes… Objetos… Pertenencias. ¿No dijiste que llevas años viviendo aquí? —Señalo con el tenedor la estancia vacía y su aspecto desolado. No me extrañaría encontrar un matojo rodante entre estas paredes.

—¿Para qué voy a llenarme de mierdas?

—Pero… ¿no te gustaría que pareciera más un hogar?

—Briar. —Respira hondo, aparta el plato vacío y se apoya contra el respaldo de la silla—. Me he pasado casi toda la vida viajando. Es una rutina peculiar, pero te acostumbras a vivir con una bolsa y sin llenarte de mierda inútil. Así son las cosas, y no espero que lo comprendas si nunca has vivido así. A la mayoría le cuesta comprenderlo.

Se pasa ambas manos por el pelo. Los mechones rubio ceniza se le rizan de un modo caótico, formando ángulos extraños. Dios, siempre se ve espectacular, y tengo que bajar la mirada para que mi cuerpo no reaccione a la sensualidad de este hombre.

Sobre todo, en este estado de somnolencia nocturna que encaja con la espesa oscuridad que ha invadido la cabaña.

—Además, no sé de qué hablas, Espinita. Llegaste con una sola maleta. —Curva los labios en una sonrisa ladeada cuando me atrevo a devolverle la mirada, burlándose de mí de esa forma que me hace estremecer.

También me niego a reconocer que me acelera un poco el corazón.

¿Me ha puesto un apodo? Lo ha dicho con naturalidad, sin vacilar, y, Dios, me gusta que me llame así. Más de lo que debería.

—Bueno, ¿te molesta si hago este lugar un poco más… acogedor? —Tengo que pellizcarme el muslo bajo la mesa para evitar desmayarme.

—¿Quieres construir tu nidito o alguna mierda por el estilo?

—No. —Me acomodo en el asiento y lo miro con el ceño fruncido —. Solo… quizá unas mantas para el sofá. Algunos cojines. Hay una galería de arte en el pueblo que parecía muy bonita; me encantaría comprar algunas cosas para decorar.

Sacude la cabeza con una sonrisa hosca. Empieza a recoger los platos en cuanto ve que termino de comer. Me doy cuenta de que siempre hace eso: espera a que termine antes de levantarse.

Estaba tan acostumbrada a que me ignorasen… De hecho, podría jurar que mi familia y el hombre con el que vivía jamás comieron en la misma mesa que yo.

Cuando vuelve unos minutos después, lleva una cerveza en cada mano y me ofrece una.

—Oh. Gracias. —Otra vez tengo que bajar la cabeza antes de cogerla, porque me da un vuelco el estómago con solo ver sus nudillos tatuados rodeando el cuello de la botella. Me recuerda a cuando los tenía sobre mi garganta. La ligera inclinación del cristal ambarino, acariciado por sus dedos, está prendiendo un fuego salvaje en lo más profundo de mi cuerpo.

Miradme. Sexualizando el hecho de que mi tío me ofrezca una cerveza.

Eso debería ser mi última advertencia. No admite interpretaciones y no puedo seguir ignorándolo. Mañana mismo me descargo una aplicación de citas.

También podría buscar por aquí a alguien a quien le apetezca un poco de sexo sin compromiso. A los hombres les gusta eso, ¿no?

Vuelve a sentarse con las piernas abiertas y es tan atractivo… Mirarlo no ayuda en absoluto a calmar el infierno que se desata entre mis muslos.

—¿Es por eso que tenemos una taza con ramitas en el centro de la mesa?

No llego a beber de la botella que me acerco a los labios y acabo soltando un balbuceo ininteligible.

—No son ramitas. Es… es…

Sus ojos azules brillan por encima de la cerveza que inclina hacia la boca mientras me observa con intensidad.

—No lo vas a entender —murmuro antes de dar un sorbo. Otra cosa que hacía muchísimo tiempo que no hacía: beber cerveza. El sabor ligeramente amargo y refrescante se siente bien sobre la lengua.

Ayer salí a buscar por el parque algo parecido a unas flores, pero en pleno comienzo de la primavera no había muchas opciones donde elegir. Así que tuve que conformarme con un ramillete de una planta con brotes en las puntas. Con el tiempo florecerán, pero tengo que admitir que, en su estado actual, sí parecen un puñado de ramitas cuidadosamente colocadas en un vaso de agua.

—Por supuesto que puedes decorar la cabaña —dice esta vez con más suavidad—. Después de todo, es tuya.

—No quiero imponerme. Es tu casa. —Me muerdo el labio inferior. Joder, entre la comida deliciosa, el alcohol y el sonido melodioso de su voz cuando baja a ese tono, noto las mejillas ardiendo.

La luz ha abandonado la habitación mientras permanecíamos sentados aquí y ahora solo queda un resplandor anaranjado acariciándonos la piel. Toda la escena resulta muy íntima y alcanzo a percibir el instante exacto en que cambia su expresión.

Sus ojos azules se endurecen. Aprieta la mandíbula.

Es como si hubiera dicho o hecho algo incorrecto.

Se pone en pie de repente y deja sobre la mesa la cerveza a medio terminar.

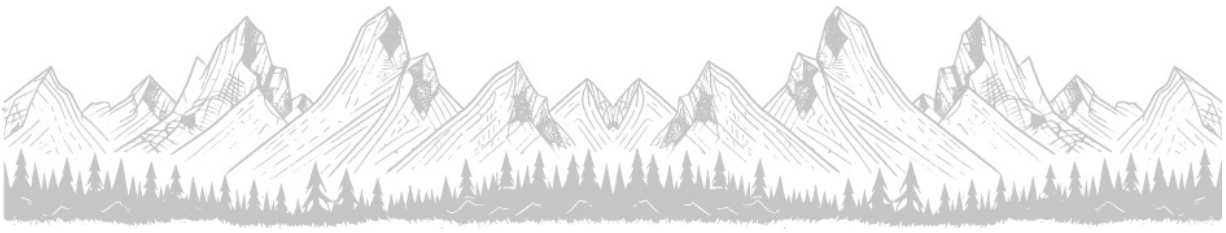
—No me esperes despierta. Tengo que salir un rato… a ver a un amigo.

Y con eso, mi tío desaparece como un suspiro en la oscuridad. Apenas le da tiempo a ponerse el abrigo y las botas antes de cruzar la puerta con una urgencia que me deja aferrada a la cerveza, sintiéndome una idiota. El rugido de la camioneta al arrancar es una puñalada en mitad del pecho.

Por supuesto que tiene que irse.

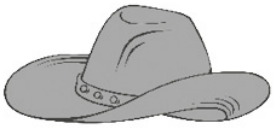
Por supuesto que hay alguien con quien quiere pasar la noche.

Y esa persona no soy yo.



Capítulo 9

Storm



No es la situación ideal conducir por Crimson Ridge de noche, con un frío glacial.

La nieve es lo peor. Sí, es muy bonita cuando caen los copos y el suelo queda cubierto por una capa esponjosa; pero luego se derrite y se convierte en hielo… y, bueno, en este pueblo nieva a toneladas durante meses.

Aun así, estar aquí, incluso con los montones de nieve apilados a los lados de la carretera, es mejor que seguir encerrado en esa cabaña. Estoy cada vez más desesperado por tocar a esa chica a la que ni siquiera debería mirar.

Quizá lo que tendría que hacer es cavar una fosa para enterrar mi alma sucia y acabar de una puta vez con esta situación.

La mitad del pueblo ya piensa lo peor de mí. Y la otra mitad siente una curiosidad morbosa.

Sin duda merezco el escarnio público y la vergüenza por los jodidos pensamientos que me despierta mi propia sobrina. ¿Qué coño me pasa? Es como si alguien hubiera accionado un interruptor que ha transformado mi existencia, y hubiera pasado de disfrutar de la idea de divertirme un rato con cualquiera que estuviera dispuesta, a obsesionarme enfermizamente con el recuerdo de Briar Lane desnuda.

Con una mano me aferro al volante y con la otra me limpio la boca.

Me cago en mi puta vida.

Es imposible saber cuánto tiempo va a quedarse. No lo sé y, si soy sincero, no he querido preguntárselo porque me aterraba la posibilidad de que clavara en mí esos ojos brillantes, entreabriera esos labios carnosos y me dijera que no piensa irse a ninguna parte.

Que piensa quedarse para siempre.

¿Qué coño voy a hacer si eso ocurre? No puedo pasarme la vida durmiendo en el sofá y preguntándome cuánta experiencia tendrá mi sobrina en el sexo oral. Si le gustará que juegue con su culo mientras le paso la lengua por el clítoris. Y desde luego no puedo pasarme todos los días imaginando el sabor de sus pezones endurecidos entre mis dientes.

Joder, tengo que dejar de pensar en sus tetas.

A estas alturas se ha convertido en un riesgo laboral. Casi me atravieso el pulgar con un clavo por distraerme mirándola trabajar en el granero.

Cuando empezó a hablar de decorar y comprar porquerías para la cabaña…, algo se agitó dentro de mí, pero soy demasiado imbécil para detenerme a analizar qué pudo haber sido.

La única opción era salir corriendo.

El teléfono vibra en uno de los posavasos, junto a unos alicates que siempre llevo ahí. Toco la pantalla y veo el mensaje de Beau.

Aparto la camioneta del camino y bajo la música para responderle antes de salir de la zona de cobertura. Esa es una de las ventajas de venir a Crimson Ridge a estas horas: puedo recibir mensajes. Aunque solo sea un compañero del rodeo diciendo alguna gilipollez, me ayudará a distraerme.

BEAU: Salvaje, ¿qué posibilidades hay de que te escapes del rancho para venir a ayudarme con unas reformas?

STORM: Ya me conoces. Siempre estoy disponible para ese bigote tan sensual que tienes.

Pon fecha y allí estaré.

BEAU: ¿Qué te parece la semana que viene?

Primero tengo que terminar unos trámites de mierda con los abogados para sellar el trato.

STORM: Oh, pobre Beau Hartford.

No sabe qué hacer con tanto dinero y ese bigote de estrella del porno.

BEAU: No todos podemos retirarnos e irnos a vivir en mitad de la montaña, como el Yeti.

Algunos tenemos obligaciones.

STORM: Oh, sí, tu vida es muy difícil. Apuesto a que lloras abrazado a fajos de billetes.

¿Cómo lleva Mandy la idea de retirarse y vivir en un rancho?

Unos puntos parpadean en la pantalla y luego se detienen.

BEAU: Como se te ocurra decirle algo a alguien, te corto los huevos mientras duermes.

Hemos roto…

Los medios no lo saben. Su equipo recomendó que no trascendiera nada hasta el lanzamiento de su nuevo álbum.

STORM: Joder. Lo siento, tío. ¿O debería felicitarte?

Sabes que puedes contar conmigo. Para lo que necesites.

¿Estás bien?

BEAU: Sí. Hacía tiempo que estábamos mal.

Estoy deseando que termine todo este circo. Tengo que aguantar unos meses más y luego vendrán las ruedas de prensa de siempre.

Ya sabes cómo es…

Sí, sé cómo es. Pero el caso de Beau es aún peor, teniendo en cuenta que está casado con la chica de oro de la música *country* y vive bajo el foco mediático desde que lo conozco. Todo el mundo estaba pendiente de cualquier mínima señal que indicara cuándo y dónde empezarían a tener hijos.

Joder, cuando compró el rancho aquí, hasta yo pensé que, por fin, había llegado el momento de entregarse a la fantasía de mierda de la familia feliz con una valla blanca alrededor.

Algunos incluso se atreven a decir que debe su carrera al hecho de salir con una superestrella. Le llovieron patrocinadores y oportunidades con las que los simples mortales solo podemos soñar; no pararon de acecharlo desde aquella vez que los pillaron caminando de la mano.

Se hizo viral enseguida.

Eso no cambia el hecho de que es un jinete y un atleta con muchísimo talento. Pero estar casado con una estrella fue una ventaja enorme.

Aunque la mayor parte del tiempo haya sido un infierno.

BEAU: Entonces, ¿la semana que viene?
Trae esa cabecita talentosa y el lugar es todo tuyo. Puedes quedarte el tiempo que necesites.
Solo tienes que prometerme que no traerás a ninguna de tus conejitas, salvaje. No quiero que esa clase de escándalos me persigan hasta Crimson Ridge.
Voy a tener suficientes dolores de cabeza con la prensa durante los próximos meses.
STORM: ¿No puedo convencerte de que te subas a tu *jet* privado y me traigas ese bigote tan sensual?
Te prometo que te trataré bien, cariño.
BEAU: Vete a la mierda, eres una puta.
STORM: Haría cualquier cosa por un solo pelo de tu bigote.
BEAU: Idiota.
¿No llegas tarde al *happy hour* de los paletos? ¿O estás dentro de tu camioneta, aparcado frente a la casa de alguna chica, intentando recordar si ya te la has follado?
¿Seguro que no te has dejado ningún jardín sin regar en todo Crimson Ridge?
STORM: Joder, Hartford. ¿Por qué no vienes aquí y te enseño a usar esa boquita para algo más útil?
BEAU: No estás a mi altura.
Me tengo que ir, tío. Ve a buscar las llaves a casa de mi gestor, en el pueblo, y carga en mi cuenta de la ferretería lo que necesites. Podemos hacer una videollamada o alguna mierda por el estilo y te explico lo que hay que hacer, pero es bastante sencillo. Lijar y pintar. Nada que no seas capaz de hacer.
STORM: De acuerdo. Sueña conmigo.
BEAU: Vete a cagar.
STORM: :-*

Vuelvo a dejar el teléfono en el posavasos. Ya es tarde; me he pasado la noche entera conduciendo y conduciendo.

Aunque no sé si estoy preparado para volver a la montaña, tengo ganas de hacerlo. ¿De dónde coño sale este estado de contradicción permanente? Es como si no pudiera deshacerme de estas extrañas sensaciones que llegaron, se instalaron y ahora se niegan a desaparecer.

Así que supongo que por eso regreso directamente a la cabaña. Cuando bajo de la camioneta y entro arrastrando los pies, me duele el cuello, siento la espalda como si me la hubieran pasado por una picadora de carne y tengo las caderas de un octogenario.

Por mucho que quiera, no hay forma de que pueda tener sexo con nadie esta noche; tendrían que hacerlo todo ellas y montarme mientras yo permanezco tumbado boca arriba como una estrella de mar.

Por suerte para mi cordura y mi cerebro pervertido, la cabaña está en silencio cuando cruzo el umbral y me quito el sombrero, el abrigo y las botas para dejarlos tirados junto a la puerta. Cuando miro hacia el pasillo, no veo ninguna luz en el dormitorio. Espero que esté profundamente dormida.

No me ha pasado desapercibida la expresión de dolor que le ha cruzado el rostro cuando me he ido. Pero prefiero que esté enfadada conmigo antes que enfrentarme al otro problema: que estaba demasiado cerca de hacer algo de lo que podría arrepentirme incluso más que de haberla espiado mientras se desnudaba.

Muevo los hombros y noto las tensiones y las contracturas; inclino el cuello hacia un lado y hacia el otro. Mi mente repasa todo lo que tengo que hacer antes de pasar otra noche sin dormir en el sofá. Avivar el fuego y echar algo de leña a las llamas solo me recuerda lo agotado y dolorido que estoy.

Nada que no pueda solucionar con pastillas y un masaje.

Levanto los brazos por encima de la cabeza para quitarme la camiseta y voy hacia el baño a oscuras, preparándome mentalmente, jugando a ese famoso juego en el que aprietas los dientes e intentas convencerte de que el dolor de espalda no va a matarte. Lo jugaba mucho al terminar una monta complicada. Es divertidísimo.

Enciendo la luz sobre el espejo y abro el botiquín intentando localizar los analgésicos que sé que guardo ahí y una crema antiinflamatoria que creo haber visto la última vez que lo abrí.

—Oh, joder… Lo siento —dice una voz ronca y adormilada a mi espalda. Cuando me giro, Briar está en la puerta. Mierda, solo lleva un jersey holgado y unos pantalones diminutos; se masajea las cejas con los ojos hinchados y entrecerrados por la luz—. Me he despertado y pensaba que me había dejado la luz encendida.

Empieza a retroceder y, cuando aparta las manos de los ojos, los abre de golpe; se despierta de inmediato al darse cuenta de que ambos estamos medio desnudos. O tal vez solo sea mi sucia imaginación, pero es muy fácil imaginar una forma de mejorar esta escena.

Preferiría tenerla sentada sobre el lavabo, con las rodillas abiertas y esos pantalones diminutos apartados hacia un lado mientras me hundo dentro de ella y gime contra mi cuello.

Cierro el puño alrededor del tubo de crema y las pastillas, haciendo crujir el blíster. Supongo que la única salida es ignorarla y marcharme enfurruñado hacia el salón con una erección que no puedo evitar y que me haría sentir culpable si me atreviera a tocarla.

Porque ese capullo no debería endurecerse al ver a mi sobrina. Y, sin embargo, aquí estoy, pensando en ella completamente desnuda, inclinada sobre la encimera, con las tetas colgando y… Dios mío, la situación en mis pantalones no va a mejorar si sigo aquí plantado.

—El baño es todo tuyo. Buenas noches —gruño con voz de hombre de las cavernas, apretando la mandíbula mientras me preparo para pasar junto a ella.

Controla la mirada. No le mires las tetas, ni el culo, ni los muslos desnudos. Por Dios.

—Espera, ¿qué te ha pasado? ¿Estás herido? —Una de sus manos sale disparada hacia mi hombro, pero se detiene a mitad de camino antes de volver junto a su cuerpo.

—No es nada.

Mira lo que llevo en la mano.

—Oh, Dios mío. Lo sabía.

Me rasco la nuca. No puedo quedarme aquí con ella. No puedo estar tan cerca. No a estas horas.

—Déjalo, Briar.

—Te duele, ¿no? Me ignoras cada vez que te pregunto. No seas idiota con esto y déjame ayudarte.

Quizá sea porque estoy demasiado cansado o porque soy un hombre muy muy malo, pero dudo. En este momento, me parece la enfermera más tentadora del mundo.

A la mierda Halloween y las chicas que se embuten las tetas y el culo en vestiditos blancos diminutos y se cuelgan un estetoscopio del cuello.

Esto es más peligroso… Mil veces más atractivo.

—Siéntate. —Señala con un dedo hacia el dormitorio, arreándome como si fuera una mula testaruda.

—Te pones mandona a estas horas, Espinita. —Una mueca de dolor me atraviesa el rostro antes de que pueda disimularla cuando me inclino para sentarme en el borde de mi cama. Mi puta cama. Con las mantas revueltas porque ella estaba durmiendo aquí hace apenas unos segundos.

Su aroma me envuelve, suave, atravesando con sutileza mis defensas en cuanto me siento.

—Bueno, me pillas en el punto álgido de mis habilidades sociales. De madrugada soy especialmente tolerante con los tíos idiotas que acechan en la oscuridad.

Me arranca una carcajada.

—¿Puedo valorar tu servicio? Tengo la sensación de que hay margen de mejora.

—No. Pero puedes tragarte esas pastillas, pasarme la pomada y hacer lo que te diga.

—¿Dónde prefieres que deje mi valoración? ¿Tienes página web?

Briar me quita todo de las manos y pone los ojos en blanco. Mientras me burlaba de ella, se ha ido acercando hasta quedar casi entre mis rodillas. Saca dos pastillas del blíster, las deposita en mi mano y me entrega una botella rosa pastel. Combina con el esmalte de sus uñas. Tiene pegatinas y accesorios, pero estoy demasiado distraído por la chica que tengo entre las piernas como para fijarme en esos detalles. Ni siquiera me había dado cuenta de que la había cogido de la mesilla de noche, demasiado absorto en esta versión al natural de la chica que tengo delante.

—Adorable —murmuro. La miro mientras me dejo las pastillas sobre la lengua y dejo que el agua se las lleve. Con un poco de suerte, pensará que me refiero a la botella. Debería referirme a la botella.

—¿Qué parte te duele más? —Me observa tragar los analgésicos sin apartar los ojos de mi cara.

Mi sobrina está haciendo un esfuerzo enorme por no mirarme el torso desnudo. Y yo soy tan imbécil que disfruto de cada segundo de su sufrimiento.

—Te he dicho que estoy bien. —Dejo la botella a mis pies. Cuando me inclino hacia delante, un dolor intenso y punzante me atraviesa el espacio entre los hombros y el cuello, como si me hubieran marcado con un hierro al rojo vivo.

—Aaaagh. Mierda.

No llego ni a registrar del todo que está tocando mi cuerpo desnudo porque me clava los nudillos justo en ese nudo que lleva una semana formándose.

—Ah, claro. Estás perfectamente bien. Impecable. —Briar resopla —. Dios mío, eres igual de terco que esas criaturas que domabas. Quédate quieto.

La tapa de la pomada hace clic, la cama se hunde y mi mente se queda en blanco.

Siento las manos suaves de Briar sobre mí. Me toca los músculos doloridos arrodillada detrás de mí sobre la cama, tan cerca que su ropa roza mi espalda una y otra vez.

—Dime si hay algún sitio en particular que quieras que te masajee.

Me muerdo la lengua con tanta fuerza que acabaré con sangre en los dientes cuando esto termine. O tal vez me la parta por la mitad.

—Lo siento —murmura—, pero te lo mereces un poco por no admitir que te dolía.

Sí, vivo en una agonía insoportable provocada por mi espalda, el sofá de mierda y la sobrina preciosa que duerme en mi cama.

—¿Así mejor? —Acaricia un nudo especialmente inflamado, lo trabaja, lo afloja, frota y aprieta con dedicación, y yo estoy a punto de volverme loco por lo bien que me siento cuando me toca.

Miles de chispas recorren mis nervios. Cada lugar por el que pasan sus palmas y sus dedos gime de puro alivio.

Cierro los ojos con fuerza.

—Mmmmm. —Es oficial. Briar me ha convertido en un ser incapaz de hablar o razonar. Solo puedo pensar en lo bien que me parece esto.

No recuerdo la última vez que alguien me tocó así… Por favor, que no se detenga. No quiero que pare. Ha habido mujeres que me han recorrido cada centímetro del cuerpo, pero siempre con una intención clara: sexo.

Pero esto… esto es territorio desconocido. Un lugar donde la realidad parece deformada, como reflejada en un espejo antiguo. No sé por qué esta chica deslumbrante, a la que no debería mirar y mucho menos desear, ha decidido borrar los límites que nos separan.

Tal vez este sea el precio que debería estar dispuesto a pagar. Castigaría mi cuerpo todos los días si la recompensa (o el tortuoso castigo) fueran las manos de mi sobrina sobre mi cuerpo desnudo.

Porque es un gesto amable, pero también tremendamente íntimo. Y vuelve a encender una pequeña chispa sobre la idea de que Briar

está mucho más interesada en su tío de lo que debería.

Mierda. Hasta pensar algo así me hace sentir fuera de lugar. Debo de estar drogado por su cercanía, por una atención que jamás he recibido sin que hubiera algo a cambio. Resulta irónico, porque hace mucho tiempo que perdí la cuenta de todas las veces que unas pestañas postizas se me acercaron con propuestas nada sutiles de subir a mi habitación de hotel y hacerme masajes después de una competición; pero cambiaría cualquiera de esos momentos por la preciosa chica que tengo a mi espalda, con las manos sobre mí.

Una chica que está completamente fuera de mi alcance.

Me siento como un caballo al que están cepillando; mis músculos se abandonan a ese estado de somnolencia… relajados y pesados. Estoy en una especie de trance, bajo el hechizo de su contacto y de su habilidad para aflojar la tensión y este dolor salvaje que llevo soportando tanto tiempo.

—¿Mejor, tío Storm? —Su voz suena más ronca que antes. Dios, ¿así suena cuando está excitada? Soy un pervertido sin remedio, porque oírla llamarme «tío» con esa voz hace que mi polla reaccione.

El pulso se me acelera cuando baja de la cama y se coloca frente a mí.

Dios. ¿Por qué se me seca la garganta? ¿Qué ha pasado con mi capacidad para formar palabras? Se han borrado de mi cerebro todas las letras del abecedario. Tengo que apretar los puños para contener el impulso de agarrarla por la parte de atrás de los muslos. Está justo ahí. Al alcance de mi mano, tan cerca que la tela de mis pantalones roza la suavidad de su piel.

Mi sobrina está tan cerca que podría darle las gracias como es debido.

Un agradecimiento que no necesitaría palabras, porque tendría muy ocupadas la boca y la lengua.

—¿Necesitas algo más? —susurra.

Joder, ¿está jugando conmigo?

—No. Gracias, estoy mucho mejor. —Santo cielo. Gruño. El aire entre nosotros se vuelve denso y Briar no se mueve.

Alzo la mirada hacia ella. Los ojos oscuros enmarcados por una espesa cortina de pestañas. Las mejillas ligeramente ruborizadas. La boca carnosa apenas entreabierta.

—Muy bien —exhala y se muerde el labio un instante. El movimiento de sus ojos es tan rápido que intento convencerme de que no ha ocurrido. Pero sí ha ocurrido. Claro que sí. Sus ojos bajan hasta mi boca y vuelven a subir—. Que duermas bien. Buenas noches.

Se marcha antes de que pueda responder nada. Desaparece por el salón y me deja allí, sentado en mi propia cama, con una erección dolorosa, el fantasma de sus caricias todavía en la piel y envuelto en su aroma embriagador.

Capítulo 10

Briar



En el techo, sobre este sofá, hay setenta y ocho tablones de madera color ámbar. Uno tiene una secuencia de nudos oscuros que forman algo parecido a la cara de un perro. Orejas largas. Ojos. El efecto es bastante surrealista. Como una de esas ilusiones ópticas que, una vez descubres, ya no puedes dejar de ver.

Paso la noche completamente despierta. Tengo cosquillas por todo el cuerpo a causa de esta tentación prohibida mientras me ahogo en la vergüenza y me retuerzo repasando una y otra vez las escenas del baño y del dormitorio.

Santo Dios.

Con solo ver el pecho desnudo de mi tío y sus tatuajes…, mi coño estaba listo para subirse a su regazo y comenzar a frotarse contra él.

Qué puta soy.

Por qué estaba medio desnudo en el baño a solo Dios sabe qué hora de la noche es un misterio para otro día.

Lo que ahora ocupa mi mente, que se asoma peligrosamente por una esquina para recordármelo, es lo jodidamente atractivo que es su cuerpo. Es sexi. Mucho más sexi de lo que debería parecerme un hombre que, antes que nada, es mi tío.

Es evidente que es musculoso, fuerte, ancho de pecho y de hombros. Vamos, cualquier chica podría darse cuenta de eso sin necesidad de quitarle la ropa. Pero su torso está esculpido, perfeccionado hasta el último detalle durante los años que ha pasado en el circuito profesional de rodeo y ahora trabajando de sol a sol en ranchos como Devil's Peak.

Esos surcos que descienden hasta una mata de vello oscuro en forma de V, señalando por debajo del cinturón… Mierda. No estaba preparada para descubrir hasta qué punto podía excitarme el cuerpo trabajado de un hombre.

Y más aún cuando está cubierto de tatuajes.

Ahora voy a ir por ahí como una idiota, deseando acariciar esa piel tan firme y esos músculos tan definidos.

Esas ganas contra las que lucho cuando no puedo dormir por las noches se volverán completamente insoportables ahora que sé lo que se siente al tocar la espalda de ese hombre.

Tengo una fotografía mental de cada valle, cada relieve y cada curva que hay bajo su cuello. Todo lo que existe más allá de su pelo revuelto ha quedado registrado en las yemas de mis dedos: el movimiento de sus omóplatos, la parte carnosa junto a la columna

cuando se flexiona, la hendidura que recorre toda la espalda hasta la cintura de sus pantalones.

Trago saliva con culpa.

Está claro que anoche no estaba pensando cuando decidí subirme a la cama y masajearlo sin avisar.

Aunque… no me arrepiento de nada.

¿Me entraron todavía más ganas de hacer una locura semejante porque estaba convencida de que había ido a meterse en la cama de otra chica?

Claro que sí. La mezquindad y el calentón se mezclaron y me hicieron perder la cabeza. Antes de entender siquiera qué estaba pasando, ya tenía las manos sobre su piel.

No quiero admitir cuánto me dolió cuando desapareció de repente y sin avisar. Justo cuando sentía que estábamos cómodos, que algo empezaba a fluir, que habíamos alcanzado esa familiaridad que tanto anhelaba, se levantó y salió por la puerta.

Me dejó sola, pero sobre todo confundida y ahogándome en un mar de emociones alteradas solo de pensar que prefería estar en cualquier otro sitio.

Con alguien mucho mejor que yo.

Desenterró todos los recuerdos de noches enteras sola. «Lo siento, cariño, tengo que trabajar hasta tarde. Ya sabes cómo son las exigencias de los clientes».

Cuando la realidad era que tenía muchas más ganas de echar un polvo en la sala de reuniones que estar conmigo.

Uf. Quiero borrar de mi memoria a ese hombre, su polla horrible y lo patética que fui por no haber visto las señales. Las náuseas me

invaden cuando me detengo a pensar, aunque sea un segundo, en toda la gente que lo sabía y no me dijo nada.

¿Cuántas personas de allí (ya no puedo seguir llamando hogar a ese agujero) se reían de mí todos los días? ¿Tenían algún grupo donde comentaban lo incapaz que era la pobre Briar Lane de conseguir que un hombre le fuera fiel? ¿Era un chiste lo manipulable que resultaba?

Me entran unas ganas terribles de vomitar los huevos con beicon.

Hago girar la taza de café sobre la mesa de madera empujando el asa hacia delante y hacia atrás; el café con leche se balancea en el interior.

Así imagino mi cerebro, atrapado dentro del cráneo y agitándose entre líquidos.

El hombre parcialmente responsable del caos que tengo dentro se ha marchado temprano esta mañana. Me dijo algo de que tenía que ir a Crimson Ridge a ver un trabajo, pero que no tardaría.

Me dio la impresión de que no quería que lo acompañara, así que me senté a desayunar contemplando el brillo de los pinos cubiertos por el hielo derretido bajo el sol de la mañana.

La primavera por fin ha decidido aparecer y, aunque las noches siguen siendo heladas, con temperaturas bajo cero, ya no cae nieve fresca.

Me pregunto cómo será cuando nieve de verdad en invierno. Layla mencionó que, en esta montaña, suelen pasar largos periodos —a veces semanas enteras en Devil's Peak— en los que tienen que cerrar los caminos por la intensidad de las nevadas.

Y mi mente derrotada no tarda en imaginar la escena: acurrucada frente al fuego, sin ningún lugar adonde ir, con un hombre rudo y

musculoso todo para mí.

Estaríamos completamente solos. Aislados del resto del mundo. No habría forma de que nadie se enterase…

Un pitido en el teléfono me sobresalta. Estaba tan absorta en mi fantasía prohibida que había olvidado que, en un arrebato de valentía, me había conectado al wifi para abrir los correos y los mensajes.

No tenía intención de responder a nadie, pero me resultó muy catártica la idea de borrar con dos clics todo lo que llevara el nombre de Antoine Montgomery en el remitente.

Después lo bloqueé de todas partes.

Pero a este pitido le sigue la notificación de un mensaje nuevo. El corazón me sube a la garganta cuando aparece un nombre en la pantalla.

Crispin Lane.

No hay nadie más resentido ni que me deteste con más intensidad que mi hermana mayor.

Siento un nudo en el estómago al ver que no solo me ha escrito un correo, sino también mensajes en Instagram. Esa mujer nunca me habla. Hace años que somos completas desconocidas, pero eso jamás impidió que Cris se sentara en primera fila para disfrutar de mi humillación.

Apuesto a que lo sabía; es una perra despiadada. Seguro que atrapa almas en un frasco que guarda en su despacho, al lado de sus bebidas *detox* de hierba de trigo y pimienta de cayena. Toda la gente a la que ha estafado, tratado como basura y después olvidado: la receta perfecta para triunfar en el imperio Lane.

Nuestro querido padre estaría muy orgulloso.

«No tiene gracia, Briar. Tienes que responder a los mensajes de Antoine y volver a casa. Está muerto de preocupación».

Solo leo las primeras líneas porque sé que el resto del mensaje no será más que manipulación emocional.

Eliminar.

No quiero tener nada que ver con esa gente. Por lo que a mí respecta, esa parte de mi vida ha terminado y, sea cual sea el horizonte hacia el que me dirijo, quiero preocuparme únicamente de ser feliz.

Ya no voy a permitir que me pisoteen ni soportar situaciones con una sonrisa falsa mientras hago lo que esperan de mí. No voy a cargar con la culpa de algo de lo que no soy responsable. Y tampoco voy a vestirme impecable y posar para la foto solo para cumplir con el deber de ser una heredera Lane.

Otro pitido y bajo la vista. Ya sé que es mi hermana y, aunque bloquear a Antoine no me costó absolutamente nada, no consigo hacer lo mismo con ella.

Dios, me sorprende lo profundamente arraigada que tengo la lealtad hacia ella y hacia mi padre. Hicieron un trabajo impecable en ese sentido. Un diez en manipulación y en hacerme sentir culpable por querer una vida mejor.

«Briar, estás siendo egoísta e infantil, como siempre. No puedo creer que te comportes así. Sabes que la semana que viene habría sido su cumpleaños y, por tu culpa, no vamos a poder celebrarlo. Y ahora que tampoco está papá…».

Aprieto el puño con tanta fuerza que las uñas se me clavan en la piel. La rabia me invade y las lágrimas calientes me pinchan detrás de los ojos como agujas.

Borro el mensaje sin abrirlo.

Cómo coño se atreve.

Siempre, sin excepción, convierte cualquier situación en un caldero hirviendo donde cocinarme viva en la vergüenza por el simple hecho de existir.

Siento la sangre atrapada dentro del cuerpo, como si necesitara expulsar toxinas, como si esa oscuridad que mi hermana arrastra consigo pudiera deslizarse bajo mi piel y ahora me impidiera respirar.

Ya estoy de pie, caminando hacia la puerta. Aquí dentro parece que haga mil grados. Aire frío. Aire libre. Eso es lo que necesito: llenarme los pulmones con el oxígeno helado de la montaña y ponerme a hacer algo productivo. Algo físico.

He visto a mi tío cortar leña con el hacha. Sé que hay que reponerla con regularidad.

Puedo hacerlo.

Necesito hacerlo. Tengo que alejarme del teléfono ahora mismo y salir de estas cuatro paredes.

Me calzo las botas, cojo el abrigo que llevo usando desde el día en que él me lo dio y abro la puerta con mucha más fuerza de la necesaria.

Quiero gritarle a la nada.

¿Puedo hacerlo aquí?

Nadie va a oírme.

Veo el hacha clavada en el tajo de cortar leña y voy directa hacia ella. Necesito las dos manos y bastante fuerza para arrancarla; noto el peso y el peligro en la mano.

Me detengo un instante; hay mil cosas que pueden salir mal cortando leña. La primera de la lista es abrirme un puto pie si no

tengo cuidado. Pero estoy en un estado salvaje, así que me importa una mierda.

La rabia está hirviendo y lo único que quiero es golpear madera con metal afilado y escuchar ese sonido tan satisfactorio de fractura cuando las fibras ceden.

Y eso es exactamente lo que hago.

Coloco el tronco frente a mí, levanto el hacha, siento la distribución del peso y la presión de mi mano sobre la suavidad del mango.

Luego la dejo caer para que el impulso y el peso hagan el resto.

El leño se agrieta, pero no termina de partirse, así que vuelvo a levantar el hacha y repito el movimiento. La segunda vez se divide en dos con un sonido catártico.

Dios, qué bien sienta. Como si estuviera liberando al universo una diminuta parte de todas las emociones que llevo años cargando y reprimiendo. Toda esa rabia contenida transformándose en algo útil, como cortar leña para alimentar el fuego.

Me transformo en la viva imagen de una mujer poseída. Como mínimo. Algunos de mis golpes son débiles, pero con cada impacto dejo escapar un poco más de rabia, convirtiéndola primero en un torrente y finalmente en un diluvio. Lanzo mis mejores gritos de guerra mientras levanto y descargo el hacha. Las lágrimas saladas me ruedan por las mejillas.

Infiel.

Mentiroso.

Capullo.

Bueno, joder. Resulta que un hacha y un poco de leña funcionan mejor que un terapeuta carísimo de Los Ángeles.

El tiempo desaparece y, cuando por fin me detengo, el sudor me empapa la cintura y la frente; respiro con dificultad y, al mirar alrededor, queda claro que he cortado mucha más leña de la que pensaba. Hay una pila bastante más grande de lo que podríamos necesitar, pero qué más da.

Punto para la furia femenina.

Dejo el hacha clavada en el tajo, tal como la he encontrado, y llevo toda la leña que puedo cargar hasta el cobertizo del porche. Empezaré por ahí y luego meteré en la cabaña la que haga falta.

Con varios troncos apilados entre los brazos, me dirijo hacia la parte delantera de la cabaña, satisfecha conmigo misma. Este lado queda oscuro por los pinos y la propia cabaña; fuera hay un pequeño cuadrado de hormigón que parece una especie de taller.

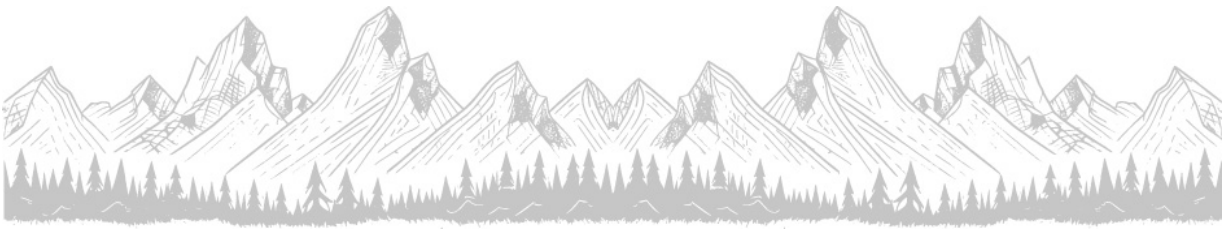
Justo cuando estoy mirando alrededor, contemplando la belleza tranquila del lugar, todo se vuelve contra mí sin previo aviso.

La bota pisa el hormigón y cede al instante. Con los brazos llenos, no hay forma de amortiguar la caída. Las piernas se me disparan hacia arriba y doy una voltereta hacia atrás.

El golpe contra la columna me deja sin aire en los pulmones.

Lo último que recuerdo es el impacto seco que me retumba dentro del cráneo cuando la nuca golpea el suelo.

Los árboles que se alzan sobre mí, observándome como estatuas curiosas, son absorbidos por un vacío negro y nebuloso.



Capítulo 11

Storm



Ocho segundos.

Durante muchos años de mi vida, esa fue la medida de todo. No puedo olvidar el subidón de adrenalina que sentía al aferrarme con fuerza a la bestia que jadeaba y resoplaba bajo mi cuerpo.

Todas las palabras desaparecían, reducidas a un diminuto círculo de concentración. Postura. Torso. Brazos. Agarre. Mentón. En resumen, una lista de trivialidades que resultan irrelevantes en la vida cotidiana.

Nadie se sube al lomo de un toro embravecido por voluntad propia. Tienes que tener alguna motivación retorcida: dinero, gloria, fama o, sencillamente, muy poco aprecio por tu vida.

Pero, insisto, yo nunca hice lo que los demás esperaban o querían de mí.

Así que entiendo perfectamente que ocho segundos pueden parecer una eternidad aunque, para la mayoría de la gente, no sean más que un parpadeo. Una pausa entre respiraciones.

Ahora mismo estoy de vuelta en el ruedo, con el corazón acelerado y el cerebro clavado en una imagen que me ha helado la sangre. Las piernas me llevan por la corta distancia que separa la camioneta del cuerpo pequeño e inmóvil tendido en el suelo. Todo a mi alrededor se ralentiza.

Cada segundo pasa espeso, pegajoso, dolorosamente lento. Siento que transcurre una eternidad desde que bajo del asiento del conductor hasta que llego junto a ese cuerpo tan frágil.

—Briar. Joder. ¿Puedes oírme? —Me arrodillo a su lado y casi pierdo el equilibrio al pisar el hielo negro. Está pálida; hay troncos esparcidos por todas partes, como si hubieran salido despedidos por el aire.

—¿Briar? —repito su nombre con más fuerza, preso del pánico, desesperado por encontrar alguna señal en su rostro. No veo sangre sobre el hielo, pero tampoco quiero moverle la cabeza por si tiene una lesión en la columna a causa del golpe. Ha caído de lleno contra el hormigón. Mierda.

Siento que estoy reviviendo una antigua pesadilla. No me ocurría a menudo, pero cuando pasaba me despertaba con las sábanas empapadas y la garganta ardiendo de tanto gritar sin que nadie me oyera.

Así me siento ahora.

Sin cobertura.

A kilómetros de un hospital.

La radio está dentro de la cabaña. Puedo contactar con los equipos de rescate y con el sheriff Hayes; joder, incluso podría llamar a Colt para que venga enseguida. Pero no quiero apartarme de ella y me aterra hacerle más daño, empeorar sus heridas si intento moverla.

¿Podría vivir con la culpa de hacerle más daño si tiene una lesión vertebral? ¿Un disco roto? Hay nervios que podrían dañarse si la muevo apenas un centímetro.

—Joder. Briar. Por favor, despierta. —Con cuidado, le aparto el pelo de la frente y, justo cuando voy a inclinarme para comprobarle el pulso, sus pestañas tiemblan.

Gracias a Dios.

Le acaricio la mejilla con el corazón en la garganta. Ha sido como ver un espectro, como si la vida hubiera desaparecido de su cara. No sé si alguna vez he sentido tantas náuseas.

—¿Puedes oírme? —Dios, tengo el impulso de cogerla en brazos y me mata no poder hacerlo. Pero me contengo por miedo a empeorar sus heridas.

Emite un sonido ronco y somnoliento, seguido de un leve gruñido. Parpadea con dificultad.

—Tranquila. —Sigo acariciándole la mejilla, pero saber que está consciente y respirando son dos pequeños detalles que me llenan de un profundo alivio.

—Lo siento. La leña. —Se estremece, como si hablar en voz alta requiriera un esfuerzo enorme.

—A la mierda la leña. Vamos dentro, aquí hace mucho frío, ¿vale?

—Quería ayudar.

—Bueno, ahora me toca ayudarte a ti.

—Todo el mundo me odia. —Arruga la nariz mientras sus ojos marrones se mueven inquietos.

La angustia de su voz me deja paralizado. Pero asumo que debe de haberse golpeado la cabeza con fuerza y que no está particularmente lúcida.

—¿Puedes sentarte, cariño? —Cuando deslizo la mano detrás de su cabeza me preparo para notar la humedad espesa de la sangre, pero la incorporo con muchísimo cuidado y no encuentro nada.

—Me duele.

—Lo sé. Entremos para que pueda revisarte bien. Creo que todavía conservas el cerebro en su sitio, pero quiero asegurarme.

—No tiene gracia.

—Soy graciosísimo. Pregúntale a quien quieras.

Cierra los ojos y se aferra a la manga de mi abrigo.

—Quiero decir algo inteligente, pero tengo la cabeza tan embotada que vas a tener que imaginarlo tú.

—Me hago una idea, teniendo en cuenta tus ocurrencias de madrugada. —Observo cómo le cuesta respirar por la nariz mientras se incorpora—. ¿Lista para intentar ponerte de pie?

Emite un sonido afirmativo.

—Perdón por fastidiarte el día. Seguro que tienes cosas mejores que hacer que ocuparte de esto.

—Briar. No tienes que disculparte por necesitar ayuda.

Me clava un poco más los dedos en el brazo.

—Bueno, aun así te lo agradezco. No tendrías por qué hacerlo.

Joder. Sabía que Erik tenía una relación complicada con sus hijas, que apenas estaba presente, pero que esta chica se sienta culpable

por hacerse daño y necesitar ayuda… Me dan ganas de desenterrarlo para partirle la cara a ese cabrón.

Ayudo a Briar a ponerse de pie y entramos despacio, procurando no pisar otro parche de hielo. Se me pasa por la cabeza mandarlo todo a la mierda y cogerla en brazos, pero, aunque está aturdida, insiste en caminar apoyándose en mí como si fuera un bastón para no perder el equilibrio.

—Si te parece, voy a darme una ducha para entrar en calor —dice cuando entramos.

—Con la puerta abierta.

Se gira para mirarme con el ceño fruncido.

—¿Y si te desmayas?

Briar se coloca el pelo detrás de la oreja.

—Creo que estoy bien. No he tenido problemas para ponerme de pie.

Sé muy bien lo que está haciendo, pero conmigo no va a conseguir restarle importancia.

—La puerta abierta. Y me contestas cuando te llame para que sepa que estás bien. —Cruzo los brazos y la miro—. No creas que voy a dudar ni un segundo en entrar si pienso que pasa algo.

—De acuerdo. —Me dedica una mirada extraña antes de retirarse. El agua empieza a correr y la oigo descorrer la cortina de la ducha apenas unos segundos después.

Los analgésicos que tomé anoche siguen sobre la mesa y me observan con expresión de reproche porque, aunque lo haya dicho con tono protector, en plan «estoy aquí para cuidar de ti», hay una gran parte de mí que quiere ignorar las circunstancias y la diferencia de edad y entrar en ese baño.

Me apoyo con ambas manos en la encimera y bajo la cabeza.

Hay un lugar en el infierno reservado para hombres como yo, que se pasaron la vida sin querer nada serio con nadie hasta que encuentran una conexión inexplicable y arrolladora con una persona a la que, estoy bastante seguro, las leyes de algunos estados les prohíben acercarse.

—Hoooola. Sigo viva —grita Briar, interrumpiendo mi impulso repentino de buscar en internet información y jurisprudencia sobre relaciones entre familiares adoptivos.

Por Dios.

—No gastes toda el agua caliente —grito con los ojos cerrados.

Unos minutos después, la ducha se detiene y oigo movimiento dentro del baño. Con una taza en la mano, me quedo plantado mirando las tres clases de infusiones afrutadas colocadas en la estantería que Briar trajo el otro día del pueblo.

¿Cómo coño voy a saber cuál prefiere? Hace años que solo bebo café; nunca tomaría por voluntad propia agua caliente con sabor a fruta. El concepto me parece extraño. Las huelo todas y al final me decido por la de limón y jengibre. Seguro que eso ayuda con las náuseas que probablemente le entren en cualquier momento.

Nunca me caí de un toro durante mi carrera profesional, pero sí me llevé bastantes golpes en la cabeza haciendo estupideces cuando era joven y todavía más idiota. La experiencia propia y las lesiones que vi en el rodeo me enseñaron lo duro que puede ser el efecto residual de una caída.

Briar sale envuelta en el aroma del jabón y sonrojada por el vapor; siento unas ganas brutales de abrazarla.

Lo raro no es querer abrazar a mi sobrina; la parte retorcida es que, después de abrazarla, quiero inclinar la cabeza y besarla hasta dejarla sin aliento. Y esos pensamientos ilegales son mi puto problema.

—Siéntate. Relájate. Ponte una película o algo. —Señalo el sofá con la cabeza—. Y ni se te ocurra tocar el teléfono. —Dejo el té sobre la mesa baja, a su lado, y le paso los analgésicos y un vaso de agua. Siento que el universo me está reclamando los favores de anoche.

Se traga las pastillas y veo cómo se endurece su expresión en cuanto menciono el teléfono.

—No tienes que preocuparte por eso.

No dejo de darle vueltas a lo que dijo ahí fuera. A lo reservada que se mostró respecto a los motivos que la trajeron hasta Crimson Ridge.

«Todo el mundo me odia».

—Voy a estar aquí ordenando unos papeles. Avísame si te encuentras peor o si te entran ganas de vomitar. —Me masajeo la nuca mientras la veo acomodarse en el sofá, con los pies recogidos bajo el culo—. ¿Has comido? ¿Tienes hambre? —Caigo en la cuenta de que me he ido de golpe y no estoy seguro de que haya probado bocado mientras yo salía a comprar las cosas que necesitaré para el trabajo en el rancho de Beau.

Me he escapado porque lo de anoche… estuvo demasiado cerca.

Y eso sin contar que he dormido del tirón por primera vez desde que llegó, y esas horas de sueño ininterrumpido me han recordado lo problemático que es este jodido acuerdo de convivencia.

Briar me regala una media sonrisa.

—Estoy bien. Gracias de todas formas… Te prometo que te avisaré si necesito algo.



—No tienes que tratarme como si fuera de porcelana —dice la chica con una posible conmoción cerebral mientras me sigue hasta la cocina, protestando a mi espalda como si hacer lo mínimo (darle de comer y recoger los platos) fuera una hazaña descomunal.

Joder. Odio a todas y cada una de las personas que formaron parte de su vida antes de llegar aquí.

—Siéntate antes de que acabes partiéndote el cráneo del todo —gruño.

—Pero no ha pasado. Así que, por lo menos, déjame fregar. —La cocina es demasiado pequeña para que los dos podamos estar frente al fregadero al mismo tiempo, pero aun así intenta escurrirse a mi lado.

Lo que nos deja muy cerca el uno del otro.

Siento la suavidad de su cuerpo apretada contra mi muslo y mi cadera y, cuando bajo la mirada, resulta inevitable que mi mente se deslice hacia ese terreno en el que no debería adentrarme. Pienso en cómo nos veríamos así de cerca, pero haciendo otra cosa.

—Muy bien. Como quieras. —A estas alturas sobrevivo únicamente gracias a la fuerza de voluntad que necesito para que no se me ponga dura cada vez que ella se acerca. Así que me aclaro las manos llenas de jabón y voy a buscar un paño de cocina. Me apoyo

contra la encimera y me quedo esperando a que los platos limpios emerjan de entre la espuma.

Trabajamos en paralelo en un silencio cómodo. Es una de las cosas que he notado desde que compartimos la cabaña: Briar parece sentirse a gusto en los silencios largos. No lo hago a propósito, pero después de vivir solo durante tanto tiempo, la idea de compartir espacio con una parlanchina me resulta una pesadilla. Da igual lo sexi que sea.

Reduzco el ritmo de mis movimientos. Disfruto del silencio. No suelo tener muchas ganas de hablar antes de las diez de la mañana ni después de pasar el día entero cambiando herraduras con el cerebro y el cuerpo exhaustos.

Y, de algún modo, Briar encaja perfectamente con eso. No sé qué hacer con esa idea que no deja de repetirse dentro de mi cabeza.

Es tan fácil hablar con ella. Tiene escondido un sentido del humor mordaz que me encanta ver aparecer de vez en cuando, cuando baja la guardia. Como anoche, cuando hizo de enfermera y me ayudó con los músculos doloridos, provocando un desastre mucho mayor del que imagina.

Gracias a su masaje inesperado, hoy he podido moverme sin dolor y, si a eso le sumo una noche de sueño decente, casi me siento como nuevo.

Quizá esa sea la razón por la que estoy secando con tanto esmero cada pieza de vajilla que sale del fregadero: necesito hablar con Briar y no estoy muy seguro de cómo va a terminar la conversación.

Lleva rondándome la cabeza toda la tarde, mientras debería haber estado concentrado en cuentas, facturas, pagos y demás mierdas.

Pero no podía evitar distraerme mirando a la chica preciosa sentada en mi sofá, justo frente a mí, desde la mesa.

Llega la última cuchara, reluciente y cubierta por una película de agua, y casi la doblo por la mitad de tanto apretarla contra el paño.

Briar quita el tapón del fregadero y lo único que se oye es el agua escurriéndose y el crepitar del fuego.

—Déjame echarte otro vistazo a la cabeza. —Siento la garganta tensa y la voz ronca—. Ya sabes, para comprobar que no se te ha salido el cerebro por el golpe.

¿Qué coño me pasa? Está claro que hago chistes porque el asunto que quiero sacar no tiene nada de gracioso.

De hecho, todo puede irse a la mierda.

Me clava esos ojos marrones y se lleva una mano a la parte de atrás de la cabeza.

—Estoy bastante segura de que estoy bien —dice despacio, endureciendo el gesto cuando sus dedos rozan el golpe. Mi atención se dirige inmediatamente hacia ese punto.

—Ven aquí. Déjame verlo. —Dejo caer el paño como si quemara y avanzo hacia ella. Sin detenerme ni pedir permiso, la sujeto por la cintura y la siento sobre la encimera.

Suelta un chillido de protesta y sus pequeños puños se cierran sobre mi camiseta.

Y, una vez más, ese simple contacto me recuerda lo mucho que me gusta tener sus manos sobre mí.

Pero no. Joder. Por una vez en mi vida voy a comportarme como una persona responsable. No voy a quedarme tranquilo si dejo que esta chica se acueste sin saber… Sin estar seguro.

Noto el cuerpo de Briar rígido mientras permanezco frente a ella. Volvemos a ese momento en el que estamos más cerca de lo necesario, pero siento un impulso protector hacia esta chica y sé que no me contará la verdad ni sobre su pasado ni sobre cómo se siente después de la caída.

Así que tendrá que soportar mi forma de hacer las cosas.

—Gira la cabeza, cariño. —Me coloco entre sus piernas para acercarme más. Durante un segundo valoro las consecuencias y vacilo apenas lo que dura una respiración profunda. En esta posición, la palabra «debería» adquiere demasiado peso.

¿Debería estar tocando a esta chica?

¿Debería sentir tanta atracción hacia ella?

En cualquier caso, debería estar pensando en apartarme, en poner distancia entre nosotros. Pero entonces la preocupación por una posible hemorragia cerebral se impone a todo lo demás.

—Voy a mirar dónde te has golpeado, ¿vale?

Briar vuelve a resoplar, pero obedece. Inclina el cuello hacia un lado y baja la mirada, concentrada en el suelo.

—Avísame si te duele. —Trago saliva con dificultad mientras le aparto el pelo y le acaricio el cuero cabelludo. Los mechones suaves se han ondulado ligeramente en la nuca por el vapor de la ducha y algunos cabellos sueltos junto a su cara se mueven con mi respiración cuando me inclino hacia ella. Igual que aquel día en el granero, cuando la ayudé a bajar de ese puto caballo, tengo la boca tan cerca de su oreja que sería facilísimo acortar la distancia y rozar su piel desnuda.

Ah, qué fácil sería acercarme y sentir cómo se estremece bajo mis labios.

Lo que realmente quiero es hundir los dedos en su pelo. Ver esos rizos oscuros enredados en mi puño, mezclados con la tinta de los tatuajes que forman mi nombre sobre los nudillos. Joder, solo imaginarlo hace que el pulso se me dispare.

Los pensamientos posesivos y enfermizos recorren mis venas, la necesidad de hacerla mía igual que ese segundo explosivo en el que el toro sale disparado al ruedo.

Inspiro profundamente por la nariz intentando calmarme, intentando estabilizar el pulso. Tengo que concentrarme en eso y no perder el control, ni la cabeza, para no hundirme en un pozo de fantasías de mierda.

Si pretendo ganarme la confianza de esta chica, esto va en la dirección correcta.

—De momento no me duele. —Briar habla en voz baja. Casi un susurro.

—¿Y ahora? —murmuro mientras mis dedos ascienden despacio, trazando un camino hasta la base de su cráneo.

Se estremece cuando le rozo la mandíbula con el talón de la mano y gira la cabeza hacia un lado para dejarme hacer.

Joder. Es un gesto diminuto, pero transmite una especie de sumisión al mismo tiempo que una expresión de calma se instala en su rostro. Como si estuviera disfrutando de cada segundo. Cuando percibo ese alivio, empiezo a ralentizar los movimientos para alargar este momento compartido. Debería ser rápido, preciso, concentrarme por completo en lo que tengo entre manos —buscar señales de inflamación o hematomas excesivos—, pero en lugar de eso le estoy regalando la sensación de una caricia que hace muchísimo tiempo que nadie le ofrece.

¿Estoy haciendo todo esto para que se derrita en la palma de mi mano? Joder. El cabrón que vive detrás de mis costillas me da una patada en el pecho… como una bestia feroz deseando abalanzarse sobre esa cosita preciosa sentada frente a mí.

Sus pestañas descansan sobre las mejillas, hace un puchero separando los labios en una exhalación temblorosa y se humedece el labio inferior con la lengua rosada, dejando tras ella un brillo húmedo.

Mirándola tan de cerca, mi mente ha descendido a lugares peligrosos. Estoy seguro de que hay un sitio en el infierno reservado para los tíos que no se pueden controlar. Ahora mismo estoy cayendo de cabeza por la madriguera del conejo, sin ninguna esperanza de salir ileso de este desastre.

Sostengo la cara de mi sobrina, de pie entre sus piernas. En cualquier otra circunstancia, si tuviera a una mujer en mi cocina, a mi merced, a esta altura de la noche, estaríamos a veinte segundos de follar.

Pero aquí y ahora me limito a respirar el aire de la mínima distancia que nos separa. El tiempo se detiene y entramos en una tregua mientras nos permitimos explorar un momento íntimo al que ninguno de los dos debería entregarse.

Mis dedos ascienden un poco más, buscando el punto exacto donde el final de la columna se une al cráneo.

—Aquí tienes un chichón —digo algo evidente. Siento la lengua pesada dentro de la boca mientras paso la yema del dedo por el bulto que sobresale en su nuca.

—Me duele un poco —admite.

—¿Más que antes? —Lo acaricio con cuidado, sin presionar, queriendo asegurarme de que no haya nada más preocupante.

Briar emite un sonido dubitativo.

—No. Creo que igual.

No hay ninguna razón para seguir tocándola ni para mantener esta cercanía tan íntima, pero noto la ligera presión de Briar contra mi palma y decido dejar la mano ahí.

Dios. Es tan preciosa… No tengo ni idea de cómo coño voy a enfrentar lo que viene después.

—Tienes que prometerme algo —digo.

—¿No cortar leña en pleno ataque de furia? —Sigue con los ojos cerrados, pero curva los labios en una sonrisa tímida.

Me trago la avalancha de sentimientos inapropiados que pugnan por ocuparme el pecho. Reprimo todos los pensamientos sobre su dulzura, su gracia y esa belleza devastadora. Por mucho que quiera negarlo, ya no puedo seguir haciéndolo.

Es, hasta en el último detalle, la chica de mis sueños.

—Voy a proponerte algo y tienes que prometerme que serás razonable.

—Tú eres el toro cabezota. Yo soy la persona más razonable del mundo.

—Hablo en serio, Briar.

Ella responde parpadeando despacio. Sus ojos oscuros se alzan hacia mí por el peso de mi tono de voz.

—No puedes protestar.

—Bueno… —Vuelve a humedecerse los labios y me mira con desconfianza.

—Esta noche no puedo dejarte sola. —Trago esa piedra que se me ha instalado en la garganta y aparto la mano—. Tengo que asegurarme de que vas a estar bien después del golpe que te has dado en la cabeza.

El pecho de Briar empieza a subir y bajar más deprisa.

Oigo mi propio pulso martilleándome en los oídos.

—Estás diciendo…

—Estoy diciendo que alguien tiene que estar contigo por si pasa algo durante la noche. Y está claro que en ese sofá no cabemos los dos.

Traga saliva.

—Claro.

El aire vibra con las palabras que aún no he pronunciado, aunque ambos sabemos perfectamente cuáles son.

—Está bien —se apresura a añadir, ahorrándome tener que decirlo en voz alta y arriesgarme a confesar todas las veces que he pensado en mandarlo todo a la mierda y seguirla hasta el dormitorio.

Briar se mueve y baja de la encimera.

—Somos adultos. Podemos compartir cama. Además, dormirás mejor que en ese sofá infernal.

Y precisamente ese es el problema.

Lo sé cuando doy un paso atrás y la veo alejarse.

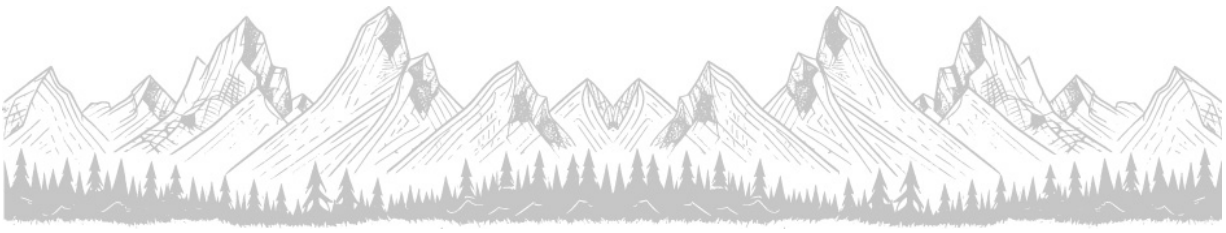
Lo sé mientras preparo el fuego para pasar la noche.

Lo sé cuando la oigo moverse en el dormitorio.

Y lo sé cuando recorro en la oscuridad esa media docena de pasos cortos que conozco demasiado bien, atraído como una polilla hacia la suave luz que se escapa por la puerta entreabierta del dormitorio, mientras siento el pulso golpeándome en el cuello.

Aunque las noches en ese sofá hayan sido una tortura física, cuando me tumbo en el otro lado de la cama y el colchón cede bajo mi peso centímetro a centímetro, tengo clarísima una cosa.

Esto… esto va a ser una tortura completamente distinta.



CAPÍTULO 12

Briar



Es una mañana especialmente acogedora.

El peso de la manta es perfecto; me siento como si estuviera dentro de un capullo. El calor invade cada parte de mí, irradiando hasta los dedos de mis pies.

Anoche fue la mejor noche de sueño de… ¿toda mi vida?

Me escuecen los ojos y la cabeza me late de una forma que no sé si es normal o si debería preocuparme y empezar a buscar la dirección del hospital más cercano.

Al menos hay algo positivo que sacar de todo esto: caí en un sueño profundo y ahora me siento más como una persona nueva que como alguien que huye de su pasado.

Sin embargo, cuando me giro y me estiro, entiendo que no es el peso de la manta lo que resulta tan agradable.

La presión viene de otro cuerpo.

Un cuerpo muy grande.

Oh, por Dios.

Abro los ojos de golpe y todo vuelve a mi mente. Los recuerdos de lo que pasó anoche sobre la encimera de la cocina atraviesan mi cerebro.

Cómo casi me restregué contra la mano de mi tío buscando desesperadamente una pizca de atención.

Y lo que vino justo después.

Compartir la cama.

Compartir. La. Cama.

¿Y ahora? Bueno, ahora… por algún motivo me he despertado enredada en su cuerpo, acurrucados sobre este colchón diminuto, con el enorme brazo tatuado del hombre con el que jamás debería dormir rodeándome la cintura y manteniendo mi espalda pegada a su pecho.

Lo peor es que mi cuerpo ya se ha dado cuenta.

Tengo que cerrar los ojos con fuerza y contener un gemido. Aunque mi cerebro todavía esté adormilado y le cueste seguir el hilo de lo que está ocurriendo, mi coño está alerta, despierto, rogando atención. Tiene un megáfono en la mano y cero intenciones de hacer caso cuando le pido amablemente que se calle y se comporte.

El intenso dolor entre mis muslos es insoportable.

Igual que el lugar donde mi tío apoya la mano. Pero no me atrevo a levantar la manta y confirmar lo que la zorra lujuriosa que vive dentro de mi cabeza ya ha descubierto.

Su antebrazo cruza mi cintura y, mientras registro la sensación de cada punto de contacto, sigo ese peso hasta el lugar donde su mano descansa sobre mis pantalones cortos.

Al principio me negué a aceptar la realidad evidente de esa mano cálida y seductora sobre el fino algodón.

Pero un pequeño movimiento de cadera confirma todo lo que no quiero admitir.

La sensación de él tocándome el sexo mientras duerme provoca chispas y escalofríos bajo mi piel. Hace dos minutos estaba dormida e ignoraba por completo lo que ocurría ahí abajo. Ahora estoy despierta, rígida, rogando poder liberarme de su abrazo.

Porque, sí, está tocando una parte muy íntima de mi cuerpo, pero me parece que no lo hace de forma consciente. Está profundamente dormido. El movimiento regular de su pecho, las vibraciones de su respiración pausada atravesándome desde la espalda hasta el pecho… Todo resulta embriagador.

Dios, necesito moverme. Necesito escapar en silencio y con cuidado de este desastre porque mis ovarios van a gritar si esta caricia involuntaria dura un segundo más.

Empiezo a planear cómo liberarme de la prisión de su brazo y entonces lo noto. Ya no hay forma de ignorar semejante realidad.

Tengo su impresionante erección clavada en la parte baja de mi espalda y esta vez sí tengo que morderme el labio inferior para contener el suspiro cargado de deseo que amenaza con escapárseme.

Mierda. Está completamente duro. Tiene las manos sobre mí. Casi gimo de deseo y confusión porque no hay manera de que un

hombre como él pueda sentirse atraído por una chica como yo. Ni siquiera dormido.

Esto es una alerta de nivel diez. Atención a todas las unidades. Encended las sirenas. Todo está a punto de saltar por los aires. Cada centímetro de mi piel arde de electricidad y deseo y tengo que apretar los muslos con fuerza. Tiene los dedos justo ahí, apoyados sobre la tela que me cubre el coño.

Ayer pensaba en descargarme una aplicación de citas, pero después de todo lo que ha pasado con los masajes y la caída, no quiero ni tocar el teléfono. Además, recuerdo haber oído alguna vez que conviene limitar el tiempo de pantalla cuando te golpeas la cabeza.

Oh, Dios, pero estoy tan caliente…

Me muevo apenas, me retuerzo y me giro en un intento inútil de aliviar esa presión insoportable; me estremezco, aunque no por el dolor de cabeza, sino porque la nueva postura deja en evidencia lo mojado que tengo el coño y toda la entrepierna.

Bueno, joder. Llevo tanto tiempo sometiendo a mi cuerpo a esta abstinencia sexual que no hace falta ser un genio para entender por qué estoy así de empapada.

Está claro que, a pesar del golpe, mi cuerpo ha reaccionado a su contacto mientras dormía y aquí estoy, luchando por no gritarle a la almohada.

También tengo que contener otros mil impulsos que suben a la superficie como burbujas de champán. Sobre todo los que implican despertar a mi irresistible tío y pedirle que me folle hasta hacerme ver las estrellas.

Si nuestra situación fuera distinta… ¿podría interesarle? Si estuviera despierto, ¿su cuerpo reaccionaría igual?

Más allá de aquella primera noche en la que me confundió con otra persona y de la forma en que ha cuidado de mí, ha habido varios momentos que me han hecho pensar. Pero es imposible descifrarlo. Tan sombrío, tan callado y tan encantador. Cuando me clava esos ojos azules y brillantes, siento que podría ahogarme bajo su peso.

Dios. Es enorme. Sentir su cuerpo pegado a mi espalda basta para dejarme sin aire. Y sé que es inmoral que siga aquí, que debería apartarme, pero aun así permanezco inmóvil, robándole el calor y el contacto de su cuerpo contra mi espalda, mis caderas y mis piernas. Casi cada parte de mí roza una parte de él. Me aferro a ese contacto que llevo tantos años necesitando desesperadamente.

Aunque él me lo esté dando sin saberlo.

No. No, Briar. Tienes que salir de este desastre ahora mismo. Estás cansada, vulnerable y este hombre ha sido bueno contigo.

No le des demasiadas vueltas porque, sinceramente, puede que no haya pasado absolutamente nada.

Seguramente está acostumbrado a compartir la cama con otras mujeres y esto no es más que un reflejo inconsciente. Un hábito adquirido con los años.

Uf. ¿Por qué pensar en él con otra mujer me provoca una reacción tan feroz?

Entonces un pensamiento más serio apaga, como un cubo de agua fría, las llamas que arden en mi centro bajo la presión de su mano.

¿Con cuántas mujeres habrá estado en esta misma cama?

¿Cuántas otras habrán compartido estas sábanas y gritado su nombre en el bosque mientras las hacía perder la cabeza?

Ese pensamiento me atraviesa como hielo y termina obligándome a moverme.

A la mierda todo esto. Tengo que escapar de la espiral que se ha apoderado de mi cabeza.

Me libero de su brazo con la destreza de una ninja, bajo de la cama con cuidado y camino de puntillas hacia el baño, en la penumbra grisácea previa al amanecer. No lo oigo moverse detrás de mí, pero jamás he agradecido tanto que las tablas del suelo no crujan y que las bisagras no chirríen.

Al menos he conseguido evitar lo que podría haber sido una situación terriblemente incómoda. Si se despierta solo en la cama con una erección, no tiene por qué pensar nada raro, ¿no? Es algo que a los hombres les sucede todo el tiempo.

Me aferro al marco de la puerta del baño mientras dudo si cerrarla o no. Anoche insistió en que la dejara abierta mientras me duchaba y ahora no sé qué sería peor: dejarla así aunque necesite un momento para recomponerme o cerrarla y arriesgarme a que entre sin permiso como un toro embravecido.

Después de valorar mis opciones, decido que es más probable que me interrumpa si cierro la puerta. Así que respiro hondo y avanzo hacia la ducha. Abro el agua, me quito rápidamente la sudadera y el pantalón corto de dormir mientras mi mente vuelve a la cama y a la sensación de haber estado envuelta en esos brazos fuertes. El calor y el peso de su cuerpo siguen pegados a mi piel.

Rodeada por esa sobrecarga de sensaciones, he tenido una pequeña muestra de lo que debe de sentirse cuando alguien te

quiere y te cuida de verdad. Aunque me resulte tan ajeno…, ¿será así cuando alguien no puede pasar la noche sin tocarte?

Dios. He pasado demasiado tiempo encerrada en aquella casa, durmiendo siempre sola.

«Será mejor que tengamos habitaciones separadas, cariño. Tengo que trabajar hasta tarde y no puedo dormir si no tengo mi propio espacio. Sé que lo entenderás».

Uf. Era una frase tan de manual que no quiero ni pensar cómo pude creérmela.

Cuando entro en la bañera bajo el chorro de agua caliente, no puedo evitar preguntarme si el hombre que me abrazaba tan cerca esta mañana pensaba en mí mientras dormía. Si, en lo más profundo de su mente, sabía que era yo o si soñaba con otra persona ocupando mi lugar en su cama.

Estoy tan tensa que el más mínimo roce en mis pezones endurecidos basta para hacerme estremecer con un remolino de placer que me atraviesa hasta el centro del cuerpo. El agua golpea rítmicamente el fondo de la bañera y resbala por mi piel. Aunque sé que la puerta sigue completamente abierta y aunque daría cualquier cosa por sacar el vibrador que llevo escondido en el bolso, no me queda alternativa.

Mi cuerpo necesita algo. Puedo ser rápida y silenciosa. Solo necesito calmar un poco esta locura.

Apoyo una mano en la pared y un pie en el borde de la bañera. Deslizo los dedos entre mis piernas y la humedad que me recibe lo dice absolutamente todo sobre la desesperación de mi cuerpo.

Con esa misma mano me abro el coño y paso un dedo por el clítoris hinchado. Joder… Cuando por fin toco esa parte de mí que

llevaba tanto tiempo reclamando atención, el alivio que me recorre las venas resulta poderoso y embriagador.

Los movimientos circulares provocan una oleada de placer tan intensa que sé que no tardaré mucho en romperme en mil pedazos. Siento las mejillas ardiéndome entre el calor del agua y el deseo que circula como lava bajo mi piel, creciendo en intensidad con cada roce sobre ese cúmulo de nervios.

Aprieto los ojos con fuerza mientras clavo las uñas en los azulejos de la pared.

Todo parece brillar y contraerse, y esa tensión se vuelve cada vez más intensa. Es la misma sensación que anoche, cuando tenía a ese vaquero rudo de pie entre mis rodillas. Alto e imponente como los pinos que rodean la cabaña mientras yo permanecía inmóvil. La presión de sus dedos en mi nuca estuvo a punto de arrancarme un gemido… igual que ahora.

No puedo hacer ruido… No puedo…

—Briar, ¿estás bien?

Oh, no. Dios. Aparto la mano de mi clítoris. La vergüenza me sube al pecho inmediatamente. No ha podido verme, no ha podido oír nada, no hay manera… ¿O sí?

—¿Briar? —Esa voz grave y conocida se acerca. Demasiado. Está dentro del baño y alcanzo a distinguir su silueta difusa al otro lado de la fina cortina de la ducha.

—Eh… sí. Solo necesitaba una ducha rápida —balbuceo mientras me paso la mano por la cadera y hago una mueca al notar el rastro tan evidente de excitación en los dedos.

—¿Seguro que estás bien?

En lugar de una respuesta clara, se me escapa un sonido extraño y ahogado.

Y eso, por desgracia, hace que se acerque más. Estoy a punto de morir de vergüenza y nervios.

—¿Necesitas ayuda, cariño? —Su voz suena ronca por el sueño, con ese tono grave y seductor que me resulta tan tentador y solo lo empeora todo—. ¿Te echo una mano? —Está tan cerca que incluso alcanzo a distinguir la sombra de su brazo cuando bosteza y se pasa la mano por el pelo.

Dios mío. Quisiera escurrirme por el desagüe en este mismo instante.

—No… no, estoy bien —tartamudeo, esperando con todas mis fuerzas que el ruido del agua disimule lo estrangulada que suena mi voz.

—¿Tienes hambre? —Incluso por encima del golpeteo del agua y del estruendo de mi propio pulso, su voz sigue cargada de ese sueño áspero que arrastra mi mente a lugares indebidos. Estoy sexualizando absolutamente todo y necesito que se vaya de una vez para poder recomponerme. Tengo que apagar este torbellino bajo mi piel, y tenerlo ahí, de pie tan cerca de mí, dentro del baño, no ayuda en absoluto a esta confusión tan inapropiada que me atraviesa.

—Gracias. Algo de desayuno sería fantástico. —¿Se nota mucho que estoy a punto de desmoronarme? Porque siento que voy a explotar.

Él no responde durante lo que parece una eternidad.

—De acuerdo. —Entonces sus pasos se alejan.

El alivio se mezcla con una oleada feroz de culpa cuando vuelvo a buscar mi clítoris. Esta vez todo es más urgente, más desesperado;

dibujo círculos frenéticos intentando alcanzar ese precipicio del que había estado tan cerca.

Empiezo a sentir descargas que me recorren desde los pies. Dios, cuando vuelvo a cerrar los ojos y dejo caer la cabeza hacia delante, solo lo veo a él.

Intento imaginar a otra persona, a cualquiera. Pero, evidentemente, me convierto en una prostituta cuando se trata del hombre que está apenas a unos metros de mí.

No debería pensarlo de esta manera, pero invade cada rincón de mi cabeza lujuriosa.

Sus brazos fuertes.

Los tatuajes ocupando todo mi campo de visión mientras me abraza por detrás.

Sus manos ásperas buscando mis pechos, mi vientre. Su cuerpo firme pegado al mío, esa presencia intensa, envolvente y la sensación de su erección clavada contra mi espalda.

El sonido del placer llenándome los oídos mientras nota mi humedad, lo hinchado que me pone el clítoris.

En mi imaginación, aparta mi mano y toma el control.

«Déjame cuidar de ti, cariño. Voy a enseñarte lo que necesitas».

Dios. Mi cuerpo entero responde.

Siento un zumbido en los oídos y las rodillas casi me fallan cuando la oleada me atraviesa de golpe solo por imaginar que me toca ese hombre en el que no debería estar pensando.

Con manos torpes y el corazón desbocado, cierro el grifo —porque ya llevo demasiado tiempo en la ducha— y el silencio que sigue me deja una punzada amarga de decepción.

El hombre al que no consigo dejar de desear, ese que está al final del pasillo, es precisamente el que no puedo tener.

Y, sobre todo, tengo que admitir la verdad evidente.

Aunque hace un rato le he pedido que se fuera…

Lo cierto es que quería que entrara conmigo.

Capítulo 13

Briar



—Espera aquí, tengo que comprar lijas, y después hay que buscar la pintura.

Le robo una mirada a mi tío mientras se aleja por el pasillo de la ferretería; hago todo lo posible por no quedarme mirando demasiado tiempo su culo enfundado en esos vaqueros perfectos.

Fracaso por completo.

A esta hora de la tarde el local está bastante vacío, así que no creo que nadie haya notado cómo mis ojos se posaban en él mientras se alejaba. Pero, aun así, tengo que acabar con esta obsesión poco sana por un hombre que está completamente fuera de mi alcance.

Incluso dejando a un lado nuestra complicada dinámica familiar, me saca catorce años. Tampoco es que lleve la cuenta ni que me obsesione con detalles así. ¿Por qué siquiera pienso en eso? ¿Qué importa la diferencia de edad si es mi tío? Es alguien a quien, simplemente, no puedo ni debo desear.

Y, sin embargo, aquí estoy. Demasiado fascinada por este hombre musculoso, tatuado, herrador reconvertido en contratista de rancho, que lleva las chaparreras como si hubiera nacido para ello.

Me inclino hacia delante y apoyo la frente en el manillar del carrito, conteniéndome para no soltar un gemido de frustración. ¿En qué clase de infierno de tentaciones me he metido? Estoy plantada en mitad del pasillo cinco, rodeada de clavos y tornillos, y no consigo dejar de pensar en el hombre con el que ahora comparto una cama ridículamente pequeña.

Aunque aquella primera noche fue para asegurarse de que la conmoción no empeoraba, todo derivó, de manera natural, en una especie de acuerdo tácito: también tenía que vigilarme la noche siguiente. Y la otra después de esa.

Su habitación.

Su cama.

Ahora estoy atrapada en una rutina nocturna con un vaquero que, inevitablemente, termina abrazándome mientras duerme. Cuando me despierto, estoy entre sus brazos. Por mucho que me deslice hacia el borde del colchón en un intento tímido de poner distancia entre nosotros, ya van dos noches en las que ocurre exactamente lo mismo, sin que yo tenga ni voz ni voto.

El secreto que guardo es que atesoro cada uno de esos momentos, aunque solo hayan sido dos noches más. Me he vuelto

demasiado dependiente de abrir los ojos antes del amanecer y sentir el peso de su brazo alrededor de mi cintura, recorriendo mi cuerpo, tocándome de esa forma tan íntima, igual que aquella primera noche.

Parece dormir profundamente; quizá se esté recuperando de todo lo que sufrió durante esa semana en el sofá, así que no sé si es consciente de lo que hace mientras duerme. Yo siempre desaparezco de la cama mucho antes de que dé señales de despertarse.

Sé que esto no puede seguir así, pero también soy demasiado egoísta con lo que sea que está ocurriendo como para esforzarme de verdad en encontrar otra solución para dormir.

«Porque eres una zorra que no puede parar de pensar en las caricias de su tío».

Cierro los ojos con fuerza y me aferro al manillar del carrito.

Mientras me juzgo en silencio por estos perversos sueños diurnos, el bolso que llevo cruzado vibra con una llamada entrante que me rescata del ensimismamiento. Estoy tan acostumbrada a pasar el tiempo en la cabaña o en el rancho Devil's Peak, felizmente aislada y sin cobertura, que había olvidado por completo que aquí, en el pueblo, estamos un poco más conectados con el mundo exterior.

Las vibraciones se detienen, pero sé que no será el final. Tal y como esperaba, el zumbido vuelve a empezar dentro del bolso.

Suelto un bufido de frustración y saco el teléfono. Efectivamente, en la pantalla aparece «Crispin». Aprieto el móvil con más fuerza mientras observo la llamada hasta que, finalmente, ella capta la indirecta y cuelga.

Estoy a punto de volver a guardarlo cuando vuelve a vibrar en mi mano. Esta vez, el número aparece como desconocido.

Aunque bloqueé a mi ex en todas partes, apostaría lo que fuera a que es él intentando contactar conmigo.

—¿Piensas contestar o vas a seguir mirando el teléfono? —La voz de mi tío corta de pronto mi desconcierto y rechazo la llamada con el pulgar.

—Número desconocido. —Me encojo de hombros, pero antes de guardar el móvil vuelve a sonar otra llamada entrante.

—Parece que hay alguien que está muy interesado en encontrarte. —Deja las hojas de lija dentro del carrito.

—No importa. —Rechazo la llamada otra vez y me obligo a sonreír —. ¿Qué has dicho que faltaba? ¿La pintura? —Estoy a punto de empujar el carrito cuando otra vibración me sobresalta, esta vez más fuerte porque el teléfono sigue en mi mano, apoyado contra el plástico duro del manillar.

—Parece que sí importa. —Los ojos del hombre gigantesco que tengo al lado van del teléfono a mi rostro. Es imposible leer su mirada azul acero—. ¿Quieres hablar de algún tema?

Niego con la cabeza, intentando decidir cuál es la mejor manera de lograr que deje de insistir. Me da demasiada vergüenza explicar por qué escapé hasta Crimson Ridge; preferiría tragarme una rana antes que contarle a mi tío que mi ex me acosa a llamadas.

—Briar. —Aprieta la mandíbula.

—Es Crispin haciendo lo de siempre —digo, pensando que una verdad a medias es mejor que nada. Él sabe perfectamente qué clase de persona es mi hermana y, aunque me incomoda mentirle, al menos eso es parcialmente cierto.

He permitido que me traten mal durante tanto tiempo que resulta humillante, pero no soporto la idea de que él tenga ese concepto de

mí.

—¿Quieres que me ocupe yo?

Dios. Me quedo mirándolo con los labios apenas entreabiertos. Así, sin dudarlo ni un segundo, este hombre estaría dispuesto a enfrentarse al origen mismo de toda esa miseria, a plantarse delante del equivalente humano a una hiedra venenosa de doce cabezas… por mí.

—Eh, no. Está bien. Discutimos antes de que me fuera. Ahora mismo no tengo ningunas ganas de hablar con ella. —Una forma muy educada de resumir que mi propia hermana me dijo que debería considerarme afortunada de que un hombre como Antoine me soportara y que era perfectamente normal que buscara cariño en otra parte.

Jesús. Podría pasarme el resto de mi vida sin volver a ver a esa mujer y no me importaría lo más mínimo.

—Siempre fue complicada —murmura él antes de avanzar hacia el pasillo de la pintura.

Camino detrás de esos hombros anchos y siento que, por fin, puedo volver a respirar.



Para cuando terminamos de comprar todo lo necesario para las reformas que va a hacer mi tío en ese rancho —algo sobre un viejo amigo del rodeo que está a punto de abrir un nuevo negocio turístico—, los dos estamos muertos de hambre.

Parece que ninguno tiene ganas de cocinar, así que acabamos en un bar que, por lo visto, debe de ser el único sitio de Crimson Ridge donde se puede comer o beber algo después del anochecer.

Entramos en un local de estilo vaquero llamado The Loaded Hog, que nos recibe con una luz cálida y un ambiente campestre. Hay reservados pegados a una de las paredes, una barra larga de madera y varias mesas altas distribuidas por un espacio que claramente se convierte en pista de baile cuando el local se llena.

Me siento un poco cohibida vestida con vaqueros, un jersey corto y botas. No es que no me guste el conjunto, pero durante demasiado tiempo me inculcaron que mi apariencia tenía que ser perfecta en todo momento. Dios no permitiera que el apellido Lane o Montgomery quedara en ridículo si me fotografiaban en público con algo menos que una imagen impecablemente calculada. Antes de venir a estas montañas, jamás me habrían dejado salir a cenar vestida de una manera tan informal. Aunque, mirando alrededor, entiendo que voy perfectamente acorde con el resto de la gente.

Además, me encantan estos vaqueros. Hacen maravillas con mi culo, así que, en el fondo, estoy encantada de tener una excusa para ponérmelos en Crimson Ridge.

—Oh, hola, Storm.

Apenas me acomodo en el reservado, una voz melodiosa aparece junto a la mesa casi por arte de magia. La camarera, que parece haberse materializado de la nada, se queda completamente centrada en el hombre sentado frente a mí y ladea la cabeza mientras mastica chicle con insistencia. Sus ojos recorren cada músculo de su cuerpo como si estuviera contemplando una obra de arte.

Y la chica, maldita sea, es guapísima. Tiene el pelo color avellana recogido en una coleta. Ojos azules. La piel de alguien que claramente sigue una rutina facial impecable. Y, para rematar, lleva ese tipo de maquillaje perfecto pero desenfadado que parece sacado de una sesión de fotos. Es la viva imagen de una princesa *country*.

Mi alarma interna se activa en medio segundo.

—Briar, ella es, eh… —Se recoloca en el asiento y frunce el ceño hacia el menú que ya estaba sobre la mesa.

—Luce… —Me atraviesa con una mirada cargada de dagas—. Bonito jersey, Briar.

Sus ojos recorren mi ropa y vuelven a subir con una media sonrisa claramente falsa. Casi pone los ojos en blanco al pronunciar mi nombre. A esa zorra le importa una mierda mi jersey. Está marcando territorio y enseñando las garras solo porque me he atrevido a sentarme en el mismo reservado que Storm Lane.

Dios, es como si estuviera levantando la pierna para mearlo.

—¿Ya sabéis qué vais a pedir? —El hombre sentado frente a mí no parece darse cuenta de nada de lo que ocurre con esta chica, que parece más joven que yo. Y, aunque eso debería tranquilizarme…, por alguna razón no lo hace.

—Eh, sí. Quiero el pollo a la plancha.

—¿Lo de siempre, Storm?

Sí, el mensaje queda clarísimo. La camarera prácticamente está anunciando a los cuatro vientos que hubo algo entre ellos.

Me concentro en servirme agua de la jarra que ya hay sobre la mesa.

—Con una hamburguesa me vale, gracias.

—¿Quieres pedir algo para beber con la comida, Storm?

—¿Briar? —desvía la pregunta hacia mí.

Mis ojos se encuentran con esa mirada azul intensa frente a mí.

—No, con agua estoy bien, gracias.

Él niega con la cabeza y le entrega el menú. Yo hago lo mismo.

—Perfecto. —Ella recoge ambos menús, los aprieta contra el pecho y empieza a alejarse, pero de pronto se vuelve—. Ah, y perdona, es una tontería, pero nunca me respondiste al mensaje y no sé si me dejé el brillo de labios en tu camioneta… Igual se me cayó del bolsillo aquella noche.

Que la tierra me trague. Por más que lo intento, no puedo quedarme ahí sentada escuchando cómo esta chica deja caer insinuaciones sobre recuerdos que, casualmente, la llevaron a olvidar un brillo de labios.

—Voy al baño —murmuro. Salgo del reservado sin mirar a ninguno de los dos.

A mi espalda sigo oyendo a Luce hablar sin parar, como si no tuviera más clientes ni nada mejor que hacer que coquetear con el hombre que, muy probablemente, se la folló en su camioneta.

Cuando encuentro el baño, agradezco poder cerrar la puerta y dejar escapar el aire de mis pulmones. Dios, soy un desastre emocional. No hay ni una sola razón por la que él no pueda estar con alguien. Vamos, por el amor de Dios, perfectamente podría haber salido corriendo la otra noche para ir a verla.

Uf. Qué asco. ¿Habrá sido ella?

Me masajeo las sienes, respiro hondo varias veces y después abro el grifo para dejar correr agua fría sobre mis muñecas. Siento el cuerpo caliente, inquieto, y de pronto empiezo a imaginar exactamente de qué maneras Luce, con ese pelo color avellana que

parece recién salido de la peluquería, atenderá a mi tío cuando no está trabajando como camarera.

No tengo ningún derecho a sentir nada al respecto. Ninguno.

Me seco las manos, me aliso la parte delantera de los vaqueros y le dedico una última mirada a mi reflejo en el espejo. Lo único que tengo que hacer es volver ahí fuera y sobrevivir a una cena. He superado demasiadas comidas horribles, galas y eventos absurdos de la alta sociedad rodeada de gente vacía y desagradable.

Puedo soportar a una camarera irritante que se muere por meterle la lengua hasta la garganta a mi tío antes de que yo llegue siquiera a probar un bocado.

Pero cuando salgo del baño y vuelvo por el pasillo hacia el salón principal, cambio de opinión: una copa me parece una idea excelente.

Como no tengo ni idea de qué pedir sin sonar como una urbanita total —como ya me llaman todos en Devil's Peak, incluidos Colt y Layla—, me uno al grupo de gente apoyada en la barra y pido una cerveza. Me parece la opción más sencilla.

Le doy las gracias a la mujer mayor de aspecto amable que me atiende. Por el brillo de sus ojos, no me cabe duda de que sería capaz de poner en su sitio a cualquier idiota problemático sin despeinarse. Cojo el vaso, me doy la vuelta y choco contra un pecho ancho.

—Oh, perdón. Lo siento mucho. —De milagro no le derramo toda la cerveza encima.

—No tiene por qué disculparse, señorita. El torpe aquí he sido yo, que me he cruzado en su camino. —Me dedica una sonrisa

absolutamente encantadora. Claro, a veces olvido que estoy en territorio vaquero.

Puede que no haga falta lanzarme a la jungla aterradora de las aplicaciones de citas si el universo acaba de plantarme delante al candidato perfecto.

Debe rondar los cuarenta, lleva la barba algo crecida y el pelo oscuro revuelto. Es de esos hombres que saben perfectamente el efecto que provocan con una sonrisa demoledora y ese aire de galán rústico que le sienta demasiado bien.

Esto.

Esto es exactamente lo que necesito.

Ignoro las protestas de mi corazón, que grita que este no es el hombre que quiero. Evidentemente, me está fallando el criterio, y no puedo tener a quien realmente deseo, así que, por favor, que este hombre que me sonríe esté soltero, que tenga una polla bonita y que sepa usarla.

—Aquí no hay ninguna «señorita», solo Briar.

—Encantado de conocerte, «solo Briar». —Extiende la mano y envuelve la mía con un contacto cálido y áspero, de esos que deberían provocar mariposas en el estómago. Pero me preocupa más de lo que debería no sentir esa chispa inmediata que sí he notado otras veces al rozar la mano de… No, pisa el freno, detente ahí mismo, no voy a pensar en él ni en las largas noches solos en la cabaña ni en despertarme con su torso y otras partes de su cuerpo clavadas contra mi espalda.

Ni se te ocurra pensar ni un solo segundo en la polla de Stôrmand Lane.

No.

Me obligo a sonreír y vuelvo a centrarme en el vaquero encantador. Demonios, ¿me ha dicho su nombre y me lo he perdido?

—Soy Westin. Pero con Wes basta.

Aprieta un poco mi mano y esa cercanía sí consigue despertarme una pequeña oleada de nervios agradables. Bien. Este vaquero parece prometedor. Con esto sí puedo trabajar.

—Perdóname por ser tan directo, pero tengo que hacerte una pregunta y, dependiendo de la respuesta, decidiré qué pasa después.

Curvo los labios en una sonrisa.

—Ah, ¿sí?

Sigue sujetándome la mano y en sus ojos aparece esa seguridad tranquila que hombres como él parecen llevar con total naturalidad.

—Stôrmand… —Señala con el mentón hacia los reservados—. ¿Has venido con él? —La pregunta es sincera; no suena invasivo ni insistente. Pero me doy cuenta enseguida de que sabe perfectamente quién es mi tío y no tiene ninguna intención de meterse donde no debe.

Eso no facilita en absoluto mi búsqueda de una respuesta. Tardo apenas un segundo más de la cuenta y veo cómo él empieza a echarse atrás.

—Oh, no. —Me río. ¿Sueno relajada, como si fuera la idea más absurda del mundo?—. Es mi tío. —De verdad espero haber sonado natural, porque a mí misma pronunciar esa palabra en voz alta me resulta insoportable.

La sonrisa de Westin —Wes— se ilumina.

—¿Tu tío? Joder. Bueno, eso no me lo esperaba. —Niega con la cabeza y suspira.

—Entonces, ¿qué pasa ahora que ya te he respondido la pregunta…? —Con la mano libre, doy un trago a la cerveza.

Juraría que noto una mirada clavada en mí desde el otro lado del local, pero me niego a mirar hacia ese reservado o hacia la camarera que, por lo que sé, podría estar ahora mismo sentada encima de él.

—No quiero interrumpir vuestros planes familiares para cenar, pero… ¿habría alguna posibilidad de que una chica tan guapa como tú aceptara tomar un café con un vaquero un poco rudo?

No hagas una mueca por la referencia familiar.

—¿Me estás invitando a salir, «solo Wes»? —Dejo que una sonrisa me curve los labios. Por favor y gracias. Vamos, un café es un buen comienzo y, viendo el panorama, estoy bastante segura de que podría divertirme un rato con este hombre en Crimson Ridge.

—Tú pon la hora y el lugar. —Todavía me sostiene la mano y, al decirlo, su pulgar se desliza sobre el mío. No me provoca una descarga eléctrica, pero me gusta.

—¿Mañana? Tengo algunas cosas que hacer en el pueblo, así que me vendría bien un café. Incluso comer algo, si es que los vaqueros también os alimentáis.

—Sabemos disfrutar de una comida, no te preocupes por eso. —Sus ojos siguen fijos en mi cara, pero aun así noto cómo el calor me sube por el cuerpo ante la insinuación juguetona escondida detrás de ese encanto de montañés educado.

Sí. Este vaquero podría distraerme perfectamente y hacerme pasar un buen rato. Parece que, por una vez, el universo ha decidido escucharme.

Intercambiamos números y quedamos para tomar un café y comer algo mañana, lo cual suena completamente inocente, aunque espero

que luego deje de serlo.

Cuando vuelvo hacia la mesa sintiéndome un poco más segura de esta nueva versión de Briar Lane decidida a encontrar su lugar en Crimson Ridge, levanto la vista y veo a la camarera del pelo perfecto —a la que no quiero volver a cruzarme jamás— dejando nuestros platos sobre la mesa.

Vuelvo a deslizarme en el reservado y me concentro de inmediato en la comida, intentando llenar con eso el silencio incómodo que se extiende entre nosotros. Mientras tanto, frente a mí, siento el frío de los ojos azules más feroces y hermosos que he visto jamás.

Y durante todo ese tiempo, no deja de mirarme.

Capítulo 14

Storm



A la mierda todo esto.

A la mierda tener que soportar un bar entero lleno de imbéciles mirando a mi sobrina como si fuera un trozo de carne. Soy yo quien tiene la suerte de llevársela a casa, a la cama, y quien carga con la condena de desear con todas sus fuerzas que nuestras circunstancias fueran distintas.

«No sabía que eras su tío, Storm. Al menos no eres el padre ni ninguna mierda rara, pero aun así espero que no te importe. Briar y yo hemos estado hablando en la barra y mañana hemos quedado para tomar un café en el pueblo».

Conozco a Wes desde hace años. Hemos trabajado juntos en algunos ranchos. Es un buen tipo y, visto desde fuera, parece la clase de hombre que podría tratar a Briar como se merece.

Pero no he podido evitar querer estamparle esa sonrisa perfecta contra la barra cuando se me ha acercado mientras pagaba la cuenta. Ahí estaba, encantado de haberse conocido, con los ojos brillándole de satisfacción solo porque la chica más guapa de este maldito pueblo le había sonreído dos veces. Que le den por culo a él y a toda su pose de chico *country* impecable. Ya bastante tuve que soportar quedándome sentado mientras ella sonreía coqueta y le daba su número a Westin Hayes en cuestión de segundos. Y, para rematar, tuve que aguantar que el idiota viniera a detallarme la escena que acababa de presenciar.

Hasta le dijo que yo era su tío, por el amor de Dios.

Ni me atrevo a responderme por qué motivo eso me ha molestado tanto.

No puede ser mía. Y aun así la deseo de una forma brutal. Me falta muy poco para empezar a advertirles a todos los hombres con pulso de este maldito estado que se mantengan alejados de ella.

Gracias al cielo, Kayce y ella parecen ser solo amigos, porque no sé cómo le habría explicado a Colt que accidentalmente atropellé a su hijo con la camioneta y tiré el cadáver por un barranco si ese rubito hubiera mostrado el más mínimo interés en Briar.

Puede darle clases de equitación. Eso es todo lo que estoy dispuesto a tolerar.

La camioneta traquetea sobre la grava cuando llegamos a la cabaña. Los dos hemos permanecido en silencio durante el resto de la cena y durante todo el trayecto montaña arriba. Hay mil cosas que me gustaría decirle a Briar, pero ninguna sería apropiada. Y las que realmente quiero hacer lo son todavía menos.

Así que mantener la boca cerrada me ha parecido la única opción segura.

Apago el motor y el silencio cae sobre nosotros con un peso insoportable; resulta ensordecedor después del ruido del motor y de la música metal que suelo llevar a todo volumen. También apago las luces y la oscuridad invade la camioneta. Solo queda el resplandor cálido del farol del porche reflejándose sobre la pintura desgastada del capó.

Ninguno de los dos se mueve.

—Por cierto, tu coche es una mierda. Una trampa mortal.

Aprieto las manos sobre el volante, mirando fijamente hacia delante, demasiado consciente del reducido espacio que compartimos.

Briar parece sorprendida de que por fin haya dicho algo. Como si acabara de arrancarla de pensamientos muy lejanos.

—Ah…, ¿sí?

—Ni se te ocurra ir a ninguna parte con esa cosa. —Y con «ninguna parte» me refiero especialmente a la cita que tiene mañana. Preferiría que no bajara nunca de esta montaña si no es conmigo, pero no parece muy probable que le entusiasme seguirme a todas partes mientras siga en Crimson Ridge.

De pronto me asalta la imagen del maldito Westin Hayes subiendo por este mismo camino en una camioneta casi idéntica a la mía, con Briar acurrucada a su lado, refugiada bajo su brazo.

—Si alguna vez necesitas bajar al pueblo, sobre todo si hay hielo, usa mi camioneta, no esa chatarra, ¿vale?

Briar se gira hacia mí y se ríe por lo bajo. Ese sonido remueve algo dentro de mí, porque quiero ser el único hombre con el que se ría

así. Quiero ser el destinatario de sus ojos en blanco, de sus resoplidos de desaprobación y de esa lengua afilada.

—Lo digo en serio. —Tengo los nudillos blancos de tanto apretar el volante.

—Bueno, no sé conducir un coche manual. —Briar junta los labios —. Así que, en ese caso, parece que me voy a quedar atrapada aquí arriba.

La temperatura dentro de la camioneta se dispara de golpe. Hay una aspereza en su voz que llena de doble sentido una frase que no debería sonar así.

¿Está diciendo que no le importaría quedarse aquí arriba… conmigo?

Maldita sea. Quizá sea la hora o quizá la tensión de haberla visto con otro hombre intentando hacerla sonreír, pero algo se rompe dentro de mi cabeza.

—¿Quieres aprender? —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. O Briar va a salir de la camioneta y cerrar la puerta de golpe, o va a cruzar esta línea conmigo. En cuanto levanta la vista y clava esos ojos oscuros en los míos, noto cómo algo empieza a arder en la parte baja de mi abdomen.

Se humedece los labios con la lengua y asiente despacio.

—Entonces ven aquí, cariño. —No tengo ninguna duda de que acabaré en el infierno, pero no me importa.

Ella vacila un segundo y luego se acerca un poco más. El pantalón se le pega a los muslos y me recuerda lo difícil que ha sido pasar el día entero sin mirar cómo le marca el culo. El cuerpo de esta chica ha sido diseñado para destruirme.

—No vas a aprender desde tan lejos. ——Me echo un poco más hacia atrás en el asiento, dejando más espacio entre mis piernas y el volante. Sí. Directo al infierno.

Separo las piernas y apoyo una mano en el reposacabezas, abriéndole espacio.

—Ven.

Sus ojos se agrandan apenas, y yo absorbo cada segundo de su vacilación, de esta cercanía que no debería existir y que ambos llevamos demasiado tiempo fingiendo no ver.

Pero Briar se mueve, obediente, y termina acomodándose sobre mi regazo. Tengo que contener el sonido que amenaza con escapar al sentirla así, encajada contra mí, la espalda apoyada en mi pecho, las caderas alineadas con las mías, como si nuestros cuerpos conocieran demasiado bien una forma que jamás deberían haber encontrado.

—¿Y ahora qué? —pregunta, inclinando apenas la cabeza. Su voz suena casi como un susurro, igual que aquella noche en la cocina.

—Tienes que usar el embrague para cambiar de marcha. —Le señalo los pedales con los pies—. Cuando quieres subir o bajar, utilizas este. Es como un baile. Sueltas y acompañas con el acelerador. Después haces el movimiento inverso. —La voz me sale grave y casi le rozo el hombro con la barbilla mientras se lo explico.

—No llego a los pedales —protesta.

—Apoya los pies sobre los míos. Yo te guío.

La respiración de Briar cambia justo cuando rodeo su cuerpo con los brazos para enseñarle cómo hacerlo.

—Parece complicado. —Tiene las manos cerradas sobre los muslos. Con la cabeza embotada por el perfume que desprende y el

calor de nuestros cuerpos, ya no estoy del todo seguro de que sigamos hablando de la camioneta.

—No hay nada que no puedas aprender si te atreves a intentarlo. —Cubro sus manos con las mías y noto cómo se estremece en cuanto la toco de verdad para levantarle los dedos.

—Yo… no tengo mucha experiencia.

Jesucristo. La polla me da un vuelco al oír esas palabras, esa confesión. Un impulso primitivo me atraviesa el cuerpo. Todo en mí se acelera.

—Una mano aquí… —Le coloco los dedos sobre el volante y llevo la otra hasta la palanca de cambios—. Y la otra así. —Cierro la mano sobre la suya, demasiado consciente de todos los límites que estamos cruzando.

Pero ella no se aparta. Podría haberse bajado de la camioneta en cuanto llegamos y haberme dejado aquí dentro, tragándome toda esta mierda yo solo. Pero se ha quedado.

Está tan envuelta en este asunto prohibido como yo. Y quizá no podamos cruzar todas las líneas, pero tal vez, solos aquí arriba, en la oscuridad y el silencio helado de la noche, podamos difuminarlas durante un instante y fingir.

—Prueba con los pedales. —Mis labios quedan demasiado cerca de su oído y veo el escalofrío que le recorre el cuerpo cuando mi aliento le roza la piel. Todo en mí quiere inclinarse y perderse en ese punto de su cuello donde le late el pulso, porque sé que haría que se arqueara y se restregara contra mí, pero me obligo a mantener aunque sea una mínima distancia entre mis dientes y su garganta.

Quiero ignorar por completo que tengo a mi sobrina sentada sobre el regazo y que no hay forma de que ella no sienta la tensión que

me atraviesa, incluso a través de la ropa.

—Así… Empuja despacio. —La nuez se me mueve al tragar saliva.

Briar hace lo que le he enseñado, guiando mis pies con los suyos para pisar el embrague y cambiar de marcha; después desplaza el peso hacia el acelerador. Estamos aparcados y el motor apagado, así que el único sonido es el golpe seco de los pedales y la respiración contenida de ambos.

Con cada pequeño movimiento de sus piernas, de sus manos, de su peso contra mí, nuestros cuerpos se rozan de una manera que amenaza con desmoronarme.

—Más despacio, cariño —murmuro. Llevo las manos a sus muslos y, por encima de los vaqueros ajustados, le guío el movimiento para suavizar la transición.

Cuando mis dedos se curvan cerca del interior de sus rodillas y aprietan apenas, Briar deja caer la cabeza contra mi hombro. La escucho soltar el aire. Un sonido mínimo se escapa de sus labios.

Ya estaba perdido y listo para arriesgarlo todo, pero esa pequeña señal de rendición basta para destruir lo poco que me quedaba de autocontrol.

—Buena chica. Ha estado perfecto para ser tu primera vez. —Dejo que mis dedos sigan apenas un momento más dentro de sus rodillas, explorando el límite de lo permitido, y siento cómo se derrite contra mi pecho cuanto más tiempo la mantengo así.

Sus manos descienden por el volante hasta quedar inmóviles en la parte inferior.

—¿Qué más no te han enseñado nunca? —Dios. Mi mente ya había imaginado demasiado con esta chica, pero ahora solo quiero escuchar qué está dispuesta a decir en voz alta.

Deja escapar un sonido casi imperceptible y mis manos se siguen adentrando en sus muslos.

—Muchas cosas.

—¿Hace cuánto que nadie te enseña algo nuevo?

—¿Te estás ofreciendo? —Se muerde el labio y esa simple imagen basta para volverme loco.

—Podría enseñarte mucho más que cualquiera de esos idiotas del bar. —La voz me sale grave, posesiva, demasiado sincera. A estas alturas ya me da igual. Ha llegado el momento de que sepa que verla con otra persona puede volverme loco.

Ella me vuelve loco.

Mis manos aprietan un poco más sus piernas y Briar deja escapar otro pequeño sonido cargado de deseo.

—Hace mucho tiempo… que nadie me enseña… nada.

Malditos imbéciles. Quien haya desperdiciado a Briar Lane merece un tiro en las pelotas. Pero el hecho de que eso la haya llevado hasta mí, escondiéndose en la cima de esta montaña, despierta en mí una satisfacción que no debería sentir.

—¿Cuánto tiempo? —Exhalo con dificultad.

—Mucho. —La voz se le quiebra cuando le separo un poco más las rodillas. Seguimos completamente vestidos y aun así la sensualidad de este momento es casi insoportable.

—Debes de haberte acostumbrado a apañártelas sola, cariño.

Briar emite un leve murmullo y acomoda el culo contra mí. Casi me explotan los pantalones.

—Aprendo rápido.

El aire entre nosotros es electrizante. Mi respiración le acaricia la mejilla, y mis dedos recorren de arriba a abajo la costura interior de

sus vaqueros.

—¿Quieres que esta noche tu tío te enseñe a cuidarte? —Mis labios rozan apenas el delicado borde de su oreja. Susurro palabras que ambos sabemos que no están permitidas entre nosotros, pero aquí estamos y no me parece nada mal.

Ese roce sutil le arranca uno de esos sonidos que ya se me están haciendo adictivos. Quiero ver cuánto puede gritar mi sobrina cuando se entrega al placer.

La chica sentada en mi regazo parece hecha para mí, para despertar algo que llevaba dormido demasiado tiempo. Bastaría un movimiento mínimo para atrapar el lóbulo de su oreja entre mis dientes y succionarlo, para recorrer con la lengua esos aros dorados que lleva puestos.

—Enséñame, tío Storm. —Arquea apenas el cuello, dejándome ver la curva de su piel, sin apartar la cabeza de mi hombro.

Ah, ¿quiere jugar a esto? Percibo la nota provocadora en la forma en que deja suspendida esa palabra entre nosotros. Veo el instante exacto en que se le cierran los ojos, y eso no hace más que avivar el incendio que me corre por las venas.

Pero no puedo tocarla más. Si lo hago, no voy a poder detenerme. Y sospecho que mañana, cuando llegue la luz del día, todo tendrá que volver a su lugar. Por mucho que eso me destruya.

—¿Alguna vez te has tocado con alguien mirando? —pregunto al fin, con la voz apenas por encima de un murmullo.

Separa los labios y niega con la cabeza.

—Entonces vas a desabrocharte los pantalones, Espinita.

—Tú… ¿quieres que lo haga? —Su voz suena agitada.

—¿Confías en mis indicaciones? ¿Me dejas enseñarte lo que tu cuerpo necesita?

—Yo nunca… —Le tiemblan un poco los dedos mientras suelta el botón.

Sigo besándole la oreja.

—Lo sé. Pero yo tengo muy claro lo que tu cuerpo desea. Quieres que alguien te mire, que te preste atención, que vea lo preciosa que estás cuando te deshaces de placer.

Briar respira entrecortadamente; sus dedos se detienen sobre la tela suelta a la altura de la cintura. Maldita sea, me mata verla tan a merced de mis instrucciones.

—Perfecto. Ahora baja esa cremallera, muy despacio.

Otro de esos ruidos deliciosos escapa de sus labios, acompañando el sonido de la cremallera y llenando la camioneta con un ruido inconfundible que confirma que hemos ido mucho mucho más allá de los límites que deberían separarnos.

—Bien. Ahora desliza la mano dentro de la ropa interior. Eso es, levanta las caderas si lo necesitas. —Guío a Briar en sus siguientes movimientos, recorriéndole la cintura y absorbiendo el escalofrío que le atraviesa el cuerpo cuando entra en contacto con su coño. Sus delicados dedos apenas tienen espacio, atrapados por los vaqueros y por la posición de nuestros cuerpos.

—Oh, Dios —un gemido llena la cabina ensombrecida—. Esto está muy mal.

—Cariño, puedes parar cuando quieras. Tienes todo el control. —Deslizando las palmas sobre el vaquero que cubre sus muslos perfectos, la acaricio con la suavidad de una pluma sin dejar de

recordarle que puede marcharse en cualquier momento, aunque sé que no lo hará.

Resulta que a mi sobrina le excita tanto como a mí este juego perverso.

Si logro lo que pretendo, durante la cita de mañana no podrá dejar de pensar en este momento prohibido aquí conmigo, en la oscuridad. Porque, ante todo, soy un cretino egoísta.

—Sé que estás empapada. Así que desliza esos dedos por el desastre que has hecho en tu ropa interior mientras estabas sentada en mi regazo y luego enséñame esa mano.

—Santo cielo. Esto es muy sucio. —Exhala temblorosa, pero me obedece. Retira la mano y levanta los dedos para que vea el brillo de la lubricación que los cubre.

Un rugido empieza a formarse en mi pecho.

—Mmm. Ahora pruébate.

Respira hondo.

—Eso es. —Devoro su obediencia cuando esa mano va hacia su boca; las bonitas uñas rosadas rozan sus labios carnosos, que se cierran alrededor del dedo corazón y el índice—. Hasta el nudillo, luego hacia dentro y hacia fuera; acarícialos con la lengua, presiona un poco más, disfrútalo.

Maldita sea. Soy incapaz de mantener las caderas quietas mientras la observo seguir mis instrucciones. Solo puedo fijarme en lo perfecta que está y en la forma en que ese jersey holgado le cae de los hombros, dejando ver un escote generoso; esa extensión de piel bronceada que me muero por recorrer con la lengua y con mi polla. Joder, eso sería el paraíso.

Respirando cada vez con más dificultad, me muevo bajo su trasero y devoro cada pequeño gemido que Briar deja escapar mientras se mete los dedos en la boca y saborea su propia excitación.

—Ahora vas a tocar ese clítoris que tanto lo necesita. Mójate bien los dedos primero; sé buena. —Ya está desesperada. Se quita los dedos de la boca con un sonido húmedo y, cuando vuelve a deslizarlos por delante de la ropa interior, entreabre los labios y deja escapar un pequeño quejido al tocar ese capullo tan sensible. Está entregada a la situación; ya no siente vergüenza ni cuestiona lo que estamos haciendo. Está desesperada por correrse, y yo me muero por presenciar ese momento de extrema belleza.

—Así, duro y rápido, cariño.

Briar jadea y se retuerce en mi regazo mientras persigue el orgasmo. Tengo los ojos clavados en el lugar donde su mano desaparece bajo la ropa interior de encaje negro. Los movimientos frenéticos de sus dedos, trazando círculos, buscando el orgasmo, ocultos bajo la tela sedosa, hacen que todo resulte todavía más ilícito.

—Estoy tan… Casi estoy… —Jadea, gime, y ese sonido seductor hace que mis caderas empujen con más fuerza contra su trasero. Le hundo los dedos en la parte carnosa de los muslos. Desearía que pudiéramos mandarlo todo a la mierda y hacer mucho más, aquí, ahora.

—Estás preciosa tocándote en mi camioneta. —Bajo los labios peligrosamente cerca de su oreja—. Si yo fuera cualquiera de esos hombres del bar que querían irse contigo, esto es exactamente lo que te daría, porque sé que es lo que quiere tu cuerpo.

Mi sobrina jadea, gime, está a punto de correrse, pero aún necesita ese último empujón para precipitarse al vacío.

—Sé que tu dulce coño necesita que lo chupen, lo succionen y lo abran por completo… Y sé que quieres que alguien te dé eso que tanto anhelas. Así que déjate llevar, Espinita. Eso es. Exactamente así.

—Oh, Dios… Oh, Dios. —Arquea la espalda, abre la boca y gira la cabeza hacia mi pecho mientras se corre.

Es el paisaje más hermoso: verla cerrar los ojos con fuerza mientras el placer le atraviesa las extremidades con tanta intensidad que el cuerpo entero le tiembla. Le acaricio los vaqueros y le susurro más cosas, como lo preciosa que está corriéndose sobre sus dedos. Y cuando le ordeno que los succione, ni siquiera lo duda. Quita la mano de su ropa interior con movimientos pesados por la fuerza de su orgasmo.

—Mira qué bien sabes. Qué dulce es tu flujo, cariño. —En realidad no quiero hacer otra cosa que abrazarla fuerte y demostrarle todo lo que podría hacerla gritar. Pero ese momento tan temido ha llegado demasiado pronto. El momento en que este juego tiene que llegar a su fin, porque somos dos personas que no deberían desear nada ni remotamente parecido a lo que acabamos de hacer escondidos en lo más profundo de este bosque.

Dejo que se desplome contra mi pecho y le recoloco los pantalones. Lucho contra cada célula de mi cerebro que me grita que la bese, que tome su boca y la lleve a la cama para descubrir lo dulce que sabe.

—¿Es raro que quiera quedarme aquí fuera? —dice con voz ronca contra mi camisa.

—No, lo entiendo, pero entra y acuéstate antes de que cojas frío, ¿sí? Yo iré enseguida.

Me trago la mentira.

La observo salir de la camioneta; apenas me mira a través de sus pestañas pesadas antes de detenerse. Me sostiene la mirada con esos ojos oscuros a través del grueso cristal de la ventanilla del acompañante y luego, con un clic seco, cierra la puerta.

Me quedo sentado aquí, viéndola entrar, rodeado por el denso aroma de su excitación y su lujuria, que todavía impregna el asiento delantero de la camioneta. Me siento culpable por no correr tras ella, pero me quedo quieto en el asiento, con una erección imposible de la que tendré que ocuparme. Solo.

Porque no voy a seguirla esta noche, aunque cada parte de mí quiera hacerlo.

Capítulo 15

Briar



Debería estar preparándome para una cita.

Tengo tres conjuntos bonitos extendidos sobre la cama y, sin embargo, lo único en lo que puedo pensar —hasta el punto de que me carcome el cerebro— es en que anoche me masturbé sobre el regazo de mi tío. Solo puedo concentrarme en la huella persistente en mi memoria, en su aroma envolviéndome, en la sensación de su boca rozándome la oreja.

«Estás preciosa tocándote en mi camioneta».

Dios, aprieto los muslos al repetir esas palabras en mi mente, con el eco siempre presente de su voz ronca.

Lo peor de todo es que me quedé despierta, esperando y rogando que viniera a terminar lo que habíamos empezado. Pero una

pequeña parte de mí ya sabía que no iba a continuar aquel juego peligroso que habíamos empezado fuera. En cuanto mis dedos se cerraron sobre la manilla de la puerta de su camioneta, cuando me atreví a buscar sus ojos, supe que el hechizo se había roto.

En el aire frío de la noche, el suave golpe de la puerta de la camioneta selló el recuerdo y lo dejó bajo llave.

Él no se acercó al dormitorio en ningún momento. Cuando por fin lo escuché entrar, se quedó en el sofá. Me dejó sola, sintiendo que el colchón que antes me parecía demasiado pequeño ahora se extendía a mi alrededor como un océano sin horizonte.

Cuando me he levantado esta mañana, él ya se había ido.

Tras la breve conversación que tuvimos sobre no usar mi coche, no estoy del todo segura de cómo llegar a Crimson Ridge. ¿Tal vez vuelva pronto? Por algún motivo, lo dudo.

No imagino que mi vida amorosa sea una prioridad en la agenda de mi tío, el mismo que me gimió al oído, me sujetó los muslos y me dijo que sabe lo que mi cuerpo necesita. No tengo absolutamente ninguna esperanza, ninguna posibilidad de no deshacerme por completo ante ese hombre.

Más me vale recoger el equipaje y admitir la derrota. La Briar más cachonda casi consigue lo que quería, pero las cosas se han vuelto extremadamente incómodas entre nosotros. ¿Fui demasiado directa? ¿Lo provoqué?

¿O acaso el hombre que me abrazó y me guio hacia el orgasmo más intenso de mi vida realmente quería algo más conmigo?

Mientras me sujeto la bata e intento organizar mis neuronas, escucho el crujido de la grava bajo los neumáticos. Ha llegado el momento. Ahora entrará dando grandes zancadas, cruzará los

brazos sobre ese pecho enorme y me dirá que me largue de su puta vida, estoy segura.

Pero, en cambio, oigo un golpe contra el marco de la puerta y unos pasos suaves.

—¿Briar? ¿Estás aquí? ¿Estás vestida?

Asomo la cabeza por la puerta del dormitorio y me encuentro con la figura radiante de Layla, con dos termos en la mano. Está tan deslumbrante como siempre; es el sueño erótico de cualquier amante de la equitación: vaqueros claros, un jersey turquesa y los rizos cobrizos recogidos en un moño desenfadado.

Boquiabierta por su llegada inesperada, tardo una eternidad en encontrar las palabras.

—Lo siento, voy vestida de estar por casa. No sabía que vendrías. —Al lado de esta chica, me siento un espanto.

—Ya me lo agradecerás luego; he oído que necesitabas ayuda para prepararte para una cita y que te vendría bien que alguien te llevara al pueblo. —Avanza hacia mí, me ofrece algo que huele a delicioso café con nata y sigue hacia el dormitorio—. Oooooh, qué conjuntos tan monos. ¿Cuál estás pensando ponerte? —Layla se deja caer en el borde de la cama.

—Gracias por el café. Pero ¿cómo sabías que tengo una cita? —La miro con los ojos entrecerrados. Las noticias no pueden correr tan deprisa en Crimson Ridge… ¿O sí?

—Storm avisó por radio al rancho esta mañana temprano. Dijo que necesitabas que alguien te llevara al pueblo… y puede que mencionara algo sobre traer un arma por si cierto chico Hayes decidía propasarse un poco durante el almuerzo. —Layla me guiña un ojo y da un sorbo.

—Oh, Dios. No me lo puedo creer.

—Le dije que dejara de comportarse como un tío sobreprotector y te permitiera vivir tu vida.

Me arriesgo a abrasarme la boca con el trago de café más grande de la historia para ocultar cómo mi cara amenaza con delatar el sucio secreto de lo que pasó en su camioneta.

—Entonces, ¿vas a ir a por un estilo guapa-y-sexi o dame-duro-sexi?

Casi escupo el café.

—¡Layla! —la reprendo.

—¿Qué? Wes está buenísimo… No se lo digas a Colt porque sería capaz de enterrarlo a las afueras del rancho la próxima vez que se cruzara con él, pero sé apreciar a un vaquero de primera cuando lo veo.

—No lo sé, ¿tú cuál crees que es la mejor opción para ponerme? De repente, estoy muy nerviosa. —Apoyo la base de la mano contra la frente—. Layla… Hace siglos que no tengo una cita… —Jamás. En la vida. Nunca he tenido una cita porque mi maldita y horrible familia no me lo permitió, y me empujó directamente a los brazos de Antoine porque les convenía para sus planes y juegos de poder.

Dios bendiga a la preciosa mujer sentada frente a mí, que se toma mi nerviosismo con naturalidad y me brinda todo su apoyo.

Es un ángel caído del cielo sobre Devil's Peak, estoy segura.

—Tranquila. Te irá genial y, evidentemente, el destino quería que yo estuviera aquí para ser tu apoyo táctico. Puedes contar conmigo. Además, me viene bien ir al pueblo y no tienes nada de qué preocuparte. Por lo que sé, Wes no solo es agradable a la vista, también es un buen hombre.

—¿No deberían estar ya pillados todos los buenos? —Arrugo la nariz.

Layla se ríe entre dientes.

—Bueno, no he dicho que no fuera complicado…

Nada puede ser más complicado que el hecho de que estoy loca por mi tío, así que no me queda más remedio que darle la razón.

—Es solo café y almuerzo. Así que creo que voy a ir a por el estilo guapa-y-sexi…, ¿no? —De pie frente a la cama, examino las opciones que ya he preparado—. Para ser sincera, Briar, creo que, te pongas lo que te pongas, Wes va a mirarte con corazones en los ojos… Así que ponte lo que te haga sentir cómoda. La magia surgirá sola.

—¿Puedo contratarte para que te sientes sobre mi hombro y me lances cumplidos todo el día?

—Tal vez tengas que pelearte con los caballos. Esos seres caprichosos acaparan toda mi atención. —Se inclina para quitarme el café de la mano—. Bien, manos a la obra. Yo voto por este conjunto tan mono, chica de ciudad.

Una sonrisa se dibuja en mis labios. Es el que sé que me hará sentir cómoda. Un vestido de punto, ajustado, de manga larga y con una textura suave como la mantequilla, que puedo combinar con mis botas nuevas y un abrigo. Probablemente vaya demasiado arreglada para un almuerzo en una pequeña cafetería de Crimson Ridge, pero no me importa porque solo hay un hombre al que quiero impresionar.

Mordiéndome los labios, hago callar a esa parte atrevida de mi cerebro que quiere asomarse para comentar que, en realidad, desearía que fuera otro vaquero quien me viera con este vestido.

—Voy a cambiarme y salgo enseguida. Ponte cómoda.

—Vas a hacer que me enamore de ti, ¿verdad, Briar Lane? —grita Layla detrás de mí, riéndose.

Mientras entro en el baño y termino de arreglarme, la escucho moverse por la cabaña en dirección al calor de la chimenea.

—Ah, por cierto, ya tienes otra cita… —grita desde el salón—. Mi mejor amiga, Sage, vendrá de visita.

—¿Cuál es la ocasión?

—Acaba de montar su propia empresa de relaciones públicas y marketing… Trabaja por cuenta propia… Básicamente, es una mujer imparable que va a conquistar el mundo.

Layla sigue dándome detalles sobre su amistad de toda la vida, sobre cuánto tiempo se quedará Sage, y todo me resulta muy natural. Completamente normal y espontáneo, sin segundas intenciones relacionadas con negocios o posibles clientes a los que conquistar.

No es más que una conversación entre amigas, y el corazón se me encoge al pensar que esta chica, a la que apenas conozco, ya me está invitando a formar parte de una celebración así.

—Así que te aviso ya porque quiero que tú y Storm vengáis a cenar esa noche, ¿de acuerdo? Tal vez Wes pueda venir también… si hoy va bien.

Observo mi reflejo en el espejo del tocador y dejo que sus palabras calen en mí. Siento un profundo nudo en el estómago porque Layla tiene toda la razón y, si las cosas salen bien hoy, existe la posibilidad de que salga a cenar con ella y con su amiga, y de que él venga conmigo.

Pero mientras me pongo el vestido y aliso la tela, el estómago me da un vuelco. Hay una voz dentro de mí que grita con fuerza que solo hay un hombre con el que quiero compartir una noche entre amigos.

Y es el hombre al que no debería desear.



—¿Seguro que me veo bien? —le pregunto a Layla por lo que debe de ser la décima vez desde que hemos salido de la cabaña. Ella pone la camioneta en posición de aparcamiento y coge el bolso del asiento trasero.

—Me sorprendería que ese hombre no tuviera ya planeados unos terrenos y una casa para vosotros dos en el rancho antes incluso de pedir la comida. —Mi cara debe de palidecer, porque ella niega con la cabeza y se echa a reír——. Estoy bromeando, Briar.

—No tiene ninguna gracia.

—¿Entonces tu objetivo para este almuerzo no era conseguir una proposición de matrimonio?

—Layla. —Sacudo la cabeza y dejo escapar un gemido.

Ella se ríe de mí y sus ojos verdes brillan.

—Bien, tengo mucho trabajo atrasado y me llevará un par de horas como mínimo. Tienes mi número para enviarme un mensaje de emergencia si necesitas que vaya a rescatarte con alguna excusa.

Eso me obliga a contener una sonrisa.

—¿Me dirás que hay alguna emergencia equina?

—Puedo ser tan creativa como quieras. Si quieres, dame un número del uno al diez y así sabré qué nivel de emergencia tengo que inventarme. El uno es una migraña repentina; el diez significa que el rancho se está incendiando.

—¿Por qué siento que me sudan las palmas de las manos? —Las sacudo. Los nervios me recorren el cuerpo mientras miro hacia la cafetería donde se supone que debo estar dentro de cinco minutos.

—Estarás bien. —Layla juguetea con las llaves mientras intenta descifrar algo—. Solo… recuerda que esto es un pueblo pequeño, ¿vale? Rumores y cotilleos… ya sabes.

—¿A qué te refieres?

—Wes conoce a tu tío, pero no te creas todo lo que oigas sobre Storm por parte de algunos lugareños. Especialmente una vez que se enteren de que eres su sobrina.

Debo de tener la expresión más confundida del mundo. No era precisamente lo que esperaba para mi charla motivacional antes de la cita. ¿Se refiere a que mi tío atrae bastante la atención femenina? ¿Tiene que ver con la camarera de anoche y con lo que sea que esté pasando entre ellos dos? Solo pensar en eso me provoca una punzada, porque desde luego yo no tardé mucho en subirme a su regazo y restregarme contra él anoche, y él tampoco hizo el menor esfuerzo por impedir que las cosas entre nosotros llegaran hasta donde llegaron.

—Dios, no me hagas caso. Es solo que… Stôrmand Lane es una especie de celebridad local, y no solo por sus logros en el rodeo. No quería que te pillaran desprevenida los comentarios de la gente de este pueblo, que no sabe nada de su vida pero saca conclusiones sin conocer los hechos.

Trato de encontrar las palabras mientras las dos empezamos a bajar de la camioneta. Tengo el teléfono en la mano desde que he mirado la hora para confirmar que Wes no me iba a dejar plantada y, justo al cerrar la puerta detrás de mí, empieza a sonar.

Increíble. Mi estúpido pulgar pulsa el botón de responder por accidente.

Layla se despide con la mano y señala por encima del hombro con el pulgar, indicándome que nos veremos pronto. Me desea suerte y desaparece calle abajo.

—¿Briar? No cuelgues. Por favor, nena —suplica al otro lado de la línea la voz que no quiero volver a escuchar jamás.

Armándome de valor y mirando al cielo nublado sobre mi cabeza, me llevo el teléfono a la oreja.

—¿Qué quieres? —Al menos estoy justo delante de la cafetería donde voy a encontrarme con un hombre absurdamente guapo para una cita, y eso me da la dosis justa de confianza para sentir que puedo soportar al idiota de mi ex durante un par de minutos.

—Gracias a Dios que estás bien. —La falsa preocupación de Antoine suena hueca.

—No te importa lo más mínimo si estoy bien. Los dos lo sabemos, Antoine. Deja de intentar contactar conmigo.

—Briar, por favor, tienes que saber cuánto lo siento.

—¿Ah, sí? ¿Lo sientes? Se nota a kilómetros que estás mintiendo.

—¿Qué tengo que hacer para que vuelvas a casa?

Se me escapa una risa fría y aparto el teléfono de la oreja, mirando la pantalla con incredulidad.

—Briar…, nena… ¿Sigues ahí…? —Su voz suena tan metálica como sus patéticos lamentos.

—No. Voy a colgar este teléfono y no quiero que vuelvas a intentar contactar conmigo nunca más. Hemos terminado. —Puede que me tiemblen las manos, pero mantengo la voz firme y baja. No hay nadie cerca, pero soy consciente de que esto es un pueblo pequeño. En una gran ciudad escuchas todo tipo de discusiones aleatorias por teléfono entre desconocidos, pero aquí probablemente no pasan estas cosas.

—Crisp también está muy preocupada. Ha intentado localizarte.

—Dios…, Antoine… ¿Puedes parar ya? No malgastes saliva, los dos sabemos que es mentira.

—Nos importas.

—Sí, muchísimo. ¿Pensabas en mí mientras te follabas a tu secretaria? ¿Pensabas en nosotros cuando ella te la chupaba debajo del escritorio de la oficina? —siseo al teléfono. La rabia por todo lo que descubrí sobre sus aventuras fuera de horario laboral me quema la garganta.

Pero me niego a llorar por este imbécil. Me niego a echar a perder el maquillaje y el día por sus mentiras y sus gilipolleces.

—Vamos, nena. Sabes cómo son estas cosas. —Se le oye rebuscar entre algo. Papeles o archivos. Tal vez esté buscando la moral que perdió hace tiempo—. Conocías el acuerdo entre nuestras familias. Sabías que estábamos muy lejos de vivir un cuento de hadas, pero podemos estar bien juntos. Tú eres una Lane y yo soy un Montgomery. Las expectativas son diferentes para las personas como nosotros.

Oh, que le den.

Él y mi hermana podrían impartir un máster en engaño y manipulación.

—Sabes que tengo detectives privados contratados por todo el país. Si sigues ignorando mis llamadas, me veré obligado a enviar a mis sabuesos a buscarte. ¿De verdad quieres pasar por todo ese disparate?

—¿Has terminado? —Inspiro hondo y cierro los ojos. Los sonidos de la calle llenan mis oídos. En algún lugar suena música suave flotando en la brisa y escucho el parloteo de un grupo de mujeres que salen de la cafetería.

—¿Dónde estás? Iré a buscarte en avión. Vuelve a casa, Briar.

Esas palabras me provocan un escalofrío por toda la espalda. Ese lugar no es mi hogar. Antoine y mi hermana son la peor clase de personas, y no tengo intención alguna de volver.

—De hecho, llego tarde para tomar un café, así que tengo que irme.

Con eso, cuelgo y pongo el teléfono en silencio.

Voy a una cita y, si las cosas salen como quiero, los nombres de Antoine Montgomery y Crispin Lane no serán más que polvo en mi espejo retrovisor.

Capítulo 16

Storm



Me arranco el abrigo y lo lanzo al asiento de al lado. Llevo mi mano al sombrero para quitármelo y lo dejo junto al abrigo mientras me paso los dedos por el pelo.

Menudo día.

He pasado toda la mañana en una videollamada con Beau, pensando cómo afrontar las reparaciones de su rancho mientras él agonizaba delante de cinco muestras de pintura blanca. La otra mitad del día la he dedicado a pensar que Briar lleva más de una hora metida en la camioneta de Westin Hayes.

O peor, se lo está follando.

Jesucristo.

Estoy sentado, intentando reunir la energía necesaria para levantar el puto culo y entrar en la cabaña, cuando la radio instalada

en la camioneta cobra vida. Los que elegimos vivir aislados en lo alto de la montaña las usamos para comunicarnos; apostaría cualquier cosa a que la llamada es de Colton Wilder o del sheriff Hayes.

—Stôrmand. —La voz tan familiar de Colton Wilder llena el vehículo.

—Joder. ¿Cuándo vas a dejarme en paz?

Se ríe. El muy cabrón se ríe mucho más desde que Layla apareció en su vida.

—Bueno, desde que sé lo mucho que te molesta, no puedo evitarlo.

—Está claro que últimamente tienes poco que hacer si te dedicas a llamarme para charlar. ¿Quieres que nos contemos secretos por teléfono toda la noche, cariño?

—Por Dios. —Lo oigo estremecerse y no puedo evitar imitarlo.

—Bueno, pues suéltalo ya, viejo decrépito.

—Tenemos la misma edad.

—Que yo sepa, me sacas por lo menos dos años. Así que tengo todo el derecho a llamarte así.

Se oye un chisporroteo en la línea y puedo imaginármelo frotándose la cara.

—Sé que me voy a arrepentir de haberte pedido esto. ¿Puedes traer tu horrible culo aquí mañana para ayudarnos a preparar a los caballos? —Tras una pausa, la radio vuelve a sonar—. No dan nieve.

En la montaña organizamos la vida en torno al tiempo, sobre todo en esta época del año, porque por muy bonita que pueda parecer la primavera, las condiciones pueden cambiar en un segundo y volverse mortales.

—Las carreteras se ven bien, no debería haber problema. —A la nieve, el hielo y todas las demás complicaciones del último coletazo del invierno se suman los desprendimientos. Aunque el sheriff y su equipo se desviven por despejar las carreteras lo antes posible, siempre hay algo que se complica.

Ahí fuera no puedes dar nada por sentado. Supongo que, en parte, por eso me gusta este lugar. Vivir en mitad de la naturaleza es desafiante.

—¿Tu sobrina viene también? Sube a Briar a un caballo y demuéstrale cómo se cabalga.

Se me cierra la garganta. Sé muy bien que Colt está obsesionado con su chica. Pero escuchar ese nombre en labios de otro hombre…

Joder, tengo que aprender a controlarme.

Aprieto la radio con fuerza y frunzo el ceño.

—Sí. Vendrá.

Odio más la idea de dejarla sola que pasarme el día viendo a Kayce con su aura de niño perfecto. Así que parece que voy a tener que soportar verla subida a un caballo mientras se ríe de sus estúpidas bromas.

—Aunque no tiene la experiencia necesaria para arrear ganado —suelto de repente.

—Bueno, pero Layla me ha dicho que aprende rápido.

Dios, solo pensar en enseñarle cosas a mi sobrina me devuelve directamente a anoche, y todos nuestros pecados vuelven a reproducirse una y otra vez en mi mente.

—¿Estás bien? —pregunta Colt. Debe de haber dicho algo que me he perdido por completo; juraría que incluso vuelvo a percibir el olor de su excitación y mi polla reacciona.

Estoy hablando por radio con Colton Wilder y tengo una erección dentro de los pantalones y, joder, necesito terminar esta conversación.

—Sí, tengo que irme. —Me trago las palabras—. Te veo mañana por la mañana.

—Hecho.

Lanzo la radio a su compartimento con tanta fuerza que casi la rompo.

Apoyo la cabeza contra el respaldo y me paso las dos manos por el pelo.

Lo de anoche fue un error. En el momento fue increíble, pero fue una imprudencia enorme por mi parte y no sé en qué estaba pensando, más allá de lo mucho que odiaba la idea de que tuviera una cita.

Así que, sí, puede que me dejara llevar por una fantasía que jamás debería haber ocurrido porque estaba celoso de que ese chico, Westin, pudiera salir con Briar sin tener que ocultarlo.

Tal vez mi lado más perverso quería asegurarse de que estuviera distraída, pensando en lo que hicimos anoche en lugar de escuchar las encantadoras historias sobre el rancho de ese tipo.

Tal vez solo soy un viejo infeliz que merece la soledad y toda la mierda que le ha pasado.

Pero, joder, no he podido sacármela de la cabeza en todo el día y estoy furioso conmigo mismo por haber empezado algo que no pienso terminar.

Briar no es mía.

Debería serlo, pero es imposible.

No hay forma de que una chica tan preciosa e inteligente tire su futuro por la borda por un hombre que, para el resto del mundo, es su tío. A nadie le importan detalles como la adopción o que apenas nos conozcamos.

A la prensa le encantan los escándalos y mi nombre ya ha estado relacionado con demasiada mierda. Erik tuvo que tirar de todos sus contactos para detener el vendaval y hacer desaparecer el asunto sin dejar rastro antes de que nadie llegara a enterarse; no le preocupaba su hermano adoptivo, solo quería proteger el buen nombre del imperio Lane.

Y, aun así, todavía corren rumores.

Es lo que tienen los pueblos pequeños. Bastaría el más mínimo indicio de otro escándalo familiar relacionado con el apellido Lane para que todo acabe en un desastre. No me importa mi reputación; me importa una mierda lo que la gente diga sobre Stôrmand Lane, porque ya han dicho y pensado las peores cosas de mí.

Lo que sí me importa es lo que le pueda ocurrir a la chica de dulces ojos color avellana que tiene el poder de derretirme la puta alma con una sola mirada.

Me importa demasiado y no puedo evitarlo.

Con las manos hundidas en el pelo, bajo la vista hacia la evidente presión que tengo en el regazo.

Tengo la polla dura contra la parte delantera de los pantalones solo por pensar en ella y en el temblor de su voz anoche cuando admitió que no tenía mucha experiencia; los dos sabíamos que no se refería a conducir. Y luego ese momento en el que se mordió el labio inferior y apoyó la cabeza en mi hombro.

En ese preciso momento supe que estaba perdido.

Bajo la mirada hacia mi erección y observo cómo palpita, desesperada por aliviar la presión que no deja de crecer. Suelto un suspiro y, tras echar un vistazo alrededor —aunque sé que estoy aparcado delante de mi casa, en mitad de la nada— alzo las caderas, me bajo la cremallera y dejo que mi polla golpee contra el estómago mientras me bajo los calzoncillos lo justo para hacer lo que necesito hacer. Mi cerebro pervertido exige que me haga cargo de la obsesión que siento por esta chica ahora mismo.

Es una escena demasiado conocida. Anoche también me refugié en la oscuridad, en este mismo sitio, para masturbarme. Está claro que no bastó para calmar la urgencia. Hay una necesidad dentro de mí que no puedo apaciguar ni explicar y, cuanto más intento dejar de pensar en mi preciosa sobrina, más crece.

Con un gruñido, escupo en la palma de la mano. Rodeo mi erección con los dedos y empiezo a acariciarme de arriba abajo; tengo las pelotas tensas y calientes, listas para una nueva ronda de fantasías con alguien que no debería ni siquiera mirar dos veces.

Me iré directo al infierno.

Porque, de repente, me golpea una avalancha de sensaciones de la noche anterior, como si estuviera allí otra vez. Solo que esta vez mis manos pueden explorar con libertad. La preciosa chica que se mueve sobre mi regazo gime y me suplica que la toque, que la folle. Y desde luego no soy tan buen hombre como para negarme.

Nunca le negaría lo que necesita.

En mi sórdida imaginación, Briar se retuerce mientras le desabrocho los vaqueros y deslizo la mano por delante, explorando la suavidad y la humedad de su dulce coño.

«Por favor, tío Storm».

Me suplica con aquella voz ronca y sensual, siempre tan educada. Meterle un dedo en su interior húmedo y estrecho parece lo más natural del mundo. Aprieto el puño alrededor de mi polla mientras cierro los ojos con fuerza. Maldigo entre dientes; todo es tan vívido que juraría que puedo oírla gemir y sentir cómo se retuerce y se somete a mi voluntad. El coño le palpita mientras la follo con los dedos en mi camioneta.

«Déjame probarte».

Gime las palabras, pidiéndomelo con una dulzura insoportable. Me dejo llevar y Briar, obediente como es, se arrodilla delante de mí, se traga mi polla y me arranca un sonido gutural.

El calor se acumula en la parte baja de mi vientre. Siento la humedad y el calor de su boca. La caricia aterciopelada de sus labios lleva el ritmo de mi puño y, en el momento en que imagino su garganta cerrándose alrededor de la punta, los huevos se me tensan y una sacudida me atraviesa el vientre.

La eyaculación sale disparada y me cubre el puño mientras la vergüenza acompaña cada descarga. El pulso me retumba en los oídos, acompasado al movimiento de mis caderas mientras persigo la tan anhelada sensación y trato de controlar la respiración errática.

Tengo toda la sangre del cuerpo concentrada en la polla y solo puedo pensar en ella. Juraría incluso que puedo olerla, escuchar sus gemidos de placer mientras pasa la lengua por mi miembro para saborearlo.

Es mi fantasía prohibida más perfecta.

Joder, estoy casi cegado.

Acabo de montar un desastre y necesito unos segundos más para tranquilizarme. Bajo la vista hacia mi polla pegajosa y me tengo que

quitar la camiseta para limpiarme.

La adrenalina de que alguien me encuentre aquí fuera, en una escena imposible de explicar, basta para hacer que me dé prisa. Cierro la puerta detrás de mí y voy directo a la ducha. Como si abrasarme bajo el agua hirviendo pudiera absolverme de mis pecados.

Después de secarme, me froto el pelo con la toalla mientras intento detectar cualquier señal de que Briar haya regresado mientras yo estaba duchándome.

¿Quiero que esté aquí?

¿Quiero abrir la puerta y descubrir que ha regresado sana y salva, sin sospechar que un cabrón se ha masturbado pensando en ella dentro de su camioneta? ¿O quiero encontrarme el mismo silencio de siempre, el de cuando vivía solo en esta montaña? Antes de que apareciera Briar y su dulzura a la que me he vuelto adicto para poner mi vida patas arriba.

Me pongo unos pantalones de chándal y una camiseta limpia y salgo del baño. La cabaña está vacía.

Mis ojos se disparan de inmediato hacia el reloj del microondas. No es tarde, pero, Dios santo, su cita era al mediodía y son casi las siete. Se suponía que Layla iba a recogerla y estoy empezando a pensar que quizá deba replantearme mis planes de amenazar a todos los hombres de Crimson Ridge para que no se le acerquen.

Empezando por Wes y su maldita sonrisa perfecta y encantadora.

Resultaría mucho menos encantador con unos dientes menos.

Justo cuando estoy pensando en coger la radio y hacer una llamada, las luces de un vehículo atraviesan la cabaña. El sonido del

motor y el crujido de la grava anuncian la llegada de quienquiera que haya traído a Briar de vuelta a la montaña.

La opresión que siento en el pecho se alivia cuando miro por la ventana y me encuentro con el tan familiar logotipo de Devil's Peak: la camioneta de Colt se detiene junto a la mía, con Layla al volante.

Agacho la cabeza y me entretengo buscando sobras de comida para recalentar. Estoy inclinado, apartando recipientes de plástico en el frigorífico, cuando la puerta principal se abre a mi espalda.

—Ah, hola. —Briar parece contenta. Hay cierta ligereza en su voz —. ¿Qué tal tu día?

Me enderezo, me giro y lo que veo es, al mismo tiempo, lo mejor y lo peor del mundo: se estira para colgar el bolso en el perchero detrás de la puerta y, como está de espaldas, tengo la oportunidad perfecta para mirarla sin disimulo.

El vestido que lleva le cubre los muslos y el culo con una tela que parece muy suave, de un tono chocolate que abraza su piel. Lleva el pelo oscuro recogido en un moño desenfadado. Joder. Mis ojos no dejan de recorrerla y terminan deteniéndose en las botas vaqueras que se compró el primer día, las cuales dejan entrever parte de la piel desnuda de sus piernas.

Lo peor —o quizá lo mejor— es que va vestida así y, aun así, lleva mi abrigo sobre los hombros.

Ha ido a una cita con mi abrigo y eso despierta todos los instintos posesivos y animales que llevo todo el día intentando contener.

Briar se gira y la sonrisa que ilumina su rostro lo dice todo mientras se quita el abrigo. El movimiento acentúa todavía más lo bien que ese vestido se ajusta a sus curvas. Se adapta a su cuerpo

como un guante y está tan preciosa que no hay forma de que Wes no se haya enamorado de ella en cuestión de segundos.

En un parpadeo me encuentro poniéndome el abrigo y las botas; ya tengo las llaves y el teléfono en una mano y el pomo de la puerta en la otra. Sin volverme para mirarla (porque no puedo tolerar lo despampanante que está), salgo de la cabaña como un torbellino.

Y, como evidentemente estoy desesperado por lograr que me deteste, las palabras que digo cuando cierro la puerta son una puñalada que ella recibe boquiabierta.

—No me esperes despierta, cariño.

CAPÍTULO 17

Briar



LAYLA: Bueno…, cuéntamelo todo.

El mensaje de Layla aparece en la bandeja de mensajes directos de Instagram. Estoy tirada en el sofá, deslizando absorta entre vídeos de mi tío en el rodeo y sintiéndome fatal.

LAYLA: Te has esforzado muchísimo en esquivar mis preguntas durante el camino de vuelta.

Conozco muy bien el arte de desviar conversaciones.

Muy bonito tu jueguecito de bombardearme con preguntas sobre el rancho y los caballos…

BRIAR: ¿He estado convincente?

LAYLA: Ahora te toca soltarlo, chica de ciudad.

BRIAR: Seguro que tienes cosas mejores que hacer que hablar de mi cita.

LAYLA: Oh, oh.
No suena muy prometedor.
Ya entiendo por qué me freíste la cabeza con monturas y crines.
Aquí hay historia.
BRIAR: Ha sido muy majo.
LAYLA: Pero…
BRIAR: El hecho de que solo haya querido hablar de mi tío me ha cortado el rollo.
LAYLA: Uf.
Qué torpe, Westin.
Seguro que ha sido para romper el hielo.
BRIAR: Me han dado ganas de decirle que mejor se vaya con él a tomar una cerveza y hablar de rodeo.
LAYLA: Apostaría a que estaba atacado de los nervios.
¿Te ha pedido volver a quedar?
¿Le darías una segunda oportunidad?
BRIAR: Me lo ha propuesto, pero le he dicho que ya le avisaría cuando tuviera un hueco.
No sé… ¿Quizá vuelva a intentarlo?
Me he puesto muy nerviosa y he empezado a sentir que tal vez el problema era yo.
Ha sido mi primera cita de verdad y siento que estaba un poco alterada.
No ha sido precisamente mi mejor actuación, para ser sincera. Se merece algo mejor que todos mis líos mentales.

Vamos a pasar por alto el hecho de que estaba completamente descolocada por la llamada y las amenazas de mi ex, que todavía resonaban en mis oídos cuando entré en el restaurante. Por no mencionar los pensamientos ilícitos que no dejaban de arrastrarme hacia lugares que ni siquiera debería considerar…

LAYLA: Perdona, pero no pienso permitirte eso. Tú eres un partidazo.

Además, si de verdad Wes estaba más interesado en Storm que en ti, creo que tiene como tres hermanos.

Puedes sacarle más partido al rancho de los Hayes si te ha gustado la muestra gratis. ;-)

Chateamos un poco más y yo sigo intentando desviar la conversación hacia los caballos y su vida en Devil's Peak; lo más lejos posible del jinete de toros tatuado y de sus amigos, hasta que Layla me dice que tiene que irse.

Me quedo sola, acompañada únicamente por el crepitar del fuego, pensando demasiado. Ni siquiera intento encender la televisión para ver algo o poner una película. Si no estuviera tan dispersa, tal vez leería.

Pero me quedo mirando una y otra vez, llena de culpa, los vídeos de cierta estrella del rodeo en mi teléfono, repasando antiguas publicaciones de Instagram mientras siento cómo la tensión crece dentro de mí a cada segundo que pasa y me muerdo el labio cada vez que descubro nuevos detalles en la pantalla.

Hay un montaje en particular, hecho a cámara lenta, en el que aparece preparándose para distintas competiciones dentro y fuera de la arena. Sale calentando, vendándose las muñecas y los antebrazos… Lo he visto en bucle tantas veces que me avergüenza admitirlo. Las chaparreras. El sombrero. El cinturón lleno de logotipos de patrocinadores. Ese porte inconfundible del hombre que llena esta cabaña con su presencia incluso cuando no está.

Sentada aquí, atrapada en esta espiral de pensamientos equivocados, no puedo evitar preguntarme por qué dejó de competir tan de repente, pero no encuentro ninguna pista sobre cuál pudo ser la razón. No hubo lesiones ni problemas importantes registrados por

la organización. ¿Tal vez sufrió algún accidente que puso fin a su carrera y decidió desaparecer en silencio?

Aunque, por lo que sé de ese hombre, nada de lo que hace pasa desapercibido.

Dios. De verdad odio no saber dónde está, qué está haciendo o, peor aún, con quién está.

¿A cuántas otras chicas habrá enseñado sentadas sobre su regazo en el asiento de la camioneta? ¿Así fue como Luce perdió el brillo de labios?

Uf. Exhalo frustrada y me convenzo de que nada bueno puede salir de quedarme aquí sentada, sin más compañía que el fuego, mis hormonas agitadas y mi imaginación hiperactiva.

Mientras voy hacia el dormitorio, el estómago me da un vuelco cuando oigo un sonido fuera de la cabaña que reconozco enseguida. El rugido de un motor que se acerca y se apaga seguido del fuerte golpe de una puerta al cerrarse. Estas son las cosas que no sé cómo vamos a manejar a partir de ahora. Anoche no durmió en su cama y, por la forma en que me ha mirado, ha fruncido el ceño y ha salido disparado por la puerta hace un rato, dudo mucho que vaya a hacerlo esta noche.

Aunque la situación sea incómoda, estoy cansada de que intente convencerme de que el sofá no le destroza la espalda. Si no podemos comportarnos como adultos y compartir una cama, entonces seré yo quien duerma en el salón a partir de ahora.

Doy vueltas por el dormitorio mientras lo escucho entrar y dirigirse a la cocina antes de oír sus pasos avanzando por el pasillo. No va a entrar. Puedo asegurar que se dirige al baño, así que aprovecho el momento para acorralarlo.

Justo cuando está a punto de pasar de largo, abro la puerta y me interpongo en su camino.

—Sabes que la mayoría de las conversaciones funcionan en ambos sentidos, ¿no? Si te pregunto qué tal te ha ido el día, se supone que deberías responder.

Sus ojos de un azul penetrante me recorren de arriba abajo. Dios, es tan injusto que sea tan atractivo. Cuando estamos así de cerca tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo bien y acabo disfrutando de una vista privilegiada de su cuello tatuado.

Esos tatuajes sensuales y pecaminosos que ahora sé que se extienden por su pecho, sus brazos y su espalda. Un tapiz que cuenta la historia de una vida que me muero por conocer, aunque me sienta ridícula siquiera pensando en preguntar.

—¿Te pones respondona por las noches, Espinita? —Su tono mordaz me resulta demasiado atractivo.

—¿Piensas seguir ignorándome?

Se cruza de brazos y se pasa el pulgar por el labio inferior, estudiándome con esa mirada glacial.

—Tenía trabajo y pensé que necesitabas espacio.

—¿Por qué? Creía que te iba a ayudar con el trabajo del rancho. —Al menos ahora me está hablando, aunque una gruesa capa de tensión envuelve el sombrío pasillo.

—Creí que estarías demasiado ocupada con tu cita como para venir a trabajar. —Curva los labios en una mueca y enfatiza la palabra «cita», como si fuera un insulto personal. Mira quién fue a hablar. Se pasea por ahí con estos lujuriosos pantalones deportivos y una camiseta blanca que se le pega al cuerpo marcándole los

músculos. Siento un cosquilleo incómodo en el cuello cuando me pregunto dónde habrá estado.

—¿Por eso me has ignorado todo el día? ¿Y tú qué? ¿Has vuelto a estar con Luce? ¿Ha ido a buscar otro brillo de labios perdido en el suelo de tu camioneta?

Se ríe, pero no de un modo amistoso. Es una risa descorazonada, áspera. Se está comportando como un cretino y yo aprieto con más fuerza el teléfono que todavía tengo en la mano. Me entran ganas de estampárselo en la cabeza.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Qué tal la cita? ¿Os habéis cogido de la mano, te ha tratado como a una dama y ha resultado ser la definición de la fantasía del vaquero perfecto y educado?

Su tono despectivo me enfurece. Cómo se atreve a comportarse como si lo de anoche no hubiera significado nada o como si no hubiera pasado todo el día evitándome porque le molesta que haya ido a tomar un café con otro hombre.

Entonces, allí plantado frente a mí con toda su altura, parece reparar en algo que llama su atención. Inclina ligeramente la cabeza, entrecierra los ojos azules y fija la mirada en el teléfono que tengo en la mano. Antes de que pueda entender qué está pasando, una gran mano tatuada se estira y me lo arranca de los dedos.

Siento que el alma se me desploma hasta los pies.

Oh, por Dios.

Oh, no.

Por favor, no mires lo que hay en esa pantalla.

Intento arañarle el brazo para recuperarlo, pero es como un perro protegiendo un hueso; pasa a mi lado y entra en el dormitorio.

Su mirada de acero se alza hacia la mía, brillante y más desconcertante que nunca.

Cuando se sienta en el borde de la cama con el teléfono en esa enorme palma, pulsa *play* y el sonido invade la habitación como un rugido demoníaco cuando el presentador del vídeo anuncia mi pequeño secreto ante una multitud enfervorecida… y ante el hombre que me observa con una expresión indescifrable.

—Damas y caballeros, un fuerte aplauso para Stôrmand «Storm» Lane.

Capítulo 18

Briar



Me retuerzo por dentro.

¿Qué posibilidades hay de que se abra un agujero en el suelo, me trague viva y me libre de tener que ver a mi tío sujetando mi teléfono con esas manos gigantes mientras contempla en la pantalla la patética evidencia de mi enamoramiento, mi obsesión o como quiera llamarse este comportamiento insano?

Es imposible saber qué está pensando. ¿Está enfadado? ¿Molesto? ¿Harto de mis mierdas y listo para darme una patada en el culo y dejarme en la puerta de cualquier motel del pueblo?

—Devuélvemelo. —Extiendo una mano, esperando que me lo entregue.

Me responde arqueando una ceja. En silencio, fija la mirada en mí.

Armándome de valor, ignoro su hostilidad, el pelo revuelto y ese aro tan indecentemente sexi que lleva en la nariz.

—Son cosas privadas. —La vergüenza me recorre la piel como arañas con brasas atadas a las patas. Por mucho que se me encoja el estómago cada vez que está cerca, sigo enfadada por la escena de hace un momento. Es mucho más grande que yo, pero tiene el humor cambiante de un adolescente.

Está sentado al borde de la cama siendo la personificación del deseo, la tentación y el error… y el muy cabrón seguramente ha pasado la noche con otra mujer (o varias) restregándose contra él.

Lo que más odio de todo este espantoso escenario es que eso es exactamente lo que yo quiero hacer.

—Muy bien. Como quieras. Quédate el teléfono, la cama es toda tuya; a partir de ahora dormiré en el sofá. —Pongo los ojos en blanco y suelto un suspiro mientras me doy la vuelta, intentando salir de la habitación cuanto antes.

Pero él ataca con una velocidad inesperada para alguien de su tamaño.

Antes de que llegue a dar un paso hacia la puerta, un brazo poderoso me rodea la cintura y un calor abrasador irradia desde ese punto y se extiende por todo mi cuerpo. Jamás habría imaginado que un gesto tan simple pudiera provocar una sensación tan intensa y, sin previo aviso, me lanza de cabeza sobre la cama. El colchón se hunde y rebota bajo mi cuerpo cuando aterrizo boca abajo, soltando un grito.

—¿Qué coño…? —escupo mientras intento incorporarme, pero es imposible. Detrás de mí tengo a un hombre del tamaño de una montaña sujetándome por detrás de los muslos e inmovilizándome

sobre la cama con todo su peso. Con una mano atrapa mis muñecas y las clava junto a mi rostro, casi sin esfuerzo.

Todo mi campo visual queda cubierto por sus anillos, sus manos agarrando las mías y su maldito nombre tatuado, que hace que la sangre me hierva de deseo.

—No te hagas la tonta conmigo, Briar.

Joder, la dureza de su advertencia me acelera el pulso. Nunca nadie me ha tratado así. Es la primera vez que experimento tanta brusquedad y, aun así, no me siento insegura.

De hecho…

Tengo que cerrar los ojos cuando ese calor dolorosamente familiar se expande por mi centro, por el coño, por los pechos. ¿Por qué basta con que este hombre diga dos palabras para que me olvide de toda decencia y de la poca cordura que me queda y abra las piernas?

¿Qué coño me pasa?

Giro la cabeza hacia un lado y me atrevo a entreabrir los ojos; puedo ver y sentir lo cerca que está su cuerpo sobre mi espalda.

Para más humillación, estoy jadeando.

Jadeando.

Por mi tío.

—¿Qué quieres de mí? —La voz me sale temblorosa, desesperada. Aunque esté mal, lo de anoche desbloqueó algo dentro de mí. Abrió sin piedad una puerta que debería haber permanecido tapiada y bajo llave, y ahora puedo asomarme a lo que hay al otro lado.

Aunque sea un precipicio oscuro al que jamás debería acercarme, estoy tan desesperada que la tentación toma el volante y pisa el

acelerador directa contra la barrera que debería protegerme de las decisiones insensatas.

—Podría hacerte la misma pregunta, cariño. —Con la mano libre, mueve el teléfono hasta dejarlo justo delante de mis ojos y lo apoya sobre la almohada para que los dos podamos ver bien lo que aparece en pantalla.

O, más exactamente, a quién aparece en pantalla.

—Yo he preguntado primero. —Mi voz suena peligrosamente cerca de un gemido. Qué bien se siente el peso de su cuerpo sobre el mío. Siento que estoy a punto de poner los ojos en blanco de la excitación. Siento los músculos derretidos. Una oleada de placer y libertad me atraviesa como una brisa tibia porque estoy lista para entregarme.

Le entregaría encantada ese poder que me hace sentir tan bien. Resulta muy natural. Me gusta.

—¿Es esto lo que quieres, Briar? —Se inclina hasta dejar la boca pegada a mi oído, regalándome esas caricias cálidas y húmedas que anoche me derritieron el cerebro—. ¿Es esto lo que quieres?

Y mientras pronuncia esas palabras, lo noto.

Desliza la mano entre mi cuerpo y el colchón. Me envuelve igual que aquellas mañanas en las que desperté con su torso cubriéndome la espalda y la mano en mi coño.

El vídeo sigue reproduciéndose en silencio; ha quitado el sonido, pero ha dejado correr la sucesión de imágenes de distintos momentos de su carrera. Ya lo he visto varias veces. Dura al menos diez minutos. Un montaje a cámara lenta de cada detalle poderoso e impactante del vaquero que tengo a mis espaldas.

—Dime, cariño… ¿Es esto lo que quieres? ¿Al famoso jinete de toros? ¿Quieres que la estrella Stôrmand Lane te folle y luego te deseche como a cualquier conejita desesperada por probar mi polla?

Se me escapa un gemido por lo groseras que son sus palabras mezcladas con la presión de sus dedos sobre mi coño y la firmeza posesiva de su mano sujetándome. Tiene la mano colocada justo donde podría presionar mi clítoris, pero me provoca con palabras y se niega a mover la mano.

—Yo… No lo sé. —Muevo las caderas involuntariamente y se me escapa otro gemido.

—Mira la pantalla. Sé que quieres hacerlo. Te pasas noches enteras viendo esos vídeos, así que dime… ¿Te pone imaginar cómo sería?

Me froto con más fuerza contra sus dedos. En la pantalla de mi teléfono, su imagen es pura fuerza, agilidad y valentía. Estaba más delgado por la juventud y el entrenamiento, pero los años no le han restado atractivo. A mi espalda tengo al mismo hombre, solo que más grande, moldeado por los golpes de la vida, aún más sexi, aún más deseable.

Pura tentación y fruta prohibida que quiero lamer y devorar como el néctar más dulce.

Siento que el cuerpo y la cabeza se dan por vencidos no soy más que un caos.

—No podemos… Esto no puede pasar. —Me acaricia la oreja con los labios y después repite el gesto con la nariz. Me atrapa ambas muñecas con su mano caliente y acomoda el cuerpo sobre el mío. Vuelvo a ver aquellos anillos y la pulsera de cuero sobre mí mientras

su cuerpo asciende pegado al mío; el coño me late, desesperado por el alivio que está a punto de llegar.

Oh, Dios. Nuestros cuerpos encajan a la perfección y nos frotamos, moviéndonos juntos sobre el colchón, completamente vestidos.

—Por favor. —El cuerpo me arde de necesidad—. No lo quiero a él. —No quiero al hombre de la pantalla ni al de mi cita de esta tarde. Quiero al precioso vaquero que está montado sobre mí y sujeta mis brazos con fuerza mientras me besa la oreja.

—Joder, cariño. —Gime contra mi cuello y deja escapar un sonido pecaminoso. ¿Acabo de suplicarle que me suba el vestido y acabe con mi agonía?

Intento apartar la cabeza para no seguir viéndolo en la pantalla luchar por mantenerse sobre aquel enorme toro hasta que suene la campana, pero no me lo permite.

—Míralo, cariño. ¿Quieres mirar? Mira mientras frotas ese coñito precioso contra mi mano. Mírame montar ese toro e imagina cómo sería si te montara a ti.

Por mucho que haya fantaseado con estar a su merced, no estaba preparada para lo que se siente al tenerlo así encima de mí. Su olor masculino, el calor de su cuerpo, el roce de las sábanas bajo nosotros.

—Haz lo que necesites. Ese coñito dulce está pidiendo esto a gritos y, joder, ojalá pudiera darte más, pero tendrás que buscarlo tú sola. Usa mis dedos y enséñame lo preciosa que estás cuando te corres.

Me pone delante una fruta prohibida demasiado tentadora, demasiado perfecta; se me hace agua la boca. Apenas unas

finísimas capas de tela nos separan y casi puedo notar cada vena de su polla dura. Clavo las uñas en las mantas que tengo debajo de la cabeza, sigo con las manos inmovilizadas. Me acerco más al clímax con cada movimiento desesperado de las caderas. El rugido de la sangre que se acumula en mis oídos y el roce de mis pezones endurecidos contra el sujetador se combinan para empujarme hacia el borde de algo perfecto.

—Dios santo. Este vestido debería ser ilegal. —Me mordisquea el lóbulo de la oreja con esos dientes afilados; tengo la voz rota por la excitación—. ¿Quieres saber dónde he estado?

Se me escapa un gemido ahogado y asiento contra la manta.

—Pensando en cómo evitar arrancarte la ropa.

Acerca aún más la boca, presionando sus labios calientes contra mi piel y desbordando mis sentidos con esas palabras atrevidas murmuradas entre dientes.

—Créeme, no estaba con nadie, cariño… Así que me importa una mierda si quieres imaginarte que es conmigo o con el tipo de los vídeos, pero vas a correrte de una forma u otra.

Mientras pronuncia esas palabras, empuja con más fuerza las caderas contra mi culo; la suave tela de los pantalones y la presión de su polla dura me aplastan contra la cama. Me guía una y otra vez hacia sus dedos y estoy peligrosamente cerca del límite.

El orgasmo me recorre las venas, aprieto los dedos de los pies y un gemido salvaje brota de mi garganta.

—Oh, por Dios. Oh, por Dios. —Estoy canturreando las palabras mientras todo mi cuerpo se tensa. Me siento vacía por dentro, desesperada porque me llene. Este placer sería mucho más intenso,

mucho más brillante y arrollador si su grueso miembro me estuviera abriendo por dentro.

—Joder. Mierda, Briar. —Sobre mí oigo un gruñido inconfundible de frustración seguido de una última embestida de sus caderas. Tan potente que me deja sin aire.

Sigo flotando cada vez más alto y no puedo dejar de pensar en lo cerca que ha estado de perder el control.

Por lo que yo le provoco.

¿Es mejor o mucho peor saber que está luchando contra esta atracción a la que definitivamente no podemos ceder y que jamás deberíamos haber permitido?

Nos quedamos tumbados un rato. Mi corazón sigue desbocado e, igual que anoche, intento ser la Briar capaz de conservar algo de dignidad después de hacer algo que no debía…, pero no sé si podré soportar otra noche sin que me abracen después de un orgasmo tan intenso.

Dios, soy patética. Tan necesitada.

Él se aparta de mí sin decir una palabra.

Me estremezco y decido que no voy a soportar otra humillación más, la de que otro hombre me deje sola en una cama fría. Hay demasiados recuerdos intentando atravesar el muro que levanté en mi cabeza, así que reprimo el patético impulso de huir y me acomodo bajo las mantas.

Sé que he dicho que dormiría en el sofá, pero él parece dispuesto a escapar y poner toda la distancia posible entre nosotros. Después de la intensidad de lo que acaba de ocurrir, siento las extremidades pesadas y dormidas.

Pero justo cuando me hago un ovillo de lado, intentando decidir qué coño voy a hacer con el hecho de que me convierta en una gata en celo necesitada cada vez que tengo cerca a mi tío, el colchón se hunde detrás de mí.

Unos brazos fuertes me rodean.

—Ven aquí. Siéntate.

Me toma tan desprevenida que pierdo la capacidad de reaccionar. Solo puedo sentir su cuerpo y escuchar su voz.

Se lleva una mano a la nuca y se quita la camiseta de un solo tirón, llenando toda la habitación de tinta y músculos.

Sin mediar palabra, me hace un gesto para que levante los brazos.

Obedezco y me atrevo a mirarle la cara: está concentrado, con el ceño fruncido. Toda su atención está puesta en deslizarme el vestido por los hombros y sacármelo por la cabeza.

Mantiene la vista fija en algún punto por encima de mi hombro. No me mira el cuerpo, pero sí presta atención a cada movimiento. Cuando termina de quitarme el vestido, hace un ovillo con la camiseta que llevaba puesta hace un momento y la coloca debajo de mi cabeza, envolviéndome en su calor y en su olor. Con la misma delicadeza, me acomoda los brazos.

Estoy demasiado impresionada para hablar.

Después desliza una mano bajo la tela y entonces inspiro hondo, porque sus dedos me acarician las costillas y la columna vertebral.

La fantasía de vaquero que tengo arrodillado frente a mí se inclina para desabrocharme el sujetador y yo lucho por no echarme a temblar mientras sus dedos ásperos rozan mi piel desnuda. Con más cuidado y ternura de los que jamás habría imaginado, desliza los tirantes por mis brazos para ayudarme a quitármelo.

Sería muy fácil sexualizar estos gestos. Sobre todo teniendo en cuenta cómo estábamos hace apenas unos minutos.

Pero en la forma en que me ayuda a desnudarme no hay nada más que cuidado y dulzura.

Después mueve algo a mi espalda.

La lámpara de la mesilla se apaga y nos sume en la oscuridad.

No estoy segura de qué esperar, aunque presiento que dentro de unos segundos lo oiré alejarse.

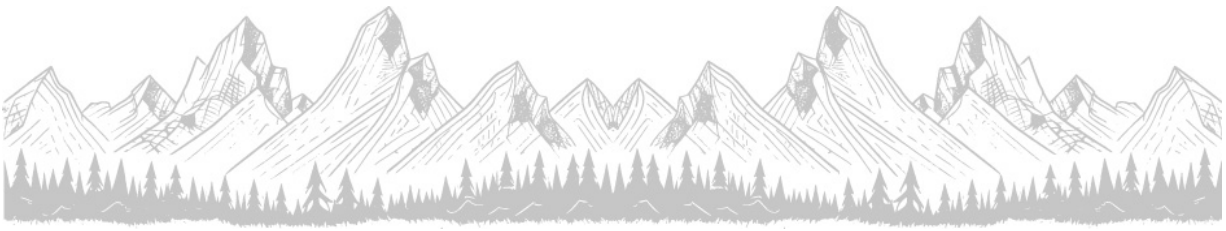
Pero, en cambio, me arrastra contra su pecho cálido y desnudo.

Nuestras piernas se entrelazan.

Mi corazón rebosa felicidad y emoción, y sé que no debería permitirlo porque de ninguna manera puedo entregarme a esta cercanía.

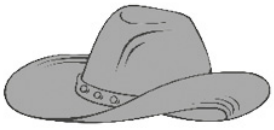
No hace falta decir nada. Ambos sabemos que no queda nada por añadir porque lo que pasó anoche en su camioneta y lo que ha pasado hoy ha cruzado con creces la línea que debería separarnos.

Cuando amanezca tendré que enfrentarme a la realidad: por mucho que me sienta en casa entre los brazos de este hombre, jamás será mío.



CAPÍTULO 19

Storm



Después de lo de ayer, parece que el espacio se ha reducido. La cabaña es como una jaula de cristal y todos mis intentos de evitar a Briar fracasan miserablemente.

Miserablemente.

No es que quiera evitarla; más bien lo contrario. Pero ahora que conozco su pequeño secreto, hay una parte de mí que empieza a ganar fuerza y que jamás debería dejar salir de la prisión donde la encerré.

Ese imbécil arrogante y engreído que no desea otra cosa que tumbarla y enseñarle todo lo que se ha estado perdiendo.

El que quiere mostrarle todas las formas en que su cuerpo y su alma pueden responder a mis caricias.

Ahora mismo, el tamaño de la cabaña me parece una tortura infernal. Siempre está cerca y yo estoy tan distraído pensando en las cosas que hemos hecho que no dejo de tropezarme con ella.

Literal y metafóricamente.

Cuanto más intento controlarme, más torpe me vuelvo.

Esta mañana la he sorprendido saliendo de la ducha porque estaba demasiado perdido en mis pensamientos, recordando la sensación de tenerla debajo de mí… Y, bueno, ha sido un accidente, pero la oportunidad de volver a ver su cuerpo desnudo no ha ayudado precisamente a calmar la situación.

A los cinco segundos de empezar a preparar el desayuno ya me las había arreglado para arrinconarla contra la encimera. Sin querer, claro, aunque el imbécil que vive dentro de mí se moría de ganas de dejarla allí y tocarla; tengo que contenerme físicamente para luchar contra la atracción que ejerce su cuerpo sobre mí.

En resumen, la mañana ha sido un desastre. No he parado de disculparme y ella no ha dejado de decirme que no pasa nada. Pero sigue sin mirarme a los ojos y el rubor le cubre las mejillas.

Me mata que no me mire.

Aunque sé que lo de anoche fue completamente consentido, me destroza pensar que pueda sentir culpa, vergüenza o lo que sea que se le esté pasando por la cabeza.

Es precioso verla disfrutar y Dios sabe que estuve a punto de perder el control por completo. La prueba de que no estoy bien de la cabeza es que me froté contra su culo hasta casi correrme dentro de los pantalones.

Pero ella no tiene por qué avergonzarse. El pervertido soy yo, incapaz de dejar de tocarla o de controlar mis pensamientos. Yo soy

el que perdió completamente la cabeza al descubrir que veía vídeos antiguos míos. No sé cómo ni por qué, pero, después de lo mal que llevé su cita, verla con mi abrigo puesto y saber que le interesa algo de mi vida… acabó de destruir el poco sentido común que me quedaba.

En ese instante se vino abajo la poca moral que aún conservaba y ahora no tengo ni puta idea de qué hacer.

Conozco su olor, sus gemidos, sus jadeos.

También sé que guarda un secreto, y eso despierta algo salvaje dentro de mi pecho.

Se sintió demasiado bien tenerla entre mis brazos, vestida con mi camiseta, dormida a mi lado; jamás he descansado así en toda mi vida. Dormí de un tirón, sin preocupaciones, con su suavidad y el sonido tranquilo de su respiración sobre la almohada junto a mí. Pasé años intentando adormecerme con alcohol, sexo y castigos físicos, pero nada funcionaba. Siempre acababa despierto, inquieto, dando vueltas de madrugada mientras el resto del mundo estaba en el paraíso de los sueños.

Pero con Briar entro en un estado tan profundo y reparador que ni siquiera noto cuando se levanta. Solo cuando ya no está aparece esa horrible sensación en el pecho, como si alguien quisiera arrancarme el corazón con las manos.

Así que, cuando subimos a la camioneta para ir a Devil’s Peak, enciendo la radio porque entiendo que lo mejor para los dos es no tener que hablar.



Suena la bocina y me lanzo desde el lomo de la bestia que resopla con violencia. Los domadores se apresuran a distraer al animal mientras yo me pongo a salvo y salgo de la arena. El ruido, el calor y la tierra golpean todos mis sentidos a la vez.

Con el pulso acelerado, me quito el guante de un tirón. Estoy seguro de que ha sido una monta digna de un campeonato. Podría alcanzar los noventa puntos.

Cuando el locutor anuncia mi puntuación, es un 92,5.

Una descarga eléctrica me atraviesa las venas y, mezclada con la adrenalina de la monta, me deja casi paralizado. Beau me agarra, me sacude por los hombros y me grita directamente a la cara. La música estalla y veo las luces del estadio reflejadas en sus ojos mientras me abraza sin dejar de gritar.

Mi amigo también ha hecho una actuación increíble y podría haber sido él quien acabara en lo más alto, pero aun así se queda celebrándolo conmigo. Mi mente no puede procesar esta sensación. Beau también podría haber ganado; su puntuación está pegada a la mía y lo deja en un ajustadísimo segundo puesto. Pero el nombre que aparece en la pantalla es el mío. Me agarra de la camiseta y junta su frente con la mía; su alegría es auténtica cuando vuelve a mirar el marcador.

He ganado.

Joder, he ganado.

Pero apenas oigo el entusiasmo ni la euforia.

Entre el caos de los anuncios, los medios, la ceremonia y los aplausos del público, ese vacío que conozco tan bien vuelve a abrirse paso en mi estómago. ¿Qué coño importa todo esto si no hay nadie? Stôrmand Lane gana otro título y miles de aficionados silban

y gritan mi nombre, pero no hay una sola persona en las gradas celebrándolo conmigo. No hay ni rastro de mi hermano y sé con certeza que está en Las Vegas; está en esta misma ciudad y ni siquiera se ha molestado en aparecer.

La típica estrella estadounidense del rodeo: viviendo su sueño mientras a ningún familiar vivo le importa un rábano. Menuda mierda.

Cuando por fin consigo escapar del caos de la coronación como campeón, me dirijo a la zona de competidores y entonces oigo mi nombre. Hay unas chicas apoyadas en la valla de seguridad y, mientras me gritan felicitaciones, sus ojos hambrientos me recorren el cuerpo. No volveré a verlas después de esta noche. Una es rubia, de piernas largas, la típica conejita de campeonato. Su amiga se le parece bastante. Las dos me muestran sus sonrisas blanquísimas y baten las pestañas mientras me acerco.

Me parecen una forma bastante buena de intentar olvidar el vacío que siento en el pecho y que ni el cinturón de campeón ni el cheque del premio han conseguido llenar.

—Mantenlos ahí si puedes, Storm. Nosotros iremos por delante del rebaño. —El grito de Colt me devuelve al presente, al rancho de Devil's Peak.

Joder, estaba tan perdido en mis pensamientos que he dejado de prestar atención a lo que debía: flanquear a las vacas que estamos moviendo y no perderme en mi pasado de mierda ni en el deseo de haber tomado una decisión diferente aquella noche.

Me aprieto el entrecejo y observo la masa de cuerpos negros, el pelaje áspero y las orejas peludas agitándose mientras mugen

delante de mí.

Lo último que necesito hoy es darle motivos a Colton Wilder para que me fulmine con esa lengua afilada que saca cuando está de mal humor.

Montados a caballo, él y Layla se colocan al otro extremo del prado, guiando el ganado desde delante. Necesitaban ayuda para vacunar a las vacas y yo siempre aparezco cuando me llaman.

El que me tiene apretando la mandíbula es el joven Wilder.

Como siempre, Kayce se está comportando como el cretino rubio de ojos azules que es. Cada vez que lo miro me golpean todos los recuerdos de mi juventud. De quien era antes de los tatuajes y de asumir mi lugar como el chico malo del circuito profesional. Mi actitud encajaba a la perfección con la narrativa de los patrocinadores y yo no hacía más que alimentar la maquinaria publicitaria.

Adoraban a «Stôrmand Lane»… hasta que dejaron de hacerlo.

Me creía a prueba de balas antes de tomar la peor decisión de mi vida una noche en Las Vegas, borracho hasta las cejas.

Una decisión que puso mi vida patas arriba, destrozó mi carrera… y me dejó intentando recomponer la cabeza escondido en esta montaña. La peor parte de ese momento tan complicado fue que ella ni siquiera llegó a ver las consecuencias de sus actos.

Pero hoy he estado tan ocupado que apenas he tenido espacio para pensar. Kayce ha subido a Briar a caballo nada más llegar al rancho y yo he estado ayudando a Colt a revisar el ganado, como hacemos cada primavera.

Los pelajes negros emanan vapor y llenan el silencio de resoplidos y mugidos. Estamos rodeando un grupo pequeño. El rebaño de Colt

es enorme, pero quiere vacunarlas y revisarlas ahora que ha vuelto del viaje.

Aparte de Beau, Colt debe de ser la única persona de este maldito planeta a la que ayudaría con cualquier cosa, y sé que él haría lo mismo por mí.

Ese hombre pasó una madrugada entera subido a una escalera en mitad de una tormenta helada ayudándome a reparar el tejado cuando un árbol cayó sobre la cabaña hace unos años. Aquella mierda casi destroza media casa, pero él apareció en cuanto lo llamé por radio. Colton Wilder es un buen tipo y me alegra de verdad verlo desplegar toda esa ternura cuando mira a la mujer que cabalga a su lado, con el pelo cobrizo recogido en dos largas trenzas; Layla es, sin duda, su alma gemela.

Sin embargo, las circunstancias en las que se conocieron no fueron muy convencionales y les costó llegar hasta donde están ahora.

Me estiro para recolocarme el sombrero y le doy una palmada en el cuello a mi caballo, que mueve un poco las patas y las orejas; es un animal inteligente, sabe exactamente por qué estamos aquí y qué tiene que hacer. Le murmuro unas palabras para hacerle saber que lo está haciendo bien, pero ninguno de los dos aparta la vista del rebaño para asegurarnos de que no haya fugas.

Al otro lado del ganado, Kayce cabalga junto a Briar, cada uno en su caballo. No han venido a ayudar (aunque, si quisiera, Kayce podría traer aquí su culo y ser bastante útil), pero al menos le está haciendo compañía y ayudándola a ganar confianza con la montura.

Odio admitirlo, pero Kayce Wilder es un profesor excelente. Mucho mejor y muchísimo más paciente de lo que podría serlo yo. Así que

me alegra que Briar pueda aprender con alguien que la haga sentir cómoda. Además, en el tiempo que llevamos aquí, Layla parece haberla adoptado oficialmente.

Ayer pasaron mucho tiempo juntas y mi lado más egoísta se pregunta si Briar le habrá hablado de mí. De nosotros. Aunque no puede haber un nosotros, así que pensar en ello no sirve absolutamente para nada.

Mi lado más oscuro, el que todavía lucha por liberarse, espera que Wes aparezca para invitarla a otra cita. Esa parte de mí quiere romperle la cara y quizá partirle un par de dedos; pero, por suerte para mi salud mental, ella no dijo nada… salvo anoche, cuando casi admitió que no le gustaba.

O al menos eso entendí yo.

Para ser sincero, puede que estuviera demasiado absorto en mi propio viaje egocéntrico al descubrir que veía vídeos de mi época en el rodeo y quizá interpreté mal aquellas cinco palabras.

«No lo quiero a él».

Me inclino hacia delante sobre la silla y vuelvo a clavar los ojos en Briar. Como si fuera la única fuente de luz y yo estuviera desesperado por recibir aunque fuera un mínimo destello en mi dirección. Pero esta vez, cuando la miro, el arrogante de mierda que vive dentro de mi pecho celebra la victoria. Una sensación embriagadora va ganando intensidad.

Ya me está mirando.

Joder, todos los detalles de su cuerpo que alcanzo a distinguir desde aquí —el pelo oscuro, los ojos marrones llenos de pensamientos y esos labios carnosos— parecen gritar que es mía.

Aunque nunca pueda serlo.

Aunque nunca nadie pueda saber que estoy pensando en mi sobrina de un modo en el que no debería.

El rebaño avanza lentamente entre resoplidos y mugidos hasta que por fin llega al cercado donde Layla quiere meter a las vacas para empezar a vacunarlas. El movimiento acerca mi caballo al de Briar y, para mi fastidio, Kayce también está allí, sonriéndome.

Aprieto los dientes y noto el pulso latiéndome en la mandíbula. Hemos pasado mucho tiempo juntos estos últimos meses porque he estado echando una mano en el rancho mientras Colt estaba fuera. Hice todo lo que pude para ayudarlo a prepararse para una nueva temporada de competiciones. El chico tiene madera para llegar lejos, pero pasó demasiado tiempo intentando arruinarlo todo emborrachándose y perdiendo patrocinadores.

—Eh, Storm, ¿tienes planes este fin de semana? —Kayce coloca su caballo junto al mío y avanzamos juntos hacia el establo.

Lo miro con exasperación.

—Depende.

Ni de coña voy a aceptar nada sin saber antes qué demonios es.

—Iremos a Crimson Ridge porque viene una amiga de Layla y quiere presentárnosla. Sería un honor que nos deleitaras con tu humor de mierda para que al menos mi padre tenga compañía, ¿vale?

Aprieto las riendas con fuerza. Me paso la lengua por los dientes; me resulta imposible no mirar de reojo a Briar ahora que está tan cerca y tan preciosa sobre la montura.

Estoy casi seguro de que no había montado a caballo antes de aparecer en esta montaña y ponerme la vida patas arriba.

—La urbanita viene. Confío en que seas capaz de abandonar la montaña un par de horas.

—¿Qué amiga? —Me recoloco sobre la silla. Si Briar ya ha dicho que sí a esta mierda y Colt también va, parece que no voy a tener más remedio que aceptar.

—Sage… Es su mejor amiga desde siempre.

—Será divertido —interviene Briar.

—¿Vas a llevar a tu amiguito? —Kayce le dedica una sonrisa que estoy preparado para borrarle de un puñetazo.

La sola mención de Wes hace que se me tensen los hombros. Tengo que echar mano de todo mi autocontrol para mantener la vista fija en la cabeza de mi caballo.

—Puedo preguntarle a Wes si tiene planes.

«Wes». Por Dios. Ya ni siquiera lo llama Westin. Ya usa el apodo y, además, parece muy dispuesta a volver a verlo. No debería importarme, no tengo derecho a opinar sobre con quién sale o deja de salir, así que me muerdo la lengua hasta casi hacerme sangre.

—Wes es un buen tío; su familia lleva aquí toda la vida. Estoy seguro de que pronto se hará cargo de las propiedades familiares para que sus padres se puedan retirar. Siempre se ofrece a ayudar con cualquier cosa del rancho o a echarnos una mano si necesitamos parar en algún sitio cerca de Crimson Ridge; es esa clase de hombre.

Joder. Que le den.

Kayce se lo está vendiendo. Quiere convencer a Briar de lo perfecto que es su «vaquero ideal». Y lo peor es que todo lo que dice es verdad. Es un buen hombre, de buena familia y con la cabeza bien amueblada.

Westin Hayes es todo lo que yo no soy. Tiene un rancho a su nombre, una familia unida que trabaja la tierra y no va rodeado de rumores susurrados entre dientes —con los ojos abiertos de par en par y preguntándose cómo alguien pudo hacer algo tan horrible y salir impune— cada vez que pasa por delante.

¿Cómo voy a compararme con un hombre así? Ni siquiera soy dueño de la casa en la que vivo.

De hecho, parece que le pertenece a la chica que cabalga a mi lado.

Mientras llevo los caballos al establo, pienso cosas bastante oscuras sobre Wes, el vaquero perfecto. Preferiría arrancarme un pie a mordiscos antes que soportar una cena viéndolo junto a Briar. También estaba pensando en eso cuando Colt y Layla dijeron que podían apañárselas solos. Y durante la interminable conversación entre Briar y Kayce sobre un tema que ni siquiera escucho porque estoy demasiado ocupado pensando en diferentes maneras de romperle la cara y hacer que parezca un accidente. Y así seguí hasta el momento de volver conduciendo con la chica guapa sentada en el asiento del copiloto de mi camioneta.

—No le has respondido a Kayce. —Briar mira por la ventanilla, pero su voz llega flotando hasta mí—. Sobre si vas a venir a cenar.

—No sabía que te importara si voy o no. —Me encojo de hombros. Aprieto los molares. Los dedos se me tensan alrededor del volante.

—También son tus amigos. Layla quiere que vayas. Además, a Colt le encantará tener otro gruñón haciéndole compañía.

Se está burlando de mí, intentando disipar con su dulzura la nube negra que arrastro encima.

Pero yo soy un cabrón y lo único que tengo para ofrecerle es un gruñido cargado de celos.

—¿Y qué pasa con Wes? ¿Vas a invitarlo? ¿Esta vez vais a llegar más lejos? —Las palabras salen antes de que pueda contenerlas.

Briar gira la cabeza hacia mí, me clava sus ojos oscuros y entreabre apenas los labios. Esa boca aterciopelada que no debería mirar cada cinco minutos como si fuera un adicto. Pero eso es exactamente lo que hago.

Se humedece los labios y me estudia durante unos segundos eternos.

—¿Quién lo pregunta? ¿Mi tío o el tipo que aparece por las noches? —Habla en voz baja, como si alguien pudiera oír las palabras que ambos sabemos que no debería pronunciar.

Clavo los ojos en la carretera. Joder. Estamos acercándonos peligrosamente al lugar que llevamos días intentando evitar.

—Dímelo tú. Las barreras que levantas están haciendo un trabajo excelente alejando a todo el mundo. —Nos hemos convertido en expertos en esquivar las conversaciones serias después de las noches en las que la vi deshacerse entre mis brazos—. No creas que no me he dado cuenta de que te has cubierto de alambre de espino para no contarme la verdadera razón de la huida que te trajo hasta aquí. Mi paciencia tiene un límite, Briar.

Briar juguetea con el dobladillo de su abrigo (mi abrigo) con la mano apoyada sobre el regazo.

—No estoy segura. —Con el rabillo del ojo la veo concentrarse demasiado en un hilo suelto—. No sé si quiero volver a verlo así, en una cita.

—¿No te trató bien? —Noto una tensión incómoda en el cuello—. Porque si me entero de algo…

—No, no… Estuvo bien. No es eso. —Se apresura a responder, intentando evitar que me hunda en ese lugar oscuro al notar cómo aumenta la tensión en mí.

—¿Entonces qué?

Suspira y levanta la vista hacia la ventanilla.

—Habló mucho de ti.

Sus palabras me atraviesan como una ráfaga de aire cálido y derriten al instante toda la tensión y los músculos agarrotados. Unas pocas palabras y, de pronto, siento que crezco dentro de la camioneta.

—¿Ah, sí? —No esperaba ese desenlace y, de repente, el jodido Westin Hayes desaparece de mi lista negra.

—Oh, no te emociones tanto. —Briar se gira hacia mí desde el otro extremo del asiento y hace un gesto hacia mi sonrisa—. No te creas tan importante. —Incluso cuando intenta reprenderme resulta adorable.

—¿Qué habrías preferido, cariño? ¿Que te llevara a otro sitio en el que hablar quedase en segundo plano?

Se retuerce incómoda. Sin responder, baja la vista hacia la manga del abrigo que está retorciendo entre los dedos.

—Briar. Contéstame. —Me paso la lengua por los dientes; quiero que siga hablando y ella se ruboriza más cada vez que la miro. Giramos por el sendero de grava rodeado de pinos que lleva hasta la cabaña.

Aparco delante y apago el motor. El silencio nos envuelve con el mismo letargo de aquella noche en la que se sentó sobre mi regazo,

aparcados en este mismo lugar; y, si aún me quedara algo de honor o de moral, esa debería ser mi señal para retirarme.

Este silencio ensordecedor es la alarma, la sirena, la campana de advertencia. Mi señal para salir de este vehículo antes de escuchar su respuesta, antes de corromperla con mis fantasías retorcidas.

Pero espero, con los dedos aferrados al volante, haciendo todo lo posible por no poner las manos donde no debo.

Para evitar tocarla.

—Me da vergüenza. —Briar se muerde el labio, me mira con esos ojos oscuros y luego baja las pestañas.

—Puedes contármelo. —El corazón se me acelera ante la expectativa de lo que sospecho que está a punto de decir. Algo que, siendo su tío, no debería despertarme ni la más mínima curiosidad.

Pero, joder, cuánto deseo oírlo.

—Ya te lo dije la otra noche. No tengo mucha «experiencia», así que en algún sitio tendría que conseguirla, ¿no? ¿No prefieres que sea con el señor Vaquero Encantador?

Las palabras salen de su boca como una confesión y enseguida vuelve a cerrarla, como si hubiera hablado demasiado, aunque ya es imposible dar marcha atrás. Clava las uñas pintadas en el tirador de la puerta, intentando abrirla y escapar de lo que acaba de decir. Sin embargo, el destino —o como quiera llamarse esta cosa que ocurre entre nosotros— tiene otros planes.

La puerta se atasca.

Cuanto más forcejea, resoplando y soltando pequeños sonidos frustrados, más parece burlarse de ella.

Abro mi puerta y bajo de la camioneta. Las botas pisan la tierra mientras repaso la absurda cadena de acontecimientos que nos ha

traído hasta aquí. Apoyo las dos manos sobre el techo del vehículo y dejo que mi cuerpo invada el espacio de la puerta abierta mientras inclino la cabeza y fijo la vista en la chica que me observa desde dentro.

Nos quedamos así, mirándonos, y me paso la lengua por el labio inferior. Briar sigue el movimiento con una intensidad casi dolorosa —esa mezcla de miedo y deseo en sus ojos oscuros resulta embriagadora— y yo me permito recorrer cada centímetro de su belleza.

Porque esta sensación es la misma que tenía en el rodeo justo antes de entrar en la arena.

Los dos la notamos, pero solo ella tiene el control sobre lo que ocurra a continuación.

El aire crepita y la adrenalina se dispara. Es como meterte voluntariamente en una situación que sabes que va a pasar de cero a cien en un abrir y cerrar de ojos, igual que un látigo rompiendo el aire con un chasquido imposible de prever antes de caer.

Te preparas para que te derriben y te pisoteen… o para escuchar ese dulce rugido de victoria cuando suena la campana.

O quizá, en mi caso, para la ruina absoluta.

—Parece que vas a tener que salir por aquí, cariño.

CAPÍTULO 20

Briar



Mi puerta está atascada.

Cada parte racional de mí está gritando, de rodillas, suplicando que se abra. Que me dé la excusa que estoy buscando.

Debería querer escapar de este hombre.

Ninguna parte de mí debería sentir que esto es una señal del destino, un empujón para acortar la distancia que nos separa y acercarme más a mi tío.

Una chica como yo debería desear otra cosa, a otra persona. No al vaquero sexi, musculoso y tatuado que me observa con esos ojos azules.

Hasta ahora hemos evitado hablar de lo que pasó. Ninguno de los dos parecía capaz de reunir el valor suficiente para intentar entender

qué demonios es esto que está creciendo entre nosotros. Solo sé que mi cuerpo se ha pasado el día entero llamándolo, a cada segundo, en cada lugar. Verlo hoy en el rancho ha sido demasiado intenso: arreando el ganado, montando a caballo con la calma y la destreza de un vaquero que bien podría usar esas habilidades para otras cosas. Y yo allí, subida también a un caballo, con los nervios de punta.

Casi pierdo el control.

Pero aquí estamos, separados apenas por unos centímetros, en el mismo lugar en el que cruzamos la línea.

Y, por desgracia para mi salud mental, mi moral y mi capacidad de pensar con claridad, no puedo soportar otra noche en esa casa compartiendo cama con un hombre que me atrae de esta manera y al que no puedo tocar.

—Ven aquí. —Le brillan los ojos. La forma en que pronuncia esas palabras hace que se me contraiga el coño al recordar lo que pasó la última vez que obedecí esa misma orden.

Una parte de mi cerebro sabe lo que debería hacer en esta situación. Tiene clarísimo qué sería lo correcto.

Pero le cierro la puerta en las narices.

Porque la otra parte de mi cerebro, esa a la que ya le importa una mierda todo y está harta de que le nieguen lo que quiere, está loca por este hombre.

Y lo obedece encantada.

—Vale. —Intento sonar tranquila mientras cedo y me deslizo hacia el lado del conductor, pero cuando llego al borde él sigue sin apartarse.

La temperatura exterior cae rápidamente, pero mi cuerpo parece estar ardiendo. Estoy atrapada aquí, mirándolo, con la mente completamente en blanco.

—¿Te habrías ido a su casa anoche si te lo hubiera pedido? —El hombre frente a mí parece todavía más grande, llenando todo el espacio de la puerta abierta. Se sujeta al techo de la camioneta, con los brazos extendidos sobre mi cabeza, bloqueando la única salida como si fuera un dios.

Joder. No hay forma de responder con sinceridad sin darle más motivos para que me siga molestando con el tema. Así que pongo los ojos en blanco.

—No voy a contestarte a eso.

—Briar. Dame ese gusto. —Me provoca con esa voz ronca que usa para tranquilizar a los caballos. Y sigue sin moverse.

—No. No voy a entrar en ese juego.

No puedo permitirme caer en este tira y afloja. No puedo jugar a esta versión perversa de verdad o reto. Estoy tan mal de la cabeza que lo único que quiero es que me dé algo más que esas muestras gratuitas de cómo responde mi cuerpo a sus órdenes.

Por supuesto, tendré que encontrar la manera de satisfacer ese deseo en otra parte.

Desplazo las piernas hacia la puerta y nuestros cuerpos quedan encajados; mis rodillas rozan la parte delantera de sus piernas mientras intento pasar junto a él. Tengo que inclinarme bajo sus brazos y hacer un esfuerzo para evitar mirar esos vaqueros que tan bien le quedan y están justo en mi campo visual, pero las botas no llegan a tocar el suelo.

Igual que anoche, mi tío (el hombre del que me he enamorado), me agarra por la cintura antes de que consiga escapar. Me gira y me estampa contra el lateral de la camioneta; todo ocurre tan deprisa que, por reflejo, apoyo las dos manos para amortiguar el golpe.

Temor, entusiasmo y placer corren por mis venas en una combinación imposible de sentimientos.

Estoy acorralada y, definitivamente, no quiero ser liberada.

—Storm. —La voz me sale entrecortada, cargada de deseo; una nubecilla blanca escapa de mis labios hacia el aire helado de la noche.

Él responde con un sonido oscuro, mezcla de satisfacción y agonía, al oírme llamarlo así por primera vez desde que llegué.

—Hora de la verdad. Si estuvieras con él… haciendo cosas… ¿En quién estarías pensando?

Mi espalda queda pegada a su pecho ancho. Su calor me envuelve igual que anoche y cierra los dedos alrededor del metal de la camioneta. Alcanzo a ver su mano tatuada junto a la mía. Un «STORM» en tinta negra me observa y ahora mismo sería capaz de cualquier cosa con tal de que esa mano me tocara.

—Vamos, Espinita, si fuese él quien estuviera tocando ese coñito dulce… ¿En quién pensarías?

Me trago un gemido y un torbellino de mariposas estalla en mi estómago.

—¿Qué más da? —Toda la cordura ha desaparecido de mi cabeza y el pulso se me acelera en respuesta al contacto. Me rodea la cintura con un brazo, me aprieta con el muslo y siento la intensidad de esa conexión trepándome por la espalda.

—¿Te dejarías llevar y solo pensarías en él? ¿Gemirías, jadearías y estarías desesperada por tenerlo dentro de ti?

—No entiendo por qué te importa tanto. —Quiero que esa pregunta signifique algo que probablemente no significa y, a menos que admita que no existe ni la más mínima posibilidad de estar con otro hombre sin pensar en Stôrmand Lane, no sé qué responder.

Su boca encuentra mi oreja y me eriza la piel de todo el cuerpo cuando dice:

—¿No es mejor aprender con alguien en quien confías?

—No puedo confiar en cualquiera.

Los dedos de Storm se deslizan por la parte delantera de mi abrigo. Su abrigo. Ese del que no puedo dejar de impregnarme porque me he vuelto adicta a su olor.

Con una soltura que delata experiencia, lo desabrocha.

—Te gustó lo que hicimos en la camioneta. —No es una pregunta. Es una afirmación.

—Puede. —Las mariposas están arrasando mi estómago.

Se ríe.

—No pasa nada por admitirlo. No voy a contárselo a nadie… Además, anoche confiaste en mí.

Me quedo quieta, pero las caderas me traicionan y responden por mí cuando siguen el recorrido de sus dedos por la cinturilla de mis pantalones.

Dios. Tiene mucha experiencia. Hay hordas de mujeres dispuestas a caer rendidas a sus pies y entregarse a cualquier cosa que les haga perder el pintalabios en su camioneta. ¿Por qué demonios no puedo dejar de pensar en eso?

—Me gustó —susurro temblando, intentando no romper el hechizo.

Él emite un sonido sensual y masculino, y la mano tatuada que descansaba sobre el metal de la camioneta —mucho más grande que la mía— se alza y serpentea lentamente por mi vientre.

Meto tripa cuando usa ambas manos para desabrocharme los pantalones. Siento el corazón golpeándome tan fuerte que parece que vaya a escapárseme por la boca.

—¿Q-qué haces? —suspiro.

—Dime una cosa… Si fueras a esa preciosa cita y luego él te llevara a algún lugar más íntimo; si te metiera la mano así y te encontrara empapada, ¿querrías que fuera su mano la que te tocara… o la de otra persona?

Murmura esas palabras perversas mientras me mantiene atrapada entre sus brazos y yo estoy embelesada, solo puedo concentrarme en el lugar exacto donde me rozan sus dedos —esa franja de piel donde empieza la ropa interior, justo encima de mi coño palpitante— y enseguida pierdo el hilo de todo lo demás.

Tengo que encontrar una respuesta de algún modo, aunque lo único que ocupa mi mente es la forma en que las yemas de sus dedos me acarician. Por mucho que me esfuerce, ninguna palabra parece suficiente.

Se me entrecorta la respiración y emito un suave gemido de placer cuando toca mi piel con esos dedos callosos que he visto manejar caballos, metal y cualquier herramienta como si hubieran nacido para ello.

—Tranquila. Respira. —Su voz es grava y miel mientras desliza la nariz por mi mandíbula. Al mismo tiempo, mete una mano bajo la

tela, descendiendo poco a poco, y por mucho que me pida que respire, creo que ya he olvidado cómo se hace.

—Oh, Dios mío. —Otro sonido desesperado escapa de mis labios.

Aprieto los dedos y araño la pintura desgastada de la camioneta. ¿Cómo sigo en pie? Nunca nadie me había tocado así, tomándose su tiempo, jugando con mi cuerpo y explorándolo poco a poco. Presiona la mano contra la parte baja de mi vientre, añadiendo una presión firme y reconfortante a aquella caricia lenta; emite un sonido de satisfacción justo antes de llegar a mi coño.

—Jesús… —exhala Storm contra mi piel cuando sus dedos descubren la verdad.

Estoy empapada.

—No podemos…

Mi protesta es en vano; muere en medio de la noche cuando me mete esos dedos gruesos hasta dar con el clítoris inflamado. Estamos al aire libre, rodeados de árboles, bajo el cielo oscuro salpicado de estrellas.

Aunque sé que no hay nadie en varios kilómetros a la redonda, aun así me provoca un escalofrío lo ilícito de la situación.

Toda la fuerza de la sangre se acumula entre mis piernas.

—Mira lo mojada que estás. Te debe de doler, ¿verdad, cariño?

Tiene toda la razón. Aprieto el coño al oír su voz; la lujuria corre por mis venas y estoy tan entregada que siento que estoy a punto de explotar.

Storm pasa un dedo por mi humedad, masajea, se toma su tiempo y me hace perder la cabeza cuando dibuja el último círculo sobre mi clítoris y se aparta. Una y otra vez. Es como si estuviera dispuesto a pasarse horas así. No tiene ninguna prisa; no es como

anoche, cuando me frotó contra el colchón como dos locos perdidos en un frenesí.

Ahora está saboreando mi parte más íntima y me altera las sinapsis neuronales con cada caricia.

—¿Estás pensando en él?

Joder. Hay algo nuevo en su voz. Si no lo conociera, creería que son celos; un rasgo posesivo o, al menos, controlador. No lo odio. De hecho, hace que me derrita aún más deprisa. Cuando presiona la boca contra mi oreja, caliente y húmeda, intensifica la caricia, cada vez más rápido.

Trago con dificultad.

—No.

Un sonido de satisfacción pura me envuelve de pies a cabeza.

—Necesito saber… Si hubieras ido con él y te chupase todo tu…

Un gemido brota de mi interior cuando ejerce más presión en los círculos que dibuja sobre mi clítoris. Su contacto me sobresalta y araño el lateral de su camioneta. La situación me supera. Él me supera. Soy tan inexperta en estas cosas… La oleada de deseo provoca una confesión que interrumpe su pregunta.

—No lo sé… No sé qué es eso. —El exabrupto flota en el aire nocturno mezclado con un gemido.

Sus dedos se paralizan.

—¿Nunca te lo han chupado?

Mierda, no quería decirle eso, pero estoy confundida y mi cuerpo es un desastre de deseo y desesperación por correrme. Sacudo la cabeza. De repente, siento el ardor abrasador de la vergüenza golpeándome las mejillas. ¿Qué va a pensar de mí? ¿Le gustaré

menos ahora que sabe que ningún hombre se ha interesado tanto por mí como para hacer eso?

—Joder. —La boca de Storm desciende por mi cuello, dejando un sendero húmedo a su paso—. ¿Nunca te han prestado atención, cariño?

Sigue jugando con mi cuerpo, llevándome al límite con círculos y movimientos cuidadosos. Sus dedos fuertes bajan más y más dentro de mis pantalones hasta encontrar mi entrada y abrirse camino en mi interior. Juega y frota sin control. Solo puedo responder con una serie de gemidos, jadeos y respiraciones desesperadas lanzadas al aire helado. Me disuelvo en él.

—Eres tan suave, tan húmeda, tan perfecta… No debería hacer nada más. De ningún modo puede estar bien tocarte así, pero no puedo evitarlo.

Mordisquea mi lóbulo y, joder, qué bien se siente.

—Lo sé. —Habla con un tono grave y provocador.

Oh, por Dios, debo haberlo dicho en voz alta sin querer.

—Te mereces a alguien que te cuide…, que te dé todo lo que quieras.

Storm empieza a dejar besos a lo largo de mi cuello y mi mandíbula, todo mientras me recorre con los dedos de una forma tan lenta y tortuosa. Juega con mi cuerpo hasta dejarme suspendida al borde del abismo; mis caderas persiguen cada movimiento mientras él presiona dentro de mí para luego volver a subir hacia mi clítoris.

—Por favor…

En realidad, no sé qué estoy suplicando. ¿Que me haga correrme? ¿Que me posea? ¿Que me suelte antes de que pueda arruinarlo

todo?

Desliza la mano que no tiene metida en mis bragas sobre las capas de ropa que me cubren el cuerpo hasta llegar a mi cuello. Igual que la primera noche, en el baño, me sujeta con firmeza, rodeándome la mandíbula con la mano. Pero esta vez es completamente distinto. Storm exige que me gire hacia él y, por supuesto, obedezco. Por supuesto, permito que incline mi cabeza y coloque mi cuello justo donde él quiere.

—Dime si quieres que me detenga. —Su murmullo es tan cercano, tan increíblemente seductor.

Al principio, mi mente nublada por la lujuria no entiende por qué. Entonces lo siento. Sus labios, cálidos y con sabor al aire nocturno, con ese toque de especias, menta y masculinidad tan suyo, invaden mis sentidos mientras presiona su boca contra la mía.

Me besa con la misma determinación con la que me toca con los dedos.

Estoy acabada. Floto hasta desaparecer en el cielo que domina esta montaña. Las rodillas podrían fallarme en cualquier momento por culpa de este beso, de un hombre mucho mayor, prohibido, por quien no debería sentir esta oleada de calor y deseo intensos… Él toma algo que debería estar mal y lo convierte en algo que me detiene el corazón.

Storm Lane me besa y siento que pone mi vida entera patas arriba.

Mis gemidos se derraman en su boca, y cada roce de sus labios contra los míos se siente como si estuviéramos perdiendo el control. Su barba incipiente raspa mi piel y la sensación es completamente

absorbente; me deja aturdida e incapaz de desear nada que no sea a él.

No quiero que se detenga.

Y sé que yo tampoco puedo detenerme.

Con un gemido ahogado, siento su lengua deslizarse contra la mía, presionando más allá de mis labios y explorando mi boca. Dios, ¿acaso me habían besado alguna vez antes de que este hombre irrumpiera en mi vida? Cualquier cosa que hubiera experimentado antes de este momento no merece ni mencionarse; no fue más que una pobre imitación de cómo debería sentirse un beso.

Su boca y su lengua crean un calor parecido al del fuego, que nace en mis pies y envía escalofríos y chispas hasta la punta de mis dedos. Me está dando un adelanto de lo que podría hacer con mi cuerpo si se lo permito.

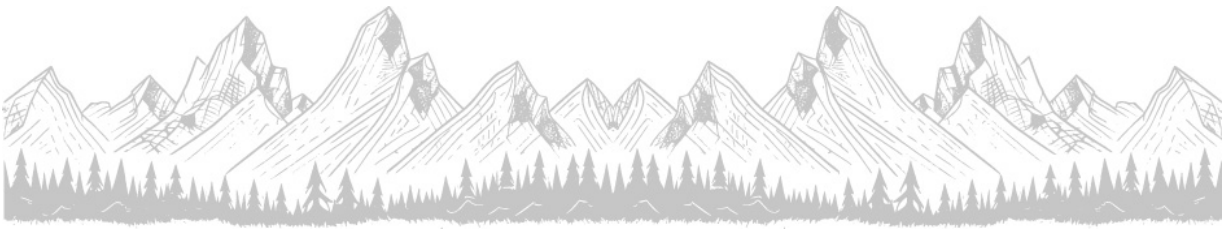
—Storm… Por favor…

Mis quejidos y súplicas contra su boca hacen que sus dedos abandonen mi mandíbula y se apoyen en la base de mi garganta.

—¿Quieres ver lo bien que se sentiría eso en tu cuerpo?

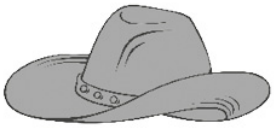
El sonido que brota de mí es pura desesperación, pero parece complacerlo. Sus dedos callosos presionan con más fuerza contra mi cuello, sin impedirme respirar, pero el simple hecho de que me sujete así despierta algo intenso dentro de mí. La otra mano imita el movimiento con un agarre firme, posesivo y envolvente bajo mis bragas.

—Déjame enseñarte, cariño. Déjame enseñarte lo que se siente al correrse con la lengua de un hombre en el coño.



Capítulo 21

Storm



—Déjame enseñarte las cosas que quieres saber… Déjame darte eso.

Maldita sea, ¿qué estoy haciendo? ¿Qué es exactamente lo que estoy sugiriendo?

Nunca he sido de los que se contienen en lo que respecta al sexo y jamás he repetido con una mujer, pero esta chica, esta preciosa criatura, la siento tan delicada entre mis brazos... Es como tener cien malditos podios y hebillas de campeonato. Algo precioso. Algo que merece ser atesorado.

Como la caricia de una seda delicada, su sexo está cálido, húmedo e increíblemente receptivo a mi tacto. La necesidad demencial de tenerla y saborear cada centímetro de ella es gasolina pura inyectada directamente en mis venas, alimentando una obsesión por

Briar que ya no puedo seguir negando, aunque debería. No puedo permitirme ceder a todas las formas en que la deseo una y otra vez.

—Oh, joder… No puedo pensar… —jadea contra mi boca mientras sus caderas siguen moviéndose, presionándose contra la palma que le cubre el sexo.

—Entonces no pienses. Solo di que sí. Olvídate de todo lo demás y deja que cuide de ti.

Mis dientes atrapan su labio inferior y tiro suavemente de él, arrancándole el gemido más dulce a la chica que tengo atrapada entre mis brazos. Lo siento en la vibración bajo mis dedos, enroscados alrededor de su esbelto cuello. Lo siento en la forma en que su intimidad se humedece más y más a medida que prolongamos este baile.

—Estás loco. Esto es una locura.

Eso no es un no. Me basta.

—Vamos dentro.

A regañadientes, saco la mano de sus bragas, pero no pienso moverme de aquí hasta que ella entienda cuánto lo desea y cuánto lo necesita su cuerpo.

—Mira lo perfecta, sexi y dulce que eres.

Subo la mano y deslizo los dedos cubiertos de su excitación por sus labios; el suave gemido que me regala va directo a mi dolorosa erección.

Estoy duro como el acero. Mi cuerpo exige desnudarla y poseerla aquí mismo, apoyada contra la puerta abierta de mi camioneta. No deseo otra cosa que escuchar sus gritos resonando entre los pinos que nos rodean.

Pero tal vez esa sea una fantasía para otro momento.

Ahora me deleito en la forma exploratoria en que su lengua se mueve sobre mí. Maldita sea, traza un recorrido lento y dubitativo, rozando las yemas de mis dedos, probándose a sí misma.

—¿Puedes caminar? ¿O tengo que cargarte al hombro, Espinita?

Deja escapar un pequeño sonido de protesta mientras presiono suavemente sobre su lengua.

—Bueno, te estás apoyando en mí igual que hacen los caballos. Quería comprobar si todavía te funcionan las piernas.

Presiono la boca contra su oído; soy totalmente adicto a los pequeños escalofríos de placer que le recorren el cuerpo.

Necesito besarla otra vez, sellar nuestras bocas y absorber hasta la última gota de esos deliciosos sonidos que hace. Necesito posar la boca sobre su sexo cálido y suave. Joder, quiero probar, lamer y morder cada centímetro de su piel delicada hasta que resulte imposible negar que es mía.

Ese sonido sensual y embriagador va seguido de una protesta apenas perceptible cuando retiro mis dedos de su boca.

—Puedo caminar —exhala, completamente perdida en la excitación.

Una necesidad febril me atraviesa mientras me separo de Briar y la guío con una suave caricia en la parte baja de la espalda para que camine delante de mí hacia la cabaña. No puedo dejar de mirar la curva de sus muslos allí donde mi chaqueta le roza el trasero porque, al menos esta noche, me permito observarla abiertamente.

Antes de cruzar la puerta, me mira de reojo por encima del hombro: es la encarnación misma de la tentación.

Entramos juntos. La ayudo a quitarse el abrigo, las botas y las capas de ropa y, preso de la impaciencia, señalo hacia el sofá.

—Siéntate ahí.

Briar parece tan aturdida que sigue mis instrucciones sin protestar. Lo último que quiero ahora mismo es tranquilizarme; el corazón me retumba como una estampida dentro del pecho, pero tengo que encender la chimenea y, mientras lo hago, ella devora cada uno de mis movimientos con una honestidad que noto bajo la piel.

Tal vez ha estado ocultando cuánto deseaba mirarme sin tapujos, tanto como yo he intentado —y no he conseguido— ocultarlo.

Al menos así, los dos tendremos un momento para aclarar las cosas o para que yo haga las preguntas que debería estar haciendo. Desde luego, son cosas que un tío no debería ni atreverse a pensar, y mucho menos decir en voz alta, pero, maldita sea, ya no puedo resistirme a Briar. Y, puesto que de todos modos acabaré yéndome al infierno, prefiero hacer las maletas sabiendo que tenía su consentimiento.

Una vez que las llamas danzan, proyectando sombras y una luz anaranjada y titilante por toda la habitación, me giro hacia la visión de mi innegable obsesión. La chica por la que podría perderlo todo.

Briar tiene los pies recogidos bajo el cuerpo. Los vaqueros siguen desabrochados, colgándole de las caderas, y me observa tras la espesa cortina de pestañas oscuras.

Me pongo en cuclillas frente a ella y me froto la mandíbula con el pulgar. Su aroma persiste en mi piel y, joder, es casi imposible no abalanzarme sobre ella. Quiero su sabor en mi lengua. Quiero que su sexo aterciopelado envuelva mi polla. Quiero sentir cómo me aprieta con todas sus fuerzas cuando alcance el orgasmo y gima mi nombre.

—Dime qué es lo que más te gusta.

Abre mucho los ojos oscuros.

—Yo… La verdad es que no lo sé.

—Piénsalo… Tú misma dijiste que se te da bien ocuparte sola de estas cosas. Así que, cuando estás sola, ¿qué usas? ¿Un juguete?

Sus mejillas encendidas lo dicen todo.

El corazón me da un vuelco. La imagen de Briar tumbada, pasándose un vibrador por su sexo empapado, borra cualquier otra cosa de mi mente.

—¿Lo has traído? —Joder. Casi me atraganto con mis propias palabras.

—Me estoy muriendo de vergüenza. —Sus dientes se hunden en ese labio inferior que quiero volver a chupar y sentir que tiembla bajo mi boca.

—Solo estamos hablando… Necesito saberlo.

—No hace falta. Ni siquiera deberíamos estar teniendo esta conversación.

—¿Y qué ha sido todo eso de ahí fuera sobre ganar experiencia con alguien en quien puedas confiar? —Inclino la cabeza hacia un lado, mirándola sin el menor pudor. Más vale que entienda de una vez que no voy a rendirme.

Ella quiere esto, pero tiene demasiado miedo para admitirlo y tomar lo que desea.

Briar se tapa la cara con las manos.

—No puedo creer que haya dicho eso —murmura entre los dedos, con la voz amortiguada—. No puedo creer que me lo esté planteando…, que estemos hablando de esto.

Aprovecho la oportunidad mientras mantiene el rostro oculto para moverme, cruzar los pocos metros que nos separan y colocarme

justo frente a ella. Desde aquí, arrodillado en el suelo junto al sofá, puedo deslizar fácilmente mis palmas para acariciar sus muslos. Ella se sobresalta, se le entrecorta la respiración y aparta las manos de la cara en cuanto la toco.

—Así que te das placer con un juguete, que puede que lleves o no guardado en ese equipaje de mano. ¿Tienes algún límite?

La guío con suavidad y Briar, aunque me mira con desconfianza, deja que su cuerpo decida por ella. Como una buena chica, separa las piernas y me permite acomodarme entre sus rodillas. Igual que cuando la tenía sentada sobre mi regazo en la camioneta, no puedo evitar seguir tocándola, manteniendo un movimiento lento y rítmico arriba y abajo sobre la tela que le abraza los muslos.

Ella traga saliva y me observa. Le doy tiempo para recuperar el aliento, sin intentar apresurar nada, porque ya es bastante asustadiza de por sí. Finalmente, consigue responder:

—¿Cómo se supone que voy a saberlo?

—¿Qué cosas te provocarían un «no» inmediato? Si no lo sabes, no pasa nada. Puedes decírmelo cuando lo descubras.

Briar emite un sonido suave y sus caderas se agitan, buscando el ritmo de mis manos cuando estas ascienden un poco más, hacia el botón desabrochado.

—Hablas como si fuera a haber más de una vez.

Acaba de señalar la mayor ironía de mi vida porque, hasta ahora, nunca he estado con nadie más de una vez.

—Créeme, ya lo sé: si tengo la oportunidad de probarte, una sola vez no me bastará, cariño.

Eso parece surtir el efecto deseado, porque un escalofrío le recorre el cuerpo y su respiración se acelera.

—Dime una cosa… —Estoy totalmente perdido por esta chica. Si quiere parar, por supuesto que lo respetaré, aunque creo que podría morirme—. ¿Por qué no me dices qué es lo que te excita? Si no sabes todavía cuáles son tus límites, empecemos por lo que sí quieres.

Enroscando los dedos en la cintura suelta de sus vaqueros, hago una pausa y la miro, dejando clara la sucia promesa de lo bien que podría hacérselo pasar, pero también pidiéndole permiso. La chica de mis sueños levanta las caderas para que pueda bajarle los pantalones.

—Me gusta… Me gusta la idea de que hagas conmigo lo que quieras. Que me uses… y que me enseñes. —Con un jadeo, las palabras salen atropelladas y clava las uñas en el sofá.

—¿Te gusta la idea de ceder el control? —Jesús. Tengo casi toda la sangre del cuerpo concentrada en la entrepierna.

Briar asiente. Sus ojos se pierden un poco mientras le sujeto el tobillo y presiono ese punto sensible, quitándole primero una pierna de los vaqueros y luego la otra.

Joder, es preciosa. Desde este ángulo puedo contemplar cada detalle de Briar Lane: desde los calcetines rosa pálido que le cubren las pantorrillas y la ropa interior negra que asoma bajo el dobladillo del jersey hasta el revoltijo de rizos oscuros recogidos en lo alto de la cabeza.

—Hay muchas cosas que no sé, pero me gusta cómo eres conmigo —casi un susurro, una confesión suave—. Quiero más de eso, y lo quiero contigo, aunque probablemente esté mal decirlo en voz alta. No me importa cuándo ni dónde. Me siento segura cuando tú llevas el control.

Ahora soy yo quien traga saliva, porque mi mente se dirige a lugares muy oscuros. Pienso en cómo me gustaría usar a mi sobrina, enseñarle cosas y usar sus lindos y pequeños orificios para hacerla llegar al clímax una y otra vez.

Joder.

Esta chica tan guapa acaba de admitir que tiene un fetiche de sumisión, y si ya estaba desesperado por besarla, ahora estoy fuera de control. Debo de haberme quedado paralizado demasiado tiempo, porque vuelve a esconder el rostro entre las manos y me mira a través de los dedos.

—Oh, Dios. Es raro, ¿verdad? ¿La gente pide este tipo de cosas? Es muy raro, ¿no?

—No —sacudo la cabeza y me apresuro a besar la parte interior de su rodilla—. Es increíblemente sexi. Eres la mujer más sensual que he visto jamás, y me estás dando permiso para hacerte disfrutar tantas veces como quiera, cuando quiera y donde quiera. Acabas de convertir todas mis fantasías en realidad.

Briar me mira boquiabierta.

—¿A ti también te gusta eso?

—Si implica hacerte llegar al orgasmo… —Mis dedos se enganchan en el elástico de sus bragas.

En ese momento, Briar empieza a inquietarse. Sus manos empujan mis hombros en una débil protesta.

—Espera… No me he duchado… No me he depilado…

Esas palabras me arrancan un sonido grave y primitivo del pecho.

—¿De verdad crees que no voy a desearte tal y como eres? Te quiero así, exactamente así. Y si vamos a hacer esto, necesito que

entiendas lo que significa que alguien te desee, sin importar cuándo, dónde o cómo.

Briar contiene el aliento mientras sigo bajándole las bragas poco a poco, revelando la suave curva de su vientre, sus caderas y esa piel delicada que podría recorrer durante un día entero.

—Cariño, lo único que tienes que saber es que estoy desesperado por ti, sin reservas. Estás diciéndome que me das permiso para adorarte cuando quiera, así que créeme: no voy a ponerte ninguna de las excusas de mierda que te pusieron esos idiotas con los que has estado antes.

A la mierda. No pienso dejar escapar a esta chica.

Con decisión, deslizo la tela por sus caderas, y la sombra de su sexo empieza a revelarse. Es perfecta. Todo lo que ya he tenido el placer de explorar con los dedos aparece ahora ante mí, y mi mente ya va tres pasos por delante, anticipando el primer roce cálido de mi boca.

—No soy como ellos, Briar, y espero que me creas cuando te digo que voy a hacer que te corras en mi lengua en cualquier momento del día o de la noche.

—¿Y si no se me da bien?

Termino de quitarle las bragas húmedas por completo, las guardo en el bolsillo trasero y levanto la vista hacia ella. Sin apartar los ojos de los suyos, deposito un beso lento sobre su sexo, saboreando cada respiración entrecortada y cada temblor que me ofrece.

—Lo único que tienes que hacer es disfrutar, así que ponme las manos en la cabeza y enséñame lo fuerte que puedes gritar.

El pequeño sonido que deja escapar Briar es mitad protesta, mitad gemido, y pura sensualidad.

—No debería sentirme así… como si necesitara tocarte desesperadamente, pero no puedo evitarlo —admite. Vacila apenas un instante antes de enredar los dedos en mi pelo y apartármelo de la frente. Yo respondo con un gemido.

Soplo suavemente sobre su sexo, brillante y enrojecido por la excitación.

—Ponme las manos encima siempre que quieras, cariño. Porque yo no pienso contenerme contigo.

He dejado de pensar. El aroma de Briar, excitada y empapada, es mi perdición. Mi boca se cierra sobre ella, y es más dulce de lo que había imaginado. Sus caderas se elevan mientras arquea la espalda; sus preciosas uñas pintadas se hunden con más fuerza en mi pelo, y noto cómo se derrite debajo de mí. Su gemido inmediato es música y poesía para mis oídos.

Tal vez en otra ocasión me recree más, la lleve al límite y dedique a cada centímetro de este cuerpo pequeño y perfecto toda la atención que merece. Pero ahora mismo estoy desesperado por verla correrse, por sentir cómo tiembla sobre mi lengua por primera vez; además, tenemos toda la noche por delante. Y pienso pasarla entre sus muslos.

—Oh, Dios. Storm.

Joder. Escucharla jadear y gemir mi nombre es el tipo de tortura placentera con la que fantaseaba. Mantengo la lengua firme sobre su clítoris, tomando cada vez más de ella. Está jadeando, gimiendo, casi me cabalga la cara mientras tira de mi pelo. Verla responder así podría acabar conmigo.

Y si no estaba ya lo bastante obsesionado con esta chica en la que ni siquiera debería pensar, sus súplicas entrecortadas y el temblor de

sus muslos alrededor de mi cabeza terminan de condenarme.

No hay forma de que pueda detenerme. Ella me ha dicho que quiere que la posea donde y cuando yo quiera.

Deslizo dos dedos en su interior y los curvo hasta arrancarle un jadeo tembloroso.

—Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios —repite Briar mientras sus caderas se mueven al compás del movimiento firme de mi lengua y todo su cuerpo se tensa debajo de mí—. Estoy… Oh, mierda… Estoy…

Se contrae rítmicamente. Retiro un poco los dedos y una oleada de humedad me cubre mientras se deshace por completo. Briar no puede dejar de temblar ni de aferrarse a mi cabeza. Ese aroma dulce y adictivo, su sabor, su humedad, todo me envuelve, y no puedo contener el gemido profundo que brota de mi pecho.

Joder, esta chica.

—¿Qué…? Lo siento… Oh, Dios mío… Eso nunca… Yo nunca… Lo siento mucho. —Intenta apartarse de mí y tira de mi pelo en un esfuerzo por escapar de mi boca todavía húmeda por su orgasmo. Le sujeto las caderas con las palmas y rozo con los dientes la cara interna de sus muslos. No es un mordisco fuerte, pero basta para captar su atención y detener la espiral en la que está cayendo.

—Acabas de correrte, cariño. —Paso la lengua sobre la piel sensible—. Y no tienes ni idea de lo excitante que es. Me muero de ganas de ver cuántas veces seguidas puedes gritar mi nombre y empapar mi rostro.

—Quiero que el sofá me trague.

Se escapa un gruñido desde lo más profundo de mis entrañas. Me duele la erección atrapada dentro de los pantalones; intento no

pensar en cómo localizar a los patéticos idiotas que le hicieron sentir que no merece disfrutar de un placer sin restricciones.

Me desabrocho los primeros botones de la camisa, me la saco por la cabeza y me lanzo sobre ella. Briar abre mucho sus ojos oscuros cuando coloco una rodilla entre sus piernas, al borde del sofá, apoyo una mano junto a su cabeza y, con la otra, le rodeo el cuello.

No me detengo. No le doy tiempo a pensar. Le tomo la boca y la beso con hambre, hundiendo la lengua entre sus labios y devorando cada pequeño sonido que emite para mí.

Mis dedos aprietan un poco más mientras la obligo a saborearse en mi boca, sintiendo el pulso acelerado latiendo bajo las yemas de mis dedos.

Cuando me aparto, está jadeando. Tiene la mirada desenfocada y los labios hinchados por los besos. Exactamente como debería estar.

Se pasa la lengua por el labio inferior y sé, sin duda alguna, que se está saboreando a sí misma. Lo veo en la forma en que sus pupilas se dilatan, en cómo se enciende todavía más después del orgasmo y quiere seguir.

—Mira lo bien que sabes. Mira cómo me vuelves loco. Ahora dime… —Aumento apenas la presión sobre su garganta, contemplando cómo mi nombre tatuado en los dedos encaja en su cuello—. ¿Quieres que te folle, cariño?

CAPÍTULO 22

Briar



«¿Quieres que te folle, cariño?».

Estoy tan excitada por este hombre que siento la sangre convertida en lava.

Maldito sea por demostrarme en unos minutos que puede hacer que mi cuerpo responda de formas que ni siquiera sabía posibles; por ser capaz de calmar mi pánico y excitarme al mismo tiempo, todo con un beso que me hace flaquear las piernas.

No hay manera de que pueda mantenerme en pie después de ese orgasmo, después de cómo se ha adueñado de mi boca, después de obligarme a probarme a mí misma y, sobre todo, después de la facilidad con la que me ha demostrado que he perdido

completamente la cabeza y me he lanzado de lleno a las aguas más profundas.

—Por favor. Sí. Quiero… Te deseo muchísimo. —Mis dedos ascienden hasta su muñeca, que todavía rodea mi garganta.

—Dime lo que necesito oír.

Estoy tan deslumbrada por él, por sus músculos firmes, sus tatuajes y ese pelo rebelde que no quiero dejar de acariciar; no me imagino qué más podría querer saber.

Hasta que caigo en la cuenta.

Ah, claro.

Sexo.

La charla.

—Me hice análisis y tomo anticonceptivos. —Trago saliva. Por favor, que no me pregunte cuánto hace que no tengo sexo con nada que no funcione con pilas. Ya he pasado suficiente vergüenza con este hombre para toda una vida.

Y, aun así, por alguna razón, no parece asqueado por el desastre que acabo de montar.

Lo he empapado como una fuente. Jamás me había pasado algo así. Había oído hablar de la eyaculación femenina, pero nunca imaginé que mi cuerpo pudiera…

Aprieta los dedos, observando mi boca con hambre, y vuelvo a gemir. Cada mínima presión extra hace que mi clítoris responda con un latido ardiente.

—Yo también me hice análisis —dice con voz ronca.

Es tan sexi que temo que mi coño no pueda recuperarse cuando salga de aquí. Pero rápidamente borro esa duda de mi mente. No vamos a pensar en eso ahora.

Aunque también estoy haciendo un esfuerzo enorme por creerle a este hombre —esta fantasía sexual hecha realidad— cuando asegura que «se hizo análisis». Quiero confiar en él con todas mis fuerzas, de verdad, pero mi mente vuelve al bar…

Sus ojos de un azul imposible sostienen los míos. Ve el instante exacto en que aflora la duda en mí. Ve directamente dentro de mi corazón herido y engañado; reconoce la desconfianza instintiva que llevo dentro como un parásito.

Antes de que pueda darme cuenta de lo que está pasando, sus brazos fuertes me levantan y cruza conmigo hasta la encimera de la cocina. Deja mi trasero desnudo sobre la superficie fría, y la amplitud de su pecho musculoso, desnudo, un océano de tatuajes, invade todo mi campo de visión mientras Storm apoya las manos a ambos lados de mis caderas. Inclinándose, se asegura de que estemos al mismo nivel. Ojo con ojo.

—¿Qué está pasando por esa cabecita?

Abro la boca para decir que no es nada, que soy demasiado joven, demasiado insegura para un dios del sexo como él; que debería ignorarme porque claramente soy idiota… Pero él frunce el ceño, y basta un simple chasquido de lengua para obligarme a sincerarme.

Mi cerebro sigue flotando en un mar de oxitocina y dopamina después de todo lo que le ha hecho a mi cuerpo, así que suelto palabras sin elocuencia y sin pensar.

—¿Y qué pasa con las otras mujeres con las que estás? Ya sabes…, las que se dejan cosas dentro de tu camioneta.

Storm suaviza la expresión y, Dios, eso hace que mi estúpido corazón dé un vuelco. Levanta la mano tatuada con su nombre, la misma que me ha tocado entre las piernas, que me ha rodeado el

cuello y que ahora juega con uno de los rizos que caen junto a mi cara.

La intensidad de todos los contrastes que conviven en este hombre es tan impactante, tan cautivadora, que siento que casi no me entra aire en los pulmones cuando me regala un gesto tan delicado.

—Sé que no te resulta fácil confiar, Briar, pero voy a explicártelo igualmente. En invierno, el tiempo aquí puede cambiar muy deprisa. —Desliza los mechones de mi pelo entre los dedos—. Hace unos meses cayó una nevada inesperada y el sheriff Hayes y yo nos organizamos para ayudar a cualquiera que se hubiera quedado atrapado en Crimson Ridge. Yo llevé a los empleados y clientes del bar. Esa chica no era más que una desconocida entre toda la gente a la que ayudé aquel día.

Me sostiene la mirada de ojos azules. Es pura sinceridad, pero me apresuro a compararlo con las personas que me rodearon toda la vida.

Me acaricia la mejilla con el dorso de los dedos y luego desliza la mano bajo el borde de mi jersey.

—Soy muy consciente de mi reputación, Briar; no puedo cambiar quién fui en el pasado, por más que quiera. Los rumores son rumores, y he aprendido por las malas que no hay forma de detenerlos, pero hace mucho tiempo que no estoy con nadie.

Mientras habla, tan pausado, tan seguro, con esa voz grave que me deja sin aliento, sus grandes manos ascienden desde mis caderas por debajo de la blusa, recorriendo mis costillas hasta alcanzar mis pechos doloridos. Con una delicadeza impropia de un

vaquero tosco y huraño como él, empieza a acariciar las puntas de mis pezones a través del sujetador.

Casi floto sobre la encimera de la cocina. A la mierda esta conversación; necesito que juegue con mis pechos durante horas. La respuesta de mi clítoris se intensifica hasta convertirse en un latido punzante entre mis muslos.

—Está bien. —¿De verdad parezco a punto de ponerme a gemir otra vez por este hombre? Ha conseguido reavivar cada centímetro de mi cuerpo y estoy a dos segundos de agarrarlo del cinturón.

—Y para que quede claro, mientras dure esto, si llegas siquiera a mirar el sombrero de otro hombre, le pisotearé el pecho con más fuerza que un toro.

—¿Su sombrero? —Me muerdo el labio inferior para contener los sonidos pecaminosos que amenazan con escaparse cada vez que sus pulgares rozan mis pezones endurecidos.

—Si quieres un sombrero, usarás el mío. Todo esto me lo estás entregando a mí, y me importa una mierda que sea en secreto o no… Nadie puede tocar lo que es mío.

Dios, quiero subirme encima de este vaquero.

—Briar, esto que quieres… —Storm tortura mis pezones un poco más, porque parece realmente decidido a mantenerme completamente hechizada—. Aunque me hayas dado el control, sigue habiendo límites, ¿entiendes?

—¿Límites? —Estoy a punto de protestar, pero él niega con la cabeza y esboza una sonrisa irónica. Puede adivinar lo que tengo en la punta de la lengua.

—Llamémoslos fronteras. Habrá momentos, días, en los que puede que no quieras. Tenemos que establecer una forma clara de

que marques claramente esa línea y yo prometo respetarla.

—Ah. ¿Ya… has hecho este tipo de cosas antes? —El corazón me golpea con fuerza en la garganta.

—No con un acuerdo así. Pero conozco bien el concepto.

Mi cabeza intenta procesar lo que acaba de decir, pero entonces hace algo totalmente inesperado: desliza las manos de debajo de mi blusa, se quita el brazalete de cuero y toma mi muñeca entre las suyas. Me levanta la mano y empieza a envolverme la muñeca con el cuero. Se siente cálido y flexible, y queda holgado sobre el hueso, incluso después de ajustarlo al máximo. Es de un marrón oscuro intenso, con un patrón de espirales grabado en la superficie, aunque el uso lo ha desgastado y descolorido un poco.

Storm desliza el pulgar sobre el brazalete mientras sigue sujetándome el brazo.

—Si llevas esto puesto, puedo hacer contigo lo que quiera… cuando quiera y donde quiera… Pero si necesitas un descanso o no estás de humor, puedes quitártelo, y prometo que siempre lo respetaré, ¿está bien?

Joder. Estoy lista para convertirme en la prostituta ideal para este hombre; creo que acaba de desbloquear un nuevo deseo dentro de mí. El peso posesivo y sutil de esa tira de cuero alrededor de mi muñeca acaba de hacerme sentir la mujer más excitada del mundo.

—Storm —susurro, mirándolo completamente hipnotizada—. No podemos contarle esto a nadie. No quiero arruinarte la vida con más rumores absurdos… La gente malinterpreta las cosas con demasiada facilidad…

Él besa la palma de mi mano, arrancándome el último rastro de cordura en el instante en que su boca húmeda, sus labios carnosos y

el roce áspero de su barba se deslizan sobre mi piel.

—Odio que tenga que ser así, pero estoy de acuerdo… Me importa una mierda lo que piense o diga la gente, y soy capaz de romperle la cara a cualquiera que hable mal de ti, pero prefiero que esto se quede entre nosotros. Si tú también lo quieres así.

El estómago se me contrae y una oleada de euforia me atraviesa por completo al escuchar cómo su voz se vuelve más grave y vibrante. Habla contra mi palma, me mantiene atrapada con sus ojos azules y siento su sinceridad en cada palabra; me transmite la plena intención de protegerme de cualquier cosa que pueda acechar detrás de esa puerta.

El sutil movimiento de mi barbilla basta como respuesta.

Estoy en peligro de enamorarme de este hombre. Mi tío. Mi Storm.

—Entonces…, ¿esta noche el brazalete se queda puesto o no, cariño? —me pregunta mientras desliza el pulgar de un lado a otro sobre el cuero, dedicándome una mirada capaz de derretirme las bragas si aún las llevara puestas.

Me han ignorado y despreciado durante tanto tiempo que me marea que él haya accedido a esto. ¿Sentirme deseada por primera vez? ¿Que alguien tenga el permiso y control para usarme, para exponerme a todo lo que me he estado perdiendo? Me hace sentir que no puede pasar ni cinco minutos sin tocarme. Me dejo llevar por la idea de que este vaquero pueda tomar todo lo que quiera de mí.

—Se queda puesto. —Mi pulso late implacable. Estoy más que lista para experimentar cada faceta de este hombre de todas las formas posibles.

Fóllame. Úsame como quieras. Esas palabras pugnan por brotar de mis labios. Quiero sellar mi boca con la suya y decírselo todo con

uno de esos besos capaces de cambiarle la vida a una persona.

No sabía lo que quería hasta que él irrumpió en mi vida, y ahora aquí estamos, al borde de algo que nadie más entendería. Pero la sensación es increíble; me siento tan segura con él...

Storm exhala hondo y maldice por lo bajo. Luego se mueve.

—Brazos arriba. —Esas manos fuertes me levantan el jersey, y la severidad de su orden envía una nueva oleada de excitación a través de mi cuerpo. Me lo saca por la cabeza y lo arroja a alguna parte antes de pasar a mi sujetador.

—Estas malditas tetas no me dejan pensar en otra cosa. —Sus ojos recorren mi piel desnuda y, sin perder tiempo, desabrocha el cierre, desliza los tirantes por mis hombros y me lo quita. Se me eriza la piel de los brazos. Es tan decidido, tan sensual y tan seguro en cada movimiento que casi podría creerme mi propia fantasía: que lleva imaginando esto mucho antes de esta noche.

Deslizando una palma bajo mi rodilla, me engancha la pierna, y el movimiento me inclina un poco hacia atrás, obligándome a apoyarme en las manos. La postura arquea mi columna y empuja mis pechos hacia delante y, mientras me quita los calcetines uno a uno —un gesto que no debería formar parte de los preliminares, pero que él, de alguna manera, con esos tatuajes y esos músculos, convierte en algo totalmente sensual—, ya no me queda ninguna duda de que lleva pensando en esto desde el principio.

Me duelen los pechos; los siento pesados y llenos, con los pezones tan duros que bastaría con que me los soplara para que volviera a correrme.

Me encanta la voracidad que hay en sus ojos: me recorre con la mirada sin restricciones ni vacilaciones. En sus labios aparece una

sonrisa burlona, leve y sensual. Tiene demasiada confianza, está demasiado seguro de sí mismo. Yo, en cambio, soy un puro cúmulo de jadeos y palpitaciones; estoy lista para tenderme sobre esta encimera y dejar que haga conmigo lo que le plazca.

—Maldita sea… Estoy pensando en hacerte ir sin blusa todo el día, como la buena puta que eres, Espinita. Así podré jugar con estos pechos perfectos cuando quiera.

Mientras habla, me pellizca un pezón y me arranca un gemido agudo e involuntario de desesperación. Entonces aparece un destello auténtico en sus ojos. Observo, hechizada, cómo toma su sombrero de la encimera y me lo coloca en la cabeza.

—Mi coño. —Desliza el pulgar por mi mandíbula e inclina mi rostro hacia él—. Mi sombrero. —Me contempla con sus ojos azules y baja la voz a un tono todavía más seductor—. Mi brazalete.

Storm me sostiene la mirada mientras se inclina hacia delante para atrapar uno de mis pezones con la boca, y pierdo un poco más la cordura cuando todo mi cuerpo tiembla de placer. La caricia cálida y húmeda de su lengua, sus labios succionando y lamiendo ese bulto erecto, me vuelve completamente loca. Soy un desastre de súplicas desesperadas y sonidos que quizá, cuando amanezca, me avergüencen, pero ahora mismo me importa una mierda.

Le entrega su atención a ambos pechos, recorriendo con sus labios la curva y rozando mis puntas endurecidas con la lengua hasta que acabo retorcida de placer.

—Mmm, joder. Eres tan receptiva. Me parece que te encanta la idea de que haga lo que quiera con tus pechos, ¿no? ¿Te gustaría verlos cubiertos con mi semen?

Se me escapa un gemido de pura excitación. Está claro que la idea me gusta. Mucho.

Se ríe entre dientes, sombrío y perverso, contra mis pechos doloridos. Pero enseguida se mueve, se desabrocha el cinturón, se baja la ropa interior y se acomoda entre mis muslos húmedos, dejando al descubierto la prueba evidente de lo loca que estoy por el hombre que tengo delante.

—Por favor. Por favor, Storm. —Su tamaño hace que me contraiga por dentro y que el estómago me dé un vuelco. Mis ojos se clavan en su mano mientras se acaricia con calma; él me observa con una expresión hambrienta mientras yo no puedo dejar de mirarlo. Me cuesta recordar si alguna vez he visto un miembro tan grueso, erecto y venoso más allá de cuando miro pornografía a escondidas. La tiene más grande que cualquiera con quien haya estado, y siento el impulso de probarla. Quiero sentir su peso aterciopelado sobre la lengua.

Pero, por encima de todo, lo quiero dentro de mí.

Storm parece sentir la misma urgencia. Mientras se acaricia, desliza el pulgar sobre la punta, donde brilla una gota de humedad, y alcanzo a ver un destello diabólico en sus ojos.

Se inclina para llevar esa mano hasta mi boca, dejando que el peso de su miembro rígido oscile entre nosotros. Mete el pulgar cubierto de su esencia dentro de mi boca, cubriendo mis papilas gustativas con el toque salado y penetrante del fluido que brota de la punta. Una muestra de lo increíble que sería chupársela y metérmela entera en la boca. Me embriaga saber que alguien tan inexperta como yo puede provocar este efecto en su cuerpo.

Guía la punta de su miembro para acariciarme por primera vez, y el corazón se me dispara hasta la garganta. ¿Cómo puede gustarme tanto si apenas me ha tocado?

—Vas a mirarlo todo. Mira cómo se abre tu coño para mí, mira las ganas que tienes de tragártela entera, de atraerme hacia ti. Siente cómo estás chorreando, tan desesperada porque te la meta. —Mientras habla, se frota contra mi humedad y presiona la entrada cuando se inclina hacia delante, empujando mis caderas a perseguirlo, a buscar justo aquello que tanto quiero y él lo sabe.

—Solo la punta para empezar. —Storm me sujeta un muslo mientras con la otra mano empuja la cabeza hacia delante, arrancándome un gemido—. Necesito sentir cómo te abres para mí.

Deja escapar un gemido grave, condenadamente sexi, mientras desliza la punta dentro de mí. Mantengo los ojos clavados en el lugar donde me penetra y avanza centímetro a centímetro dentro de mi cuerpo. Nunca había sentido un estiramiento semejante, pero es una sensación increíble.

Estoy en serios problemas. Lo sé. Lo siento. En lo más profundo de mí, algo acaba de encajar, y no estoy segura de poder sobrevivir a este hombre.

—Joder, estás tan apretada… Hace demasiado tiempo que este agujero no conoce nada aparte de un juguete y tus dedos, ¿verdad? Pero eso no basta para alguien tan preciosa como tú, cariño. Tú mereces que te follen como es debido. Mereces pasarte el día empalada en mi polla, aprovechándote de mí.

Storm usa la mano libre para engancharme la otra pierna, me abre las rodillas de una forma obscena y me coloca en la posición perfecta para lo que quiere. Entonces empieza a moverse. Avanza

despacio, hundiéndose dentro de mí en un deslizamiento húmedo. El estado de excitación al que me ha llevado me deja completamente empapada, preparada para recibirlo.

—Oh, Dios mío… Cómo me gusta… Por favor… Necesito más. — Estoy jadeando; tengo que apoyarme con ambas manos para seguir mirando, porque no puedo apartar la vista. La escena es tan erótica. Tan perversa. Por mucho que quiera recorrer su cuerpo con las manos y clavarle las uñas en esos músculos, también me encanta que él tenga tanto control. Me vuelve loca que me esté usando así, aquí, sobre la encimera de la cocina.

Y, aun así, también me siento poderosa. Sus palabras obscenas acompañan la forma en que observa mi cuerpo abrirse alrededor de su miembro, y el deseo que vibra en su voz es brutal.

Nunca nadie me había hecho sentir tan deseada.

—Storm. Dios. Te necesito.

Parece disfrutar oyéndome suplicar, porque deja escapar otro de esos gruñidos, y lo siento en cada centímetro de mi cuerpo, hasta en los pies retorcidos.

—Mira cómo quieres succionarme; cada vez que te doy un poco más, tu dulce y pequeño coño me pide todo, quiere devorarme. Puedo sentir cómo me aprietas, cómo intentas sacarme hasta la última gota. Qué codiciosa eres. Pero iremos despacio, porque nos queda toda la noche y pienso pasarla contigo empalada en mi miembro. Verte así es un sueño.

Entonces se inclina hacia delante y se hunde hasta el fondo; no puedo contener el fuerte gemido que brota de mí. Estoy haciendo exactamente lo que él decía: mi sexo solo aprieta, presiona, intenta meterlo más adentro.

Es increíble sentirlo dentro de mí de esa manera. El estiramiento supera cualquier fantasía que pudiera haber imaginado cuando retrocede casi hasta salir y vuelve a empujar hacia delante.

Ambos dejamos escapar sonidos que revelan lo intenso que es este momento; los dos sabemos que esta es la peor decisión posible y, al mismo tiempo, lo más parecido a la perfección.

Entonces empieza a embestirme con movimientos largos y tortuosos, retirándose casi hasta la punta antes de volver a hundirse del todo. Una y otra vez. Los sonidos húmedos y resbaladizos del sexo llenan el aire, y estoy tan tensa por todo lo que ya ha despertado en mi cuerpo que el orgasmo es inminente.

Deseo desesperadamente que esto dure más, que no termine nunca, pero ya no puedo contenerme.

—Joder… Oh, Dios… Creo que… voy a correrme otra vez… —No hay forma de detenerlo; no sé cómo ha logrado controlar mi cuerpo y hacerme perder la cabeza tan rápido y tan irremediablemente, pero eso es lo que ha hecho.

—Eso es. Córrete de una puta vez sobre mi polla, cariño. —Se mueve como un torbellino. Una mano se cierra con firmeza alrededor de la parte delantera de mi garganta, mientras la otra se desliza entre nosotros para encontrar mi clítoris; embiste tan hondo que siento que destroza mi cordura.

Caigo de cabeza gimiendo y apretándome a su alrededor. Me aferro a sus antebrazos para mantener el equilibrio, o tal vez la cordura. Jadeo entre sollozos y gemidos.

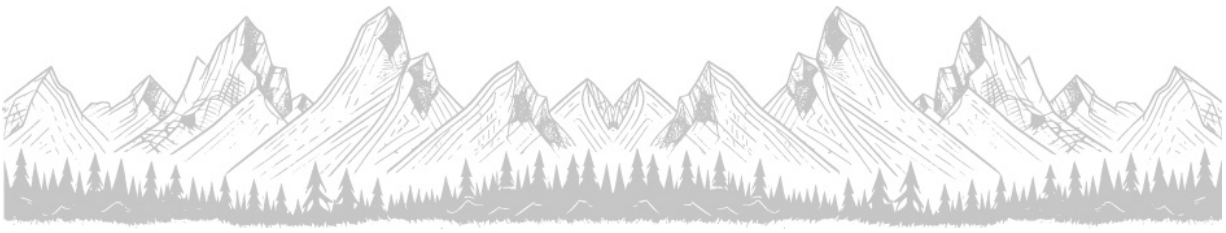
Es tan intenso que mi mente se queda completamente en blanco. Cuando vuelvo a ser consciente de algo, nuestras bocas están

fundidas y mi sexo sigue vibrando y apretándose mientras el orgasmo continúa atravesándome en oleadas lentas.

Storm gruñe contra mi boca y me sujeta por debajo de los muslos para levantarme contra su cuerpo.

—Joder. Vas a tener que darme más de eso. Te vas a pasar toda la noche corriéndote. Mi pequeña putita hecha para mi polla. —Y, con esas palabras sucias que siento como elogios, me lleva hasta la habitación, con su miembro enterrado profundamente dentro de mí.

Nos deja caer a los dos sobre la cama, el sombrero rueda hasta el suelo y ya no me cabe ninguna duda de que piensa cumplir su promesa.



CAPÍTULO 23

Storm



Tengo la polla dentro de esta chica perfecta que gime contra mi garganta.

Está fuera de sí después de dos orgasmos, y no veo la hora de verla temblar cuando le arranque más.

Nunca repetía con ninguna mujer, pero tampoco había sentido jamás esta necesidad compulsiva por alguien; estoy obsesionado con cada uno de sus pensamientos, cada respiración, cada roce de sus pestañas contra mi piel.

Esta chica encarna todas las malas decisiones que podría tomar.

Llegamos a la cama y la despliego debajo de mí. Es un maldito sueño. Una criatura divina que ha aparecido en mi vida cuando pensaba que solo merecía oscuridad.

Perséfone descendió al inframundo con Hades, ¿no? Entró por voluntad propia en su perdición. ¿Es eso lo que está pasando aquí? ¿Yo arrastrándola a mi propio infierno? No alcanzo a comprender qué demonios ve esta chica en mí, o qué está dispuesta a pasar por alto.

—Storm. Dios. Me gusta muchísimo. —Me clava las uñas en los hombros y, joder, tengo tantas ganas de desentrañar a Briar Lane que estoy atrapado en un frenesí de necesidad por descubrir más de esa naturaleza salvaje suya. Es preciosa, adictiva, un premio que no sé cómo he ganado.

—¿Cómo de sensibles se han quedado estas tetas perfectas después del orgasmo? —Mis dientes rozan uno de sus pezones pequeños y erectos, y ella se queja, sobreestimulada y lánguida de placer.

—Es… No puedo. Es demasiado… —dice con la voz entrecortada, jadeando mientras un escalofrío le recorre el cuerpo.

Sigo adelante. Despacio, pero con intensidad, dejando que el placer vuelva a crecer. Trazo círculos con la lengua y deslizo suavemente los dientes sobre sus pezones antes de tirar de uno de ellos y observar la forma en que sus labios hinchados se separan en un jadeo.

—Esta vez… —Mi boca sigue descendiendo, explorando la suavidad de su vientre, que se contrae mientras dejo un rastro húmedo y caliente hacia su sexo—. Esta vez quiero ver cómo rebotan tus pechos, y qué cara pones cuando te destruya otra vez. Veamos si puedo hacer que empapes las sábanas.

Me detengo un instante; quiero saborearlo todo. Lamo su entrada y Briar arquea la espalda hasta despegarse por completo de la cama.

Arruga las sábanas en los puños, con los nudillos blancos. Preferiría tener esas manos sobre mi cuerpo, pero puedo enseñarle eso más adelante. Hay tiempo de sobra para que aprenda a pedir lo que necesita, incluso cuando me entregue el control.

—Basta. No puedo más… —solloza de una manera que suena más a desafío que a protesta.

—Sí que puedes, cariño… —Le engancho la rodilla con una mano y le subo la pierna sobre mi hombro—. Vas a darme otro.

Sus ojos oscuros sostienen mi mirada, empañados de deseo. Briar tiene las pupilas tan dilatadas que casi engullen el castaño intenso de sus iris, ocultando las motas color miel que suelen brillar cerca del centro.

Es una locura el placer que siento cuando mi polla roza su entrada. Está muy lubricada, pero aun así tengo que abrirme paso dentro de ella porque sigue estando apretada.

—Joder, cariño, soy todo tuyo. Vas a tener que dejarme llenar este estrecho y pequeño coño cuando quiera.

Parpadea, pone los ojos en blanco y su respiración se transforma en un gemido mientras me deslizo más adentro. Sigo apoderándome de cada centímetro de esta chica a la que no debería desear.

No debería anhelar esta sensación, ni perderme en el placer embriagador de lo receptiva que es conmigo. Pero ya no puedo negarlo: avanzo completamente a ciegas y estoy perdido por esta chica.

Mi miembro late, se me hinchan los testículos. Ella me aprieta tan fuerte que veo las estrellas y siento como si por mis venas corriera combustible puro. Esta vez, cuando me hundo hasta el fondo, no puedo contener el gruñido oscuro y primitivo que brota de mí.

—Oh, Dios. Estás tan dentro… —Briar tiene espasmos en mi miembro; tenso la mandíbula, está rígida. Un instinto salvaje me grita que suelte el control y la embista. Es tentador sucumbir al deseo de eyacular dentro de ella una y otra vez.

Pero también quiero que esto dure para siempre. Estoy obsesionado con el rubor de las mejillas de Briar, con el tono oscuro de sus labios y de sus pezones mordidos por mis besos. Estoy ansioso por ver qué sucede cuando le muestre lo increíble que es follar bien, profundo y lento.

Mientras me retiro casi hasta la punta, siento cómo se aferra a mí.

—Mmm, joder. Tu coño no quiere soltarme ni un segundo. —Con un gemido que nos atraviesa a ambos, embisto hacia delante con tanta fuerza que sus pechos rebotan y ella deja escapar un gemido ahogado.

—Mira las ganas que tienes de que siga follándote. —Vuelvo a deslizarme hacia fuera, dejando solo la punta para que su canal de terciopelo se contraiga a mi alrededor y me arruine la vida; estar dentro de ella es el paraíso.

—¿Qué te parece si hago que te corras otra vez? —Clavo los ojos en su rostro, absorbiendo cada escalofrío de deseo desenfrenado y la forma en que sus facciones se tensan y se transforman por el placer.

—Yo… no sé si… —Briar arquea la espalda y tartamudea—. Otra vez no…

Pero lo que realmente oigo es: *sí, por favor, haz que me corra encima de tu enorme polla.*

—Sí que vas a hacerlo. —Bajo la voz y lucho por mantener el control—. Vas a dejarme empapado, cariño. —Embisto—. Después

voy a darte la vuelta. —Otra embestida—. Para que puedas verte mientras te penetro. —Vuelvo a moverme—. Vas a mirarte en ese espejo.

—Oh, Dios mío… —Briar gime, más fuerte, más desesperada. Es precioso ver cómo pierde el control por mí.

—Así… muy bien. Sabía que podías portarte bien.

—Es… demasiado. —Parpadea lentamente. Está justo en el borde, lista para caer en el placer.

—Mmm, pues tu coño dice lo contrario. Sigue apretándome, nena. Nunca había sentido uno tan estrecho.

Echa la cabeza hacia atrás, exponiendo la garganta. Mientras sigo embistiéndola con una fuerza que hace que sus pechos perfectos reboten y tiemblen para mí, gime en un tono más agudo, lloriquea, se convulsiona y comienza a romperse.

Entonces interviene mi pulgar. Encuentra su clítoris, recoge la humedad que nos cubre allí donde está empalada en mi polla y luego froto ese bulto inflamado de nervios.

El cuerpo suave de Briar se tensa, y luego se hace añicos como en una fantasía: un grito largo y grave seguido de un chorro de humedad cuando me retiro un poco.

Joder, sí.

—Eres perfecta. Mira cómo me empapas, como si hubieras nacido para esto.

Briar ya no es capaz de formar palabras. Jadea, gimotea y emite esos sonidos sensuales que voy a escuchar en mi cabeza cada vez que cierre los ojos.

Vibra en mí, su clímax se extiende con una estela larga y ondulante. A diferencia de la última vez, ahora intenta arrancarme la

vida.

Todo está completamente empapado entre nosotros. Su placer recubre toda mi polla y gotea sobre mis testículos; me encanta que haya vuelto a dejarme hecho un desastre. Es como si hubiera descubierto un truco oculto, y ahora voy a intentar encontrar todas las formas y posiciones para hacer que acabe así sobre mí.

Estoy a punto de correrme; la presión se acumula en la base de mi espalda. Tengo los testículos duros, elevados, listos para vaciarse dentro de ella.

Pero quiero que lo mire.

Quiero que vea lo mucho que se merece que la traten como es debido.

—Déjate llevar, cariño. —Necesito cada gramo de autocontrol para retirarme, levantar su cuerpo lánguido y guiarnos hasta quedar frente al espejo al pie de la cama—. ¿Te excita cuando te doy la vuelta? —Mis labios encuentran el oído de Briar desde atrás mientras nuestros ojos se buscan en el reflejo. Desde este ángulo podemos ver nuestras figuras bañadas en un fragmento de luz cálida que se derrama desde el pasillo, en contraste con las sombras profundas de la habitación.

—Lo estás haciendo increíble. —Coloco una almohada bajo sus caderas y me apoyo sobre las palmas, dejando que mi cuerpo cubra su espalda. Sus ojos, empañados por tanto placer acumulado en tan poco tiempo, siguen cada lugar donde la toco, la guío y acaricio su piel suave—. Mi juguete perfecto.

Volver a alinearme con su entrada es una bendición. Encajamos de una manera que no puede ser casualidad; ella se acomoda debajo de mí como si hubiera nacido para estar ahí, y siento que he

desperdiciado años sin saber que mis brazos solo existían para abrazarla. Briar se queda boquiabierta, sus ojos brillan por la forma en que la luz se desliza por sus facciones.

—Tuya… —susurra.

Esa única palabra es mi perdición total.

—Mi juguete. —Empujo hacia delante, hundiéndome otra vez en su calor aterciopelado—. Mi propiedad. —La polla me palpita con fuerza—. Mi putita personal.

Esta preciosidad envuelta alrededor de mi polla deja escapar un gemido suave, apretándome, haciéndome saber exactamente cuánto desea oír eso y mucho más.

—¿Te gusta, cariño? —La observo a través del espejo. Los pechos aplastados contra la cama, los brazos extendidos delante del rostro en forma de corazón mientras aprieta las sábanas con mi brazalete rodeándole la muñeca. Siento un rugido posesivo gestándose en mi pecho al ver su cabeza inclinada hacia atrás para observarnos, la columna arqueada y el trasero elevado—. ¿Te gusta ser mi juguete secreto? ¿Mi putita perfecta?

Empujo las caderas contra las suyas una y otra vez, y veo la oleada de placer con cada estocada que golpea ese punto mágico que dudo que algún imbécil se haya tomado el tiempo de encontrar para follarla como se merece

—Storm… —Pone los ojos en blanco, y sé que estoy jodido al verla perder el control con las palabras sucias que salen de mi boca. Mi miembro está listo para explotar. El hormigueo aumenta, la presión sube por mi columna y mis estocadas flaquean contra su culo.

—Mmm, joder. Mira qué bien te queda mi polla. Mira cómo te lleno de semen.

—Sí. Sí… —repite entre suaves sollozos.

Empujo hacia delante, mi miembro tiene espasmos y la descarga inunda su sexo, que vibra a mi alrededor de un modo que me deja completamente en blanco. Oleada tras oleada de placer y gruñidos de alivio me atraviesan mientras sigo hundiéndome en su cuerpo estrecho y empapado.

Cuando vuelvo un poco en mí, tengo la boca pegada a su cuello. Succionar, lamer y besar esa piel delicada se ha convertido en mi nueva obsesión, como si hubiera olvidado cómo demonios respirar sin el sabor de esta chica en la lengua.

Y algo, en el fondo de mi cabeza, me dice que quizá ya sea demasiado tarde.

Estoy metido hasta el cuello.

HGDAFNE@PROTON.ME

Capítulo 24

Briar



—Vaya, esto sí que es nuevo… —La voz de Storm suena espesa y somnolienta junto a mi oído mientras despierta poco a poco de otro sueño profundo. No tengo ni idea de qué hora es; la habitación sigue sumida en penumbra, pero no pienso moverme. Para ser sincera, estoy en un estado de felicidad absoluta, simplemente disfrutando de escuchar su respiración calmada y constante a mi espalda, absorbiendo el ritmo que acompaña cada ascenso y descenso de su pecho apretado contra mi columna.

Una sonrisa se dibuja en mis labios al oír sus palabras, porque está a punto de descubrir que, en realidad, no lo es.

—Bueno, sobre eso… —murmuro mientras mis dedos descienden por los músculos marcados de su antebrazo, recorriendo las venas y

la forma de un cuerpo que durante demasiado tiempo me dio miedo admitir que deseaba tocar.

Sus dedos se aprietan sobre mi sexo desnudo.

—¿Quieres contarme algo? —Me roza la oreja con la nariz, habla con una voz tan excitada y sensual que no hay ninguna posibilidad de resistirme a sus órdenes.

Aunque tampoco tengo intención de hacerlo.

El brazalete sigue en mi muñeca.

—Eh… En realidad, así es como me abrazas todas las mañanas. —Trago saliva—. Las veces que hemos dormido juntos… antes.

Antes de que pusieras mi vida patas arriba con una invitación, un beso y un momento de tentación al que fui incapaz de negarme.

—¿Y por qué no dijiste nada? —Las palabras se deslizan sobre mi piel mientras sigue inmovilizándome con ese abrazo firme. Tengo la espalda pegada a su pecho. El peso de su brazo cruza mi estómago y termina acomodándose entre mis muslos. La curiosidad tiñe su voz.

¿Por qué no dije nada?

La pregunta me pone nerviosa. Noto el calor subiéndome a las mejillas, la vergüenza extendiéndose por cada rincón de mi cuerpo. ¿Cómo se supone que voy a explicarle esto? ¿Cómo decirle que llevaba deseando que me tocara mucho antes de cruzar el punto de no retorno anoche?

Qué patética soy por haberle robado sus caricias cuando él no tenía intención de dármelas.

—Briar… —gruñe, besando mi cuello hasta que un calor líquido se acumula bajo sus dedos. Este hombre me lee con una facilidad insultante; sabe bien que me tiene atrapada.

—Yo… No lo sé. No quería incomodarte, así que me levantaba antes de que te dieras cuenta.

Espero que se burle, o haga algún comentario mordaz. Pero hace un ruido grave que siento extenderse desde mi columna hasta el pecho.

Parece pensativo.

—Deberías haberte quedado.

Esas palabras suenan muy sensuales con esa voz de dormido que tiene; es como oír miel goteando sobre mi piel.

Y entonces aparece la malicia, caliente y tentadora.

—¿O es que te gustaba demasiado que tu tío te tocara cada mañana? ¿Por eso le cogiste afición a las duchas matinales?

Gimo cuando empieza a acariciarme, confirmando que, una vez más, estoy absolutamente empapada por culpa de este hombre.

Storm deja escapar un gruñido satisfecho, seguro de sí mismo. Me coloca la pierna exactamente donde quiere y luego empuja hacia delante hasta encajar la punta de su gruesa polla dentro de mí.

Mientras se abre paso, con movimientos sutiles de las caderas, continúa deslizando sus dedos sobre mi clítoris, y yo me derrito por él.

—Cariño, no es un misterio que necesitabas tiempo a solas; ahora ya sé exactamente por qué te encerrabas en la ducha todas las mañanas. —Santo cielo, me llena con una presión lenta y deliciosa.

—Oh, Dios mío…

—Aunque es una lástima que no me dijeras que toda esa tensión y esas ganas eran por mí. Se me ocurren muchas formas en las que podría haberte ayudado. Todas las veces que podría haberte acompañado. —Se acomoda por completo, llenándome hasta que ya

no puedo pensar, y luego se queda quieto. Storm no empuja ni se mueve; simplemente deja que mi cuerpo se adapte a él, que se abra a su alrededor, y eso despierta algo salvaje en mi interior.

—¿Qué se suponía que tenía que hacer? —jadeo.

Esto es tan erótico. ¿Quiere meterse dentro de mí y quedarse allí? La forma en que me sostiene, acariciando lentamente mi clítoris, arrastrando mi humedad hacia arriba para pellizcar y acariciar mis pezones… Es casi como si… como si estuviera feliz de quedarse así, enterrado dentro de mí durante horas.

La idea de estar atravesada por su miembro y no ser más que un sexo donde clavarse casi me hace lloriquear y gemir.

—Bueno, para empezar, si te despiertas excitada y empapada, puedes usarme. —Su enorme mano rodea uno de mis pechos y lo aprieta—. O, si quieres jugar con ese coño tan bonito, estaré encantado de mirar cómo te corres sobre tus dedos.

—Dios. Storm. —Es perverso, pero no me canso de él.

—Mira lo perfecta que eres. Cada curva, cada maldito centímetro. —Su polla sigue completamente enterrada dentro de mí, tan profunda que me vuelve loca. No intenta moverse. Me saca de quicio lo increíble que me siento así.

—Vuelve a dormirte si quieres, cariño. —Los labios de Storm recorren la curva de mi cuello, provocándome escalofríos y piel de gallina por los brazos—. Déjame enseñarte esto. Lo que quiero ahora es disfrutar jugando contigo mientras te quedas quietecita para mí, apretándome así de fuerte.

Emite un gemido mientras yo hago exactamente eso.

—Mmm, joder. No necesito que estés despierta para lo que quiero; si puedo tenerte apretándome así de fuerte, entonces adelante,

quédate ahí tumbada mientras me divierto usando este dulce coño.

Este hombre.

Este maldito hombre.

Sé con certeza, en ese mismo momento, mientras sus manos ásperas recorren lentamente mi vientre, mis pechos y mis muslos —descendiendo hasta mi sexo mientras sigue llenándome— que estoy en serios problemas. ¿Cómo me voy a resistir a que me trate así? ¿Cómo voy a encontrar a alguien que pueda compararse con él?



No estoy preparada para lidiar con Stôrmand Lane.

Tener que pasarme el día cerca de él mientras termina con los últimos caballos en Devil's Peak va a acabar conmigo, estoy segura.

Es tan seductor que me resulta imposible no caer en los efectos de la lujuria cada vez que me lo cruzo.

Cada mirada, cada curva en la comisura de su boca —una boca cuya habilidad conozco demasiado bien cuando decide usarla como un arma contra mi cuerpo—, combinadas con la naturalidad con la que se mueve por estos establos mientras habla con los caballos con esa voz grave y sensual, hacen trizas mi resistencia.

Lleva puestas esas malditas chaparreras que me dan ganas de arrodillarme delante de él y sacar la lengua.

¿De verdad ha conseguido volverme adicta al sexo en una sola noche?

Porque no puedo dejar de pensar en su polla.

Parece que solo soy capaz de repetir las escenas en mi mente. Destellos y fragmentos eróticos de lo que compartimos. Viéndome a mí misma, una versión de mí que no conocía, reflejada en el espejo después de que Storm me borrara hasta la última neurona a base de sexo.

Mientras se cernía sobre mí, todo tatuajes y músculos, me vi desplegada debajo de él. Lánguida, sonrojada y completamente fuera de mí.

En un estado de pura y absoluta felicidad.

Sujeto la cabeza del caballo mientras él trabaja en el herraje y noto el brazalete de cuero escondido bajo la manga del abrigo.

Soy muy consciente de su contacto contra mi piel. De cómo se ha calentado hasta alcanzar mi misma temperatura. De que le pertenece a él o, más exactamente, de que marca que yo le pertenezco.

Al menos mientras dure este juego.

Supongo que eso dependerá del tiempo que decida quedarme aquí.

Mis ojos recorren sus hombros, recordando cómo llenaban el reflejo del espejo anoche, cuando me ordenó mirar.

Cómo se inclinaba sobre mí. Tatuado, musculoso e imponente, apoyado sobre mi espalda.

La expresión de su cara… Estoy segura de que quedó grabada en mi ADN. Parecía hambriento. De mí. Estoy ansiosa por más de sus órdenes directas, de sus palmas callosas recorriendo mi piel. Quiero que me diga exactamente qué hacer y cuándo mirar para ver lo increíbles que nos vemos juntos, para contemplar cuánto disfruto sintiéndome llena de él y derramando su semen.

Ese comportamiento posesivo despertó algo en mí, algo irresistible. Nunca habría imaginado que pudiera excitarme tanto escucharle decir que no soy más que su juguete y una puta descartable… Santo cielo.

Nunca me había sentido tan excitada ni tan segura de mí misma.

—Eres un hombre muy talentoso, Storm. —La voz familiar de Layla interrumpe mi ensueño cuando estoy a punto de babear.

Él gruñe algo ininteligible, encorvado, clavando con precisión un clavo en la herradura con esa destreza que se adquiere tras muchas horas haciendo lo mismo y que solo alguien así de hábil podría alcanzar. Una simple mortal como yo seguramente se habría roto el pulgar con el martillo o habría terminado con el clavo atravesado en la mano en lugar del casco del caballo.

—Han quedado fantásticas. —Layla se acerca a mi lado y acaricia el cuello largo y brillante del animal—. Listo para una gran temporada de verano, ¿verdad, guapo?

El caballo parpadea con esos enormes ojos húmedos, y yo lo imito, mirando a Layla como si fuera la reina del establo y yo su humilde servidora.

Según dicen, esta será la temporada más concurrida del rancho Devil's Peak y se debe a que las redes sociales de Layla despegaron el año pasado. Comenzó publicando vídeos y fotos tiernas para divertirse y compartir sus días cuando empezó a trabajar aquí mientras estudiaba para veterinaria, pero el proyecto enseguida empezó a crecer.

Ahora tienen el verano casi completo, con lista de espera algunas semanas, y estos caballos son la atracción principal.

—Sí, bueno, Colt es quisquilloso. Seguro que cuando las vea dirá que él lo habría hecho mejor. —Storm corta con unas tenazas los extremos sobrantes de los clavos para que no sobresalgan del casco y luego se seca la frente con el antebrazo.

Casi se me doblan las rodillas cuando esos ojos azules encuentran los míos. Solo es un vistazo fugaz, pero aun así me conmueve descubrir que me está buscando.

—Como si tuviera tiempo para eso. —Layla se ríe.

—¿Para hacerme la vida imposible? Sabes que ese imbécil siempre encuentra tiempo para eso. —Storm agarra la lima y empieza a suavizar las asperezas de la herradura. Los movimientos largos y firmes me dejan hipnotizada con los tatuajes de sus manos y sus venas marcadas.

—¿Y si le hablo bien de ti? Igual hasta consigo que te invite a cenar este fin de semana. —Layla bromea.

Resulta muy fácil estar con ella. No hay segundas intenciones ni propósitos ocultos. Me encanta ver que todos aquí se tratan bien sin esperar nada a cambio. Sin juegos, sin trampas ni ganas de usar las debilidades ajenas como armas más adelante.

—Vete a la mierda. Me debes como un año entero de cenas, Stôrmand Lane. Me vaciaste toda la carne que tenía en el congelador mientras yo no estaba. —Colt entra en el establo con un aspecto tan rudo como el paisaje. Pero, en cuanto se acerca, toda su atención se centra únicamente en Layla, y entre ellos se despliega un lenguaje corporal propio.

Dios, están tan sincronizados el uno con el otro. Mi corazón late con fuerza al ver la profundidad de ese vínculo.

La prueba viviente de que un amor así existe de verdad.

Al menos para quienes tienen la suerte de encontrarlo.

Colt guía a su caballo detrás de él y se detiene a nuestra altura para apartarle a Layla unos mechones finos de la frente con una leve sonrisa en la comisura de los labios antes de inclinarse para besarle el cuello. Es el gesto más romántico que he visto en mi vida y, si no estuviera sujetando el cabestro frente a mí, probablemente me habría derretido allí mismo.

—¿Por aguantar al príncipe encantador, dar de comer a tus putas vacas y pasarme el invierno entero metido en el hielo para que tú pudieras irte a nadar desnudo por el Mediterráneo? Yo diría que estamos en paz, viejo. —Storm sigue trabajando, aunque niega con la cabeza mientras lima los clavos restantes.

Los dos siguen discutiendo a su manera. Layla se ocupa de la silla y de los arreos del caballo mientras interviene en la conversación sin dejar de trabajar.

Yo me quedo quieta, preguntándome si alguien podría adivinarlo solo con mirarme. ¿Notarían que llevo su brazalete bajo la manga de este abrigo?

Su abrigo.

¿Alguien sospecharía algo? ¿Descubrirían este pequeño secreto y todo lo que implica el acuerdo entre nosotros?

Cuanto más me muerdo el interior de la mejilla y cambio el peso de un pie al otro, más me excita esta pequeña travesura.

Storm termina con el caballo y da por concluida la jornada. Yo me esfuerzo por convertirme en la ayudante perfecta. Ahora que estoy un poco más familiarizada con sus rutinas, siento que puedo echarle una mano preparando las cosas y dejándolo todo listo para marcharnos.

Acabamos de terminar de cargar la camioneta cuando Layla sale detrás de nosotros.

—Entonces quedamos todos el sábado a las seis en punto… Te dejo encargado a este patán, chica de ciudad; asegúrate de que al menos intente verse presentable.

Storm cierra el maletero de un golpe seco y le dedica a Layla una sonrisa burlona. Luego sus ojos azules se deslizan hacia mí, y no me cabe ninguna duda de que está tramando algo. Es un gesto infantil, travieso y demasiado atractivo para resistirlo.

—No te preocupes, Layla. Seré un buen tío y obedeceré a mi sobrina.

Casi me atraganto y apenas logro sujetarme a la puerta del copiloto.

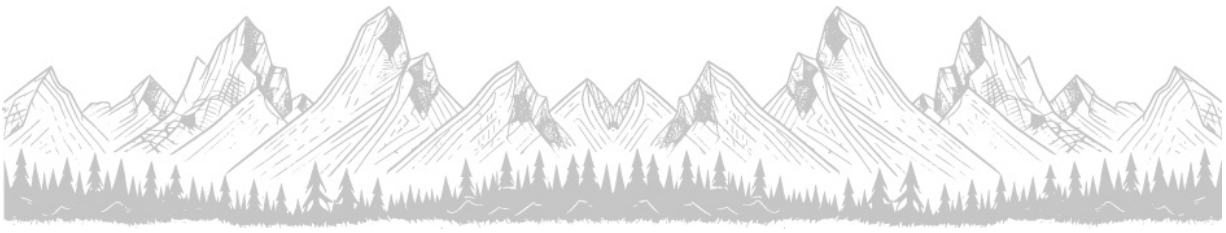
—Perfecto. Conducid con cuidado, chicos. Tengo muchas ganas de que conozcáis a Sage. —Layla se despide mientras regresa hacia la casa principal. El atardecer proyecta un resplandor anaranjado sobre los enormes ventanales de cristal de la propiedad.

Mientras tiro de la puerta para abrirla, le lanzo una mirada fulminante a través de la distancia que nos separa.

—No puedes seguir diciendo esas cosas. Eres malo, y lo sabes.

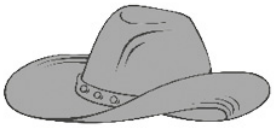
Él me responde con una sonrisa arrogante mientras se acomoda en el asiento del conductor.

—Sí, y cada vez te pone más que lo diga, así que aquí salimos ganando todos, Espinita.



CAPÍTULO 25

Storm



—He estado investigando en internet aquello de lo que hablamos. —Briar se inclina hacia delante para bajar el volumen de la música.

—¿El qué? —pregunto mientras conduzco por la carretera de montaña con una mano apoyada en el volante.

Me pregunto a qué se referirá. Y entonces noto que Briar se retuerce. Ah, vale. Definitivamente es algo sexual.

El imbécil arrogante que vive dentro de mí ronronea satisfecho.

—Cuando me preguntaste qué cosas no quería hacer o qué era lo que no me gustaba.

—Ah. Tus límites.

—Sí. Eso. —Se mueve nerviosa y me lanza una rápida mirada de reojo a través de las largas pestañas.

—¿Y? —No consigo borrar la sonrisa de mi cara. Aprieto un poco más el volante mientras bajamos de la montaña después de pasar el día entero en el rancho. Un día en el que Briar no ha dejado de desnudarme con esos enormes ojos de cervatillo.

—Nada de dolor. —Levanta un dedo—. Encontré una lista en internet sobre causar dolor o disfrutarlo, y… definitivamente, no quiero nada de eso. —Hace una mueca.

Joder, es adorable.

Asiento despacio.

—Lo entiendo. No es para todo el mundo.

—¿A ti sí te gusta? —Sus ojos vuelan hacia mí y una tensión distinta llena el interior de la camioneta.

—Buen intento, pero recuerda que estamos hablando de ti. —Maldita sea, me encanta que sienta curiosidad.

Se muerde el interior del labio y veo cómo un leve rubor empieza a subirle por las mejillas cuando la observo de reojo.

—Nada de mear ni cosas raras. —Arruga la nariz y levanta otro dedo.

No puedo evitar reírme.

—Y tampoco quiero que me tapes los ojos.

Cambio la mano de posición en el volante, busco su muslo y ella se sobresalta un poco.

—Muy bien —digo, tratando de sonar sensato, equilibrado, y que no se me noten las ganas de explotar de deseo al saber que ha estado buscando qué cosas le gustaría que le hiciera.

No sé cuándo demonios ha encontrado tiempo para investigar todo eso, pero mi polla está encantadísima con esta conversación.

—Me gusta que hayas descubierto todo eso tú sola. Es un buen comienzo.

Briar baja la barbilla y vuelve a retorcerse al oírme decir eso. Conociendo al gilipollas de mi hermano adoptivo, apostaría a que nadie le ha dicho jamás que está orgulloso de ella.

Son todos unos idiotas.

—Te gusta mirar, así que eso no te lo voy a quitar. Entendido. —Paso la lengua por los dientes. Quiero que experimente tanto placer como sea posible, que explore todas sus fantasías, pero tampoco hace falta ser psicólogo ni muy genio para entender que su negativa a que le tapen los ojos tiene mucho que ver con la confianza.

—¿Y qué opinas de atarte? —presiono un poco más ahora que estamos hablando del tema mientras deslizo los dedos sobre la suavidad de su muslo. Tiene las mejillas cada vez más rojas—. No haces más que moverte en el asiento, cariño.

Briar emite un pequeño sonido que está a medio camino entre la protesta y el acuerdo. Pero, después de cómo me ha mirado durante todo el día, hace rato que ha dejado de importarme lo que piense su cerebro sobre todo esto.

—¿Quieres que pare y me ocupe de eso que tanto te distrae? —Sin apartar la vista de la carretera, deslizo los dedos por la cara interna de su muslo, subiendo un poco más.

Ella se recoloca y junta las piernas, atrapando mi mano entre sus muslos, y reconozco el momento en que abandona cualquier duda que pudiera haber quedado en su mente. Entreabre la boca.

—¿Quieres aprender algo, cariño? —pregunto con voz grave.

Briar asiente y me mira desde el otro extremo del asiento.

—Entonces enséñame la muñeca.

—Mira… —susurra, un poco temblorosa, y desliza hacia atrás la manga de mi maldito abrigo para revelar que esa banda de cuero está en su lugar, donde pertenece.

—Buena chica. —Cómo le gustan esas dos palabras; traga saliva con dificultad y su pecho sube y baja más rápido.

—¿Aquí mismo? —Se muerde el labio inferior.

—Aquí mismo, cariño. Llevas puesto el brazalete y me muero de ganas de sentirte alrededor de mi polla.

Sus ojos se mueven nerviosos alrededor, como si hubiera alguna posibilidad de que alguien pudiera vernos. La música sigue sonando grave a través de los altavoces, convirtiéndose en la banda sonora de este momento, aunque ya ni siquiera sabría decir qué canción está sonando porque lo único que oigo es la sangre golpeándome en los oídos.

—¿Quieres que te llene con mi polla? —Noto cómo se me pone dura dentro de los vaqueros solo de imaginarnos.

—Por favor. —Se gira un poco hacia mí.

—Entonces dame esos bonitos labios, vas a poner esa boquita perfecta a trabajar. Quiero sentir cómo me la chupas mientras disfruto usando esa garganta. —Aparto la mano de su muslo para agarrar la parte delantera de la chaqueta y tirar de ella hacia mí, guiándola exactamente donde quiero.

Briar inspira hondo al oír mis palabras ásperas y sentir el peso de mi control.

—¿Cómo…?

—Ven aquí y sácamela.

Mi chica perfecta hace una pausa, se quita el abrigo y hace exactamente lo que le pido, un poco vacilante, pero con una chispa

evidente de curiosidad y lujuria en sus ojos oscuros.

—Eso es. —La animo mientras se acurruca a mi lado y busca mi cintura. Acomodo las caderas y sus dedos ágiles se encargan rápidamente de la hebilla del cinturón, el botón y la cremallera. Jesús, estoy duro como una roca y ya goteando. Todas las formas en las que quiero tener a esta chica en mi camioneta son francamente depravadas, pero hay algo en verla a mi lado, en este viejo y desgastado asiento, que alimenta aún más la fantasía.

—No te estrelles. —Briar me lanza una miradita coqueta mientras estira la mano para bajar el elástico de mi ropa interior y liberar mi miembro.

Deslizo los dedos de una mano por su cabello sedoso sin apartar los ojos de la carretera. Escucharla jadear y gemir desata la ferocidad en mi interior.

—Pídelo como es debido, nena, y tal vez deje que nos pruebes más tarde —gruño.

Ella gime y permite que le guíe la cabeza hacia abajo, acomodándose sobre mi regazo. Joder. Con una mano envuelve mi erección y clava los dedos en mi muslo. Tengo que esforzarme para mantener el control de la camioneta cuando su boca perfecta envuelve la punta.

—Dios, cariño… —Enredo los dedos con más fuerza en su cabello, aunque dejo que marque su propio ritmo. Es la primera vez que hace algo así en la carretera y puede que incluso sea la primera vez que chupa una polla de verdad.

—Relaja la garganta e imagina que estoy embistiendo tu coño empapado. Piensa en lo mucho que te gusta sentir cómo te abro y me deslizo más y más hondo cada vez que bajas.

Los gemidos que emite con los labios cerrados alrededor de mi miembro me provocan escalofríos por todo el cuerpo. Los huevos ya me hormiguean, tensándose con cada deslizamiento cálido y suave de su boca, cubriéndome de saliva.

—Eres perfecta. La chupas como si hubieras nacido para esto. ¿Has nacido para esto? ¿Para chupármela cuando me dé la gana? Tal vez debería limitarme a jugar contigo y tenerte sentada en mi regazo mientras te atragantas con mi polla.

Briar aprieta mi pierna con más fuerza y emite un sonido desesperado, gimiendo y succionando, cada vez más necesitada mientras la guío.

—Joder. Dame esa lengua bonita. Quiero sentir cómo te lo tragas todo. —Mientras sigue subiendo y bajando, apretando, metiéndose más hondo, lamiendo y hundiendo las mejillas a mi alrededor, siento saliva goteando por mi miembro, y la sensación de su lengua recorriendo mi cuerpo es como entrar en el paraíso. Empieza a gemir suavemente mientras mi polla se hincha, llenando cada vez más su pequeña y ardiente boca.

Una serie de dulces ruiditos me indican lo excitada que está. Dios, apostaría a que está completamente empapada.

Quiero llevar esto hasta el punto de llenarle la garganta; noto cómo los testículos se me tensan por la necesidad de correrme y cubrirle la lengua de semen, pero también me muero por volver a sentir cómo me aprieta y se corre sobre mi polla.

Salgo de la carretera y entro en una zona de descanso. Me importa una mierda si hay una mínima posibilidad de que alguien pase por esta parte remota de la montaña. A estas horas de la tarde

es muy poco probable, y no hay forma de que espere hasta volver a la cabaña.

Briar se aparta con un sonido húmedo y pastoso cuando nota que el vehículo se detiene con una sacudida; una expresión vidriosa permanece en sus ojos nublados por la lujuria mientras mira a su alrededor, un poco confundida. Le pellizco la barbilla y la arrastro hacia mi boca: devoro cada sonido de excitación que escapa de esos labios hinchados y de la lengua impregnada de mi sabor.

—Eres una pervertida, ¿verdad? —Le muerdo el labio inferior y, al tirar de él, le arranco otro sonido delicioso que me golpea directamente en la polla—. Te pone cachonda que me aproveche de ti. Te encanta tener mi miembro en el fondo de tu garganta, ¿no?

—¿Por qué nos hemos parado? —jadea Briar, respirando agitadamente contra mi boca. Me encanta lo dispuesta que está, lo ansiosa por entregarse a mi depravación y seguirme el ritmo.

—Porque tu dulce coño me está llamando a gritos, Espinita…, y esperar no es lo mío.

Me recoloco la ropa interior, pero dejo los vaqueros desabrochados, con el cinturón colgando suelto, y abro la puerta de golpe. Me observa salir de la camioneta con los ojos muy abiertos.

Gira la cabeza rápidamente, estirando el cuello para mirar a un lado y a otro de la carretera vacía que serpentea montaña arriba y abajo, antes de volver a encontrarse con mi mirada expectante. Los altos pinos hacen que todo parezca mucho más oscuro, como si la noche se hubiera cerrado con sigilo alrededor de los troncos del denso bosque que cubre esta parte de la montaña.

—No podemos… —jadea.

—¿El brazalete se queda o se va? —Meto la mano y engancho una palma detrás de cada rodilla para arrastrar su trasero por el asiento hacia la puerta abierta.

Durante un largo segundo, con la sangre corriendo como loca y rebotando en mis oídos, baja la vista hacia el cuero que le rodea la muñeca. Joder, no quiero forzar nada, pero podría perder la puta cabeza si se lo quitara.

Traga saliva con dificultad y luego se inclina hacia delante para rodearme el cuello con los brazos.

—Joder, eres una locura, cariño. —La estrecho contra mi cuerpo para ayudarla a salir de la camioneta y uniendo nuestras bocas nos fundimos el uno en el otro.

Esta vez, sus dedos se enredan en mi cabello y acompasa la lengua con la mía, dejando que todos esos sonidos descontrolados de placer estallen en mi boca y bailen sobre mis papilas gustativas.

Nos llevo hasta el capó de mi camioneta y la siento sobre el metal caliente del motor. Sé exactamente cómo quiero devorarla y mostrarle todas las formas en las que merece ser deseada. Siento una urgencia que no admite espera ni preguntas, ni cosas aburridas y sensatas como conducir de vuelta a casa.

Hay que hacerle entender a esta preciosidad que, cuando se trata de probarla, siempre voy a querer más, sin importar dónde estemos.

A regañadientes, me aparto de su boca y le presiono el pecho con una palma para guiarla hasta dejarla recostada sobre el capó. Mientras lo hago, devoro con avidez el rojo de sus labios mordidos y el modo en que sus pupilas se han dilatado por la lujuria.

—Storm…, para… No podemos… Aquí fuera no… ¿Y si alguien nos ve?

Protesta sin demasiada convicción, pero sus caderas se elevan para mí y me permiten desabrochar rápidamente el botón y bajarle la cremallera.

—Me importa una mierda. —Mi boca ya está besando y mordisqueando su piel desnuda. Sus caderas, la suavidad de la parte alta de sus muslos, la curva de su vientre revelada bajo la camiseta.

—Mira cómo estás. Excitada y desesperada. Mojada por mi culpa y lista para empaparme cuando te separe esos muslos tan bonitos y me meta dentro de ti. Vas a chorrear, ¿verdad? —Dejo que salga toda la depravación que me inunda la cabeza; soy un hombre poseído mientras tiro de sus vaqueros para bajárselos por los muslos lo suficiente como para dejar su sexo al descubierto. Pero no basta. Ni de lejos. Necesito que no haya ni una sola tela entre mi boca y su centro.

En cuanto su coño queda expuesto, tiro de la tela hacia abajo, por sus caderas y su trasero; tengo la boca sobre ella antes incluso de ser consciente de ello. Está reluciente e hinchada, y mi lengua se desliza por su entrada, lamiendo cada gota de excitación.

Briar suelta una serie de palabrotas y sonidos salvajes mientras presiono la lengua contra su clítoris, masajeando el pequeño botón hinchado y necesitado. Está esperando que la provoque y la torture como quiero. Succiono con fuerza y chupo su humedad hasta que arquea la espalda y tira de mi cabello.

—Joder. Santo cielo. Oh, Dios mío.

Eso es, preciosa. Vuélvete tan loca como yo.

Consigo quitarle una bota junto con una pierna del vaquero, libero su tobillo y, con un gruñido triunfal, le separo los muslos. Mi boca se cierra sobre su entrada y penetro el dulce y empapado sexo de Briar

con la lengua, empujando y hundiéndome en ella una y otra vez hasta que sus piernas tiemblan alrededor de mi cabeza. Ella gime y suplica, extendida como un festín sobre el capó de mi camioneta. Ya no sé si me queda algo en las venas aparte de esta necesidad pura y arrolladora de follarla una y otra vez.

La abro bien, clavándole los dedos en el muslo, introduzco un dedo y succiono su clítoris. Ella me tira del pelo con un gemido fuerte y, justo cuando está a punto de correrse, añado un segundo dedo y aplico la presión exacta que necesita.

Briar se deshace. Se rompe en mil pedazos sobre mi rostro y mi mano mientras yo lamo cada gota. Esta vez está tan fuera de sí que quizá ni siquiera se haya dado cuenta de lo que acaba de ocurrir; o tal vez mi buena chica ya ha aprendido que me encanta ser la única persona que logra arrancar esta respuesta de su cuerpo.

Sea como sea, se mueve sobre mi boca sin el menor pudor, y yo no me canso de recorrerla entera con la lengua, dejando besos y lametones sobre su dulce e hinchado sexo.

Hay algo en estar con Briar que me desquicia. Va más allá de lo prohibido que resulta esto para los imbéciles que creen saber algo de nosotros. Es como si desbloqueara una parte de mí que nunca había existido. Había un Stôrmand Lane antes de que ella apareciera, y luego está el hombre que quedó entre las brasas del incendio en el que ardió toda esa basura.

La parte de mí a la que solo le importaba divertirse ha desaparecido; ese cabrón quedó reducido a cenizas en apenas unos días. Nunca quería volver a ver a las mujeres con las que me acostaba, jamás repetía con nadie y, sin embargo, aquí estoy, listo para seguir ahogándome en ella una y otra vez.

El deseo salvaje y la necesidad toman el control. Mi polla se tensa contra mi ropa interior, goteando por todas partes.

Enganchándole las rodillas, arrastro su cuerpo hacia abajo para colocarla frente a mí. Le acomodo el trasero justo en el borde del capó, aparto la ropa interior y coloco el miembro contra su entrada empapada.

—Dios. Te necesito dentro —gime Briar.

—Lo sé. Lo sé, nena. —Bajo la mirada para observar cómo la punta se abre paso en su interior, forzando la entrada porque, aunque está hecha un desastre y suplicando por mi polla, sigue siendo la cosa más estrecha que he visto en mi vida.

—Oh, joder. —Echa la cabeza hacia atrás mientras empujo. Con cada centímetro que me hundo, sus paredes se cierran alrededor de mi longitud y, santo cielo, es la cosa más caliente y suave apretándome sin tregua.

¿Este ángulo? Me permite ver cómo su precioso sexo se estira como en una fantasía. Pero tenemos que movernos, porque ya no aguanto más las ganas de follarla.

Ella protesta y jadea mientras la envuelvo con fuerza y la desplazo hacia el asiento de nuevo, y la tumbo ahí con sus piernas colgando. Briar se inclina hacia atrás sobre los codos, con las rodillas bien abiertas, y ahora tengo exactamente el ángulo que necesito para empujar y poseerla tal como dicta el maldito brazalete que lleva en la muñeca.

—Enséñame tus pechos mientras te lleno por completo.

Impulso las caderas hacia delante mientras el sonido húmedo de su excitación invade el asiento delantero de mi camioneta. Ella

forcejea y se sube la tela por encima del sujetador, pero el suave y apretado canalillo de sus pechos no me basta.

—Muéstramelos bien —digo con la mandíbula tensa. Dios. Mis testículos ya están tensos y listos para descargar.

Briar gime mientras desengancha una copa del sujetador y se la baja de un lado. No consigue alcanzar la otra, y entonces sus ojos me observan con una mezcla hipnótica de pánico y lujuria y la sensación abrumadora de que está a punto de correrse otra vez.

No puedo controlarme. Leerla es demasiado fácil.

—¿Has oído un coche, preciosa? —Sujetándole las piernas con tanta fuerza que apenas puede retorcerse, Briar deja escapar un quejido y clava las uñas en el asiento. No quiere admitir cuánto la excita la situación. No se atreve a reconocer que, en el fondo, le encanta tenerme enterrado dentro de ella, al aire libre, sabiendo que alguien podría vernos.

—Joder, sí. Apriétame más fuerte, así. ¿Te pone pensar que puedan enterarse de lo nuestro? ¿Quieres que alguien te vea con las piernas abiertas para tu tío?

Tiene los ojos color avellana nublados por la lujuria y la boca carnosa entreabierta. Cada embestida se intensifica al saber que está a punto de precipitarse al vacío.

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. No pienso contarle a nadie que a la depravada de mi sobrina le gusta que su tío le meta la polla hasta el fondo.

Arquea la espalda contra el asiento mientras tiembla y se deshace en un gemido ahogado.

—¿Quieres que alguien descubra que eres mi juguete y que te mojas solo con pensar que me perteneces?

Briar deja escapar los sonidos más sexis, gimoteando mientras su coño se contrae y me aprieta una y otra vez. La sensación, embriagadora, me arrastra con ella y me obliga a soltar todos los elogios salvajes que sé que necesita oír.

Que es perfecta. Que quiero volver a follármela en cuanto lleguemos a casa. Que me paso el día entero pensando en que es mi juguete y en que puedo usarla cuando quiera y donde quiera.

Es esa idea —la de tener todo eso y mucho más— la que me arranca una sarta de palabrotas. La tensión estalla en la base de mi columna en una oleada cegadora y, antes siquiera de darme cuenta, me hundo hasta el fondo y me corro dentro de ella mientras se aferra al asiento y me entrega cada pedazo de sí misma.

El corazón cabalga enloquecido y trata de escaparse de mi pecho mientras sigo embistiendo despacio, entrando y saliendo, dejando que los dos vayamos calmándonos poco a poco. No sé exactamente qué está sintiendo Briar en este momento, pero, si se parece aunque sea un poco a lo que siento yo, debe de ser el paraíso.

Esto es la perfección.

Una chica preciosa que merece el mundo entero y que, por alguna razón, cree que yo merezco un solo segundo de su tiempo.

Una mujer que no debería ser mía.

Entonces hago lo único que se me da bien. Aparto esos pensamientos y me aferro al aquí y ahora con la misma fuerza con la que una vez me aferré a la cuerda para no salir volando del toro antes de que mi breve momento de gloria llegara a su fin.

Me retiro con un siseo y le abro bien los muslos para contemplarla: sonrojada, hinchada y brillando con las pruebas de haber sido completamente poseída.

Se muerde el labio inferior y me sostiene la mirada.

—¿Me he portado bien? ¿Me he ganado una probada?

Una sonrisa ladeada me curva los labios mientras bajo la cabeza y me quedo suspendido justo sobre el lugar donde mi semen empieza a asomar en su entrada, sin quitarle los ojos de encima en ningún momento.

—Por supuesto, nena. Déjame limpiarte y luego te dejaré probar para que sepas lo bien que lo has hecho.

Capítulo 26

Briar



—Urbanita… ¿Qué haces por aquí?

Apenas abro la puerta de la camioneta cuando llegamos al nuevo rancho donde vamos a trabajar, la sonrisa deslumbrante de Kayce me recibe desde la puerta del establo del rancho Rhodes. Lleva puestas las chaparreras y carga una montura enorme que probablemente me aplastaría si intentara levantarla.

Por un momento parpadeo sin entender nada, sorprendida de verlo aquí, hasta que mi cerebro arranca y recuerdo que baja desde la montaña hasta este rancho y alguno que otro más para entrenar. O al menos eso fue lo que me dijeron.

—Parece que donde hay caballos, ahí estoy yo —respondo con tono alegre, y señalo con la cabeza en dirección al hombre que está

bajando del lado del conductor.

Esta vez Storm no sale corriendo. Al contrario, nos acompaña rodeando el vehículo hasta mi lado.

Estoy casi segura de que mis mejillas se ponen de un rosa neón, porque son demasiadas las cosas que hemos hecho sobre el capó de esta camioneta, en el mismo lugar donde Kayce está apoyado contra la pintura desgastada hablando con nosotros.

Dios mío.

El vaquero gigante que tengo al lado lanza una mirada fugaz hacia el rancho y luego de vuelta hacia mí. No tengo idea de cómo logra mantenerse serio porque yo me estoy retorciendo por dentro.

—Rhodes me pidió que echara un vistazo a los nuevos huéspedes que llegaron esta primavera. —Storm está tan cerca que la piel se me eriza y el calor de su pecho ancho me quema la nuca; tengo que aclararme la garganta porque debe de ser obvio que entre nosotros hay mucho más ahora que hace unos días.

Ahora que nos ven juntos en público, no puedo evitar sentir que tengo un cartel gigante colgado sobre la cabeza con luces intermitentes y flechas apuntándome.

«¡Una sobrina que adora la polla de su tío… por aquí, señoras y señores!»

—Qué bien… Me encantaría quedarme a charlar, amigo, pero me esperan unos caballos broncos con ganas de destrozarme. —Kayce reajusta el agarre sobre la montura—. ¿Nos vemos esta noche en la cena?

—Claro —gruñe el hombre que está a mi lado.

—Rhodes está dentro —grita Kayce por encima del hombro mientras se lleva sus chaparreras y su encanto de vaquero dorado

hacia un grupo de personas vestidas de manera similar que están reunidas junto al cercado.

—Vamos, urbanita.

Me da un empujón en la parte baja de la espalda, acompañado de una risita traviesa que hace eco de sus palabras.

—¿Qué? Ha sido de lo más simpático conmigo desde que llegué.

—Mientras no se le ocurran ideas.

Me acomodo un mechón suelto detrás de la oreja.

—En serio, Kayce es un buen amigo.

Algo revolotea dentro de mi pecho ante la idea de que este hombre impresionante y atractivo pueda estar un poco celoso. Pero no me atrevo a mencionarlo.

Tiene demasiadas cosas que hacer hoy, y tomarle el pelo por Kayce Wilder es una tontería de mi parte. Al fin y al cabo, llevo su brazalete puesto. Si eso no es garantía absoluta de que solo tengo ojos para él, no sé qué podría serlo.

—¿Aquí no hay ganado entonces? —pregunto, mirando las hileras aparentemente interminables de boxes y caballos.

—Solo caballos, señorita. —Una voz grave nos da la bienvenida—. El ganado se lo dejo a los vaqueros a los que les gusta pasarse el día corriendo y enlazando reses.

El hombre que se acerca lleva un sombrero negro en una mano y se pasa la otra por el cabello. Tiene ese aire de que preferiría estar rodeado de animales todo el día y tolera a las personas solo de vez en cuando.

Mientras vuelve a ponerse el sombrero, alcanzo a ver un destello blanco enroscado en la parte delantera de sus rizos oscuros y revueltos. Es llamativo e inusual y, aunque probablemente tenga

más o menos la misma edad que Storm —o incluso un poco más, ahora que veo de cerca que también hay canas en su barba corta—, ese mechón blanco tan marcado no parece cosa de la edad; da la impresión de haber estado siempre ahí.

—Briar, él es Lucas Rhodes.

—Encantado. —Se sacude la tierra contra el pantalón y me tiende una mano enorme que envuelve la mía en un apretón firme.

—Los recién llegados están por aquí. —Y así, sin más, se hace a un lado y nos indica que lo sigamos.

Dios, tengo ganas de abrazarlo por no hacer preguntas sobre quién soy o cómo encajo en este panorama. Es evidente que está ocupado y que, con tantas cosas sucediendo, no le queda tiempo para charlar. Aunque, viéndolo, sospecho que tampoco es demasiado hablador.

Mientras los dos tipos que van delante conversan muy serios sobre sus asuntos ecuestres, yo avanzo bastante más despacio. Me tomo mi tiempo para asomarme a cada box, mirar a los caballos y leer los nombres escritos junto a las puertas cubiertas de viruta y heno.

Algunos me ignoran. Otros giran sus largos cuellos hacia mí con ojos curiosos. Un par se asoman todo lo que pueden, enseñándome impresionantes hileras de dientes mientras retuercen los labios, intentando descubrir qué escondo en los bolsillos.

A estas alturas ya conozco bastante la rutina de Storm cuando trabaja de herrador. Si me quedo siguiéndolos, solo voy a estorbar; así de simple. Está más a gusto si tiene espacio para trabajar solo y encontrar su ritmo, y generalmente me llama cuando me necesita, si es que me necesita.

Así que, por ahora, disfruto de estar cerca de los animales y observarlos. Me fascinan y me calman de una manera que no puedo explicar con exactitud.

Me detengo frente al siguiente box. Un caballo casi negro permanece pegado a la pared del fondo. Sus ojos grandes y brillantes me observan detrás de las pestañas más largas que he visto en mi vida. Mientras estoy allí plantada, uno de sus cascos golpea el suelo. Casi como si me estuviera diciendo que siguiera de largo.

Pero algo hace que me quede exactamente donde estoy. No tiene mucho sentido, con la cantidad de caballos que hay aquí, pero de pronto quiero entender por qué este chico me está pidiendo que no lo mire.

Me guardo el teléfono en el bolsillo, levanto las palmas y le enseño que no llevo nada en las manos de lo que deba preocuparse; luego me acerco un poco más a la puerta. Suelta un resoplido, vuelve a golpear el suelo y sacude la cabeza varias veces, manteniendo toda la distancia posible.

«Vete a la mierda».

El mensaje llega alto y claro.

—Hola, chico —digo en voz baja. Levanto la vista hacia la tarjeta junto al box y veo que es uno de los huéspedes temporales—. ¿Solo estás de visita, Teddy?

Abre las fosas nasales.

—Teddy —repito su nombre con una pequeña sonrisa—. No te pareces en nada a un osito de peluche.

Otro golpe de casco. Un coletazo.

—Para nada. Tienes demasiado carácter… y además eres muy guapo.

Esta vez, sus orejas se giran hacia mí.

—Aunque apostaría a que escondes un lado tierno debajo de tanta actitud.

Se mueve rápido, teniendo en cuenta lo reducido que es el espacio, y de pronto lo tengo encima. No puedo evitar sobresaltarme. El cretino bate esas pestañas desproporcionadas y emite un sonido que me dice que está muy satisfecho consigo mismo.

—¿Ah, sí? ¿Así están las cosas? Eres puro teatro, ¿verdad? —Ladeo la cabeza y vuelvo a apoyarme donde estaba hace un segundo, con los brazos cruzados.

Esta vez Teddy no retrocede. En cambio, nos quedamos ahí, mirándonos durante un instante. Finalmente baja la cabeza, esta vez mucho más despacio, y me empuja el codo con el hocico.

—Ajá. Mucho teatro, pero ahora que quieres algo vas a exigirlo, ¿eh?

Dejo que mi palma recorra la línea larga y elegante de su nariz, sintiendo el calor y el pelo corto bajo los dedos.

Su aliento cálido y húmedo sale en pequeñas bocanadas y, cuando llego al punto entre sus ojos y empiezo a rascarle con las yemas, emite un sonido ronco y satisfecho desde lo más profundo de ese pecho poderoso.

Mientras sigo rascándole, siento que alguien me observa.

Al girarme, descubro que no es mi vaquero, sino Lucas Rhodes. Está apoyado con un hombro contra una de las paredes divisorias de madera, con los brazos cruzados y un tobillo apoyado sobre el otro.

No es exactamente una sonrisa lo que tiene en el rostro; más bien parece observarnos con expresión reflexiva.

Por un momento me preocupa haber hecho algo que no debía. Levanto la mano y estoy a punto de dar un paso atrás y disculparme por quedarme aquí acariciando sus caballos sin haber pedido permiso, cuando un hocico negro y peludo me empuja la mano buscando más caricias.

Lucas suelta una carcajada.

—Lo siento. —Una sonrisa me tira de las comisuras—. Parece que me he convertido en el rascador personal de Teddy a los dos segundos de llegar.

—Quédate todo el tiempo que quieras. —Sacude la cabeza y se separa de la pared. Cuando se gira para coger una pala y un rastrillo del box que tiene detrás, noto que Teddy se sobresalta un poco con el sonido áspero del metal contra el suelo. Pero se queda ahí y me deja seguir acariciándolo mientras deslizo los dedos hacia sus suaves orejas.

—¿Cuánto tiempo se queda? —pregunto.

Lucas se acerca.

—No lo sé muy bien. Ha tenido una vida difícil.

—¿Ah, sí? —Frunzo el ceño, alternando la mirada entre los dos.

—Lo rescataron hace unos años. Vivía con unos hijos de puta que lo maltrataban; sus dueños actuales están intentando encontrarle el mejor hogar posible.

—Dios, la gente es horrible. —Me entran ganas de llorar. Este caballo tan precioso no ha hecho nada para merecer algo así.

—No te equivocas.

—Es precioso. ¿Cómo puede alguien hacer algo tan horrible?

Lucas suelta un pequeño resoplido, algo parecido a una risa.

—Este chico no merecía algo así… Por eso ahora se ha convertido en un cretino. Yo le perdono el mal carácter, pero las heridas tardan en sanar.

—¿Heridas?

Chasquea la lengua y entrecierra los ojos mientras mira al caballo al que prácticamente estoy abrazando.

—Tu nuevo mejor amigo nos ha mordido a todos más de una vez, e incluso le soltó una buena coz a mi hijo Brad cuando lo estaban bajando del remolque el día que llegó.

Me quedo boquiabierta y miro alternativamente el rostro que sigue empujando contra mi mano y a Lucas.

—Me estás tomando el pelo.

—No tiene ninguna gracia que te muerda un caballo, créeme. —Me observa un segundo y luego inclina la cabeza hacia un cubo que hay en el suelo, a mis pies—. Bueno, ya que os lleváis tan bien, puedes cepillarle los lados del cuello y, si llegas, también los hombros. Quédate en este lado de la puerta, eso sí, pero si te deja seguir tocándolo, aprovecha y cepíllale la crin y el pelaje.

Asiento.

—Me gustaría intentarlo. Creo que sería tan terapéutico para mí como para él.

—Los caballos son una de las mejores terapias que existen.

Lucas da un paso para irse, pero se detiene y vuelve a girarse.

—Pero no te compres uno nunca o acabarás arruinada el resto de tu vida. —Hace girar un dedo en el aire, señalando los establos en los que estamos, que deben de consumirle la vida entera teniendo en cuenta todo el trabajo que supone llevar un rancho así.

El tiempo que pasé en Devil's Peak me ayudó a hacerme una idea de todo lo que implica el día a día. Y este lugar tiene todavía más caballos que cuidar.

Cojo el cepillo del cubo que hay en el suelo y Teddy me observa en silencio, siguiéndome con el cuello ladeado para imitar mis movimientos.

Cuando me incorporo, le enseño el cepillo y él lo examina detenidamente antes de dejar escapar un resoplido de aprobación por esa enorme nariz.

Antes de empezar, saco el teléfono, hago una foto rápida y le mando un mensaje a Storm para avisarle de dónde me he entretenido.

BRIAR: He hecho un nuevo amigo.
[IMAGEN ADJUNTA]
TÍO STORM: Es muy guapo.
¿Debería preocuparme la competencia?
BRIAR: Me ha pedido que lo cepillara.
TÍO STORM: Qué afortunado.
BRIAR: ¿No te molesta si me quedo un rato?
TÍO STORM: Todo el tiempo que quieras, nena.

Capítulo 27

Briar



Se supone que tengo que aguantar una noche entera de cena y nuevos amigos sin quedarme mirando a mi tío, que probablemente estará sentado justo enfrente, en uno de los reservados de este bar, con ojos de «por favor, fóllame hasta hacerme perder la cabeza».

Hoy ha sido el mejor día de todos. He perdido completamente la noción del tiempo entregada a la sesión de cepillado más larga del mundo con Teddy. Aunque me habría encantado poder entrar en el box con él, me parecía una idea muy estúpida hacerlo después de que Lucas Rhodes me dijera específicamente que no lo hiciera.

He disfrutado tanto del tiempo que hemos pasado en el rancho que fue como flotar entre nubes. O sea, pasar tiempo en Devil's

Peak tiene el mismo efecto, pero la oportunidad de estar sola, charlando con Teddy y cepillándole el pelaje, ha sido especial.

Ahora tengo que enfrentarme a algo mucho más complicado que un caballo que podría intentar arrancarme un trozo de carne.

Esta noche se supone que debo divertirme, relajarme, disfrutar de una buena cena y fingir que todo es perfectamente normal. Apenas he salido a tomar aire fuera de la burbuja de felicidad y sexo con Storm en la que llevo sumergida desde que cruzamos aquella línea invisible por primera vez.

Si alguna vez dudé de que hablaba en serio cuando dijo que, si el brazalete estaba puesto, estaba *puesto*, ahora ya no me queda ninguna duda.

Trabajar juntos durante el día es como una sesión interminable de preliminares para que luego me arrincone y se adueñe de mí en lugares y posturas extremadamente comprometidas.

A estas alturas conoce mi cuerpo tan bien que sabe que, cuanto mayor es el riesgo, más fuerte me corro, y parece haberse propuesto como misión personal llevarme al borde de la locura y hacer que le entregue el coño una y otra vez.

Por la noche… Bueno, digamos que nos abandonamos por completo a esta adicción. A veces, literalmente, no para; me empuja hasta dejarme temblando, sin aliento y suplicándole piedad.

Pero ya sabe que soy una mentirosa de mierda.

Podría quitarme el brazalete en cualquier momento si de verdad, genuinamente, quisiera que parara.

La verdad es que no quiero que lo haga. No me importa acabar sin fuerzas e incapaz de sentir las piernas. Solo quiero que me use y

me dé más y más de esa mezcla de perversión y adoración que me ha metido en las venas.

Me folla como una fantasía vaquera hecha realidad, me vuelve loca cuando dice que soy su juguete y su puta con tanta ternura. Después, sus manos tatuadas son tan suaves, tan cuidadosas, tan delicadas, que me duele hasta la sangre de tanto desearlo.

Estoy en un lío muy serio.

Y lo sé. Aunque mi estúpido corazón se empeñe en ignorar la realidad, mi cabeza entiende que me he aventurado sobre un hielo peligrosamente fino.

He perdido de vista la orilla, arriesgándome a caer y hundirme bajo la superficie helada en cualquier momento.

Cuando llegamos al bar, he estado atenta por si aparecía la-que-perdió-el-brillo-de-labios, pero parece que la camarera confianzuda no está trabajando.

The Loaded Hog sigue siendo la única opción de Crimson Ridge para cenar después de que anochezca y, aunque está pensado principalmente como bar, esta noche todos decidimos limitarnos al agua o los refrescos. Me enteré de que Kayce lleva casi un año completamente sobrio. El otro día, mientras salíamos a cabalgar por Devil's Peak, me contó algunos detalles más de su historia y me aseguró que prefiere no evitar las situaciones sociales.

Es de esas personas que viven para ser el centro de atención, así que lo entiendo; probablemente le resultaría mucho más difícil quedarse al margen de una ocasión como esta.

Una carcajada atrae mi atención hacia la puerta, donde veo llegar al resto de nuestra mesa. Layla choca el hombro con una chica que va a su lado, y enseguida llena el local con una energía imposible de

ignorar. Las dos sonríen de oreja a oreja y se relacionan con una naturalidad más propia de hermanas que de mejores amigas —aunque tampoco soy ninguna experta en el tema, teniendo en cuenta que mi hermana es el mismísimo demonio—. Irradian una energía intensa, cálida como el sol.

Parecen divertidas, relajadas, y me queda claro por qué es la mejor amiga de Layla, una mujer con la que da gusto pasar el tiempo.

—Perdón por el retraso. —Layla me envuelve enseguida en un abrazo fuerte—. Sage, te presento a nuestra chica de ciudad, Briar.

La reina de belleza en cuestión se lanza directa a abrazarme. Es despampanante: piel oscura, un cutis luminoso y un cabello negro azabache y sedoso que cae en ondas suaves sobre los hombros.

Layla parece salida de una sesión de fotos de temática vaquera, con sus botas color camel y su bonito vestido de flores, pero Sage va completamente de negro. Unos vaqueros le abrazan los muslos, un jersey sencillo se ajusta a sus curvas y la cazadora de cuero a juego, echada sobre los hombros, completa un conjunto relajado y elegante al mismo tiempo.

Tiene un estilo capaz de derretir a cualquiera.

—Bueno, bueno, soltad ya a la chica de ciudad y vamos a comer de una vez. —Kayce se mete entre nosotras, juguetón, y me guía por los hombros hacia el reservado más grande. Al hacerlo, le da una palmada en la espalda a Storm—. He estado domando a un bronco toda la tarde y me muero de hambre. Y si yo tengo hambre, apostaría a que este imbécil está listo para comerse un caballo entero.



—Deberías ponerte en contacto con ellos; seguro que les vendría bien una ayuda para renovar su imagen. —Kayce agita una patata frita en dirección al bar.

Al parecer, hace unos meses The Loaded Hog cambió de dueños después de que ocurriera algo el invierno pasado sobre lo que nadie parece tener muchas ganas de hablar, aunque sospecho que saben bastante más de lo que admiten.

—La próxima vez que vea a los Hayes puedo hablarles de ti —añade, dedicándome una sonrisa pícara—. O quizá sea mejor que llame ella, ahora que parece estar haciéndose amiga de un Hayes en particular.

Casi me atraganto.

—Estuve hablando con los chicos la última vez que los vi. Es el hermano pequeño de Wes; bueno, en realidad no es su hermano, es algo así como adoptado, pero da igual. Él compró el negocio, el local, todo entero. —Kayce hace una pausa para mojar otra patata frita en la salsa antes de metérsela en la boca.

Layla, Dios la bendiga y a sus botas vaqueras, se aclara la garganta y toma las riendas de la conversación antes de que Kayce siga hablando.

—No hemos venido aquí para hablar de los Hayes. —Me guiña un ojo y noto cómo el pulso se me afloja un poco al comprender que sabe que ya no me interesa seguir saliendo con Wes. No conoce las verdaderas razones, pero eso da igual.

A mi izquierda tengo al hombre al que intento no prestar demasiada atención, aunque no puedo evitar estremecerme a su

lado en cuanto Westin Hayes entra en la conversación.

Resulta que no tenía que preocuparme por pasarme toda la noche mirándolo con ojos de enamorada desde el otro lado de la mesa. No. En realidad, tengo que lidiar con algo mucho peor.

Storm se ha sentado a mi lado y se ha empeñado en pegarse a mí todo lo posible. No puedo ni respirar sin sentir sus músculos y su cuerpo fuerte encajados contra mi cintura, mis caderas y toda la longitud de mi muslo. El calor que desprende atraviesa directamente la tela suave de mi vestido.

Estoy luchando por mantener la compostura cuando noto vibrar el teléfono.

TÍO STORM: No, no vamos a hablar de otros vaqueros mientras estés sentada en esta mesa poniendo cara de inocente con mi brazalete puesto.

Los ojos casi se me salen de las órbitas. Primero: Dios mío, no le he cambiado el nombre en el teléfono desde que llegué y nos intercambiamos los números; mucho antes de que esto avanzara hasta el punto de que supiera cómo se me curvan los dedos de los pies cuando me arranca orgasmo tras orgasmo. Segundo: no puede ser que de verdad quiera jugar a esto rodeados de gente que, sin duda, va a darse cuenta de que nos estamos mandando mensajes.

Mientras sigo mirando la pantalla sin saber cómo reaccionar, aparece otro mensaje.

TÍO STORM: Veo que no has cambiado mi nombre de contacto.
Te gusta lo de Tío, ¿no, nena?

Me trago el sonido ahogado que casi se me escapa y cierro la conversación rápidamente, bloqueando el teléfono.

—¿Todo bien, Briar? —pregunta Layla, y me obligo a esbozar una sonrisa tensa.

—Sí. —Dejo el teléfono sobre mi regazo. No hay manera de que vaya a responderle. No mientras estamos cenando, y mucho menos teniéndolo sentado a mi lado.

Al segundo siguiente, estoy a punto de trepar por el respaldo del reservado como una mona, porque, aunque parece ocupado hablando con Colt, su mano se desliza bajo la mesa y la yema de un dedo me roza la piel desnuda justo por debajo del dobladillo del vestido. Debo de haberme puesto roja como un tomate al instante, y la cosa solo empeora cuando sigue robándome caricias, subiendo la tela poco a poco por mi muslo.

Mierda, mierda, mierda.

Tengo que coger el refresco y concentrarme con todas mis fuerzas en el tintineo del hielo y en las burbujas que me cosquillean en la nariz, resistiendo la tentación de sacar un cubito y pasármelo por las mejillas, que me arden.

Con toda la discreción y lentitud de las que soy capaz, meto la mano bajo la mesa para apartar la suya, sin querer llamar la atención sobre este nuevo nivel de depravación en el que parece decidido a recrearse.

No se mueve, e intento deslizarme un poco hacia el otro extremo del reservado para poner aunque sea un centímetro de distancia entre nosotros. Lo único que consigo es que me agarre la parte superior del muslo, ejerciendo toda esa presión dominante que solo puedo ignorar mordiéndome el interior de la mejilla.

Sin embargo, hay una situación entre mis muslos que no puedo pasar por alto, considerando que tiene la mano justo ahí.

Apoyo el codo sobre la mesa, descanso la barbilla en la mano e intento con todas mis fuerzas seguir el hilo de la conversación que transcurre a mi alrededor.

Layla sonríe de oreja a oreja, encantada de estar con su mejor amiga.

—Esta noche es cien por cien para Sarge, tal y como a ella le gusta.

La aludida levanta el vaso y se encoge de hombros.

—¿Sarge? —Sé que he estado en otro planeta durante los últimos minutos, pero no creía haberme perdido tanto de la conversación. Frunzo el ceño, confundida, mientras miro a Layla, Kayce y Sage, que están sentados en el mismo lado del reservado que yo—. ¿Lo he oído bien?

—Mi adorable mejor amiga empezó a llamarme sargento cuando éramos pequeñas. —Sage pone los ojos en blanco mientras apoya la barbilla en una mano, imitando mi postura—. Al parecer, mis habilidades de persuasión carecían de cierto tacto. He sido cruelmente incomprendida toda mi vida. —Sonríe de oreja a oreja y Layla está a punto de escupir el refresco.

—Dios mío… ¿Te has dejado la humildad en ese bolso enorme que has traído?

Otra vibración del teléfono sobre mi falda hace que el pulso me retumbe en los oídos.

TÍO STORM: Ni se te ocurra negarme lo que es mío.

Trago saliva con dificultad. No puede estar hablando en serio. Cuando dejo caer la mirada hacia un lado para mirarlo disimuladamente, lo veo conversando con total tranquilidad. Tiene el teléfono sobre la mesa, delante de él, y el aspecto del vaquero más relajado de todo el bar.

Probablemente porque tiene la mano metida bajo mi vestido, subiendo poco a poco, y aquí estoy yo, muriéndome de vergüenza por lo excitada que me siento.

—Briar, ¿seguro que estás bien? Te noto un poco tensa —dice Layla.

Trágame, tierra.

—Mmm. —Doy otro trago enorme al refresco.

Sage sigue inmersa en pleno duelo verbal con Kayce; llego a captar algo sobre su falta de organización y amenazas de que, si se muda, lo primero que va a hacer será obligarlo a aprender a usar la aplicación del calendario. Con una risita, Sage se encoge de hombros y mira a su alrededor.

—Aunque tengo que reconocer que estas montañas tienen algo. Soy completamente esclava de mi agenda, pero estar aquí me empuja a dejarme llevar un poco.

—No os creáis ni una palabra de lo que dice. —Layla me señala y no puedo evitar sonreír ante la manera juguetona que tienen de tratarse. Luego dirige la atención al hombre de la sonrisa dorada—. Por mucho que me cueste admitirlo…

Kayce hincha el pecho, radiante.

—Te lo dije.

—Sí, sí, puede que tengas algo de razón. ¿Contento?

—Muchísimo.

—¿Es que aquí no tengo ni voz ni voto? ¿Los montañeses ya habéis decidido convertirme en una campesina cualquiera? —Como ya se ha terminado su plato, Sage le roba una patata frita a Kayce y le guiña un ojo. Él empuja el resto hacia ella y Sage le lanza un beso al aire.

Mientras tanto, yo estoy haciendo todo lo posible por no soltar un chillido cada vez que los dedos de Storm siguen subiendo por mi muslo.

¿Se estarán dando cuenta? Dios mío. Por qué esa incertidumbre hace que aumente todavía más la presión entre mis piernas es una pregunta excelente para otro momento.

—Bueno, ese es mi plan no tan secreto. Admítelo, Sarge: te encantaría vivir aquí. —Layla asiente y sus ojos verdes brillan.

—Mira, entiendo que estoy buscando clientes, pero el único bar vaquero de todo Crimson Ridge no va a ser suficiente para que me mude de manera permanente.

—También vas a encargarte de la web y de las redes del rancho, ¿no? —Layla le da un codazo a Colt, que definitivamente tiene la mano sobre su muslo bajo la mesa.

Si es tan evidente que ellos se están tocando, ¿cómo es posible que nadie vea lo que está haciendo el hombre sentado a mi lado? El corazón se me queda atascado en la garganta cuando noto otra vibración del teléfono y no me atrevo a mirar el mensaje. Ahora mismo, toda mi concentración está centrada en mantener una expresión normal y acordarme de respirar por la nariz.

Colt interviene:

—Por supuesto, necesitamos toda la ayuda que puedas darnos, Sage.

—De verdad os lo agradezco, pero podría hacer casi todo en remoto.

—¿Y si tuviera un contacto para un trabajo, un negocio nuevo que está arrancando y que fuera justo lo que estás buscando, Sage? —dice el hombre a mi lado, y todas las miradas se vuelven hacia él.

Es como si el estómago se me desplomara. Soy una estatua hecha de terror y excitación, completamente convencida de que alguien va a preguntar por qué la mano de mi tío está a medio camino de tocarme el coño.

—¿Quién? —Kayce formula la pregunta que flotaba en el aire.

¿De verdad nadie se está dando cuenta de lo que pasa?

—Un amigo. —Storm se encoge de hombros, y no tengo ni idea de cómo puede parecer tan tranquilo cuando yo estoy a dos segundos de implosionar—. Tengo que ser muy discreto, pero puedo ponerte en contacto con su asistente para organizar una reunión.

—Suena increíble. Desde luego, te tomo la palabra. —Sage coge el teléfono y abre el calendario digital.

Storm no afloja el agarre ni un solo segundo mientras siguen hablando sobre un correo de contacto y la mejor manera de comunicarse.

—Va a necesitar un plan de marketing desde cero, relaciones públicas, lanzamiento… Ese tipo de cosas. Me parece que es lo tuyo, y lo más importante para él será tener a alguien de confianza —añade.

Me atrevo a abrir el mensaje más reciente mientras el resto de la mesa sigue absorto en la conversación. El encanto de este vaquero es demasiado, y yo estoy completamente embobada.

TÍO STORM: No te olvides, nena.
Mi brazalete. Mi sombrero. Mi coño para jugar cuando se me antoje.

Capítulo 28

Briar



—Bueno, pues parece perfecto. —Layla prácticamente se retuerce de emoción en el asiento; parece estar flotando en una nube. Casi le ha hecho ya las maletas a su mejor amiga.

El rojo remolacha de mis mejillas ha desaparecido en cuanto he procesado la línea de texto de la pantalla del teléfono. Ahora mismo soy un camión de bomberos con las sirenas puestas y todas las luces apuntando a lo mojada que estoy por culpa del hombre de la mano pesada y los dedos traviesos que me acarician la piel con movimientos tan pequeños que apenas se perciben. Siento cada caricia lenta como si estuviera amplificada.

—O sea, está clarísimo que te van a contratar, Sarge. Eso ya lo sabemos —dice Layla, lanzándome una mirada larga, y yo hago todo

lo posible por sonreír y actuar como si todo fuera completamente normal debajo de esta mesa.

La mujer en cuestión suelta un gemido.

—Si esto sale adelante, énfasis en el «si», no pienso ponerme un mono vaquero en la vida.

—La próxima vez que vea a Hayes le preguntaré qué van a necesitar aquí con el relanzamiento de The Loaded Hog. —Kayce coge su teléfono y envía un mensaje.

Sage mastica, reflexiva, otra patata frita y empieza a responder; los dos se ponen a hablar más sobre la posibilidad de su inminente mudanza a Crimson Ridge y entonces noto la vibración inconfundible del teléfono.

Al principio estoy segura de que será otro mensaje sucio del hombre sentado a mi lado. Pero la vibración continúa, y entonces me doy cuenta de que es una llamada que exige mi atención.

Por dentro me estremezco.

¿A estas horas de la noche? ¿De la nada? Solo pueden ser dos personas, y no tengo la menor intención de hablar con ninguna de ellas.

La amenaza de Antoine la última vez que intercambiamos palabras me resuena en los oídos. Por mucho que me resista a atender esta llamada, prefiero enfrentarme a él antes que lidiar con la posible cacería que podría desatarse si ignoro sus intentos de contactar conmigo.

—Perdón, tengo que contestar. —Bajo la cabeza y le hablo en voz baja al hombre que tengo al lado; no quiero cruzarme con su mirada inquisitiva ni llamar la atención del resto de la mesa, que sigue charlando animadamente.

Los demás me miran apenas un instante. Veo que Layla arquea ligeramente una ceja, y levanto el teléfono para señalarlo mientras murmuro una disculpa silenciosa e intento escabullirme.

Por suerte, Storm ya se ha deslizado fuera del reservado, lo que me permite comprobar rápidamente que el vestido sigue en su sitio antes de escapar sin decir una palabra.

El alivio sale de mis pulmones mezclado con una pesada sensación en el estómago mientras me apresuro hacia los baños. Ahora mismo solo quiero acabar con esto cuanto antes y volver con mis amigos.

La pantalla del teléfono parpadea con «número desconocido» escrito en letras grandes, y solo puede tratarse de un imbécil en concreto. Al menos esta vez no tendré que soportar la bronca de mi hermana.

—¿Qué? —siseo entre dientes mientras me llevo el teléfono al oído.

—Nena, qué bien sienta escuchar tu voz.

Se me erizan todos los pelos de la nuca. Su tono suena almibarado, cargado de alcohol; esa clase de dulzura enfermiza que solo pudre todo lo que toca.

Unas puertas separan la zona del bar de un pasillo con baños individuales. Al menos puedo encerrarme en uno del fondo para quitarme esta mierda de encima lo antes posible.

—Te dije que me dejaras en paz. —Paso de largo los otros baños vacíos hasta llegar al último, que, por suerte, está libre.

—Sabes que no puedo hacer eso, Briar. Eres demasiado importante para mí.

—Vete a la mierda. Lo único que te importa es mi apellido. Y los dos lo sabemos.

Empujo la puerta para cerrarla, pero antes de que consiga echar el pestillo, se abre de golpe. Por reflejo, doy un salto hacia atrás para evitar la madera maciza que casi me golpea. Unos ojos azules penetrantes se clavan en los míos y, en un latido frenético, me veo obligada a retroceder. Me quedo boquiabierta mientras esos hombros anchos y los tatuajes avanzan hasta llenar todo el espacio entre mi cuerpo y la salida.

Storm echa el pestillo detrás de él, encerrándonos en aquel baño diminuto, y se cruza de brazos. Su mirada va del teléfono pegado a mi oreja a mis ojos una y otra vez.

¿Cuánto habrá oído?

—No es verdad, nena. Te quiero. Te echo de menos.

La voz de Antoine llena el silencio y rebota contra los azulejos y el espejo agrietado sobre el lavabo. Quiero encogerme hasta desaparecer. El hombre que tengo a apenas unos centímetros puede escuchar cada mentira patética que sale del teléfono, y noto cómo el estómago se me desploma.

Me cuesta tragar saliva. Intento suplicarle con la mirada, decirle que no es lo que parece, explicarle que esto, esta cosa inesperada pero perfecta que existe entre nosotros, significa muchísimo más para mí que cualquier cosa que haya podido tener con el hombre que está al otro lado de la línea.

—¿Por qué no me dices dónde estás para que podamos dejar todo esto atrás?

Estoy paralizada. Las palabras se resisten a salir. Abro la boca, pero el aire no llega a mis pulmones encogidos.

—No. —Es lo único que consigo articular.

Me paso la lengua por el labio inferior y me doy cuenta de que he ido retrocediendo mientras Storm reducía el espacio entre nosotros.

Mis hombros chocan contra la pared de azulejos.

—Sabes que lo siento. Ella no significa nada. Me he disculpado de todas las maneras posibles…

El patético intento de Antoine queda suspendido en el aire.

Los ojos de Storm brillan, tormentosos y letales. El azul del que tanto me he enamorado se vuelve eléctrico mientras invade mi espacio y captura hasta la última molécula de aire a nuestro alrededor.

Es tan ancho que lo único que alcanzo a ver es su pecho, sus tatuajes; su olor envolviéndome en una especie de abrazo que, de alguna manera, calma esta locura y al mismo tiempo vuelve imposible pensar en nada que no sea él: alto, musculoso, dominándolo todo.

—No importa. —¿Me tiembla la voz? ¿Se nota lo mucho que me angustia pensar qué estará pensando y cómo va a reaccionar a lo que pueda llegar a escuchar por el altavoz del teléfono?

—Briar, sabes que sí importa. Esto no puede seguir así. Necesito que vuelvas a casa para que podamos arreglarlo juntos, para que podamos…

Mientras Antoine se embarca en una larga explicación sobre todas las razones por las que debería perdonarlo, lo noto: Storm engancha un dedo bajo la manga larga de mi vestido, a la altura de la muñeca con la que sostengo el teléfono pegado a la oreja, y tira suavemente de la tela, deslizándola apenas hacia atrás.

Su brazalete queda al descubierto.

Está ahí, como él sabía que estaría, bien sujeto bajo el suave algodón elástico del vestido y, mientras su mirada va de la tira de cuero a mi cara y viceversa, veo cómo su cabeza trabaja a toda velocidad.

Abro los labios en un suspiro mudo.

Se arrodilla frente a mí.

Antoine sigue hablando; apenas se detiene para respirar mientras enumera una larga lista de razones por las que tengo que volver a casa. Todo ello mientras Storm me sube el vestido hasta la cintura y un escalofrío me recorre el cuerpo.

No intento detenerlo.

Quizá esta sea la última vez que compartamos algo así. Quizá, después de escuchar esta llamada, decida poner fin a toda esta locura que existe entre nosotros.

Así que voy a dejar que haga conmigo lo que quiera aquí, contra esta pared, mientras el cretino de mi ex me suplica que vuelva volando a Los Ángeles.

—… vuelve a casa. Te enviaré el *jet*. Dime dónde estás y tendrás al piloto y a la tripulación preparados para mañana por la mañana.

Storm recorre con la lengua la parte interior de mi muslo, siguiendo el camino por el que antes había pasado su mano, y se coloca entre mis piernas. Se apoya una de ellas sobre el hombro y el movimiento me obliga a apoyarme en su pelo para no perder el equilibrio.

Sus ojos destellan, como si eso le gustara.

—¿Briar?

—No voy a volver. —La visión hipnótica del hombre del que me he enamorado tan deprisa y sin remedio, arrodillado ante mí, casi

consigue que olvide que tengo que responder algo. ¿Sabrá que no quiero irme nunca? He encontrado mucho más de lo que esperaba en este pequeño rincón perdido del mapa.

—Al menos déjame ir a verte.

Esas palabras encienden algo. En un instante, el ambiente se vuelve cortante. Storm entrecierra los ojos y se transforma en un hombre poseído. En cuestión de un segundo, deja de lamerme y se lanza hacia delante.

Con un dedo, engancha la tira húmeda de tela que cubre mi sexo, ya más que empapada, y la aparta con destreza hacia un lado antes de cubrirme con la boca.

—No… —jadeo, intentando contener la cadena de gemidos que amenaza con escapárseme mientras el hombre que sabe cómo tratarme hace girar la lengua sobre mi clítoris con una habilidad perversa. Le agarro del pelo en un intento desesperado por mantenerme en pie.

—Sé que sigues en el país. —La voz de Antoine empieza a sonar irritada—. Eso significa que puedo estar ahí de un día para otro. Solo tienes que decirme dónde recogerte.

Aspiro una bocanada de aire.

—¿Te estás follando a otro? —escupe a través del teléfono.

Miro hacia abajo, al hombre que tengo entre las piernas, apoderándose de mi cuerpo, y no sé qué responder. El pulso me retumba en el cuello a un ritmo enloquecido y siento que estoy flotando fuera de mí misma.

—No voy a decirte nada —contesto.

Esos ojos azules impactantes me atrapan, brillando triunfales.

Storm gruñe contra mi clítoris y manda chispazos de placer directos hasta la punta de los pies. Esta vez pierdo la batalla contra el sonido que se me escapa y acabo gimiendo.

Me quedo mirándolo con la boca entreabierta, fascinada por la visión de sus labios brillando con mi excitación, y noto cómo sonríe contra mi sexo. Sus dedos se clavan en mis caderas, sujetándome en el sitio mientras me devora con una devoción salvaje.

No hay otro desenlace posible más que correrme mientras sigo al teléfono y, si este hombre consigue lo que se propone, lo haré mientras grito su nombre. Parece completamente indiferente al hecho de que estamos en un baño público o a que el resto de la mesa pueda empezar a preguntarse dónde nos hemos metido.

Dios mío.

Hemos venido con más gente.

Storm ve en mi cara la batalla contra la excitación que me provoca hacer algo tan ilícito y arriesgado y, entonces, succiona mi clítoris con tanta fuerza que se me arquea la espalda y el orgasmo me atraviesa como un rugido.

Me coge completamente desprevenida y, mientras me muerdo el labio hasta casi hacerme sangre, oigo la voz de Antoine repitiendo mi nombre.

—Briar, ¿me oyes? Te he dicho que me mandes una dirección. ¿Va todo bien?

Mi cuerpo se estremece cuando el hombre que me da placer me mira, masajeándome lentamente con la lengua, lamiendo mi clítoris; luego baja mi pierna con cuidado hasta el suelo.

Ahí se acaba toda la delicadeza.

Se pone de pie de golpe y me arranca el teléfono de la mano flácida.

—Te escucha perfectamente. —Le gruñe al altavoz—. Por cierto, así suena una mujer cuando se corre tan fuerte que te empapa la cara y se olvida hasta de su propio nombre. Vete a la mierda y borra este número, imbécil.

Pulsa el botón rojo y corta la llamada, y yo casi me caigo al suelo.

Dios mío.

Storm se guarda el teléfono en el bolsillo trasero y luego apoya un antebrazo en la pared, justo por encima de mi cabeza. Mirándolo desde abajo, lo único que veo es cómo sus labios y la barba que rodea su boca siguen cubiertos de mi excitación.

Es algo primitivo, salvaje y tan sexy que creo que voy a morir.

Con la otra mano, se mete bruscamente bajo la tela de mi ropa interior, que sigue apartada hacia un lado. Esta vez hunde dos dedos dentro de mí y dejo escapar un gemido fuerte: estoy tan húmeda y resbaladiza… El eco del orgasmo todavía me recorre las venas y necesito más.

—Vas a bloquear su número, ¿entendido? —gruñe, curvando los dedos y hundiéndose más hacia dentro y hacia fuera, mientras los sonidos sucios y húmedos de mi sexo llenan el baño.

—Ya lo hice —gimoteo mientras las manos vuelan hacia su camisa y su antebrazo para aferrarme a él.

—Y me vas a decir si ese gilipollas intenta volver a ponerse en contacto contigo. —No es una pregunta, es una orden.

Se hunde más allá de la segunda falange y yo jadeo y me retuerzo, empalada en sus dedos.

—Sí. Sí.

–Y no vas a irte a ninguna parte, ¿está claro? —Apoya la frente contra la mía mientras sigue trabajándome con esos dedos traviesos y mece la palma sobre mi clítoris hinchado.

Asiento con la cabeza; me muero de ganas de arrastrarlo hasta mi boca, pero también sé por qué se contiene, aunque sus ojos no dejen de desviarse hacia mis labios. Sabe que tenemos que volver enseguida y, aunque mi sexo le pertenezca por completo, agradezco que no vaya a dejarme salir de aquí con el maquillaje corrido y la cara gritando que me ha follado sin descanso en el baño.

—No te vas. —Empuja—. No vas a volver con ese imbécil. —Empuja otra vez—. Eres mía.

Mientras me folla con los dedos sin piedad, vuelve a agacharse. Durante un instante creo que va a torturarme otra vez con la boca hasta hacerme perder la cabeza, pero en lugar de eso me observa con una intensidad depredadora. Esta vez, Storm gira la muñeca de manera que el dorso de la mano queda hacia arriba. No necesito mirar para saber exactamente qué va a mostrarme esa imagen.

—Joder. Mira qué bien te queda. —Por supuesto, sigo el sonido de su voz, ese tono grave y sensual que arrastra mi atención hacia abajo, entre mis piernas—. Te encanta ver cómo te abres sobre mi tinta, ¿verdad?

Las letras tatuadas de su nombre desaparecen dentro de mí y me aprieto aún más contra él por lo obsceno que es todo esto.

—Mi puta preciosa. —Marca cada palabra con una nueva embestida de los dedos.

Desprende una energía tan posesiva que me nubla la vista. Esta vez el orgasmo es rápido y crudo, y la ola me golpea con la fuerza

arrolladora de un huracán. Apenas consigo contener los gemidos y los sonidos de puta pidiendo más.

Estoy bastante segura de que, en medio de todo, he acabado suplicándole que me folle, lo que, por supuesto, hace que sonría con esos labios preciosos.

Cuando aparta la mano, se pone en pie y levanta ante nuestros rostros los dedos que hace un instante tenía hundidos dentro de mí; están cubiertos con el residuo pegajoso de mi orgasmo. Lo frota entre el pulgar y el dedo corazón, separándolos y exhibiendo cómo mi flujo se estira antes de mirarme con una ceja arqueada.

Como la buena chica que soy, saco la lengua.

—Qué bien te portas, joder —gruñe mientras desliza los dedos entre mis labios, y yo lamo despacio las pruebas de lo fuerte que acabo de correrme bajo su control, limpiándolos bajo su mirada vigilante.

Mi cerebro flota en algún lugar del cielo estrellado.

Que consiga salir de aquí sin tambalearme ya es otra cuestión completamente distinta.

Entonces retira los dedos y se los mete en la boca él mismo, saboreándolos con un sonido oscuro de satisfacción. Después baja la vista y me recoloca con cuidado la ropa interior y el vestido.

Como si no acabara de restregarse contra mí y deshacerme con la lengua y los dedos.

—¿Lista? —Me lanza una mirada traviesa.

Parpadeo, porque necesito un segundo para procesar lo que acaba de decir. Entonces mi cerebro vuelve por fin a conectarse.

—Todo el mundo te ha visto entrar. ¿Cómo se supone que vamos a salir ahí fuera y explicar esto? —susurro a voz en grito mientras le

doy un golpe en ese pecho increíblemente fuerte.

—De eso ya me he encargado yo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas explicar haber desaparecido hacia el baño dos segundos después que yo? —Se me retuerce el estómago. No hemos hablado de contarle a nadie lo nuestro y no siento que esta noche, de todas las posibles, sea el momento ideal para soltarle esa revelación al único grupo de amigos que he conseguido hacer aquí.

El hombre exasperante e increíblemente atractivo que me domina desde arriba parece imperturbable. Él es un lago en calma; yo, un océano embravecido de ansiedad.

—Les he dicho que podríamos tardar un rato.

—¿Qué?

—No te pongas nerviosa, Espinita.

—¿Pero no van a hacer preguntas? —Claro que van a hacer preguntas. Un montón de preguntas.

—No. —Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Van a sospechar algo. —Me paso las manos por el vestido, intentando alisarlo mientras trato de recuperar las neuronas que se me han acumulado en el coño.

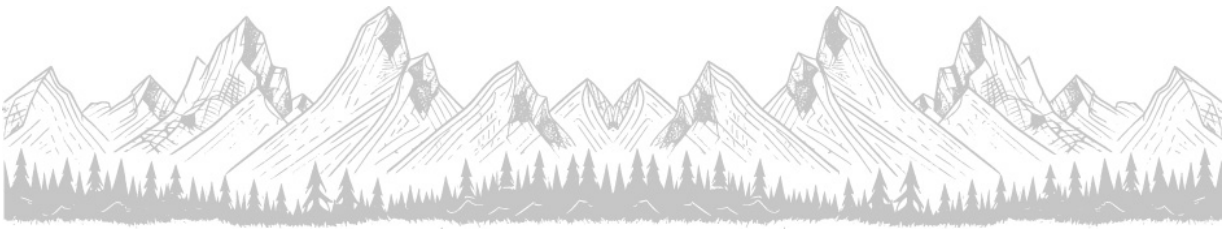
—No. No van a sospechar.

—¿Por qué no me gusta nada esa expresión que veo en tu rostro?

—Les he dicho que siguieran sin nosotros, que podríamos tardar un rato.

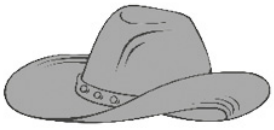
Me tira suavemente del codo para llevarme hacia la puerta y, mientras descorre el pestillo, me preparo para que todo el mundo descubra nuestro secreto. Pero entonces se inclina hacia mí y me susurra al oído:

—Les he dicho que teníamos una emergencia familiar.



CAPÍTULO 29

Storm



Mierda, nunca había sentido tanta paz.

Me abro camino hacia el corazón de estas montañas después de un día de trabajo largo de narices, deseando ver la dulce sonrisa que me espera en casa.

He pasado la tarde en Crimson Ridge cerrando los últimos detalles con el agente inmobiliario de Beau y ya estoy listo para recoger el premio gordo.

Mi chica ha estado jugando conmigo. Se ha quedado sola y me ha mandado una foto que llevo mirando cada dos segundos.

Sale reflejada en el espejo del dormitorio, tapándose esas tetas perfectas con el antebrazo; la muy provocadora lleva puesto mi brazalete. Pero eso no es lo que me ha puesto la polla dura. No. La guinda del pastel es mi sombrero cubriéndole la melena larga y

brillante, y la constelación de marcas de dedos y chupetones desperdigados por sus muslos.

Han adquirido bastante color desde anoche.

Me ha enviado la foto porque se la he pedido y, como es tan obediente, la foto lasciva ha llegado a los cinco minutos.

Me he pasado el día imaginando todas las formas en las que voy a adorarla cuando llegue a casa. O, mejor dicho, me he pasado el día pensando en un futuro con Briar.

No sé qué quiere ella de todo esto, ni de nosotros. No sé si puedo esperar que se quede en la montaña, pero no dejo de darle vueltas a mis posibilidades.

¿Qué posibilidades hay de que una chica tan perfecta pueda llegar a enamorarse de mí del mismo modo en que yo me he enamorado irremediablemente de ella?

No hablo de una fantasía de comer perdices y campanas de boda, sino de dos personas eligiendo compartir una vida. Nunca me había imaginado algo así, pero Briar Lane hace que quiera creer en algo profundo, capaz de alimentar el alma y tremendamente poderoso.

Me hace creer que podría hacerla feliz.

Quiero intentar convertirme en el hombre que merece cuidarla y quererla sin límites.

Cuando me detengo frente al porche, veo la cálida luz derramándose en el aire del atardecer, cada vez más oscuro; el humo de la chimenea se enreda en el azul desvaído del cielo salpicado de unas cuantas estrellas tempranas, y me siento atraído hacia la casa como un imán, hacia el lugar donde sé que ella me espera.

Subo deprisa hasta la entrada y, a medio quitarme las botas, empiezo a gritar mientras cierro la puerta detrás de mí:

—Esto se va a poner interesante. —Mi voz atraviesa el salón hasta el fuego crepitante de la chimenea—. Esa foto…

Las palabras ya han salido de mi boca cuando me doy cuenta.

Es muy tarde para tragármelas, pero al menos no son tan incriminatorias.

Porque hay alguien más aquí, y es la última persona del mundo con la que querría dejar sola a mi chica.

—Stôrmand.

El tono afilado y nasal de la imbécil de su hermana resulta tan bienvenido en mi casa como un cubo lleno de mierda de cerdo. De hecho, preferiría el cubo de mierda antes que a la basura humana que tengo sentada en el sofá.

—Crispin. —Inclino la cabeza hacia ella mientras intento entender qué coño estoy viendo.

—Hola. —La voz de Briar suena muy baja y frágil cuando sale del dormitorio, con los ojos muy abiertos y el rostro tenso y contraído. Lleva en brazos un montón de mantas y lo que parece una almohada.

Es como si le hubieran arrancado de golpe todo el color y toda la vitalidad. Ha vuelto a convertirse en una sombra de sí misma y, ahora que la veo bajo esta luz, me doy cuenta con una claridad brutal de que esta era exactamente la versión de Briar que apareció inesperadamente en mi puerta.

Aprieto los puños y el pulso me late rápido en la mandíbula.

—¿Qué te trae a Crimson Ridge? —Vuelvo la mirada hacia la rubia encaramada en el sofá, que fulmina a su hermana pequeña con los

ojos.

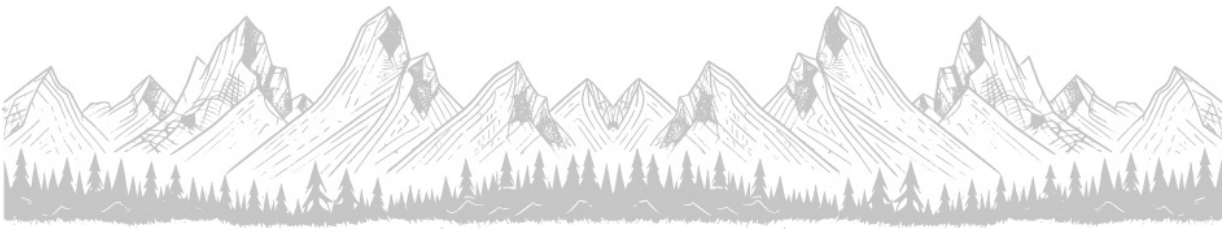
—Bueno, no te imaginas lo aliviada que estoy de haber encontrado por fin a Briar. Su numerito de escapismo nos tenía a todos muertos de preocupación.

Dios, puedo oler la falsedad a kilómetros.

Estoy buscando las palabras adecuadas, algo que equivalga a una patada directa en ese culo huesudo.

Pero entonces abre su boca de víbora y veo a Briar desmoronarse delante de mis ojos.

—Me preguntaba adónde habría huido mi hermana después de abandonar a su marido.



Capítulo 30

Briar



El hombre al otro lado de la habitación parece aún más imponente de lo normal. Las sombras densas y la luz del fuego le acarician la mandíbula áspera y los tatuajes; quiero gritar hasta que me exploten los pulmones.

Mi maldita hermana me ha encontrado.

No puedo apartar los ojos de su cara mientras pronuncia esas palabras que se estrellan contra el suelo como un jarrón hecho añicos. He recorrido ese rostro una y otra vez mientras dormía: el ceño ligeramente fruncido y la pequeña cicatriz escondida bajo la ceja izquierda. Parece impasible, imposible de leer, y esa falta de emoción me aterra.

Ahora mismo no podemos decir ni hacer nada y, si este es nuestro final, me perseguirá para siempre saber que el hombre del que estoy enamorada nunca volverá a mirarme igual ahora que conoce la verdad.

Una desgracia horrible de la que, como una ingenua, creí que podría escapar.

Sin embargo, mi propia sangre, mi hermana mayor, ha llegado arrastrando consigo un aire pestilente y, aunque no creo que sepa la magnitud de lo que existe entre Storm y yo, está decidida a arruinarme la vida.

De eso puedo estar absolutamente segura.

Cris cree con cada célula de su corazón podrido que le robé la vida, así que convirtió en su misión personal asegurarse de que yo me sienta miserable el resto de mis días.

«Marido».

La palabra flota en el aire como la reverberación de una campana mucho después de que el badajo haya golpeado el metal.

Me duele el pecho. Quiero caer de rodillas y suplicarle que ignore lo que acaba de decir mi hermana, que el papel que existe entre Antoine y yo —ese contrato formal que me ata a él por deber, obligación y familias hambrientas de poder— es una mentira.

Nunca sentí nada por ese pedazo de basura.

Quiero que Stôrmand Lane sepa que le pertenezco, que estoy encantada de ser suya mientras él me quiera.

—Briar me contó que has tenido la amabilidad de dormir en el sofá. —La voz de mi hermana atraviesa la tensión de la habitación—. Este lugar es demasiado pequeño para que viváis los dos aquí.

Mira a su alrededor con la nariz arrugada, rascando con una uña una mancha invisible del sofá.

—Voy a buscarte la ropa de cama —murmuro, señalando las cosas a las que sigo aferrada como si fueran un salvavidas en mitad de esta locura.

—¿Has cenado algo, Crispin? —Storm no da un solo paso hacia dentro; sigue inmóvil junto a la puerta.

—He encontrado algo de camino desde el aeropuerto. Dios, aquí no hay casi nada. —Hace una mueca—. Tengo una habitación reservada en el pueblo para mañana, así que mañana me iré con Briar.

La cabeza se me gira hacia ella como un latigazo.

—No —escupo.

Crispin entrecierra los ojos desde el sofá.

—No, yo no me voy a ninguna parte —digo, cambiando el peso de un pie al otro.

—No compliques más las cosas, Briar.

—Crispin. —El hombre junto a la puerta pronuncia su nombre con un veneno que no le había oído desde la noche en que llegué y me aterrorizó con su actitud—. Voy a concederte la cortesía de una cama por esta noche, pero vas a moderar el tono con Briar. No me importa cómo les hables a tus subordinadas en Los Ángeles; no voy a permitir que le des órdenes a tu propia hermana delante de mí.

Sus ojos van de uno a otro. No está acostumbrada a que nadie le hable así, pero, incluso con toda su arrogancia, sabe que no le conviene provocar a nuestro tío.

—Puedes dormir conmigo esta noche y mañana te llevaremos de vuelta a Crimson Ridge. —Cruzo hasta el sofá y dejo la ropa de

cama y la almohada en un extremo, evitando mirar hacia donde está Storm.

La injusticia de nuestra situación me hierve en la sangre.

¿Por qué tenemos que fingir y escondernos? No somos familia de verdad… pero, aun así, mi hermana sería la última persona a la que le contaríamos algo.

De hecho, estaría encantada de no volver a verla nunca más, y mucho menos de hablar con ella o darle cualquier información sobre mi vida.

—Si me necesitáis, estaré cortando leña —gruñe Storm antes de salir dando un portazo hacia la oscuridad que rodea la cabaña.

Mi corazón entra en estado de alarma. Apenas acababa de recuperarme del desagradable *shock* de ver a Cris y ahora tengo que enfrentarme a la perspectiva de pasar la noche en la misma cama que ella. Solo pensarlo me revuelve el estómago.

—El dormitorio y el baño están por aquí. —Siento la lengua entumecida mientras me abrazo a mí misma y señalo con la barbilla. Mi hermana resopla y se levanta del sofá, inspeccionando la habitación con la nariz levantada. Puedo ver el desprecio instalado en cada rincón de su mente. Mira todo con la expresión de alguien que acaba de pisar mierda de perro con unos *stilettos*.

—¿Cortar leña? ¿A estas horas de la noche? Dios, está como una cabra. —Pone los ojos en blanco con dramatismo—. Siempre fue un desquiciado. Era evidente desde el momento en que decidió ganarse la vida montando toros.

—Es un trabajo importante aquí. —Se me eriza la piel—. Seguro que mañana agradeces la leña y el fuego cuando no te estés congelando.

Dándome la vuelta, me dirijo al dormitorio. A la mierda todo esto. Estoy agotada y lo único que quiero es meterme bajo las mantas e intentar fingir que todo esto no es más que una pesadilla.

—¿Qué demonios estás haciendo, Briar? —me espeta a la espalda mientras me sigue—. No puedes quedarte aquí… con alguien así. —Su voz baja a un susurro.

Aprieto la mandíbula. No quiero discutir con ella, pero tampoco tengo ninguna intención de dejar que se salga con la suya.

—¿«Alguien así» cómo exactamente? Ilumíname, por favor.

—Es un mujeriego. Seguro que se ha acostado con la mitad de las mujeres de todos los estados del país, y no me digas que no has oído los rumores de que prácticamente fue el responsable de la muerte de su mujer.

Me apoyo en la cama fingiendo recolocar la manta extra. Me sorprende escuchar una acusación así, aunque sé que no debería dejarme arrastrar por las barbaridades que salen de la boca de mi hermana, sobre todo teniendo en cuenta que yo también he ocultado mi matrimonio.

¿Cómo no lo sabía?

—Además, estaba embarazada. —Mi hermana chasquea la lengua mientras abre la maleta de un tirón—. ¿Qué clase de hombre abandona a una mujer embarazada y la lleva hasta ese límite? Puede que no le metiera las pastillas en la garganta, pero dejó sus huellas por toda la escena.

Me deslizo hacia el otro extremo de la cama sin mirarla. No respondo. Solo quiero que mi hermana se vaya y me deje en paz.

Pero ella sigue escupiendo veneno.

—¿Cómo puedes siquiera plantearte quedarte aquí? Está desequilibrado y es peligroso.

Mi silencio solo le da más motivos para seguir soltando estupideces, pero estoy aturdida para hacer que se calle.

—Dios mío. No tienes ni idea de nada, ¿verdad? Estás encantada de quedarte en este cuchitril lleno de bichos con un psicópata. Siempre supe que papá te protegió demasiado, te malcrió, y mira cómo has acabado.

—Cris, estoy cansada. Olvídate del asunto y déjame dormir.

—Es inestable —ladra—. Puede que sea nuestro tío, pero volvió loca a su propia mujer; la nota que dejó demuestra que él fue el responsable. Me da asco.

La única persona que da asco aquí es mi hermana.

—¿Cómo puedes soportar estar dos segundos con él? Mira este sitio, es una pocilga. Seguro que acabas cogiendo alguna enfermedad solo por tenerlo cerca.

No la creo. No me creo ni por un segundo la nube tóxica que está soltando. Es manipuladora y venenosa y, aunque no me cabe duda de que el hombre del que me he enamorado arrastra un pasado complicado, no es la persona que ella intenta pintar.

Confío en eso con todas mis fuerzas.

Me giro sobre un lado y me quedo mirando hacia la pared, dándole la espalda a la mujer que insiste en seguir con su discurso en voz baja mientras rebusca por el otro lado de la habitación.

Pero, aunque la cabaña sea diminuta, no hay ninguna señal evidente de que hayamos estado compartiendo cama, de que seamos inseparables en tantos sentidos. Storm no es de acumular

cosas y la poca ropa que tengo sigue medio desperdigada dentro de mi maleta, junto al armario.

El otro lado del colchón se hunde cuando mi hermana se mete en la cama, ocupando el lugar que le pertenece por derecho propio a mi gigante tatuado. Debería poder besarlo abiertamente y acurrucarme entre sus brazos fuertes mientras ronca suavemente sobre mi pelo.

—Dios sabrá por qué papá te dejó este cuchitril en el testamento —murmura Crispin mientras coloca la almohada y se mueve tanto que estoy a punto de partirme los dientes de lo fuerte que los aprieto—. ¿Por qué no lo has echado? Lleva años viviendo aquí como un okupa.

—Crispin. Dios mío. —Tengo que contenerme para no gritar—. ¿Acabas de llegar y ya quieres echar de aquí a nuestro propio tío?

Al decirlo, un escalofrío me recorre el cuerpo, pero es lo mejor que puedo hacer dadas las circunstancias.

—Duérmete. Mañana te llevaremos de vuelta a Crimson Ridge.

Me hago un ovillo de cara a la pared y observo cómo la habitación queda sumida en la oscuridad cuando mi hermana apaga por fin la lámpara.

Soy un desastre de emociones.

No puedo volver con ella. Me niego… No importa lo que intente hacer para convencerme de lo contrario.

Pero tampoco puedo arriesgarme a hacerle daño a Storm.

Quizá, después de todo, los finales felices no están hechos para chicas como yo.

Capítulo 31

Briar



Ver las luces traseras del coche de mi hermana desaparecer montaña abajo me provoca un alivio que jamás habría imaginado.

Casi he tenido que agarrarme al borde de la encimera para mantenerme en pie, contemplando el café que he sido incapaz de beber hasta que el coche ha desaparecido de mi vista. Durante la agonía de los interminables minutos que ha tardado en hacer la maleta, el silencio incómodo me ha dejado casi sin respiración. Por suerte, al final Cris ha cerrado de un portazo la puerta del conductor y se ha marchado.

He tenido que pasarme casi diez minutos dando vueltas por la cabaña para convencerme de que no iba a reaparecer como un fantasma y conseguir calmarme.

Sé que tengo que arreglar las cosas con Storm. Desapareció cuando todavía era de noche; oí el motor de la camioneta arrancar a una hora imposible de la madrugada.

Está claro que él tampoco ha pegado ojo.

Hay un millón de cosas que necesito decirle, pero no encuentro las palabras por mucho que me estruje el cerebro intentando dar con una explicación adecuada.

Pedir perdón me parece insuficiente para reparar todas mis mentiras por omisión.

Él ya sabía que tenía un ex horrible y que había huido de algo en Los Ángeles. Lo que no sabía —porque él intentó dejarme una puerta abierta para explicárselo y yo seguía evitando la verdad— era la magnitud de todo lo que me llevó hasta esta cabaña en un aterrizaje forzoso.

Hui dejando atrás tres años de un matrimonio miserable y prácticamente sin sexo. Dejé mi alianza sobre una encimera blanca e impecable, junto a cinco páginas impresas llenas de capturas de pantalla de todos los mensajes entre mi marido imbécil y su desfile interminable de secretarias con las que se acostaba mientras, supuestamente, estábamos casados y respetando la santidad de ese contrato.

Que el cabrón infiel se quedase con sus amantes; yo me fui sin darle siquiera una advertencia y no tengo ninguna intención de volver a ver a ese pedazo de basura nunca más.

Con Cris instalada en alguna pensión de Crimson Ridge, al menos tengo tiempo para pensar, respirar y planear exactamente cómo voy a arreglar todo esto.

El teléfono está sobre la encimera. Mordiéndome el interior de la mejilla, lo cojo, desbloqueo la pantalla y vuelvo a dejarlo caer de golpe sobre la superficie.

Dios, soy un desastre de persona.

Lo único que quiero es correr a refugiarme entre los enormes brazos de mi vaquero. Aspirar ese olor a cuero, cítricos y el leve aroma ahumado que se le queda pegado después de un día entero trabajando con los caballos. Daría cualquier cosa porque llenara esta cabaña con su calidez y su presencia tranquilizadora mientras tira del bajo de mi jersey y me coloca entre sus rodillas.

Pero Storm no está aquí, y un pánico agudo me recuerda que quizá jamás vuelva a mirarme de la misma manera.

Tiene cosas mucho más importantes de las que ocuparse que lidiar con las consecuencias de mis pésimas decisiones. Aunque, en gran parte, nunca fueron realmente decisiones mías, seguí viviendo bajo el techo de Antoine. Seguí llevando su anillo.

Eso es lo que más me duele: haberme dejado manipular y hacer lo que los demás querían de mí como una pieza más del tablero familiar, movida de un lado a otro según la conveniencia de los demás.

Sea como sea, necesito intentar explicárselo. Solo pensar que quizá no quiera volver a saber nada de mí me retuerce el estómago.

Con un suspiro, llego a la conclusión de que prefiero saber la verdad. Si no quiere volver a verme nunca más, prefiero leerlo en una pantalla.

Lo que no podría soportar sería vivir con la incertidumbre.

Cojo el teléfono; aquí arriba no tengo cobertura para enviar mensajes, así que termino escribiéndole por Instagram sin

pensármelo demasiado. Mis dedos vuelan sobre la pantalla y pulso «enviar» sin releer una sola palabra de lo que acabo de escribir.

Espero que esté en algún sitio con cobertura para recibirlo; si no, voy a pasarme el día atrapada en esta cabaña como un tigre hambriento, lista para roerme mi propia pierna.

BRIAR: ¿Podemos hablar?

De inmediato aparecen los puntitos en la pantalla y el corazón se me sube a la garganta. Creo que voy a destrozar el teléfono, considerando la fuerza con la que lo aprieto.

TÍO STORM: Coge la radio.

Me quedo mirando las tres palabras y se me congela el cerebro, como cuando aparece la ruedita en la pantalla del ordenador.

¿La radio?

Desde un rincón de la sala llega un fuerte crepitar seguido de estática, y doy un salto de casi dos metros por lo inesperado de la intrusión.

Entonces escucho mi nombre.

—Briar. —Otro largo crepitar—. Coge el auricular. Mantén apretado el botón del lateral cuando quieras hablar.

La voz de Storm llega desde la pequeña unidad de altavoz, repleta de todo tipo de perillas y botones antiguos. A decir verdad, nunca había prestado mucha atención a aquel aparato sobre el estante porque se confundía con el entorno.

¿Por qué tengo mariposas en el estómago?

Recojo el auricular de aspecto extraño, conectado por un cable en espiral, sin saber qué hacer.

—Nena, tienes que hablar. —Su voz está deformada, pero no pierde ese tono grave y profundo que me acelera el pulso.

Me resulta raro, pero mantengo el botón apretado y hablo al auricular.

—Hola —digo, agitada.

Suelto el botón y miro el objeto desconocido que tengo entre las manos mientras me muerdo el labio.

—Hola.

Esa simple palabra me calma los nervios más de lo que podría imaginar. No suena enfadado ni cortante, solo un poco más cansado de lo normal.

—¿Podemos hablar… así? —La imbécil de mi hermana me ha hecho cuestionármelo todo.

Una risa llega por el auricular como respuesta.

—¿Por qué no podríamos?

Masajeándome el ceño con una mano, resoplo.

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

—¿Acaso los tíos y las sobrinas no pueden hablar entre sí?

Incluso a través de la radio puedo oír su sonrisa.

—Dios mío. Ni se te ocurra empezar.

—Estoy bromeando, Espinita. —Sí, ahí va mi corazón, saliendo volando por la ventana para ir a posarse dondequiera que esté en este preciso momento—. Además, me imagino que hablar por radio es mejor que mandar mensajes, ¿no?

—Sí. Está bien. Tú ganas.

—Me gusta ganar.

Vaya. Se me cierran los muslos solos al escuchar ese tono inconfundible en su voz.

—Tenemos que hablar. ¿Te parece bien?

Hay una pausa; la estática es la única respuesta y, justo cuando pienso que ha cortado la comunicación, lo escucho hablar de nuevo.

—¿Te has desecho de Crispin?

—Sí. Se queda en el pueblo.

Vuelve a hacer una pausa, y puedo imaginarlo frotándose la mandíbula; puedo visualizar su mano tatuada flexionándose mientras se pasa la palma por la boca de la manera en que suele hacerlo cuando piensa.

—Las rutas están bien, puedes venir con ese cochecito tuyo. Te paso la dirección. Podemos pasar la noche en el lugar en el que estoy trabajando.

—¿Está cerca?

—Es un rancho a las afueras del pueblo. No voy a arriesgarme a quedarme en la cabaña mientras tu hermana ande cerca, y tú tampoco vas a quedarte donde ella pueda localizarte.

Lo dice con tanta resolución. Con tanta calma. Como si fuera lo más natural del mundo protegerme de la familia con la que cargo.

—Hay un bolígrafo sobre la radio, nena. —Los ojos se me van hacia donde, efectivamente, hay un bolígrafo y un bloc de notas desteñido; anoto las indicaciones que me da para llegar al rancho.

Por lo que describe, es un sitio remoto, pero al menos no está en la cima de una montaña. Con su voz serena, me asegura que no voy a tener ningún problema para conducir hasta allí. La idea de ponerme al volante y bajar por esa carretera sinuosa no ayuda a

calmar mi ansiedad, pero tengo tantas ganas de llegar hasta él que no le doy demasiadas vueltas. Solo tengo que hacerlo.

—Haz una bolsa para pasar la noche. —Su tono grave atraviesa mis pensamientos y, si me quedaba alguna duda sobre si las cosas iban a estar bien entre nosotros después de las revelaciones de anoche, la disipa por completo con sus siguientes palabras—: Ah, y no te olvides de tu juguete favorito, Espinita.

Capítulo 32

Storm



Arreglar el rancho de Beau es mucho más divertido si me ayuda una chica sexi.

Briar llegó —ese cacharro de alquiler es una trampa mortal, pero dadas las circunstancias ha resultado útil— y enseguida la he puesto a trabajar.

Está nerviosa después de lo que pasó anoche, y no la culpo. A mí también me llevó un rato asimilar lo que dijo su hermana y, aunque nada de eso me importa, no quiero dar ningún paso en falso.

Conquistar a Briar Lane es como lograr que un caballo asustadizo termine confiando en ti lo suficiente como para dejarte revisarle el casco. Ha tenido una vida difícil; no le ha faltado dinero ni cosas materiales, pero ha sufrido mucho emocional y mentalmente. No voy a hacer nada que le haga sentir que no puede confiar en mí.

Porque, en cuanto entré en aquella cabaña anoche, supe que era capaz de enfrentarme a cualquier cosa que intentase interponerse entre mi chica y yo.

Es una chica tan espectacular como el baile de las luciérnagas en la brisa nocturna, el ondular de las auroras en el cielo, el suave oleaje del océano centelleando como si estuviera lleno de estrellas. Es uno de esos paisajes que te dejan sin aliento, de los que no puedes creer que existan hasta que los ves con tus propios ojos por primera vez.

Así que he hecho lo mismo que hago con los caballos: ponerla a trabajar para quitarle esa tensión y ese estrés que le corren por las venas. Por eso está ahí plantada, con expresión desconcertada, sosteniendo un pincel en una mano y un rodillo en la otra, mirando boquiabierta el nuevo rancho de Beau.

—¿Pintar? No sé pintar. —Tuerce los labios.

—Es fácil. Lo importante es no cargar demasiado el pincel ni el rodillo al principio. —La llamo con un gesto hacia donde he dejado preparadas las bandejas de pintura y las lonas protectoras; yo ya lijé y acondicioné todo antes.

—¿Este es el rancho de tu amigo del rodeo? —Mira la pared entrecerrando los ojos, como si fuera a saltar y morderla o algo así.

—Le debo unos cuantos favores por haber estado ahí cuando todos los demás se alejaron. —Me encojo de hombros, me agacho junto a uno de los botes de pintura y hago palanca con un destornillador para quitar la tapa.

Briar se queda cerca de mí.

—Entonces…, ¿él no está? —Se muerde el labio y contempla a su alrededor el espacio diáfano. Las habitaciones están vacías y

resuenan con eco, pero aun así se aprecia el suelo de madera y la piedra que rodea la gran chimenea, con enormes ventanales que dejan ver los árboles y las montañas al otro lado del cristal.

Cuando el rancho esté en pleno funcionamiento, esos campos vacíos estarán llenos de ganado y caballos, pero por ahora el lugar está tranquilo. Solo estamos nosotros dos; no hay nadie ni nada a kilómetros de distancia.

—No. Todavía queda mucho por hacer, como puedes ver, y hasta que esté listo tiene asuntos de los que ocuparse fuera del estado.

—¿Trabajarás aquí? —Me mira con esos ojos oscuros llenos de curiosidad—. ¿Como en Devil's Peak?

Todavía en cuclillas, me paso el pulgar por la mandíbula.

—Puede ser. Aún no hemos cerrado los detalles, pero Beau sabe lo que valgo, sabe de lo que soy capaz.

—Sería idiota si no te contratara. —Es la primera vez que una pequeña sonrisa asoma en esas facciones preciosas desde que ha llegado, y algo se me encoge en el pecho al verla relajarse un poco.

—Voy a echar un poco de pintura aquí para que puedas empezar con esa pared del fondo. —La señalo con el destornillador, y Briar se gira de golpe para mirar hacia donde apunto. Ahora mismo está pintada de un horrible verde guisante, con las marcas descoloridas de cuadros viejos y trastos de quienquiera que viviera aquí antes de que Beau comprara el lugar.

Briar vuelve la vista hacia mí con una expresión de ligero disgusto. Sus ojos recorren mi pecho, bajan rapidísimo hasta mis vaqueros y vuelven a subir hasta mi boca.

Eso me arranca una carcajada. Le engancho la parte delantera del abrigo —mi abrigo— y tiro de ella hasta que sus caderas quedan

justo a la altura de mis ojos.

—Vamos…, ¿pensabas que te había traído hasta aquí solo para meterme en tus pantalones?

—Esperaba que sí. —Me hunde los dedos de una mano en el pelo mientras se muerde esa curva del labio inferior que juro que podría dibujar con los ojos cerrados.

Estoy perdidamente enamorado de esta chica.

—Cariño, si quieres divertirte, primero tendrás que asegurarte de que no me retrase con el trabajo.



Briar se endereza y se pone de pie para contemplar su obra. Aparta unos mechones sueltos de su frente con el dorso de la mano y mueve los hombros. Le dio dos manos de pintura perfectas a la gran pared, que se ve mucho mejor con ese color marfil mate.

Me acerco a su lado para contemplar juntos la pared.

—Así que marido, ¿eh? Supongo que estabas hablando con él en el baño cuando te hice gritar de placer.

Briar emite un sonido áspero y me clava el codo en el costado.

—Lamento que te hayas enterado así. —Su voz se suaviza.

—¿Lo habéis dejado?

—¿Honestamente? Nunca empezamos. No tuve agallas y me dejé convencer de que mi vida era una moneda de cambio para hacer negocios.

—Suena muy típico de Erik. —Aprieto la mandíbula al pensar en toda la porquería que le debe haber hecho a Briar a lo largo de los

años.

—Así que mujer, ¿eh? —Apoya la cabeza contra mi costado, y la atraigo hacia mí por instinto. Suelto un largo suspiro porque aquí es donde la cosa se pone seria de verdad, ¿no?

Todos los muertos están listos para salir de ese armario.

—Creo que necesito una copa para poder tener esta conversación. —Mi mano le roza el cabello, y ella levanta la barbilla para encontrarse con mi mirada.

—Puedes contármelo. —Esa mirada, esa seguridad, esa confianza escrita en toda su expresión es algo que no merezco para nada, pero me voy a aferrar a ella de todas formas.

—Vamos, tengo unas cervezas. —La tomo de la mano, entrelazando los dedos, y la guío por el amplio plano abierto del rancho hasta donde se erige la cocina soñada de cualquier anfitrión. Reemplazaron todos los electrodomésticos, así que es un lujo de acero inoxidable y encimeras de madera perfectamente pulida.

No tengo ni idea de qué piensa hacer Beau con el rancho, pero está claro que va a cocinar… Y mucho.

—Sube aquí ese precioso trasero. —Levanto a Briar y suelta un chillido de protesta cuando la siento en la encimera. Tomo un par de cervezas de la nevera portátil.

Abro una botella, se la paso y me apoyo contra la larga encimera, de frente a ella. Con los tobillos cruzados, me permito contemplarla un momento. Esta posición nos pone a la misma altura, y todo parece más fácil, más natural, aunque lo que estoy a punto de contar sea como arañar una pizarra con las uñas.

Doy un trago largo a mi bebida mientras ordeno los pensamientos de algún modo coherente. Intento darle sentido al cúmulo de

recuerdos que definitivamente no quiero remover. Es una caja que lleva mucho tiempo cerrada con candado, así que me cuesta un poco abrir las bisagras oxidadas y redescubrir el caos que empujé dentro.

—Comenzó una noche en Las Vegas. Después de una victoria enorme, una de mis mejores actuaciones, la puntuación más alta de mi vida, lo gané todo y me fui con un cheque sustancioso. —Vuelvo a llevarme la botella a los labios y doy otro largo trago mientras Briar me observa con esos ojos profundos—. Cuando me desperté al día siguiente, no solo tenía una resaca descomunal y ningún recuerdo de lo que había pasado después de las primeras rondas de tragos, sino que además había un anillo en mi dedo… Fue una manera espantosa de descubrir que la había cagado tanto que ni el gran Erik Lane pudo sacarme del lío legal.

Me paso la lengua por los dientes e inhalo por la nariz. Aquí viene la parte más repugnante de toda esta terrible historia.

—Ella murió de sobredosis hace diez años. Seguíamos casados legalmente, pero no la veía desde aquella noche en Las Vegas. Se llamaba Tegan. Y, sinceramente, fue como enterarme de la muerte de una desconocida. Pero tuve que ir a su funeral y hacer el papel de viudo, con todo lo que eso implica cuando estás legalmente unido a alguien.

Diez años después descubrí lo que había hecho exactamente el cretino de mi hermano.

—Es bastante para asimilar. Recuerdo que me dijeron que habías estado casado y haber oído algo del funeral por encima, pero no sabía nada más. Nos mantenían muy apartadas de todo. Me siento

idiota por no haberlo sabido o por no haber preguntado. —Pensativa, da un sorbo a la cerveza.

—Igual que yo no sabía que te habían casado con un imbécil.

Briar inspira hondo por la nariz.

—Los Lane sí que saben guardar secretos, ¿eh?

No sabe ni la mitad de lo que su padre era capaz de hacer.

—Mi único consuelo, si es que puede llamarse así, fue que de niño tuve un accidente de esos que no dejan ninguna duda de que no puedo dejar embarazada a nadie por accidente en una noche de borrachera.

—¿No puedes tener hijos? —Briar abre los ojos de par en par por encima de la cerveza; se queda un instante con la botella suspendida a medio camino de la boca.

—No. —Dios, ni siquiera había pensado si revelar esa joyita podría hacer que saliera corriendo. No había pensado ni un segundo en si Briar querría tener hijos algún día.

Mierda. Siento como si alguien me hubiera metido el pecho en una prensa y estuviera apretando los tornillos.

Pero ella no parece reaccionar ante ese detalle y continúa con toda naturalidad.

—Entonces, ¿por qué no te divorciaste? ¿Por qué seguisteis unidos?

—Bueno, para empezar, no estábamos exactamente «unidos». Nunca vivimos juntos ni compartimos tiempo. Solo era un papel que nos unía legalmente, nada más. Yo me pasaba la vida viajando para competir y no tenía ningún interés en tener esposa. Pero tu querido padre me convenció de que era «bueno para mi imagen» que siguiéramos casados, ya sabes, para marcar esa casilla…

—Más bien, bueno para la imagen de la familia Lane.

—Exactamente. —Dejo la cerveza sobre la encimera—. Así que Tegan vivía en Los Ángeles mientras yo seguía con mi vida y, de vez en cuando, intercambiábamos mensajes a través de mi agente o de mi abogado. Suena muy raro ahora que lo digo, pero esos diez años pasaron volando porque toda mi atención estaba puesta en el rodeo. Fue un abrir y cerrar de ojos.

—¿No podías enfrentarte a mi padre?

Niego con la cabeza e intento escoger bien las siguientes palabras.

—Mira, Erik tenía una envidia enorme de la atención que recibía cuando competía, y odiaba aún más que yo disfrutara de ello. No estoy orgulloso de quién era cuando no estaba montando, pero digamos que emborracharme y perseguir mujeres… era mi forma de llenar un vacío. —Aprieto el borde de la encimera y suelto una risa amarga—. Seguro que tiene algo que ver con que me dejaran en un orfanato cuando era niño; creo que alguien debería haberme mandado a terapia en algún momento, pero es una parte de mí con la que tengo que aprender a convivir.

Los dos damos un sorbo a nuestras bebidas, procesando todo lo que acabo de compartir.

Briar se aclara la garganta.

—Tengo una pesadilla recurrente. Es el día de mi boda. Llevo aquel estúpido vestido de alta costura y camino por el pasillo de un club de campo para millonarios sin poder dejar de llorar. Recuerdo que me temblaba todo el cuerpo y a nadie le importaba. Todos bebían su champán, aplaudían educadamente el cierre del trato y se reían de mí a escondidas.

Sus ojos adquieren esa mirada perdida que tanto odio, aunque también me alegra que me esté contando todo esto y no quiero que se detenga.

—Antoine olía a tabaco y a perfume barato; creo que llegaron directamente de su despedida de soltero. Casi vomité en su boca cuando tuve que besarlo en el altar.

—¿Alguna vez te puso la mano encima? —Aprieto la botella con más fuerza. Ya no quiero desenterrar a Erik de la tumba, pero estoy listo para coger un vuelo a Los Ángeles y partirle la cara a ese tipo con un mazo.

Briar niega con la cabeza.

—Aparte del sexo ocasional, no. Fueron muy pocas veces, como una especie de compromiso anual durante tres años. —Ahora es Briar quien ríe con amargura—. Supongo que debería estar agradecida, ¿no? De que mi marido no quisiera tocarme.

—Me revienta que tuviera siquiera eso. Ese imbécil no se merecía nada de ti, Briar. —Lo digo con tanta fuerza que me mira boquiabierta. Es como si nadie le hubiera dicho nunca que merece que la traten como a lo más precioso e importante del mundo.

No como un contrato o un acuerdo.

—Tengo que resolver algunos asuntos con Cris. —Aprieta los labios —. Antes de venir aquí solo podía pensar en huir. Y todavía no tengo ningún plan. Más allá de empezar una vida nueva, sin un exmarido de mierda, claro. —Briar suelta una pequeña risa.

—Cariño… —Cruzo el espacio que nos separa y dejo mi botella a un lado para tomarle el rostro entre las manos—. Ahora me tienes a mí. Olvídate de todo lo demás, que les den. Yo no voy a irme a ninguna parte y voy a protegerte hasta mi último aliento.

CAPÍTULO 33

Briar



—¿Qué es esto? —jadeo contra la boca de Storm mientras me lleva en brazos por la casa. Siempre pasamos de cero a cien en un abrir y cerrar de ojos—. ¿Qué estamos haciendo?

Me deja en el suelo y me arranca el jersey por la cabeza de un tirón brusco.

Se lo permito. No hago ningún esfuerzo por detener lo que se avecina, aunque la parte racional de mi cerebro proteste a gritos. La tela se desliza por mi pelo y mis ojos recorren rápidamente el entorno, tomando nota de dónde estamos.

Es un baño moderno, completamente revestido de azulejos, elegante y sofisticado.

—¿Qué soy para ti? —Clavo la mirada en su bello rostro desde donde me ha sentado junto al lavabo. ¿Existe alguna posibilidad de que sienta algo tan profundo por mí como lo que yo siento por él?

—¿Importa?

—¿Después de todo lo que acabamos de compartir? Creo que sí. —Estoy metida en esto hasta el cuello; este es el momento que tanto he temido: la parte en la que se da cuenta de que no valgo todos los problemas que estar conmigo va a traerle.

Su negocio. Su sustento. ¿Qué consecuencias tendría para él esta relación? Voy a arruinarlo todo, igual que siempre hago con cualquiera que tenga la desgracia de acercarse a mí, y entonces me odiará con la misma intensidad que todos los demás en mi vida.

Storm me agarra del pelo y me echa la cabeza hacia atrás de un tirón.

—Eres mía. Me perteneces, cariño.

Ese gesto brusco me manda una descarga directa entre las piernas.

—¿Te basta con eso? —Su voz es grave, áspera, y me retuerce el cuerpo con una necesidad abrasadora.

—¿Dónde escondías este talento para la conversación? —Le lanzo una mirada exageradamente teatral. Lo provoco porque la tensión abrasadora entre nosotros parece a punto de desbordarse—. Todos esos años saliendo con mujeres, ¿y eso es lo mejor que se te ocurre?

El hombre que tengo delante emite un sonido ronco; en sus ojos destella algo muy peligroso para mi salud mental. Es atractivo de una manera áspera y salvaje.

Quiero que me haga cosas muy muy malas.

—Las mujeres no quieren tener citas conmigo, cariño. —Me separa las rodillas para colocarse entre mis piernas—. Yo soy el tipo con el que se consuelan después de que su ex las deje. —Unos dedos callosos me rodean las costillas y desabrochan con habilidad el sujetador antes de arrancármelo—. Soy el revolcón de una noche, el sexo por venganza. —Se inclina más hacia mí; mis pezones se endurecen, suplicándole en silencio que los toque mientras se cierne sobre mí, con nuestras narices casi rozándose—. Soy la mala decisión de la una de la madrugada, esa de la que tus padres te advirtieron.

—Qué suerte que a mis padres les importara una mierda. Los dos están muertos.

—Razón de más para que sea tu tío quien te advierta.

—Pero tú no eres mi tío… ¿Verdad?

Esos dos pozos azules, atravesados por vetas plateadas y leves destellos cobrizos, me miran desde arriba con una intensidad que me vuelve loca.

—No. No, no lo soy. —Una mano vuelve a mi pelo y la otra se desliza sobre mi pecho hasta rodearme el cuello. Sus dedos tatuados se cierran sobre él y se me entrecorta la respiración.

Me encanta tener su mano ahí.

Me encanta el peso posesivo de su brazalete en mi muñeca.

Lo amo.

—Cariño, soy el hombre que sueña contigo cuando logra conciliar el sueño. —Se pasa la lengua lentamente por el labio inferior—. Y pienso en ti cada maldito segundo del día.

Aprieta apenas los dedos, y el deseo correspondido florece en mi pecho como una respuesta inmediata. El calor líquido se acumula

hasta dejarme peligrosamente cerca de suplicarle.

—No puedo decirte qué es esto, Briar, porque nunca me había sentido así por nadie. Lo que sí puedo decirte es que no pienso dejar que se me escurra entre los dedos por una tontería como preocuparme por lo que pueda pensar la gente. Ya he perdido demasiado tiempo de mi vida por eso, pero quizá solo estaba esperando a que llegaras tú para poner mi mundo patas arriba.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros. Mi garganta lucha por tragar bajo la presión de su palma, y sus pupilas se dilatan al notar el movimiento.

—Vaya discurso te tenías guardado —susurro.

—¿Ya hemos terminado de hablar?

Mordiéndome el labio, lo observo un momento. Luego asiento.

—Eso pensaba.

Con firmeza, su dedo traza una línea recta que desciende por mi pecho, entre el valle de mis pechos, y recorre la suavidad de mi estómago hasta llegar a la cintura alta de mis mallas.

Hay un calor peligroso detrás de la forma en que sigue el camino que acaba de marcar sobre mi cuerpo; me hace sentir vacía y completamente a su merced. Observa la tela fina como si pudiera prenderle fuego solo con mirarla, hasta que hunde los dedos bruscamente bajo el elástico y mi estómago se desploma.

—Aquella primera noche… —Con la punta de la lengua apoyada en la parte delantera de los dientes, suelta un largo suspiro. Su voz grave y áspera me estremece mientras me sujeta más abajo, deslizando sus nudillos tatuados entre mi piel sobrecalentada y la tela tirante—. Te las quitaste y me jodiste para siempre.

Es brusco. Duro. Suena como si estuviera atrapado en una especie de trance tortuoso, y yo fuera la responsable del infierno que lleva soportando desde entonces.

Esas palabras me golpean y me erizan la piel, mientras un deseo perverso se enrosca cada vez más abajo en mi vientre.

Storm elige ese momento para atacar. Su agarre es firme; sus movimientos, rápidos y decididos, son tan bruscos y desesperados como mi respiración cuando casi me arranca las mallas de un tirón. Mi cuerpo se balancea de un lado a otro y juraría que oigo cómo crujen las costuras mientras tira, empuja y me manosea como si su único propósito en la vida fuera desnudarme en cuestión de segundos.

Para usarme.

Dios mío, es una sensación líquida y embriagadora. Espero seguir estando a merced de este hombre incluso cuando ya me haya condenado al infierno.

En cuanto quedo expuesta ante él, sonrojada, desnuda y con todo a la vista, hace un ovillo con la tela y la lanza a cualquier parte.

—¿Quieres aprender algo, cariño? —Como siempre, cuando su voz desciende una octava, el estómago me da un vuelco.

Me humedezco los labios y emito un sonido suave al fondo de la garganta.

—Ve a buscar el teléfono. —Sus ojos azules recorren mi cuerpo desnudo de arriba abajo antes de alargar la mano para rozarme la boca con el pulgar—. ¿Tienes algo con lo que pintar esos labios tan bonitos?

Madre mía.

Casi gimo cuando una descarga de deseo me golpea el clítoris y los latidos de mi corazón rebotan entre mis muslos. Mi barbilla se mueve en una especie de asentimiento y me bajo de la encimera para ir a buscar el bolso. Y quizá, de paso, la cordura.

Así de perfecta y obediente quiero ser para mi vaquero: completamente desnuda y dispuesta a recorrer el rancho sin nada más puesto que su brazalete de cuero mientras voy a buscar mis cosas.

Pero este hombre. Este. Maldito. Hombre. Ya me lleva un paso de ventaja en cualquier juego que yo creyera estar jugando, porque salgo del baño recién reformado y descubro que el dormitorio contiguo está perfectamente preparado: sábanas limpias, almohadas, un edredón mullido y mi bolso sobre el banco situado a los pies de la cama.

Una sonrisa me baila en los labios mientras rebusco lo que me ha pedido: una idea perfecta para este momento.

Resulta que el pintalabios rojo carmesí intenso que compré por impulso un martes cualquiera hace meses —un pintalabios que nunca llegué a usar y que naufragó en el fondo del bolso porque me sentí insegura en cuanto me alejé de la caja— va a estrenarse de la manera más perversa imaginable.

El corazón me late con fuerza por la emoción, los nervios y un poco de aprensión cuando regreso al baño. En el tiempo que he estado fuera, Storm se ha quitado la camisa y ahora desabrocha el cinturón con lentitud.

Casi tropiezo porque se me aflojan las rodillas mientras mis ojos recorren frenéticamente su pecho desnudo, los tatuajes, la V que desaparece bajo la cintura de los vaqueros.

—Píntate esos labios. —La mirada que me lanza es puro sexo. A veces, en momentos fugaces como este, recuerdo cuánta más experiencia tiene él que yo. Antes, eso habría bastado para tambalear mi convicción de que este vaquero realmente me desea.

Pero esta noche no me queda ninguna duda.

Sintiendo la caricia de su brazalete y el peso de su mirada, camino hasta el espejo y dejo el teléfono. Un segundo después, sus hombros musculosos llenan el reflejo, imponentes a mi espalda.

Sonrío para mis adentros mientras mis dedos separan el estuche negro brillante y giro el pintalabios hasta revelar la punta intacta y perfectamente afilada.

Le sostengo la mirada a través del espejo y el pulso que ya me martilleaba en el cuello se intensifica todavía más. Él observa cada movimiento como un hombre hambriento al que le ofrecen un banquete después de semanas perdido en el desierto.

Reflejados en el espejo, mis pechos se ven llenos y pesados, con los pezones bien duros; su brazalete de cuero es el único adorno que llevo, y me queda tan bien...

Apoyando una mano sobre el mármol, me inclino hacia el espejo, exhibiendo todo aquello que sé que quiere ver y que es solo para él.

Cuando empiezo a deslizar el color vibrante sobre el labio inferior, la curva de mi espalda empuja el culo hacia atrás y deja que mis pechos caigan hacia delante. Cuelgan redondos, tensos y pesados en un gesto que espero que grite a los cuatro vientos cuánto deseo que los chupe, los lama y los pellizque hasta hacerme perder la cabeza.

Cuando paso el rojo por el labio superior, marcando el arco de cupido, escucho el sonido metálico que anuncia el momento exacto

en que mi vaquero ha terminado de limitarse a observar y esperar.

—De rodillas. —Baja la mirada hacia el suelo, donde una alfombra mullida como una nube acaricia los dedos de mis pies, indicándome exactamente dónde me quiere.

Me giro, me arrodillo frente a él y espero, a partes iguales ansiosa y nerviosa.

Storm coge mi teléfono y el pintalabios que he dejado sobre la encimera y, antes de que pueda preguntarle para qué quiere lo segundo, apunta con la cámara hacia mis pechos desnudos. Los pezones se endurecen al instante y la respiración se me corta.

Con una mano empieza a grabar, mientras con la otra escribe algo sobre el centro de mi pecho con trazos gruesos.

«Mía».

Un sonido oscuro de satisfacción llena el espacio, y arroja el pintalabios tapado al lavabo que tengo a la espalda.

—Mírate. —Unos dedos fuertes me pellizcan la mandíbula mientras examina mi boca—. Saca la lengua.

Abro la boca de par en par a toda prisa y le muestro la lengua. Me doy cuenta de que tiene cuidado con la cámara. La dirige hacia abajo, recorriendo mi cuerpo; no sé si mi cara entra en el encuadre, pero parece como si intentara evitarlo. No es que me importe, pero ese detalle me arrastra todavía más hondo, porque le importo lo suficiente como para asegurarse de que, si alguien llegara a ver esto, no resultara evidente que soy yo la del vídeo.

—Me encanta cómo me la chupas, ¿lo sabías? —murmura, y el elogio implícito en esas pocas palabras prácticamente garantiza que haré cualquier cosa que me pida.

Con la mano libre, se baja la ropa interior y libera su erección, larga y marcada por venas tensas. Cuando veo la humedad brillando en la punta, siento que me precipito de cabeza hacia el lugar más peligroso imaginable.

No puedo esperar a demostrarle lo mucho que me excita verlo así por mí.

—Aplana la lengua y déjala así.

Por supuesto, hago exactamente lo que me pide.

Entonces se sostiene con una mano y desliza lentamente la erección sobre mi boca abierta y expectante. Su calor aterciopelado y ese aroma almizclado invaden mis sentidos y me vuelven loca; lo único que quiero es empezar a chuparlo, pero él deja que el peso de su cuerpo descanse sobre mí mientras sigue frotándose contra mi boca como si yo no fuera más que un agujero para jugar. Esa es la imagen que me destruye; no puedo evitar que se me escapen pequeños sonidos suplicantes.

—Dios. Tu boca está hecha para esto. Así, envuelve esos labios perfectos alrededor de mí para que te deje hecha un desastre. —Mientras habla, coloca la cámara enfocando el lugar donde lo recibo entre los labios, y yo cierro la boca a su alrededor mientras él suelta un gemido. Ahora tengo permiso para chuparlo como se merece, y estoy decidida a volverlo loco de placer.

Estoy decidida a dar un espectáculo.

Mis manos buscan la cintura de sus vaqueros y tiro de ellos hacia abajo por la curva firme de su culo, arrastrando también los calzoncillos.

Levanto la vista, aparto la boca un instante de él y noto, con una cálida y resplandeciente explosión de chispas en el pecho, que le he

dejado una marca roja alrededor.

—Joder, qué sensual. —Sus palabras reflejan exactamente lo que estoy pensando.

Me inclino hacia delante y chupo suavemente uno de sus testículos; atraviesa mis labios, y todo su cuerpo se sacude al tiempo que inhala hondo. Después dejo que mi lengua recorra lentamente la base venosa de su miembro. Luego repito en el otro lado.

—Vuélvetela a meter en la boca. —Suena más desesperado, como si él también estuviera perdiendo el control. Aunque las rodillas y los muslos ya empiezan a arderme, estoy decidida a seguir.

Con una mano enganchada a la cinturilla de sus pantalones, que ahora descansan bajos sobre la cadera, lo sujeto y vuelvo a guiarlo hacia mi boca. Lamo la punta que gotea y recorro con mis labios pintados la base antes de tragármela entera.

El sonido que hace es sucio y delicioso, y quiero escucharlo una y otra vez.

—Tu lengua caliente es el paraíso. —Hundo mis mejillas, me pongo a trabajar y siento sus dedos deslizarse en mi pelo.

Sí. Joder, sí.

Debe de notar el temblor de alivio que vibra alrededor de su miembro porque entonces toma el control.

Empieza a empujar contra mis labios mientras sus dedos se tensan, tirándome ligeramente del pelo hasta hacerme notar el cuero cabelludo.

—Sigue mirándome con esos ojos tan bonitos. —Y yo obedezco sin vacilar.

Su rostro queda oculto entre las sombras; podría parecer duro si yo no supiera lo mucho que me adora, aunque sea yo la que está de

rodillas adorándolo a él. Antes de Storm, antes de todo esto, no sabía lo que era sentirse así.

—Qué buena chica. —Su mano en mi pelo es despiadada, y yo me derrito bajo ese control posesivo—. Esa carita de ángel no consigue esconder lo pervertida que eres, ¿verdad?

Esta vez se hunde todavía más, llenándome por completo y golpeando el fondo de mi garganta mientras me atraganto. La saliva se me empieza a acumular en las comisuras de mis labios y, Dios mío, entre las piernas soy un desastre palpitante de deseo.

Mi vaquero sigue elogiándome, diciéndome que soy su juguete perfecto, lo bien que lo hago, lo sexi que estoy. Todo mientras me sujeta del pelo y me folla la garganta hasta que se me llenan los ojos de lágrimas y la saliva chorrea por mi barbilla.

—Mira cómo te rebotan las tetas, cómo se te dilatan las pupilas cada vez que te atragantas conmigo. Se nota que te encanta.

Gimo alrededor de él, sintiendo cómo se endurece todavía más con la sensación.

—Siempre estás sexi, pero esto es lo mejor que he visto en mi vida, cariño. Los labios hinchados, el pintalabios corrido y esas lágrimas. Todo para mí.

Sin apartar los ojos de él, con los dedos aferrados a su base y la otra mano agarrada a la bragueta de sus vaqueros, intento suplicar. Todo dentro de mí está tan tenso que siento que voy a romperme en cualquier momento.

—Estás mojada, ¿verdad? —Su voz se vuelve más áspera mientras se inclina hacia mí—. Mmm… Apuesto a que quieres que te dé permiso para tocarte.

Capítulo 34

Briar



La humedad que me cubre las mejillas y la barbilla es la confirmación innegable de que soy el desastre que él dice que soy.

—Me imagino las ganas que tienes de tocarte, sabiendo que no llevas nada puesto… Sería tan fácil meterte un dedo y correrte… Ya estás empapada. Seguro que puedes sentir cómo te chorrea.

No reconozco el sonido obsceno que sale de mi garganta; apenas consigo tragar alrededor de él y seguir suplicándole con la mirada.

—Vamos. Córrete. Ya tienes el coño húmedo, estás desesperada porque te llene. —Percibo el alivio en el momento en que deslizo una mano entre mis muslos sin dejar de chuparlo.

—Frótate el clítoris mientras me la chupas. Así, cariño… Vas a acabar conmigo. —Storm me saca de mis cabales, cada palabra me

quema, me envuelve en atención y elogios—. Joder, qué preciosa estás de rodillas, con los labios rojos alrededor de mi polla.

Sus palabras sucias y el placer embriagador de poder tocarme por fin se combinan para empujarme al borde casi de inmediato.

Mientras gimoteo y convulsiono, Storm me aparta de él tirándome del pelo, contemplando abiertamente el desastre absoluto en el que me he convertido, todo para él. Le devuelvo una mirada perdida, con la boca abierta de par en par, jadeando. Con los ojos vidriosos, lucho por enfocar, pero no quiero perderme ni un segundo de la manera en que observa mis dedos masajeándome el clítoris y yo quiero, al mismo tiempo, que siga así y llegar al clímax.

Storm disfruta de cada movimiento circular, mirándome de esa forma que me hace sentir como si llevara un vestido precioso y estuviéramos bailando juntos bajo la luz de la luna en algún lugar.

No como si estuviera desnuda, arrodillada en el suelo, hecha un desastre y jadeando por su polla.

—Joder, eres tan perfecta. —Suelta mi pelo y usa el pulgar para limpiarme las mejillas húmedas; después me roza los labios, la barbilla, y se detiene un largo instante tirando suavemente de mi labio inferior hacia abajo. No estoy segura de qué sigue, pero deja de grabar y guarda el teléfono en el bolsillo—. Vas a dejar que te folle delante de ese espejo, exactamente como he querido desde la primera vez que te puse los ojos encima.

El sonido que se me escapa le deja claro que eso también es mi versión del paraíso.

Con sus manos fuertes me levanta por las rodillas y me cubre la boca con la suya en un beso que termina de destrozar lo poco que quedaba de mi cordura. En algún lugar de mi mente, en otro tiempo,

pensaba que los chicos nunca querrían besarme. Me hicieron creer tantas mentiras sobre mi cuerpo y sobre mí misma, que no puedo creer que él consiguiera desmantelar esas falsedades, arrojándolas a las llamas hasta que se hicieron cenizas.

Sus dedos me rodean el cuello mientras desliza la lengua contra la mía, y yo simplemente me derrumbo. Mis manos recorren cada parte de él: el pecho, los brazos, los hombros musculosos, los costados. Deseo tanto a este hombre que lo único que quiero es pertenecerle y dejar que tome de mí todo lo que quiera, una y otra vez.

Se aparta de mi boca con un sonido ronco y me gira con tanta fuerza que me deja tambaleando contra su pecho. Los dos quedamos frente al espejo, contemplando nuestro reflejo. Detrás de mí, Storm parece absolutamente salvaje, y yo tengo la mirada enamorada, el pelo revuelto y una boca de aspecto pecaminoso. El pintalabios casi ha desaparecido, pero mis labios siguen hinchados y encendidos, a juego con el rubor de mis mejillas.

Hacemos una pausa, con el pecho agitado; él toma mis pechos en sus manos, pellizcando y tirando de los pezones con esa habilidad suya que lo caracteriza. Están muy sensibles y lloran por su atención. Así que cuando los tortura y aprieta mi carne, simplemente me derrumbo contra su torso con un gemido de alivio.

—Mira —ordena, luego cierra la boca sobre mi cuello y prácticamente devora esa curva de carne tan sensible. El gesto es pura necesidad y deseo; arqueo el cuerpo y me derrito bajo el peso de su boca. Storm muerde y succiona sobre mi pulso, en el punto donde el hombro y la garganta se unen, antes de ascender hasta debajo de mi oreja.

Sus ojos azules no se separan de los míos; son temibles, potentes y tan sensuales que casi no puedo respirar.

—Quiero llenarte todos los agujeros. —Sus labios encuentran mi oído mientras sigue prestando atención a mis pechos y mis pezones —. Te verías muy bien abierta para mí, ¿verdad?

La pregunta es directamente perversa y me hace avanzar con la certeza de lo que me gustaría y lo que mi cuerpo podría disfrutar a pesar de que en realidad no tengo ni idea. Apenas había empezado a descubrir lo suficiente como para querer tener sexo, y ahora él me ofrece justo esa clase de placeres que siempre me habían despertado tanta curiosidad.

Pero con él no necesito pensarlo dos veces.

Confío.

Gimo en señal de respuesta y echo la cabeza hacia atrás para darle más acceso, porque esto es, sin ninguna duda, todo lo que necesito. El oxígeno es irrelevante cuando tengo la boca de Stôrmand Lane sobre mi cuerpo.

Una de esas manos abrasadoras se posa en mi nuca y me guía hacia delante hasta dejarme apoyada sobre los codos, tan cerca del espejo que mi aliento empieza a empañar el cristal. Después desliza una caricia por la curva de mi espalda hasta llegar al culo.

—Espera ahí. No te muevas. —Desaparece apenas un momento, pero, aunque mi cuerpo sigue blando y pesado por el placer, mi mente da vueltas por todo el rancho durante los segundos que tarda en salir del baño y regresar.

Esta vez vuelve completamente desnudo.

Y lleva algo en la mano que hace que mi centro se contraiga en cuanto lo reconozco.

Mi vibrador.

Por un momento, cuando vuelve a entrar en la habitación y acorta la distancia entre nosotros, se queda quieto, absorto. Me observa fijamente mientras sigo inclinada hacia delante, completamente expuesta para él.

La intensidad de su mirada y la intimidad del momento hacen que me retuerza.

—Storm, yo…

Aunque durante todo este tiempo siempre me ha hecho sentir segura con mi cuerpo, en este instante soy muy consciente de las estrías que me cruzan el culo, de las líneas plateadas que recorren mis caderas, de mis muslos blandos y con celulitis… mientras él parece esculpido en mármol, digno de ser exhibido en un pedestal como el vaquero más guapo que haya existido jamás.

—Shh, cariño… —Me aprieta el culo y se inclina detrás de mí—. Joder, cuánto tiempo llevaba queriendo revivir este momento. ¿Sabes lo que provocaste en mí? —Su nariz se desliza por la franja de piel suave que sube por la parte posterior de mi muslo—. ¿Sabes todas las cosas que he querido hacerte desde el instante en que te vi? Este cuerpo ha sido lo único en lo que podía pensar, aunque supiera que no debía. Aunque se suponía que nunca iba a haber nada entre nosotros, ya tenías el control sobre mí. —A esas palabras les sigue el húmedo recorrido de una lengua exploradora y el áspero roce de su barba sobre la piel más delicada del interior de mi muslo.

Siento el calor de su aliento sobre la piel mientras me estremezco y gimoteo cada vez que la barba raspa el punto sensible junto a mi sexo.

—Así que déjame disfrutar haciéndote perder la cabeza. —Lamida —. Déjate puesto ese brazalete para que pueda jugar contigo cuando quiera. —Beso—. Aunque tuviera mil vidas para recorrer cada centímetro de tu cuerpo, jamás sería suficiente.

La boca de Storm se cierra sobre mi sexo por detrás, y soy un hervidero de ruidos y sensaciones que me recorren el torrente sanguíneo. Se hunde en mí y pone mi mundo entero patas arriba.

—Ay, Dios.

El poder que desprende este hombre me arrastra a un lugar en el que solo puedo sucumbir a las sensaciones. El cristal frente a mi cara se empaña una y otra vez mientras mis jadeos agudos y mis gemidos reaccionan a todo lo que me está haciendo.

Cuando comienza a sonar ese zumbido familiar, desliza el vibrador por el interior de mi muslo hasta encontrar mi clítoris.

Estoy tan perdida que no sé si voy a derretirme o evaporarme. Mi cuerpo ya no es mío; es todo suyo, y él lo sabe.

—¿Así está bien? —murmura contra mi centro mientras me retuerzo buscando más de la manera en que mueve el juguete sobre mí; después lo desliza lentamente hacia mi interior—. Te gusta esto, ¿verdad? —Ni siquiera lo pregunta de verdad. Simplemente lo sabe.

Los escalofríos me recorren entera y las chispas parecen estallar por todas partes mientras los dedos de mis pies se curvan contra el suelo y mis uñas arañan la encimera lisa y fría.

—Storm. Joder. Por favor.

Me provoca, me lleva cada vez más alto, pero sin dejar nunca que el placer permanezca el tiempo suficiente en un solo punto como para dejarme caer del todo.

Entonces su boca vuelve a moverse al mismo tiempo que desliza el vibrador sobre mi clítoris.

Su lengua traza un camino caliente y húmedo sobre mi piel, y se me escapa un grito mezclado con un gemido profundo.

—Mierda… Dios… Joder… —Solo consigo balbucear una cadena incoherente de sonidos mientras él me abre con una mano, girando, lamiendo, apretando su boca contra mi agujero, iluminando mi cuerpo a medida que esas terminaciones nerviosas sensibles cobran vida. Nunca había experimentado nada parecido, y él sabe exactamente cómo hacerme olvidar todo porque la vibración contra mi clítoris me está sacando por completo de este plano.

Con la presión firme pero suave de su lengua dentro de mi trasero y el ritmo contra mi cúmulo de nervios, se asegura de que me corra para él. El orgasmo asciende desde la punta de mis dedos hasta dejarme temblando y deshecha en un largo alarido.

No he vuelto del sitio al que me ha llevado el orgasmo y él ya está detrás de mí. Su polla se desliza hacia delante, entrando en mi sexo mientras todavía me contraigo. Joder, qué bien se siente por fin estar llena.

Deja escapar ese sonido grave y ronco al que me he vuelto adicta; su calor y su cuerpo poderoso toman el control, moviéndome hasta dejarme apoyada sobre los codos, con los pies apenas rozando el suelo. La postura arquea mi espalda a la perfección y le permite entrar más hondo. Después pasa el vibrador por mis pechos y yo me convierto en un simple gemido sin fuerzas.

Dios, nunca voy a olvidar el sonido grave y primitivo de satisfacción que sale de su garganta.

—Estas putas tetas. —Tortura mis pezones una y otra vez mientras embiste despacio—. Llevo queriendo follármelas desde la primera noche.

—Por favor. —Lo quiero a él. Lo quiero todo. Cualquier cosa con tal de que no se detenga.

Desliza la vibración hacia abajo, de vuelta a la humedad entre mis muslos, pero en lugar de volver a centrarse en mi clítoris como esperaba, se endereza detrás de mí. Con la mano libre me agarra una nalga y me abre de par en par una vez más.

Me contraigo alrededor de su erección cuando se retira hasta la punta y pasa el vibrador sobre mi trasero. La sensación ahí atrás, con su polla dentro, es surrealista. Mi cuerpo se estremece y tiembla.

—Eso es, cariño… Disfruta de tu juguete favorito provocando este culo tan dulce. Sé que me dejarías entrar ahí. Te encantaría ese orgasmo que te sacudiría entera, y estarías preciosa, completamente deshecha para mí mientras te lleno ese agujero tan apretado —murmura mientras sigue moviéndose dentro de mí y las vibraciones recorren esa zona hipersensible, volviéndome loca. Storm no intenta penetrar; solo lo deja ahí y esa sensación desconocida se siente tan bien que estoy completamente perdida—. No hay nada de qué preocuparse; vamos tan despacio como quieras.

Estoy bastante segura de que empiezo a suplicarle que lo haga ahora mismo.

No me queda ninguna duda: lo quiero todo con él. No es solo sexo; es sentirnos unidos, confiar en que me cuida.

Un gemido brota de su pecho cuando ambos sentimos la oleada del orgasmo acercándose. Mi cuerpo se aprieta a su alrededor

mientras gimo y suplico.

—Dios. Joder. No puedo parar. No voy a parar nunca. —Lanza el juguete, todavía vibrando, dentro del lavabo y me sujeta con ambas manos. Storm embiste tan fuerte que mis caderas chocan contra el borde de la encimera y mi orgasmo estalla, dejándome desplomada mientras él me mantiene en posición y bombea hondo. Su polla descarga todo su placer en mi interior.

Se derrumba sobre mí, los dos jadeando, y busca a tientas el vibrador para apagarlo mientras me cubre los hombros de besos húmedos.

¿Sigo sintiendo las piernas? No estoy segura.

Estoy hundida en el placer, adormecida, flotando hacia algún lugar muy lejos de mi propio cuerpo. Storm emite un sonido grave y satisfecho.

—Lo has hecho tan bien… Podrías quedarte dormida y yo seguiría dentro de ti así. —Me provoca con malicia porque sabe que siempre termino cediendo a todo lo que quiere.

—No creo que pueda dormir si sigues jugando con mis pezones —murmuro en un suspiro suave mientras él gime y sigue moviendo las caderas, increíblemente sexi. Todo está caliente y nuestra piel se humedece de sudor. Su semen empieza a chorrear entre nosotros mientras Storm sigue moviéndose a mi espalda. Y, por supuesto, termina de derretirme el cerebro cuando baja la mano, recoge esa humedad y la frota sobre mis pezones.

Nuestras miradas se encuentran en el espejo, y ese gesto sucio deja mis ojos vidriosos mientras un suave gemido se escapa de mis labios. La marca carmesí que había dibujado sobre mi pecho sigue

viéndose borrosa sobre la piel, y mi corazón parece ir a acurrucarse directamente entre sus manos.

«Suya».

Capítulo 35

Storm



Mandar a Briar de vuelta por la mañana, después de la noche que acabamos de pasar, no era exactamente mi plan.

Todo mi cuerpo me pedía que le rogara que se quedara, que aparcara ese coche de alquiler y no se moviera de mi lado.

Pero mi chica es lista, muy lista, y sabía que tenía que volver a la cabaña porque, si a la gilipollas de su hermana —palabras textuales de Briar— le daba por aparecer sin avisar ni ser invitada, sería mucho peor para todos intentar explicar la ausencia de ambos.

Así que me he quedado dando vueltas, a punto de abrir un agujero en el suelo perfectamente pulido del rancho de Beau, intentando inútilmente concentrarme en toda la mierda que tengo que hacer hoy.

Mi corazón no sabe alejarse de ella.

Cada detalle de las últimas cuarenta y ocho horas lo ha cambiado todo; ha inclinado la balanza y ha dejado clarísimo qué es lo importante y qué me importa una mierda.

Anoche casi se lo digo todo mientras se acurrucaba contra mi pecho; casi confesé hasta qué punto estoy perdido por ella. Lo único que me detuvo fue saber que Briar ya tiene demasiadas cosas importantes con las que lidiar como para cargar también con mi enamoramiento.

Ya soporta bastante peso; mis estúpidos sentimientos pueden esperar. Briar Lane merece que le diga que la quiero, que la adoro y que me tiene comiendo de su mano. Pero tiene que ser en algún lugar especial.

No en un rancho a medio amueblar, con botes de pintura y telas colgando como mortajas.

También está el tema del momento oportuno.

Lo que daría por poder decírselo libremente, pero no con la conversación que tuvimos en la cocina todavía reciente. No puedo hacerlo dos segundos después de haberle contado todo mi pasado de mierda, todas mis malas decisiones, y mucho menos justo después de confesarle el peor momento de mi vida.

Briar merece algo mucho mejor que un hombre como yo, pero, joder, no pienso renunciar a ella.

Así de egoísta soy.

Anoche los fantasmas de mi pasado escaparon de la caja en la que llevaba años encerrándolos, y al menos ella no salió huyendo cuando se enteró. Ya es bastante difícil tener que lidiar con lo de esa extraña que ni siquiera recuerdo, que usaba un anillo que debí de

darle borracho como una cuba, cuando firmé un papel para atarla a mi vida, aunque no quisiera saber nada del asunto.

Y resulta todavía más difícil de superar cuando esa supuesta esposa decidió drogarse hasta morir en una bañera y dejar una nota insinuando que fue culpa mía.

Como si no hubiera estado demasiado ocupada persiguiendo a otro hombre que solo quería tenerla como su secreto sucio, un agujero donde follar de vez en cuando. Como si yo no llevara ya años tan lejos de ella que no habíamos hablado más que a través de abogados.

Aquella decisión acabó con toda mi carrera. Me arrebató lo único que tenía, lo único para lo que servía; lo hizo pedazos en el instante en que tomó la decisión fatal de acabar con su vida.

Y lo peor de todo, aparte de la muerte innecesaria e insensata de una mujer joven, es que ni siquiera intentaba hacerme daño a mí.

Solo fui el desgraciado al que le cayó encima el martillo del juicio público.

Mientras me pongo el sombrero y lanzo a la caja de la camioneta las herramientas que suelo llevar conmigo, observo el sol esconderse tras las montañas rosadas a lo lejos. El aire de la tarde entra fresco y limpio en mis pulmones mientras exhalo una bocanada blanca frente a mí. Crimson Ridge parece más de un tono ocre quemado que rojo a esta hora del atardecer, ahora que la primavera empieza a abrirse paso. La luz se desvanece y la luna creciente dibuja una fina línea plateada; es una de esas noches de cielo despejado en las que las estrellas empiezan a aparecer y titilar una a una.

Ojalá pudiera enseñarle esto a Briar.

Quiero quedarme aquí, sentado en la caja de mi camioneta, con ella acurrucada entre mis brazos, contando estrellas mientras van apareciendo.

Ella es mi mundo: la chica con la que quiero compartir los momentos sencillos y aparentemente insignificantes. No quiero volver a estar solo, como durante tanto tiempo, sino con ella apretada contra mi pecho. Sin duda me dirá los nombres de las estrellas que se revelan frente a nosotros, porque es la chica más inteligente que conozco, aunque le reste importancia y finja que no es gran cosa.

Quizá mañana le cuente toda la verdad.

Puedo prepararle el desayuno, hacerle café con la leche de almendras que le gusta y sentarla frente a mí en esa mesa en la que solo quiero sentarme cuando ella está delante, y entonces decírselo.

O quizá simplemente irrumpa por esa puerta y suelte las palabras sin más. Le rogaré que se quede conmigo. Que lo deje todo por mí. No tengo absolutamente nada que ofrecerle, pero quizá aun así quiera arriesgarse por un viejo destrozado de mierda y decida no marcharse.

Se me encoge el pecho mientras subo a la camioneta, me ajusto el sombrero y arranco el motor.

En estos instantes breves y silenciosos solo puedo verla a ella. Los recuerdos de nuestro tiempo juntos en las últimas semanas se cuelan en mi cabeza y lo consumen todo.

En el instante en que mi mano encuentra la curva de su cintura por detrás, el pulso empieza a retumbarme en el pecho. Briar está en la cocina, con otro manojo de ramas entre las manos, mientras llena

un vaso de agua en el grifo. Es el mismo que ha usado como jarrón sobre la mesa junto a la ventana desde que llegó.

—Flores —murmura, inclinando la cabeza hacia un lado mientras me apoyo contra su espalda. Ese pequeño gesto deja la curva de su cuello al alcance de mis labios.

Me quedo quieto detrás de ella, como el idiota enamorado que soy, observándola colocar las ramas. Igual que he hecho tantas veces desde que llegó. Es un pequeño ritual que repite cada pocos días. Estas tienen pequeños brotes, pero como todavía estamos a principios de primavera y sigue habiendo nieve en el suelo, aún falta mucho para que florezcan.

—¿Flores? —Apoyo una mano en la encimera mientras la rodeo desde atrás—. Aunque técnicamente sea primavera, ahí fuera sigue pareciendo pleno invierno, nena.

Ella protesta en voz baja y no puedo evitar sonreír contra la piel de su cuello.

—Puede que ahora no lo parezcan, pero algún día acabarán siendo flores de primavera.

—Pero de momento… siguen pareciendo ramitas metidas en un vaso. —La pico.

Briar resopla, como siempre hace; ese ruidito frustrado y adorable que me encanta escuchar cuando sé que por dentro está poniendo los ojos en blanco.

—En Los Ángeles todo era falso. Las sonrisas, las flores, las supuestas antigüedades. Nada era real nunca. —Empieza a colocar con cuidado la docena de ramitas, que parecen recortes de algún arbusto que encontró fuera.

—Para mí… se parece más a un hogar cuando hay flores frescas. Significa que alguien se preocupa lo suficiente como para embellecer el espacio con algo que no sirve para nada.

—Quieres que este lugar sea como un hogar. —No es una pregunta, solo una observación. Apoyo la barbilla en su hombro y observo cómo recoloca las ramas con los dedos hasta que parece satisfecha con la forma y los ángulos.

—Quiero que este lugar sea especial.

He pasado todo el camino de vuelta montaña arriba perdido en mis propios pensamientos. Cuando por fin aparco frente a la cabaña, veo la luz derramándose desde el interior y siento un alivio inmediato al descubrir que solo está mi chica. En cuanto oye llegar la camioneta, Briar ya está abriendo la puerta para recibirme, con una sonrisa iluminándole el rostro.

Esto es todo lo que necesito.

Así es como quiero sentirme cada vez que aparque y eche el freno de mano; guardo esa sensación en el pecho, cálida y segura.

Volver a casa para estar con ella es como haber ganado el premio gordo.

Saber que la bondad y la dulzura de Briar llenan cada rincón de esa cabaña hace que el pecho se me expanda igual que el calor de un fuego encendido.

Capítulo 36

Briar



—Mmm… joder. Tírame del pelo, nena.

Esa voz grave a la que me he vuelto adicta irrumpe en mi sueño. Medio dormida, mi cuerpo cabalga ola tras ola de placer hasta arrancarme de mi letargo.

Bajo el control absoluto de la lengua de Storm.

Él vibra contra mi clítoris y, por supuesto, hago exactamente lo que me pide. Mis manos encuentran, todavía torpes por el sueño, el camino hacia su pelo y entrelazo los dedos mientras mis caderas se arquean y se alzan bajo su boca.

—Buena chica. —Lame, succiona y murmura contra mí mientras las piernas empiezan a temblarme, dejando claro cuánto tiempo lleva este hombre entre mis muslos mientras yo dormía.

El vaquero no retrocede en su asalto, gimiendo y deslizando su lengua húmeda por la cara interna de mi muslo, antes de subir por la cama para abrazarme por detrás en cucharita, levantarme una pierna, y deslizarse dentro de mí.

Estoy empapada e hinchada, y mi cuerpo ya está más que listo para recibirlo.

Es tan excitante.

—Dios, es demasiado. —La voz me sale ronca y deja claro que no hablo en serio. Que me haya estado comiendo el coño mientras dormía es una obscenidad, y tengo la esperanza de que me regale esta clase de depravación cada mañana.

—¿Demasiado? No lo parecía cuando me estabas cabalgando la cara a las tres de la mañana.

Los sonidos que se me escapan son casi pornográficos.

—Mmm. Exactamente así sonabas. Solo que mucho mucho más fuerte.

—Me vas a matar.

—Este coño estrecho no parece estar de acuerdo. La forma en que me aprietas dice que no quieres que pare.

Storm sigue empujando sus caderas contra las mías, estirándome, llenándome, dejándome aferrada a las sábanas, irremediablemente fuera de mí de placer. Los sonidos de un sexo sucio y húmedo son la banda sonora de este momento, junto con la piel golpeando contra la piel, y el olor a sexo envolviéndonos.

Estoy a punto de perder el control cuando un golpe seco —Dios mío, la puerta de un coche cerrándose— atraviesa nuestro momento íntimo.

—¿Briar?

Apenas unos segundos después, unos nudillos golpean la madera con insistencia mientras mi nombre resuena amortiguado al otro lado de la casa, hasta que la puerta principal se abre de par en par.

La voz de mi hermana se cuela dentro, más fuerte esta vez, mientras la oigo dejar caer el abrigo y el bolso. Por supuesto, ha entrado sin esperar respuesta.

—¿No cerraste la puerta con llave? —susurro entre jadeos.

—No esperaba que nos interrumpieran a estas horas de la mañana. —Storm responde en un susurro. Cierro los ojos. Bendito sea por haberse levantado al amanecer para avivar el fuego… y maldito sea por olvidarse de echar la llave después de salir a buscar leña.

—Briar, te juro por Dios que como sigas en la cama…

Todo mi cuerpo se pone rígido. Y mientras tanto, el hombre que tengo detrás continúa enterrado dentro de mí, moviéndose lentamente, follándome, aparentemente sin ninguna intención de parar.

—Dile que se vaya o salgo ahí fuera desnudo y se lo digo yo mismo. —Me muerde la oreja y aprieta con más fuerza mi muslo, dejándome clavada en el sitio.

—Acabo de salir de la ducha, Cris. Dame unos minutos para vestirme. —Mi sexo late y se contrae, delatando exactamente cómo reacciona mi cuerpo a este tipo de riesgos.

Storm deja escapar una risa ahogada y traviesa porque lo siente absolutamente todo.

—Bien. —Refunfuña—. Date prisa. Es medieval que aquí no haya cobertura; he tenido que subir hasta aquí conduciendo solo para hablar contigo.

Junto a mi oído vuelve a sonar ese ruido grave y delicioso; solo puedo imaginar lo que pasa por la cabeza del hombre que ahora mismo tiene mi cuerpo completamente bajo su control.

—¿Dónde está el tío Stôrmand?

Mierda. Mierda.

Esta vez sí que el pánico me golpea de lleno. Parece que se está acercando. Y mientras tanto, puedo sentir cómo otro orgasmo empieza a crecer dentro de mí.

Esto está muy mal.

—¿Vas a decirle dónde estoy? —susurra con los labios pegados a mi cuello—. ¿Vas a decirle que estoy enterrado hasta las pelotas dentro de tu precioso coño?

No puedo evitar contraerme de inmediato. Se me eriza toda la piel de los brazos.

—Eh… No sé dónde está. —La puerta del dormitorio está completamente abierta y no consigo apartar la vista del marco de madera—. Anoche no volvió.

—Entonces, ¿por qué está su camioneta fuera? —La frialdad de su tono llega desde el salón, a apenas unos metros de nosotros.

Joder, ahora es el momento en que me desmorono completamente.

Storm reduce apenas el ritmo de sus movimientos; su boca sigue pegada a mi oído. Una de sus enormes manos asciende hasta mis pechos y empieza a jugar con mis pezones como si dispusiera de todo el tiempo del mundo y mi hermana no estuviera a dos segundos de irrumpir en la habitación.

—Dile que estaba con mis amigos, Briar. —Me ordena qué decir mientras me da placer hasta el punto en que se me nubla la vista.

—Él… salió con unos amigos, creo. Vinieron a buscarlo. Quizá se quedó a dormir allí. —Me muerdo el labio inferior para contener el gimoteo que amenaza con escapárseme, porque, mientras tropiezo con la mentira, él empieza a tirarme fuerte de los pezones.

Tal y como sabe que me encanta.

—Joder. —Su voz grave y profunda me hace estremecerme de arriba abajo—. Siente lo cerca que estás… Creo que quieres exprimirme hasta la última gota, por cómo me aprietas.

—Dios mío. —Repito las palabras en silencio una y otra vez.

—Seguro que estaba con alguna de sus putas. —Mi hermana emite un sonido desagradable desde el fondo de la garganta.

Él vibra contra mi piel, pero más que molesto parece satisfecho consigo mismo.

—Si supiera que tengo a mi putita personal justo aquí. —Los dientes me rozan el cuello y su mano desciende entre mis muslos—. Es perfecta, preciosa, lleva mi brazalete, mi sombrero, y está hecha exactamente para mi polla. —Me succiona el lóbulo de la oreja y frota la humedad sobre mi clítoris; casi me olvido de por qué tengo que quedarme callada y estoy a punto de gemir en voz alta.

Mi hermana sigue rondando por la casa. El sonido de sus pasos sobre la madera y las puertas de los armarios abriéndose y cerrándose mientras curiosea me indican exactamente en qué lugar de la cocina está.

Storm está alargando esto aposta; sabe que estoy muy cerca, pero no hay ninguna posibilidad de que me deje correrme mientras mi hermana siga aquí.

Con un sonido de frustración, Crispin da una patada contra el suelo.

—Por el amor de Dios, Briar, no pienso quedarme esperando eternamente. Te espero en ese café horrible del pueblo para desayunar y vamos a hablar de tu vuelta a casa.

Empieza a alejarse. Por el amor de Dios, ojalá escuche de una vez la puerta cerrándose y el motor del coche arrancando.

Pero no llega ningún sonido que indique que se ha ido.

—Dios mío, ¿va a irse alguna vez? —jadeo mientras me aferro a las sábanas cuando él acelera el ritmo, aparentemente indiferente a que nuestra intrusa siga a solo unos metros. Giro la cabeza hacia su brazo y le hundo los dientes en la piel. Es la única forma de evitar gemir o gritar.

—Sus botas están aquí —grita ella desde fuera.

Hay demasiada sospecha en su voz.

No puedo aguantar mucho más, pero aun así consigo responder. Espero que entienda perfectamente que la estoy mandando a la mierda.

—Seguro que tiene más de un par de botas, ¿no crees?

Storm maldice en voz baja, satisfecho con mi respuesta, y empieza a empujar dentro de mí con más fuerza, hundiéndose todo lo que puede.

Veo las estrellas.

—Vale, lo que tú digas. Dios, tienes que ordenar tu vida y levantarte más temprano. Siempre supe que eras perezosa, pero esto ya es otro nivel, Briar.

La puerta se cierra de golpe.

Detrás de mí escucho un gruñido profundo que vibra directamente desde el pecho pegado a mi espalda.

Me gira hasta dejarme apoyada sobre manos y rodillas y vuelve a embestirme sin piedad.

Un dulce alivio me inunda las venas cuando escucho el coche arrancar y alejarse.

Storm me folla con tanta fuerza que acabo babeando y mordiendo la almohada mientras me susurra todas las obscenidades que sabe que necesito oír. Que soy suya. Que le pertenezco. Que llevo puesto su brazalete, y eso significa que puede hacer lo que quiera con mi cuerpo cuando quiera, porque soy su juguete perfecto.

—Córrete ahora mismo. Quiero que te corras más fuerte de lo que te has corrido en toda tu puta vida.

Mientras me sujeta el pelo con el puño y desliza la otra mano hacia delante para encontrar mi clítoris, toda la situación termina devorándome.

—Así, mi puta preciosa.

Los dedos de los pies se me encogen, un gemido grave me atraviesa la garganta y todo se vuelve blanco. Las manchas blancas se apoderan de mi visión y estoy bastante segura de que también estoy perdiendo la audición junto con la poca cordura que me quedaba.

Con un gemido, sacude las caderas y se hunde tan profundo como puede. Su cuerpo late dentro de mí en un orgasmo que parece interminable.

Es tan intenso que me quedo en un estado de aturdimiento. Sencillamente me derrito contra el hombre que me rodea con los brazos. Mi Storm, que me atrae contra su pecho con palabras susurradas y besos húmedos, envolviéndome en el abrazo más dulce, más amable y más suave del mundo.

Ahora mismo las palabras me queman en los labios, y una necesidad desesperada me duele detrás de las costillas. Quiero decirle cuánto lo amo.

Pero esa sensación corrosiva y horrible que conozco tan bien me detiene, extendiéndose por dentro como un veneno.

Decir esas palabras sería decir la verdad. Pero también sería lanzarle una maldición.

Capítulo 37

Briar



Soy como un cervatillo sobre patines, con las piernas temblorosas, cuando aparco frente a la única cafetería de Crimson Ridge.

El lugar donde me espera mi hermana.

La inestabilidad no tiene nada que ver con el miedo, sino con el hecho de que Storm haya decidido torturarme de la mejor manera posible esta mañana.

Sabía que necesitaba una distracción para calmarme los nervios y despejarme la cabeza antes de bajar al nido de víboras.

Siento el sexo un poco dolorido mientras avanzo por la acera flotando sobre un océano sereno de satisfacción; estoy segura de que llevo una sonrisa tonta y enamorada en la cara mientras guardo las llaves en el bolso.

La trampa mortal de alquiler, como el vaquero llama a mi coche, ha vuelto a resultar útil. Por más que insista en que conduzca su camioneta, los dos sabemos que soy cien veces más peligrosa intentando conducir un coche con cambio manual. Necesito practicar más.

Lo que daría por hacerlo bajo las instrucciones de su mano firme.

De inmediato me asaltan imágenes de futuras tardes de verano, fines de semana tranquilos bajo el sol, conduciendo con las ventanillas bajadas mientras gano confianza al volante con él sentado a mi lado.

Storm me hace sentir que, si quisiera, podría ponerme alas y volar hasta la luna; jamás había experimentado una fe tan absoluta en mí misma.

Una sensación luminosa y gloriosa me llena el pecho cuando imagino un futuro con él.

Cómo desearía poder quedarme a su lado.

Si soy completamente sincera, me siento como una mujer nueva. Antes de salir de la cabaña me he mirado de reojo en el espejo y he descubierto que la chica que me devolvía la mirada era la misma que siempre he sabido que existía dentro de mí.

La versión de Briar Lane que por fin es libre de ser ella misma.

Esta vida rústica y hermosa, aquí, en las montañas, ha despertado una seguridad que llevaba dormida demasiado tiempo, como una lluvia tibia de primavera acariciándome la piel. Hace que todo el ruido que zumbaba dentro de mi cabeza empiece a apagarse, y vuelve aún más fácil la decisión de quedarme aquí.

Sabía que no había manera de regresar al lugar del que escapé; no existía vuelta atrás.

Ahora está claro como el agua que esta es la vida que elijo, y en ella me siento más cómoda que nunca.

Cuando llego a la puerta de la cafetería, con su bonito porche cubierto y la enredadera de jazmín trepando por la celosía, me detengo un instante fuera para mandarle un mensaje rápido a Storm y decirle que he llegado bien.

BRIAR: Holaaaa.
No me he estampado.
Informando desde la bulliciosa metrópolis de Crimson Ridge que he llegado sana y salva.
Te veo en el rancho en cuanto termine aquí.
Deséame suerte.



Mientras escribo y borro una serie de emojis de caritas lanzando besos —y finalmente decido darle a enviar en lugar de aterrorizar a este hombre hosco actuando como una lunática totalmente obsesionada—, me tienta deslizar el dedo hasta ese pequeño secreto escondido a plena vista.

Pienso en el vídeo y en todos los recuerdos increíblemente excitantes que despiertan cada vez que dejo que mi mente regrese a aquel momento; todavía no puedo creer que exista en mi teléfono. La chica de ese vídeo soy yo. Nuestra noche ilícita, de la que nadie sabe nada, me quema dentro del bolso como un secreto vivo.

¿Y si alguien lo hubiera visto? ¿Sabrían lo que él significa para mí? La mano que muestra claramente su nombre está enredada de una

forma brutalmente dominante en mi pelo.

En aquel momento no llegué a comprender del todo el cuidado que tuvo para no mostrar demasiado mi cara, pero ahora veo que resulta casi imposible distinguir que soy yo a quien está poseyendo.

La única pista es el tatuaje junto a mi pecho.

Aunque prácticamente nadie en el mundo sabe que lo tengo. Ni siquiera mi hermana.

Sacudiéndome rápidamente el aluvión de recuerdos, guardo el teléfono en el bolso y respiro hondo, preparándome para pronunciar el discurso que he ensayado durante todo el trayecto hasta el pueblo.

Sé cómo empezar. Lo he repetido en voz alta y estoy lista para cortar cualquier diatriba desquiciada que Crispin quiera soltarme.

Lo que tengo menos ensayado es la parte en la que voy a decirle a mi hermana que me quedo aquí, que no deseo volver a verla jamás en mi vida y que, a partir de ahora, tendrá que comunicarse con mi abogada. Pero estoy segura de que sabré gestionarlo.

Empujo la puerta, una campanilla suena sobre mi cabeza y mis ojos vuelan a la mesa donde me senté a tomar café durante mi desastrosa cita con Westin Hayes, aunque ahora parezca que ocurrió hace una eternidad.

Hoy hay dos chicos, más o menos de mi edad, desayunando juntos. Uno tiene el brazo apoyado con cariño sobre el respaldo de la silla del otro, y ambos se ríen viendo un vídeo en uno de sus teléfonos.

El corazón se me encoge un poco mientras una voz dentro de mí susurra: «Esa podrías ser tú con el hombre del que estás perdidamente enamorada».

¿Stôrmand Lane sale a tomar un café? ¿Disfruta de alguna actividad que no implique cortar leña, arrear ganado o colocar herraduras? O sea, la clase de cosas mundanas y triviales que podrían considerarse una cita. ¿Podría convencerlo de hacer algo así, conmigo?

A mi izquierda se alinean varias filas de mesas, y el local está casi lleno; el murmullo de las conversaciones y el traqueteo constante del café se apoderan de mis sentidos.

Es imposible no reconocer el pelo rubio de mi hermana, tirante y perfectamente recogido en ese moño de bailarina que siempre lleva. Pero, a medida que me acerco a la mesa donde está sentada, siento unas ganas insoportables de darme media vuelta y salir corriendo.

Se me abren los ojos y se me cierra la garganta.

El impulso del movimiento me empuja hacia delante mientras el estómago se me revuelve y las náuseas ascienden dentro de mí como una marea podrida.

Un hombre se gira en la silla. Lleva unas gafas de diseñador descansando sobre la nariz, el pelo oscuro perfectamente peinado como siempre, con ese aspecto impecable que grita CEO de la lista Fortune 500, y viste un jersey de cachemir marrón que se ajusta a su figura esbelta.

La rata infiel de mi marido.

Antoine todavía tiene la desfachatez de llevar puesta la alianza: el oro de dieciocho quilates reluce mientras se pone de pie y aparta una silla para mí.

Tengo que contener las ganas de vomitar sobre sus mocasines de mil dólares.

—Hija de puta. —Ignorando por completo al hombre que tengo delante, clavo la mirada en mi hermana con ganas de cruzar la mesa y arrancarle los ojos.

—¿No te alegras de ver a tu marido? —Vacía un sobre de edulcorante en el café antes de remover ese líquido que ojalá fuera arsénico.

—Briar, no montes una escena. Siéntate. —El hombre al que sigo legalmente encadenada hasta que consiga abogados, papeles y todo lo demás que todavía ni sé cómo afrontar me dedica una sonrisa llena de dientes inquietantemente blancos.

O debería decir colmillos.

—¿Qué hacéis aquí? —Pongo toda la distancia posible entre Antoine y yo. Solo estar cerca de él me pone la piel de gallina; el olor empalagoso de su loción de afeitar se me pega al fondo de la garganta.

—Como te dije por teléfono, esto no es una negociación, Briar. —Cris pone los ojos en blanco—. Vas a volver a casa con nosotros, y parece que hemos llegado justo a tiempo. No quiero imaginar en qué estado podríamos haberte encontrado si te hubiéramos dejado más tiempo viviendo en esa pocilga asquerosa con él.

Si fuera un dóberman, ahora mismo tendría el lomo erizado y los dientes al descubierto.

—No voy a ninguna parte. Este es mi hogar ahora. Quiero el divorcio y no quiero volver a saber nada de Lane Enterprises y…

—Qué adorable… —me interrumpe Antoine mientras golpea con un dedo una carpeta color manila que no había visto hasta ahora sobre la mesa—. Pero creo que pronto estarás un poco más dispuesta a cooperar.

Mis ojos saltan de la carpeta misteriosa al rostro impenetrable de Antoine y luego al de mi hermana, que sorbe el café mientras me observa con esos ojos pequeños y penetrantes.

—¿Ha pasado algo que deberíamos saber? —pregunta Cris—. Ya sabes cuánto le gustan los escándalos a la prensa.

—Tus insinuaciones me aburren, Crispin. Vuelve a Los Ángeles y dedícate a hacerle la vida imposible a otra persona durante una temporada.

—Briar. —Mi lamentable marido intenta sonar autoritario, como si todavía esperara que yo obedeciera igual que siempre, pero no estoy de humor para sus amenazas.

—¿Qué vas a hacer, Antoine? ¿Enseñarme unas fotos que te haya conseguido tu ridículo detective privado? —Señalo la carpeta con la barbilla porque sé que es imposible que hayan conseguido nada comprometedor de nosotros.

Los lugares en los que hemos estado son demasiado remotos, demasiado aislados. No vamos por Crimson Ridge restregándonos el uno contra el otro ni abrazándonos de forma evidente.

Antoine adopta una expresión que dice claramente que ya ha ganado, y la náusea empieza a hervirme en el estómago.

Saca el teléfono del bolsillo y lo deja sobre la mesa delante de mí. Después de un par de toques sobre la pantalla, abre un vídeo y mi visión se estrecha hasta convertirse en un túnel pequeño y oscuro. El sonido se distorsiona y se desvanece en un zumbido tenue mientras la grabación empieza a reproducirse.

«Tu boquita es el paraíso».

En cuanto esa voz ronca que conozco tan bien atraviesa los altavoces y el nombre tatuado de Storm llena el encuadre —sus

dedos hundidos en mi pelo, tirando de mí y guiándome a su antojo —, veo mi tatuaje aparecer durante apenas un segundo.

—¿De verdad crees que iba a perder el tiempo con detectives privados? —Antoine se inclina hacia mí con una mueca desagradable —. Se llama *spyware*, idiota. Llevo años teniendo acceso a tu teléfono.

«Años». No meses. No semanas.

El hombre que estuvo follándose a otras a mis espaldas durante la farsa que fue nuestro matrimonio, me tuvo controlada. Mientras estaba ocupado engañándome, el imbécil invadió mi privacidad en mi propio móvil.

—¿Cómo crees que Crispin te encontró? Lo supimos desde el principio, pero te di la oportunidad de hacer esto por las buenas. Te di la oportunidad de tomar una decisión sensata y la tiraste a la basura.

Me siento como una estatua, volviéndome más insensible con cada palabra, y veo con claridad todos los años de mi vida que entregué a estas personas. Toda la culpa que cargué por haber venido al mundo y haberme llevado con ello a nuestra madre, una mujer a la que nunca pude conocer porque murió el mismo día que yo nací. Mi padre me guardó rencor por haber destruido su mundo entero, y mi hermana dejó que el duelo la pudriera hasta perder cualquier vestigio de humanidad.

Así que colaboré con sus acuerdos de negocios. Dije que sí. Obedecí. Renuncié a mi propia vida porque estaba convencida de que no merecía tener una.

Porque les había arrebatado a la persona que tanto querían.

«Todo es culpa tuya. Hoy sería su cumpleaños si no fuera por ti».

—El *jet* sale a las siete de la tarde. —La voz fría, dura y calculadora de Antoine atraviesa mis pensamientos. Hace un ruido de desaprobación mientras detiene el vídeo; me siento completamente violada, y solo pensar que ha tenido acceso a mi teléfono durante todo este tiempo hace que me dé vueltas la cabeza.

—No me voy a ir. —Mi voz apenas es un susurro tembloroso.

—Briar, siempre has sido tan patética… ¿Cuándo vas a meterte en la cabeza que hay cosas más importantes que lo que tú quieres? —Cris me atraviesa el pecho como siempre hace.

—No. No voy a irme con vosotros.

—Sí, vas a irte. —Antoine se pone de pie y se inclina sobre mí. Con una mano apoyada en el respaldo de mi silla, acerca la boca a mi oído; su fragancia sofocante es como una mordaza—. Tengo una lista de antiguas criadas y empleadas de tu padre dispuestas a declarar que vieron a Storm entrando en tu dormitorio cuando eras menor de edad. También declararán que encontraron pruebas de embarazo en la basura de tu baño cuando aún eras adolescente. Habrá médicos asegurando que ayudaron a encubrir una violación.

Empiezo a temblar mientras él continúa hablando, tranquilo y seguro de su éxito.

—¿Crees que el escándalo fue grande cuando circularon rumores sobre la muerte de su esposa? Espera a que todos los medios descubran que la antigua estrella del rodeo profesional Stôrmand Lane se follaba a su sobrina adolescente.

Antoine toca de nuevo la pantalla y deja congelada una imagen del vídeo donde se ven claramente los dedos tatuados sujetándome del pelo junto al lateral de mi pecho.

—Bienvenida al patriarcado, putita. Deberías recordar que los Montgomery siempre ganan.

No sé si todavía soy capaz de pensar, hablar o sentir las extremidades. En cuestión de segundos, cada parte de mí queda insensible y rota.

Entré con un plan, y estas dos criaturas despiadadas lo han destruido en un suspiro.

¿Cómo he podido creer que existía alguna forma de escapar de ellos?

—Tienes hasta la hora del despegue. Ve a hacer la maleta, despídete de tus estúpidos amigos a caballo… y no olvides que, si se te ocurre no subir a ese avión, tengo todo lo necesario para destruirlo. Solo tengo que hacer clic.

Vuelve a colocarme el teléfono delante de la cara y, aunque es casi imposible leer en el borrón de texto en la pantalla, consigo entender lo suficiente.

Distingo palabras y frases de una nota de prensa que ya tiene preparada. Acusaciones gravísimas sobre la vida privada de Storm, sin una sola prueba real, pero eso da igual. Lo único que le importa es destruirlo, y sabe perfectamente cómo controlar el relato mediático como un emperador caprichoso.

Todas esas mentiras aparecen acompañadas de capturas del vídeo, listas para difundirse con un solo clic.

Y una vez más, me tiene atrapada bajo su pulgar huesudo y pálido.

CAPÍTULO 38

Storm



Por encima del golpeteo seco y repetitivo de los clavos hundiéndose en la madera, oigo un coche detenerse frente al granero. Cuando no estoy colocando herraduras, me dedico a este tipo de trabajos, de los que nunca faltan en los ranchos de Crimson Ridge. Sea como sea, para alguien que se pasó la mitad de la vida montando toros y pensaba que esa sería toda su carrera, ahora paso más tiempo con un martillo en la mano que encima de un caballo.

Una sonrisa me tira de las comisuras de la boca mientras sujeto entre los labios los tres últimos clavos que necesito para fijar esta tabla. El sabor metálico me cubre la lengua y el leve olor a heno almacenado impregna el aire.

Levanto la vista hacia el amplio vano abierto del granero vacío mientras tomo uno de los clavos y aprieto los labios para sujetar los

otros. Briar sabe que estoy trabajando aquí fuera y, si no, lo va a descubrir rápido siguiendo el sonido del martillo.

Vuelvo al trabajo y clavo los últimos golpes. Cuando el tercero queda en su sitio, unos pasos lentos y arrastrados captan mi atención.

Siempre me roba la atención.

Durante el poco tiempo que hemos pasado separados solo he podido pensar en Briar, en lo profundamente enamorado que estoy de ella, en maneras de convencerla de que se quede conmigo.

¿Briar quiere quedarse a mi lado? ¿Quiere esta vida?

Dejando aparte todas las complicaciones y lo que pueda pensar el resto sobre nosotros —porque me importa una mierda—, ¿tiene una remota idea de lo mucho que quiero que se quede?

Nuestras vidas ya están entrelazadas, igual que la ropa en el dormitorio que compartimos, igual que nuestros cuerpos cada vez que encuentran la oportunidad, y no dejo de pensar que me pertenece.

Nunca he tenido motivos para encariñarme de nadie y ahora soy incapaz de imaginarme un solo día sin su risa, sin sus comentarios mordaces, sin la suavidad de su mano encontrando la mía cuando estamos solos.

Todo ese caos desaparece en cuanto ella se acerca.

La devoro con la mirada sin el menor disimulo. Joder, Briar Lane podría hacer llorar a los ángeles de pura belleza.

Lleva el pelo recogido en una coleta alta y un vestido cruzado color champán, de aspecto sedoso, que se mueve alrededor de sus rodillas al caminar. Las botas vaqueras le abrazan las pantorrillas y la convierten en el sueño húmedo de cualquier vaquero.

Y lleva puesto mi puto abrigo.

—¿Un vestido? No quiero que cojas frío, Espinita. —Aprieto el martillo en una mano mientras me paso el dorso de la otra por la frente. Llevo horas aquí fuera arreglando las cuadras y, aunque más allá de las puertas sigue haciendo ese frío persistente de principios de primavera, estoy sudando.

Briar llega hasta donde estoy y me examina de pies a cabeza con una sonrisa tímida.

—Me parecía más práctico para lo que tenía pensado. —Se encoge de hombros en un gesto coqueto y adorable, pero fingido. Me encanta que ahora tenga mucha más confianza en sí misma y sepa pedir lo que quiere.

—No pareces muy interesada en mancharte las manos. —Lanzo el martillo dentro de la caja de herramientas—. ¿Quizá prefieras mancharte las rodillas?

Briar se muerde el labio. Sus ojos oscuros brillan y son mi absoluta perdición.

Emite un zumbido, un sonido suave, sensual y maravilloso que me vuelve loco.

—Pensé que te gustaría ver lo que llevo debajo…

—¿Ah, sí? —Apoyando el culo en el borde del banco de trabajo que improvisé aquí fuera, tiro suavemente de ella hasta colocarla entre mis rodillas.

Le deslizo una mano por la parte baja de la espalda, por debajo del abrigo que lleva sobre los hombros, mientras con la otra le aparto un mechón de pelo detrás de la oreja. Mi chica me mira con un gesto suave, y ya estoy perdido. Solo puedo aprovechar la

oportunidad de besarle esos labios de terciopelo cuando y donde quiera.

Briar merece eso y mucho más.

Nuestras lenguas se encuentran y yo me bebo cada uno de sus pequeños sonidos de placer. Necesito que entienda que esto es mucho más que sexo.

Por mucho que esa parte de nuestra relación sea imposible de negar —mi brazalete, la confianza absoluta que ha depositado en mí —, también necesito que sepa que, para mí, esto no empieza ni termina ahí.

La beso, la muerdo y me pierdo en su boca. Mis manos se mueven solas. La imagen de esta chica envuelta en mi ropa va a quedarse grabada para siempre en mi cerebro, pero ahora quiero descubrir qué esconde bajo esa capa exterior.

Cuando le desabrocho el abrigo —ese mismo abrigo que he llevado montando, atravesando montañas y caminos de tierra, acumulando miles de recuerdos en este pueblo—, me tomo un momento para deslizar las palmas por la silueta de Briar que queda al descubierto al apartar el tejido pesado.

Está envuelta en una parte de mí, pero debajo lleva una tela suave como la mantequilla que no puedo dejar de acariciar porque es una sensación increíble: puedo trazar con los dedos cada curva y valle de sus caderas, su estómago, su ombligo.

Es un material caro, fino como el papel; estoy muy poco acostumbrado a sentir algo así bajo mis dedos callosos y castigados por el trabajo. Hace dos minutos estaba esquivando astillas y sintiendo el golpe del metal hundiéndose en la madera, y ahora la tengo a ella: suave y maleable, una pluma delicada que quiero

acariciar y mimar. Quiero absorber esa sensación desconocida pero maravillosa durante todo el día.

Un último tirón de mis dientes, pellizcando su labio inferior hasta hacerla gimotear, tendrá que bastarme por el momento. Quiero mirarla.

Deslizo las palmas por sus hombros para quitarle el abrigo de los brazos hasta que queda de pie entre mis rodillas, sin nada que me impida apreciar el esfuerzo que ha hecho. Observo el vestido cruzado, anudado a su cintura, que realza su pecho.

Sus pezones endurecidos me desafían.

La sujeto por las costillas, deslizo los pulgares hasta esos pequeños botones duros y le atormento los pechos a través de la tela.

—¿Sin sujetador? Me pregunto qué más se te ha olvidado ponerte debajo de este vestido, ¿eh?

Ha venido con un plan en mente. Me lanza una miradita coqueta, hundiendo los dientes en ese labio inferior tan besado.

—Maldita sea, mujer, voy a dejarlo todo y echarte al hombro. Estoy a dos segundos de llevarte a casa y no volver a ver la luz del sol en un par de días.

Una expresión extraña le cruza el rostro mientras suelto un suspiro hondo y sigo hablando con voz ronca.

—Pero… por muchas ganas que tenga, Beau necesita hablar conmigo dentro de unos veinte minutos, y si me dejas meterme en ese coño solo voy a querer follar y follar y follar.

Sigo pasándole los pulgares por los pezones y observo cómo se le dilatan las pupilas. Sus gemidos se vuelven más intensos cuanto más fuerte froto y acaricio sus pechos.

—Storm —gime suavemente.

—Nena, pierdo el control a tu lado… Pierdo la noción del tiempo, de la moral; cualquier cosa que no sea esto se evapora porque nada importa una mierda.

«Solo tú importas», quiero añadir.

—Entonces úsame… de otras maneras. —Tiene la voz ronca de deseo.

El movimiento de mis manos se detiene. Hago una pausa, contemplo su imagen y asimilo lo que creo que quiere decir, aunque no puedo estar del todo seguro.

Ante mí, Briar se mueve con una determinación sorprendente. Rápidamente, recoge el abrigo que había dejado tirado junto a mi cadera y lo dobla para arrodillarse más cómoda sobre el suelo duro.

—Dijiste algo el otro día. —Su mirada se posa en mi boca, y se pasa la lengua por el labio inferior—. Algo que no consigo quitarme de la cabeza.

Su caricia sensual asciende por mis vaqueros, recorriéndome los muslos hasta detenerse en mi cinturón y deslizarse bajo el algodón de mi camiseta.

—Vas a tener que recordármelo. —Entrelazo los dedos en su pelo, y la polla me duele de lo dura que se pone por lo que está ofreciéndome.

—Que te gustaba la idea de marcarme. —Junta los codos y, desde este ángulo, mirando hacia abajo, ese pequeño movimiento deja su carne a la vista, redonda, llena, amenazando con desbordarse. Es lo más sexi del mundo ver lo segura que está mi chica de su cuerpo.

Luego me dedica esa mirada perdida y cargada de lujuria.

Jesús.

Esta chica está aquí, en mitad del día, arrodillada a mis pies en un granero, diciéndome que quiere que me corra sobre sus pechos. Joder, he hecho muchas cosas mal en mi vida, así que no sé cómo me he ganado un regalo tan perfecto.

—¿Quieres que me folle esos pechos perfectos?

Asiente, mordiéndose el labio hinchado.

—Entonces vas a tener que dejarlo bien húmedo. Bien resbaladizo. —Tiro de su pelo y le arranco un jadeo—. Desabróchame el cinturón, nena.

Briar forcejea un poco, intentando sostenerme la mirada mientras se retuerce y aprieta los muslos. Baja el culo, separando un poco más las botas para conseguir un mejor ángulo.

—Así —murmuro.

La observo intensamente mientras libera mi polla, dolorosamente dura, y la envuelve con su pequeño puño. Un par de caricias bastan para que se me hinche aún más bajo su tacto.

—Bueno, ya sabes qué hacer. —El gruñido me sale solo—. Escupe.

Se le entrecorta la respiración mientras se inclina hacia delante y deja caer un hilo de saliva antes de envolver con los labios la punta hinchada. Ese ángulo, con su boca rodeando la cabeza, me ofrece la vista perfecta de sus pechos, sus labios y sus pestañas oscuras agitándose hacia mí. Una mirada que me pregunta si me gusta. Qué pienso. Si me está complaciendo.

Joder, claro que sí. Cada vez que estoy con ella es perfecto, y siempre termino a dos segundos de confesarlo todo cuando succiona más hondo. Hunde las mejillas, hace girar la lengua y gime contra mi erección.

—Mmm. Trágamela como la buena chica que eres. —A medida que succiona, se la ve cada vez más excitada, y poco a poco desciende un poco más. Siento su lengua recorrer la parte inferior, trazando las venas y saboreando mi piel.

—Puedes hacerlo mejor. No te limites a lamer; escupe de verdad.

El gemido que emite me lo dice todo. Se aparta de mí con un húmedo «pop», y veo un largo hilo de saliva tensándose entre la punta de mi polla y su boca. Trago saliva un instante, y su preciosa mirada va del rostro a mi erección antes de inclinarse hacia delante y dejar caer un reguero de saliva que me cubre por completo.

—Úsame. Por favor. —Tiene la voz ronca de deseo.

Briar no deja de mirarme mientras engancha los dedos en la tela que oculta su escote y tira de ella.

Sus pechos quedan libres, y los aprieta juntos, frotando mi base. Tengo que contener un gemido, porque su carne suave, ahora resbaladiza por la saliva, se desliza arriba y abajo sobre mi polla mientras se mueve, se arquea y vuelve a bajar la boca para humedecerme la punta otra vez. Joder.

El hilo que me frenaba de usarla sin restricciones se desvanece en el aire.

Me lo ha pedido.

Mientras deslizo mi gruesa erección hacia delante y hacia atrás y acuno el peso de sus pechos para que me envuelvan, los jadeos y los gemidos llenan el aire. Mis dedos amasan su suavidad y redondez, y no puedo evitar la necesidad feroz que siento por mi chica desde lo más profundo de mi ser.

—¿Quieres que te posea? ¿Que te use? —Los gruñidos brotan de mi garganta mientras me la follo entre los pechos y los aprieto

juntos, sujetándola con más fuerza contra mi longitud—. Aquí te marqué con letras rojas. ¿Tengo que volver a recordarte a quién perteneces?

Asiente y suplica exactamente lo que estoy prometiéndole.

—Sí, quiero.

—Te excita que te posean, ¿verdad, nena?

Briar está tan perdida en la lujuria que se queda boquiabierta, jadeando y gimoteando.

El hormigueo se acumula, la presión rompe a hervir y puedo sentir la fuerza del momento recorriéndome las venas como un semental al galope.

—Saca la lengua. —Me cuesta toda mi fuerza de voluntad no tirarla al suelo y metérsela.

Estoy tan cerca. Mi gemido llena el aire mientras ella hace exactamente lo que le digo, obediente, y yo me agarro la polla. Dirigiendo la punta hacia su barbilla, en la siguiente embestida firme noto cómo se me tensan las pelotas y, con un estruendo ensordecedor de sangre martilleándome los oídos, me corro con una fuerza brutal. La eyaculación sale disparada hacia delante, inundándole la lengua, los labios, el mentón perfecto; gotea sobre su pecho mientras mi polla late y se vacía.

—Joder.

Cada jadeo, cada latido de mi corazón en el pecho, le pertenece.

Arrastrando a Briar hasta ponerla en pie, la sostengo con firmeza con un brazo y luego paso los dedos por la marca pintada sobre su piel antes de meter la mano bajo su vestido, buscando su centro húmedo.

—¿Y si me dejaras tenerte para siempre? —Le introduzco dos dedos porque, tal como imaginaba, Briar no lleva nada bajo esa tela ligera—. ¿Qué te parecería que dejara ese brazalete en tu muñeca de forma permanente, para poder doblarte y comprobar lo mojada que estás cada vez que me dé la gana?

Sus ojos se vuelven vidriosos y saca la lengua para probar el lugar donde he pintado su piel sonrojada.

—Me dejarías, ¿verdad? Sé lo mucho que te encanta tenerme dentro de tu cuerpecito. Ni siquiera importa dónde, ¿verdad? Me suplicarías que te llenara todos los agujeros al mismo tiempo. —Curvando los dedos, entro y salgo, mezclando mi semen en su interior y apretando el pulgar con fuerza contra su clítoris.

Briar traga saliva y tiembla mientras el orgasmo empieza a crecer dentro de ella. Jadea. Suplica.

Ni siquiera sé lo que digo. Todo es tan sucio. Tan desesperado.

Como lo estoy yo por ella.

—Haz lo que quieras. Por favor. Por favor.

—Quizá lo haga. Quizá te meta un juguete en el culo y te llene la boca con mis dedos mientras entierro la polla tan dentro de tu coño que quedarás arruinada de por vida. Cuando te llene con mi semen, estarás marcada tan hondo que nunca querrás irte.

Me aprieta los dedos con una fuerza increíble. Convulsiona a mi alrededor mientras se corre.

—Así. Mi putita preciosa —murmuro mientras se desploma contra mí, convertida en un bulto gimoteante e increíblemente hermoso.

Tardamos un rato en calmarnos. Retiro los dedos y se los ofrezco para que los chupe. Briar obedece, limpiando nuestra evidencia con esos pequeños sonidos de placer. Repito el proceso un par de veces,

recogiendo el resto de mi corrida y dejándola lamer mi sabor… y el suyo.

—Maldita sea. Eres la perfección hecha mujer. —La garganta se me mueve al intentar tragar mientras la ayudo a colocarse el vestido y luego termino de vestirme yo.

Briar me observa con cierta melancolía en el rostro, pero no dice nada.

Cojo el cinturón, pero con un gesto cariñoso mi chica toma el control.

—Déjame hacerlo a mí —dice en voz baja, aunque sus preciosos labios se curvan y los ojos se le arrugan ligeramente mientras me mira.

Me recuesto y observo, disfrutando de cada segundo que tardan sus dedos en enhebrar el cuero.

—Gracias —susurra.

Sujetándole la barbilla, me inclino hacia delante y deposito un beso suave sobre sus labios mullidos. Briar sabe a nosotros, y me encanta que estemos así de mezclados.

Mi maldito teléfono empieza a vibrar desde el bolsillo del abrigo, al otro extremo del banco de trabajo.

—Ve. Tienes que contestar. —Sus labios se mueven contra los míos.

—Beau puede esperar —gruño.

Con un empujón juguetón, presiona mi estómago y su sonrisa se ilumina.

—Te veo luego en casa.

Sin más, Briar me deja para que me ocupe del trabajo y de lo que sea que Beau necesite.

Mientras camino hacia las puertas del granero y observo cómo sus luces traseras se alejan, solo puedo pensar en lo increíble que se siente al escuchar a mi chica decir esa palabra.

«Casa».

CAPÍTULO 39

Briar



Antoine y Cris se han encargado de dejar clara la importancia de que siga participando en su juego. En esta casa resuenan la fortuna vacía, sin alma, y los pasos de gente hambrienta de poder que aparece de vez en cuando junto a mi marido. He vuelto a mi existencia sin sentido.

Solo me consuela saber que estoy protegiendo a Storm, aunque para hacerlo se me haga añicos el corazón.

Si la miseria tuviera rostro, sería a mi imagen y semejanza.

Lo echo de menos todo el tiempo. Su recuerdo me acecha como una sombra lúgubre aferrada a mí; las lágrimas ruedan por mis mejillas mientras sirvo café en la taza blanca de porcelana fina que me entran ganas de estrellar contra la reluciente encimera a juego.

Despierto con las mejillas húmedas y tengo que hundir el rostro en la almohada mientras grito hasta que la garganta me falla y el cuerpo se me queda inerte.

Tiene que haber una salida para esta pesadilla, pero ahora mismo me he quedado sin ideas. Estoy derrotada y, cuando pienso en el futuro, solo consigo verme pudriéndome en este lugar para apaciguar a mi hermana y a mi insípido marido, mientras protejo al hombre al que amo con toda mi alma. A eso se reducen los segundos, los minutos y las horas de ser Briar Lane.

En algún lugar, de alguna manera, una chispa sigue brillando dentro de mi pecho, recordándome que debe de haber una salida. El único problema es que, cuanto más tiempo paso ahogándome y hundiéndome lentamente en esta pecera, más tenue se vuelve ese brillo.

Me aterra el día en que despierte y se haya extinguido por completo.

¿Y entonces qué?

¿Qué ocurrirá cuando esa ola negra y densa venga a reclamarme y me arrastre hasta el fondo del abismo?

Mientras me acurruco con las rodillas contra el pecho, sentada en el suelo junto a la cama, oigo su risa grave. Siento aquellos dedos rozándome el rostro, tocándome con una ternura que no conocía. Sin ninguna razón en particular, solo por darme cariño, porque le nace hacerlo.

Bajo la mirada cuando la suave vibración en mi mano me empuja como un perro que busca una caricia.

Ha llegado otro mensaje.

Solo con verlo siento un tenue y delicado aleteo en el estómago.

Antoine me permitió conservar el teléfono; estoy segura de que piensa que, si tengo acceso a él —o, para ser más exactos, si todavía puedo saber de Storm—, ese contacto unilateral me resultará más doloroso que cualquier castigo que mi marido pudiera infligirme.

Estos mensajes son, al mismo tiempo, lo único que me mantiene cuerda y la peor de las torturas. Me lanzo a abrirlos cada vez que llegan, absorbiendo cada palabra como si esos pequeños caracteres en la pantalla fueran una máscara de oxígeno, mirando fijamente la cadena de mensajes sin respuesta que no deja de crecer y que podría recitar línea por línea, palabra por palabra.

Me pregunta cómo estoy.

Me habla como si estuviera sentada a su lado en el asiento de la camioneta, mientras conduce con una muñeca apoyada sobre el volante.

No como si fuera la zorra sin corazón que desapareció sin dejar más que una nota sobre la isla de la cocina, con las dos palabras que más me ha costado escribir en toda mi vida, incapaz de contener las lágrimas.

«Lo siento».

Él merecía mucho más que eso, pero mi corazón roto no podía dar más en aquel momento. Fue la única manera que se me ocurrió de evitar que intentara seguirme.

Pero Storm es tan maravilloso que me envía fotos de la cabaña, de los caballos y de todas esas cosas sencillas de la vida en las montañas que echo tantísimo de menos.

Los mensajes de anoche estuvieron a punto de quebrar mi determinación de mantenerme fuerte y no darle a Antoine ninguna

razón para publicar su mierda y sus mentiras retorcidas. Mi resolución casi se hizo añicos mientras estaba tumbada en la cama, viendo los puntos aparecer y desaparecer en la pantalla, esperando mientras él tardaba una eternidad en escribir lo que pensaba. Se me paraba el corazón con cada pausa, porque me hacía pensar que se arrepentía a mitad del mensaje.

Pero cuando por fin llegó la vibración y apareció la burbuja en la pantalla, sus palabras fueron tan dulces que no pude contener las lágrimas.

STORM: No sé por qué te fuiste, pero sigo aquí.
Cuando estés lista para volver, esta es tu casa.

Anoche, tumbada y hundiéndome en la oscuridad mientras repelía los pensamientos sombríos que amenazaban con volver a apoderarse de mí, él siguió hablándome. Casi como si pudiera sentir que estaba a la deriva, acurrucada de lado, perdiendo el juicio, volviéndome loca por la soledad y el desamor.

STORM: ¿Puedo contarte algo, cariño?
Bueno, aquí va…
Estoy en nuestra cama, con una almohada que todavía conserva tu dulzura. Solo quiero despertarme mañana por la mañana y que ocurra el milagro de oír la ducha funcionando. Aunque preferiría tenerte a mi lado, claro; pero, si estás en ese baño, al menos significa que sigues aquí y no a miles de kilómetros de distancia.
Echo de menos el ruidito que haces cuando das el primer sorbo de café por la mañana.
Echo de menos cómo te estremeces cuando te estás quedando dormida. Es encantador.

Reprimo el aluvión de emociones y leo los mensajes que han llegado mientras estaba acurrucada en el suelo.

STORM: Te llevaste mi brazalete.
Así que, aunque no sé si alguna vez vas a volver, sigues siendo mía hasta que me lo devuelvas por correo o algo así.
Puede que ya no pueda adueñarme de tu dulce cuerpecito, que no pueda usarlo como quiera, pero sí puedo seguir diciéndote todas las cosas que necesito que sepas.
Todas las cosas que mi chica merece oír.
Seguiré escribiéndote, Espinita, aunque nunca respondas o no quieras volver a verme.
Ese es el problema, ¿sabes? Tengo todo el tiempo del mundo para ti. Mi vida se medía por los márgenes más pequeños, por segundos en lugar de minutos u horas, y gastaría hasta el último de los que me quedan intentando hacerte feliz.

Exhalando un largo suspiro, las lágrimas me desbordan los ojos. Aparto la mirada de los mensajes antes de echarlo todo por la borda, derrumbarme y suplicarle que venga a rescatarme.

Storm no tiene por qué arreglar este desastre.

No dudo ni un segundo de que vendría si se lo pidiera, pero no podría vivir sabiendo que fui yo quien lo puso bajo el peor y más nauseabundo foco mediático. Antoine puede parecer refinado y pulcro, pero es brutalmente calculador. Se encargaría de distribuir material fresco a los medios para alimentar sus clics cada semana y pagaría a los buitres más inmorales y sin escrúpulos para que acamparan junto a nuestro pequeño rincón de paraíso en las montañas.

Perseguiría a Storm hasta convertir su vida en un infierno, y todo sería por mi culpa.

Así que hago lo que haría cualquier mujer respetable afrontando un desamor: paso horas repasando sus vídeos, sus montajes de rodeo, y me concedo la oportunidad de estar con él, aunque sea solo contemplando un frenético recorrido de ocho segundos sobre el lomo de un toro.

Después de saciarme, entro rápidamente en el Instagram de los Herreros de Devil's Peak, esperando no encontrar nada nuevo. Me preparo para ignorar la letanía de comentarios que dejan en cualquier foto o vídeo en el que aparece Storm.

Pero hay una publicación que no había visto, y el corazón se me acelera de golpe.

Es una foto en primer plano de la cocina. Nadie que no hubiera estado en la cabaña podría reconocer el lugar, y mis ojos recorren la imagen deteniéndose en los detalles más imperceptibles.

Ha arreglado la puerta del armario que estaba torcida y ahora descansa recta sobre sus bisagras. En el panel frontal veo tres pinceladas de pintura en distintos tonos de negro.

No entiendo por qué ha publicado esa foto, y enseguida pulso para leer la descripción. Conservo la esperanza, pero también me muerdo el interior de la mejilla hasta casi hacerme sangre por la ansiedad ante la posibilidad de descubrir, a través de una maldita publicación de Instagram, que está jugando a las casitas con otra persona.

Mis ojos se quedan clavados en las sencillas palabras que acompañan la foto de las muestras de pintura y de la pequeña cocina de la cabaña en la que desearía estar ahora mismo.

«Pinté con el color de la derecha porque, aunque todos me parecen iguales, supongo que ese es el que tú elegirías. Estaba plantado en medio de la ferretería con otro color en la mano y no podía dejar de oír tu voz diciéndome que quedaría fatal y que no combinaba con el cuadro que compraste aquel día. Así que… espero que no lo odies».

Parece una entrada de diario, pero sé que es para mí.

Este hombre no solo me cuida hablándome y preguntando por mí; también está cuidando de nuestra cabaña.

Estoy tan enamorada de él que duele.

Me tiemblan las manos, tengo las mejillas húmedas porque las lágrimas no dejan de caer, y casi no me doy cuenta de que hay otra foto después de la que muestra los armarios de la cocina.

Entonces siento un puñetazo en el pecho que secuestra lo que queda de mi alma y la arrastra de vuelta directamente a Crimson Ridge.

No hay otro pie de foto, solo la imagen.

Un vaso de agua descansa sobre la mesa de madera, en el centro del encuadre, frente a la ventana que da al bosque.

Tiene un pequeño ramo de flores de primavera recién cortadas.

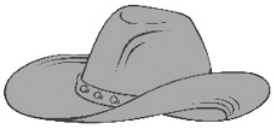
Con esa imagen, Storm alarga el brazo a través de la pantalla del teléfono y me rescata de las profundidades.

Voy a encontrar la manera de volver con él, aunque no tenga ni idea de cómo hacerlo; no voy a rendirme.

Tengo que resolver esto por mi cuenta y rezar para que, cuando por fin consiga escapar de este infierno, él siga esperándome.

Capítulo 40

Storm



—¿Cómo eran mis abuelos?

Mi chica me mira desde el otro lado de la pequeña mesa, sosteniendo el café entre las manos frente al desayuno a medio terminar. Lleva puesta mi camisa y, aunque le queda grande, juro por Dios que moriría feliz si esto fuera lo último que viera.

—¿Mamá y papá? ¿Qué quieres saber?

—Cualquier cosa. —Da un sorbo al café y se aclara la garganta en un gesto de tierna reprimenda al pillarme mirándole los pechos en lugar de concentrarme en la pregunta.

Me paso una mano por la nuca y río entre dientes.

—Mierda, se me olvida que no llegaste a conocerlos.

—Mi padre nunca hablaba de ellos. —No hay tristeza en su voz; es más bien nostalgia, una curiosidad persistente. Inclina la cabeza

hacia un lado y bate esas pestañas con la fuerza suficiente para derribarme de un plumazo.

Esos ojos son mi perdición cada mañana.

—Eran buena gente. Trajeron consigo esa mentalidad europea de trabajar duro cuando emigraron aquí. Honestos a más no poder, pero estrictos. Aunque yo tampoco les daba muchas opciones; siempre estaba al borde de matarme.

—Apuesto a que eras una pesadilla.

—Oye. —Alzo las cejas y tengo el placer de ver aparecer una sonrisa que le da un aire mucho más natural y despreocupado que el que tenía la tímida chiquilla que llegó aquí por primera vez—. Era un angelito.

Briar casi escupe el café sobre la mesa.

—Venga ya. —Pone los ojos en blanco.

—Casi un santo. —Finjo santiguarme sobre el pecho.

—Pobrecillos. ¿Preguntaron si podían devolverte? ¿Cambiarte por crédito en la tienda?

Me río mientras sacudo la cabeza y me paso la mano por el pelo. Dios, esta chica me hace sentir mucho más joven, mucho más ligero. Podemos hablar de cosas en las que no había pensado en años y todo resulta natural.

—Sí, les compliqué un poco el asunto, pero ya eran mayores cuando nos acogieron y luego nos adoptaron oficialmente a tu padre y a mí. Mamá no estaba bien de salud, pero siempre se aseguró de que estuviéramos cuidados y de que supiéramos que nos querían y estábamos a salvo; ya tenían experiencia con niños que venían de situaciones difíciles y entendían que necesitábamos estabilidad. Papá era una roca. Siempre estaba ahí, pasara lo que pasara.

Trago saliva con dificultad, pensando en lo mucho que hubiera adorado a esta chica. Aunque no lo dijera abiertamente, Briar lo habría tenido comiendo de la palma de su mano.

—No éramos de hablar demasiado, pero él veía que necesitaba algo para domar mis demonios, así que me metió en el rodeo. Me subió a un caballo y me dio todas las oportunidades que pudo. Hacía kilómetros para llevarme a competir, siempre con aquella música country *espantosa y sin decir más de dos palabras en todo el trayecto. Si me caía durante una monta, me miraba, mascaba tabaco y soltaba algo como: «¿Estás muerto, chico?», lo que por alguna estúpida razón me hacía reír; luego se encogía de hombros y sugería que volviéramos a casa. El viejo sabía que mi cabezonería no me permitiría irme, que me levantaría solo para demostrarle que estaba equivocado.*

Una llamada entrante interrumpe mis recuerdos. Nunca en la vida había estado tan pendiente del teléfono como durante estas semanas desde que se fue.

Pero no es ella.

Nunca lo es.

El nombre de Beau aparece en la pantalla, y tengo que contener el impulso de esconderme del mundo para dejar que el alma se me marchite en soledad.

Rechazo la videollamada, pero pulso el botón verde para responder solo con audio y gruño.

Ni siquiera llego a decir «hola».

—¿Me estás ignorando, fiera? —La voz de Beau retumba al otro lado de la línea.

Me paso la mano libre por el pelo y exhalo despacio.

—No, perdona. He estado liado con unas cosas.

Beau conoce mis cosas. Sabe exactamente cómo soy cuando estoy hecho polvo.

Joder, yo también le he visto hundido después de una mala racha profesional.

—Ya me lo imaginaba.

—De todos modos, el rancho va bien. Esa cabecita tuya no tiene nada de qué preocuparse.

Se ríe, y de fondo oigo pasar vehículos.

—He visto las fotos que mandaste. Está quedando genial, viejo. —La comunicación chisporrotea, y el sonido de la puerta de una camioneta al cerrarse ahoga el bullicio de las afueras de la ciudad que sé que está deseando dejar atrás.

El silencio se alarga.

Me inclino hacia delante en la silla de madera, con los codos apoyados sobre los muslos, mirando mis botas. Tengo la cabeza llena de momentos con Briar sentada aquí, de verla tan cerca, al otro lado de la mesa.

—¿Me lo vas a contar o voy a tener que ponerme de rodillas y portarme bien para sacarte los secretos?

Consigue arrancarme una media sonrisa.

—Te enamorarías de mí demasiado rápido. —Me paso la mano por la boca—. No querría romperte el corazón, muchacho.

Beau se toma su tiempo. Le cuesta una eternidad encajarlo.

—Así que de eso va la cosa… —reflexiona—. ¿Alguien se te ha metido en el pecho y ha encendido ese trozo de carbón?

—¿Por qué no te vas a la mierda?

Le oigo silbar por lo bajo.

—¿Tiene nombre?

—No te incumbe.

—Ah, así que estás pillado de verdad, ¿eh?

He pasado tanto tiempo con Beau, viviendo el rodeo codo con codo, que sé exactamente qué expresión tiene ahora mismo. Cabrón engreído.

—Joder. —Suena demasiado satisfecho consigo mismo. Llevaba años esperando este momento; me amenazaba con que algún día acabaría pasando, que por fin sabría lo que era sentirse vacío y con el corazón roto.

—¿Entonces te tiene atrapado?

Le doy vueltas a la pregunta. No sé muy bien cómo explicárselo, ni siquiera sé si quiero hacerlo.

—¿Alguna vez has pensado que lo tenías todo y luego te has despertado para descubrir que la versión perfecta de tu vida había desaparecido?

Beau se mueve, y el altavoz cruje mientras vuelve a acomodarse.

—No he tenido la suerte de vivir algo así.

El pobre está casado, pero entiendo perfectamente el peso de esas palabras, cargadas de años atrapado en algo que parecía perfecto por fuera y se pudría por dentro.

—Debió de ser especial —añade.

—No tienes ni idea.

—¿La cagaste tú?

—Oye. Golpe bajo, Heartford.

El cabrón está sonriendo. Lo oigo a través del teléfono.

—Bueno… Estás en Crimson Ridge llorando en la cama. Está claro que la chica se ha ido, así que solo intento unir las piezas.

Ella no es una chica cualquiera ni un revolcón de una noche. Briar es eso que nunca supe que necesitaba, y ahora que se ha ido me está matando por dentro día tras día.

Pero no digo nada de eso.

—No lo sé. No tengo ni idea, ¿vale? —Me tiro del pelo—. ¿Era eso lo que quería oír tu maldito bigote? —gruño.

—No quiero que sufras, viejo. —Beau se aclara la garganta—. Es horrible perder a alguien a quien quieres.

Solo oírselo decir en voz alta me oprime el pecho. Porque es la puta verdad.

—¿Qué coño se supone que debo hacer si la he perdido antes siquiera de tenerla del todo?

Hay un sonido que suena burlón al otro lado de la línea.

—Por mucho que me cueste admitir esto…, porque ya me imagino los comentarios imbéciles que vas a hacer, lo cierto es que no lo sé. Nunca me ha pasado algo así, pero suena brutal.

Esta vez me río yo.

—Créeme, lo es.

—¿Quieres que vaya para allá?

Nunca entenderé qué he hecho para merecer una amistad como la de Beau. Su matrimonio se está viniendo abajo, está hasta el cuello de problemas legales por una separación larga y complicada y, además, está montando un negocio nuevo. Y aun así aquí está, ofreciéndose a volar al culo del mundo solo para sentarse conmigo a beber un par de cervezas y asegurarse de que estoy bien.

—No, hombre. De todas formas, vendrás dentro de un par de semanas.

—Estoy contando los minutos para salir de este puto circo, te lo juro.

—Podemos quedar para tomar algo. O quizá una botella entera; quién sabe cuánto voy a necesitar insensibilizarme.

—Por Dios. Quizá sí que tengo que ir antes.

—Tómatelo con humor, Heartford. Pensaba que con esa cara de tonto que tienes sabrías apreciar un chiste.

—Sabes bien que te encanta; apostaría a que estás deseando sentir esta misma cara de tonto haciéndote cosquillas en el coño. —Me sienta bien oírlo así, y agradezco la oportunidad de aligerar, aunque sea un momento, el peso que llevo sobre los hombros.

—Sueña conmigo. Estaré en Crimson Ridge antes de que te des cuenta, y no tendrás tiempo para nada que no sea babear por mí.

—Vete a la mierda.

—Yo también te quiero, Stôrmand. Nos vemos dentro de un par de semanas.

Capítulo 41

Briar



Sentada frente a la abogada, vestida con un *blazer* y una falda azul, apoyo la cabeza entre las manos. Clara es paciente y parece comprensiva con mi situación; o, al menos, le pago lo bastante bien como para que lo finja.

Llevamos semanas revisando el patrimonio de mi padre, su testamento y todos los documentos a los que tengo acceso como una de las herederas designadas de Lane Enterprises. Han sido semanas sentada en medio de un mar de documentos, buscando algo que ni siquiera sé muy bien qué es.

Pero sí sé que, cuando lo encuentre, lo reconoceré.

—Briar, ¿por qué no te vas a casa… y descansas un poco? —Sus tacones repiquetean mientras se levanta de la silla, al otro lado de la

mesa de conferencias que hemos cubierto con pilas de carpetas y cajas.

A eso se suma una provisión infinita de documentos electrónicos que tendremos que revisar con atención si esta búsqueda resulta infructuosa, pero mi instinto me dice que hay que empezar por los papeles impresos. Si hay algo que merezca la pena, estará enterrado entre archivos como estos y no en un documento digital de fácil acceso.

Mi padre era así de inteligente.

—Clara, sabes bien que preferiría dormir aquí antes que volver allí.

Hace una mueca.

—Dios, cómo me gustaría poder darle una patada legal en los huevos a ese hijo de puta.

—Lástima que las conexiones e hilos mediáticos que tiene sean mucho más poderosos que las cenas a domicilio que compartimos nosotras.

—Ya… Pero te aviso de que no voy a dudar en esparcir rumores falsos sobre él. Estoy pensando en un fin de semana con una prostituta barata y sífilis confirmada.

Suelto una carcajada y niego con la cabeza.

—No sé si eso lo mejora o lo empeora, pero hablando de Antoine, puede que ni siquiera sea falso.

Cuando estiro la mano hacia mi vaso de agua, el teléfono empieza a vibrar sobre la mesa.

Cada célula de mi cuerpo se pone en alerta con la esperanza de que el nombre en pantalla sea el de mi vaquero, pero en lugar de eso me recibe el sabor amargo de Crispin.

—Adelante, sal a tomar el aire y a conectar un momento con la naturaleza mientras te ocupas de eso. —Clara señala el teléfono con la cabeza—. A menos que quieras que me quede de testigo de sus tonterías.

Pulso el botón verde y le hago un gesto con la mano mientras me levanto de la silla y me llevo el teléfono a la oreja.

—¿Dónde estás? —dice mi hermana.

—Hola, Cris.

—Déjate de estupideces, Briar.

—Ya sabes dónde estoy, ¿o el rastreador de mi teléfono no funciona esta noche? —Espero que pueda oír la dosis extra de azúcar que he vertido en mis palabras.

—Sé lo que estás haciendo.

—Oh, no me cabe ninguna duda. —Mientras pulso el botón del ascensor, observo cómo la luz asciende para encontrarme aquí, en la décima planta.

—Si causas algún problema, prepárate para perderlo todo. —Le tiembla la voz—. No recibirás ni un céntimo de Lane Enterprises… Ni acciones. Ni nada de la cartera inmobiliaria… Me aseguraré de que te quedes sin nada.

—Haz lo que quieras, Cris. De verdad que me da igual.

Es cierto. No tengo ningún interés en el negocio de mi padre ni en heredar un céntimo de su imperio.

Lo que me importa es el hombre al que amo y protegerlo de estas criaturas venenosas.

—Es patético… Lo que sea que estés intentando conseguir… No vas a encontrar nada; solo vas a desperdiciar años de tu vida sentada en el despacho de un abogado.

Mientras entro en el ascensor, me pellizco el puente de la nariz. Al menos las oficinas están tranquilas a estas horas de la tarde, y tengo el trayecto hasta la planta baja para estar sola.

—¿Qué preferirías que hiciera? ¿Sentarme a escuchar a Antoine follarse a sus chicas de turno al otro lado del pasillo? ¿Esperar a que me viole una noche cuando esté colocado y borracho como una cuba?

Se me tensa la mandíbula. Cris es una miserable y una amargada, y no tengo por qué soportar su ira.

—Te lo mereces. —Me ladra a través del teléfono—. Te vendría bien que te hiciera algo así.

No.

Puede.

Ser.

—¿Cuál es tu problema? —Me cuesta mucho no ponerme a gritar mientras el ascensor emite un sonido, las puertas se abren y el vestíbulo vacío aparece ante mí.

Todo el cuerpo me tiembla de rabia.

Cruzo rápidamente el suelo de mármol, corriendo hacia algo que no es exactamente aire fresco en esta ciudad maldita, pero donde al menos podré respirar.

—Tú. Tú siempre has sido el puto problema. —Entonces oigo a la niña pequeña, herida y angustiada, que sigue habitando en su voz. Aunque esté hablando con mi hermana sociópata, la verdad que se esconde detrás de su mal genio asoma por un instante.

—Crispin, solo era un bebé. Hicieron todo lo posible por detener la hemorragia. —Aquí fuera hay un amplio patio rodeado de cristal y

mármol pulido, con una fuente ornamental en el centro. Las luces brillan a través del agua burbujeante.

—Me la arrebataste. Fue culpa tuya.

Siento que hemos tenido esta conversación mil veces a lo largo de los años, pero ella siempre se niega a asumir la responsabilidad de su propio trauma, provocado por la coincidencia entre mi nacimiento y la pérdida de nuestra madre.

La mujer a la que nunca conocí.

—Te he dicho muchísimas veces que ojalá hubiera alguna manera de cambiar lo que pasó, pero echarme la culpa es una actitud de mierda, por no decir que no es sana.

—Que te jodan, Briar.

Exhalo y dejo que los dedos se hundan en el agua que cae.

—Búscate un terapeuta, cariño. O mejor aún, échate un polvo. Probablemente te sirva diez veces más y quizá afloje el palo que tienes metido en el culo.

Con eso, cuelgo y me sacudo el agua de la otra mano. No voy a seguir poniéndome en la línea de fuego para recibir más de su veneno. Llevamos veintiséis años atrapadas en esta dinámica y ya no aguanto más siendo su saco de boxeo emocional. Es adulta; que se vaya a la mierda. No pienso seguir permitiendo que me hagan responsable de la nube tóxica que arrastra mi hermana ni de cómo deja que la envenene una y otra vez.

Hay personas que no quieren ver las cosas de otra manera, sin importar cuántas oportunidades se les den para buscar ayuda o encontrar una salida, y Crispin Lane es ese tipo de persona.

—¿Briar? —Me giro hacia la voz agitada que me llama.

Parece que Clara acaba de bajar las escaleras corriendo, con los ojos abiertos de par en par y las mejillas sonrosadas.

—¿Qué pasa? —Aprieto el teléfono con más fuerza. Dios, espero que esto no sea una mala noticia, porque después del escozor del bofetón verbal de Crispin, no sé cuánto más puedo aguantar esta noche.

—Creo que tienes que venir a ver esto.



Compruebo la dirección en el teléfono por tercera vez antes de reunir por fin el valor para llamar al timbre del bungaló de las afueras, con adornos de mariposas repartidos por el jardín delantero.

El corazón no ha dejado de golpearme el pecho desde que he salido hacia aquí.

He pasado toda la noche en vela ensayando qué decir.

¿Y si no hay nadie en casa?

¿Y si se han mudado? ¿Y si se fueron de la ciudad?

Todo esto podría no servir de nada y yo volvería a quedarme solo con la esperanza y las plegarias desesperadas para acompañarme mientras siga atrapada aquí.

Ha sido el sufrimiento más largo de mi vida, y siento los dedos entumecidos por la ansiedad que he soportado durante todas estas semanas.

Justo cuando estoy considerando volver a llamar, oigo movimiento dentro.

La puerta se entreabre con la cadena de seguridad puesta, y me recibe una mujer de pelo gris cortado a lo *garçon* y unos ojos azul pálido ocultos tras unas gafas de lectura.

—¿Es usted la señora Mitchell?

—¿Quién pregunta? —Me observa de arriba abajo con cautela.

—Me llamo Briar. Siento presentarme sin avisar, pero esperaba que pudiéramos hablar unos minutos. —Me sudan las manos.

—¿De qué se trata?

—He venido a hablar de su hija, Tegan. —La veo suavizarse en cuanto pronuncio el nombre de la menor de sus hijas—. Y también creo que conoció a mi padre, Erik Lane.

La mujer se queda paralizada y, durante un momento, parece a punto de cerrarme la puerta en las narices.

—Graham, tenemos visita. —Llama por encima del hombro mientras cierra un poco la puerta, y el sonido metálico de la cadena al deslizarse anuncia que me dejará pasar.

—Gracias. Siento muchísimo molestarla.

—Briar, ¿verdad?

Asiento mientras entro; veo de inmediato el retrato de graduación de una joven de rizos rubios muy apretados, sonrisa luminosa y un lunar sobre el labio superior.

—Si has tenido que soportar a un hombre como Erik Lane por padre, lo mínimo que podemos hacer es ofrecerte un refresco… ¿O prefieres algo más fuerte? —La señora Mitchell me guía por el pasillo hacia una cocina acogedora; al pasar junto al salón, un hombre se levanta de su sillón reclinable—. Es la hija de Erik Lane.

El hombre de pelo blanco me estudia con curiosidad, como si tuviera cuernos o una cola. Estoy bastante segura de que me

considera la hija del mismísimo demonio.

—Mi más sentido pésame. Nos enteramos por las noticias del fallecimiento de Erik. —Su voz es cautelosa, y no lo culpo. Si los papeles que llevo en el bolso son ciertos, es lógico que no le haga ninguna gracia tener a alguien con el apellido Lane bajo su techo.

—¿Quieres una galleta, cariño? —Dios, esta mujer parece encantadora, y me rompe el corazón pensar por todo lo que han pasado.

—Con el refresco es suficiente, gracias. —Acepto el vaso que me ofrece y la sigo hasta el comedor, donde aparta una silla de la mesa redonda.

—Si has venido por el acuerdo de confidencialidad, te aseguro que hemos guardado silencio todos estos años. Nada cambia ahora que tu padre ha fallecido. —El señor Mitchell se sienta junto a su mujer, al otro lado de la mesa.

Un destello de preocupación atraviesa los ojos de ella mientras se apresura a mirarme antes de volver a reprender a su marido con palabras ensayadas.

—Está bien, señora Mitchell —la interrumpo, alargando una mano hacia ella—. Por favor, no he venido por eso. Bueno…, sí, en parte, pero no de la manera que imagináis.

Los dos me observan con el ceño fruncido.

—¿Podéis decirme si esta es vuestra cuenta bancaria? —Saco del bolso los papeles subrayados y los deslizo sobre la madera.

La señora Mitchell se ajusta las gafas sobre la nariz y apenas necesita echar un vistazo al documento antes de volver a mirarme.

—Claro que sí. Esa es la suma acordada que nos ofreció tu padre, y siempre pagó directamente ahí.

—¿Erik Lane? —insisto.

—Sí, por supuesto, Erik Lane. Se sentó exactamente en esa misma silla en la que estás y nos soltó todo el discurso sobre la confidencialidad y las consecuencias para Lane Enterprises si algo de esto salía a la luz; después nos ofreció una cantidad anual de por vida… como si eso fuera a devolvernos a Tegan.

La voz del hombre tiembla ligeramente al pronunciar el nombre de su hija.

—La mayor parte la donamos todos los años. —Su mujer me dedica una sonrisa tensa—. Intentamos que llegue a organizaciones que ayudan a chicas como Tegan.

Tragando con dificultad, noto el escozor del calor detrás de los ojos. Es tan injusto que el egoísmo de mi padre haya causado semejante devastación en gente buena...

—No puedo imaginarme por lo que habéis pasado. —Mis palabras suenan patéticas, un gesto miserable.

—Cariño, ocurrió hace mucho tiempo. Acabamos aceptando las decisiones que tomó. Aunque no aprobáramos la manera en que se comportó durante los años que estuvo con tu padre, seguía siendo nuestra hija.

Froto mis palmas sudadas por los vaqueros.

—Debió de ser un golpe duro para ti y tu hermana. —Sus ojos bondadosos se clavan en los míos.

Esta mujer no tiene ni idea de lo cierto que resulta eso para mí; aunque, evidentemente, no para mi hermana. Pero ese es otro tema.

—De hecho, es una de las razones por las que estoy aquí. —Siento la boca seca, como llena de algodón—. Ahora que nuestro padre ha

fallecido, mi hermana y yo queremos reparar algunas de sus acciones más cuestionables.

La pareja sentada frente a mí intercambia una mirada rápida.

—Nos gustaría reconocer formalmente al hijo de Tegan, nuestro hermano, pero para hacerlo comprenderán que es delicado ponernos en contacto directo con sus padres adoptivos. Sé todo sobre las mentiras de mi padre para fingir que ella seguía embarazada cuando… cuando… —Me quedo sin palabras, incapaz de dar voz a sus despreciables actos.

Los ojos de la señora Mitchell se empañan, y su marido saca como por arte de magia un pañuelo para tendérselo.

—Nos escribimos. Nos mandan fotos. Acaba de cumplir once años y está obsesionado con el béisbol. Juega en las ligas infantiles como si fuera lo único que le importara en el mundo.

Otro pañuelo mágico aparece y se desliza sobre la mesa hacia mí, porque yo también me estoy derrumbando en lágrimas.

—Tu padre nunca quiso llevarse el papeleo. —El hombre se encoge de hombros y toma la mano de su mujer, dibujando círculos con el pulgar sobre la palma.

—Espero que no sea mucho pedir si puedo verlo, suponiendo que lo hayan conservado.

—Podría habernos metido en un buen lío con tu padre si alguien lo hubiera encontrado, pero tenía un lugar seguro donde guardarlo todo.

—Graham, una caja de zapatos encima del armario no es un lugar seguro; no intentes engañarla. —A su lado, su mujer sorbe por la nariz y chasquea la lengua con desaprobación.

—¿Os importaría si hago fotos de los documentos que tengáis? Solo para llevarles una copia a mis abogados. Vosotros os quedaríais con los originales, por supuesto. —Me apresuro a añadir.

El señor Mitchell se pone en pie y luego se detiene para mirarme con una década de desconfianza acumulada.

—¿Cómo sabemos que de verdad eres la hija de Erik? Podrías ser periodista y, en ese caso, ya he dicho más de la cuenta.

Apartándome un mechón de pelo detrás de la oreja, saco la cartera y le entrego el carné de conducir. Él lo coge en silencio y lo estudia; sus ojos van de la foto a mi cara mientras yo hago una búsqueda en internet. Tras un par de clics, encuentro una imagen de hace unos años en la que aparecemos mi hermana, mi padre y yo en algún evento corporativo.

—Aquí. —Le deslizo el teléfono—. Hay un millón de razones para no fiarse de nadie ni de nada relacionado con Lane Enterprises, y entiendo perfectamente vuestras dudas. Solo espero que esto ayude, aunque sea un poco, a arreglar las cosas.

El señor Mitchell gruñe y le pasa el teléfono a su mujer, que se ajusta las gafas mientras se seca las comisuras húmedas de los ojos.

—Gracias por venir, Briar.

Alargo el brazo por encima de la mesa del comedor y, cuando me devuelve el teléfono, aprovecho para apretarle la mano.

—Siento haber tardado tanto.

—No te disculpes, pequeña. Tu padre hizo todo lo posible por mantener esto en secreto, así que entiendo que no hubieras podido venir a visitarnos mientras él seguía vivo. —El hombre besa a su mujer en la parte alta de la cabeza—. Ahora déjame buscar esa

prueba de paternidad… Y supongo que también querrás ver la carta que ella nos dejó, ¿verdad?

Capítulo 42

Briar



—¿Qué echas de menos de cuando competías? Ya sabes, de tus días como campeón de rodeo y todo eso.

—Las lesiones seguro que no. —Mi vaquero hace una mueca—. Por suerte, nunca me pasó nada grave como a otros chicos. Un par de costillas rotas, algunos músculos desgarrados… Pero había noches en las que alguien entraba en el cuadrilátero esperando ganar un cinturón y, en lugar de volver a casa después del espectáculo, acababa en cuidados intensivos.

—Sinceramente, no sé cómo podías hacerlo. —Apoyo la cabeza sobre su amplio pecho, y el latido de su corazón bajo mi oído me resulta extrañamente reconfortante.

—¿No te gustaría que siguiera siendo ese tipo? —Sus dedos juegan con mi pelo mientras estoy acurrucada a su lado, y hay algo tenue y vulnerable en esa pregunta, una pequeña rendija abierta a las complejidades de Stôrmand Lane—. Ese por el que babeas viendo vídeos como una adicta.

El tono burlón de su voz no consigue ocultar que realmente quiere saberlo.

—En absoluto. —Levanto la cabeza para que nuestras miradas se encuentren, alargo la mano y le acaricio los labios con los dedos—. Me gusta más este hombre.

Storm enrosca un mechón de mi pelo entre los dedos, pensativo, y me besa suavemente las yemas.

Todo mi cuerpo se derrite.

Lo quiero más de lo que creía posible.

—Echo de menos la sensación de familia que había en la gira…; éramos un grupo muy unido. Viajábamos juntos y nos apoyábamos mutuamente. Nunca había sentido algo así, pero me lo quitaron casi de la noche a la mañana después de la muerte de Tegan.

Mientras habla, observo el movimiento de su garganta y siento la vibración de su voz recién despierta; me quedaría aquí para siempre si pudiera. A pesar de todos los dolores del pasado, hemos conseguido seguir adelante incluso en los días en los que parecía imposible.

—No los culpo —añade Storm—. Seguro que los patrocinadores, los representantes y todo lo que rodea a una carrera profesional les presionaron muchísimo. No tenía sentido arrastrarlos conmigo cuando el circuito profesional decidió que yo ya no encajaba en su

sistema, así que fue más fácil desaparecer, borrarme por completo del mapa.

Me duele el corazón por él; odio que las acciones de alguien a quien apenas conocía le arrebataran su carrera.

—Ojalá hubieras tenido a alguien a tu lado.

—Beau estuvo ahí, incluso cuando yo me comportaba como un capullo que no merecía ni un minuto de su tiempo. Por eso haría cualquier cosa por él. Fue de los pocos que siguieron en contacto conmigo, aunque era el más famoso de todos y podía haber pagado un precio muy alto por ello. Beau vino a verme, durmió en ese sofá de mierda y se aseguró de que no acabara abrazado a una pistola cargada, a una botella o a mis propios pensamientos oscuros.

Permanecemos tumbados en silencio un rato mientras sigo las líneas del tatuaje que le recorre el lateral del cuello y él continúa jugueteando con mi pelo.

—Una vez compré pastillas —susurro una confesión que nunca le he contado a nadie—. Unos seis meses después de la boda, estaba sentada en la bañera a las tres de la mañana y me bebí media botella de vodka… Pero no fui capaz de seguir adelante. Creo que llegué a tragarme dos pastillas y luego acabé llorando hasta quedarme dormida.

Storm emite un sonido suave y aterciopelado que me recorre entera. Es cálido, reconfortante y, mientras esa vibración se expande como una oleada tibia, me estrecha con más fuerza entre sus brazos. Rodeada por su pecho y encerrada con seguridad en aquellos brazos poderosos, el dueño de mi corazón inspira hondo por la nariz.

—Me alegro de que sigas aquí, cariño.



—¿Estás segura de que la propiedad de Crimson Ridge es intocable? —Casi he desgastado las baldosas de esta lujosa cocina de tanto ir y venir mientras hablo con Clara por teléfono.

Me importa una mierda que Antoine o Crispin puedan estar grabando o escuchando toda esta conversación; de hecho, me alegra que oigan lo que mi abogada tiene que decir. Solo añade más peso al hecho de que, aunque amenacen con borrar mi nombre de todo lo relacionado con Lane Enterprises —de donde no pienso aceptar ni un céntimo a partir de ahora—, tengo la tranquilidad de saber que no pueden tocar mi hogar.

—No, Briar. Está completamente a salvo; esa propiedad, de hecho, siempre ha estado a tu nombre. Nunca perteneció legalmente a tu padre. Puedo ver en los documentos que tengo delante que el fideicomiso fue creado poco antes de tu nacimiento por Jan e Ingrid Lane.

—Mis abuelos. —Exhalo con un temblor en la voz.

—Sí, dejaron la propiedad de Crimson Ridge registrada en un fideicomiso a tu nombre; legalmente, tú eres la propietaria. Pero hasta que cumpliste los dieciocho años, tu padre figuraba como responsable legal… Ya sabes, por ser menor de edad.

—Así que me estás diciendo que mi padre me lo ocultó.

—No quisiera hacer suposiciones…

—Me lo ocultó. —Asiento para mis adentros mientras observo el fantasma de mi reflejo en el cristal que da a la piscina.

—Parece que no le interesaba que supieras de su existencia.

—Esas son palabras elegantes de abogada para decir: «Tu padre era un gilipollas de primera categoría».

Clara se ríe y no responde.

—Bueno, ya sabemos que le gustaba esconder cosas, así que esa es la situación.

—¿Cómo te encuentras con todo esto? Recuerda que estoy aquí si necesitas preguntarme cualquier cosa.

Mientras habla, oigo abrirse la puerta principal y unas voces resonando sobre las baldosas pulidas.

—Bien, ya están aquí. Vamos a hacer esto. ¿El coche está esperándome? —Me muerdo el interior del labio y bajo un poco la voz.

—El conductor está aparcado fuera. Si intentan algo, tengo a mi contacto de la comisaría local haciendo una patrulla de rutina por tu calle, y pueden estar en la casa en cuestión de minutos.

—Solo asegúrate de que la detenida no acabe siendo yo.

—A menos que los muerdas de verdad, todo irá bien —dice Clara sin alterarse—. Aunque, pensándolo mejor, haz lo que quieras; estoy segura de que puedo convencer al juez de que tropezaste y caíste con los dientes por delante.

Exhalo despacio, pongo el teléfono en altavoz y lo dejo sobre la encimera blanca y reluciente, exactamente en el mismo lugar donde dejé las pruebas de la descarada infidelidad de Antoine hace un par de meses.

Mientras observo cómo entran mi futuro exmarido y mi hermana, me obligo a esbozar la sonrisa más falsa de la que soy capaz dadas las circunstancias.

—Briar, esto tiene que ser rápido. Tengo reuniones toda la tarde. —Antoine ni siquiera levanta la vista del teléfono. Mi hermana entra detrás de él; es evidente que sigue llevando el palo bien clavado en su huesudo culo.

—Oh, no te preocupes, no tardaremos nada. De hecho, yo también tengo una reunión con mi abogada dentro de poco, así que lo mejor para todos es que vayamos al grano.

Lanzo un vistazo rápido al teléfono; el nombre de Clara sigue iluminando la pantalla porque continúa escuchando.

Cris pone los ojos en blanco.

—Típico de Briar. Todo tiene que girar en torno a ti, eres una histérica. ¿De verdad era necesario que viniéramos hasta aquí para esto, sea lo que sea? —Deja el bolso sobre la encimera y se ajusta la coleta. Mi hermana lleva un conjunto color crema de sujetador deportivo y mallas de diseño. Un uniforme digno de una pija de Los Ángeles.

Ignorando su comentario, recojo uno de los montones de papeles preparados delante de mí.

—Antoine, necesito tu firma en estos documentos, por favor. —Deslizo hacia él los papeles del divorcio con sus notas adhesivas y un bolígrafo—. Crispin, no quiero ni necesito nada de ti, pero esto debería ayudar a que no tengamos que volver a cruzarnos jamás: aquí tienes mi comunicado y la notificación legal ya enviada al consejo de Lane Enterprises.

Recojo el segundo montón de papeles y se lo entrego.

En mi cabeza empieza la cuenta atrás.

Cinco.

Cuatro.

Antoine arruga la nariz y levanta varias páginas con un dedo antes de dejarlas caer de nuevo; luego me dedica una mueca.

Tres.

Crispin hojea los primeros párrafos de sus papeles y se echa a reír.

Dos…

—¿Me estás jodiendo? —escupe Antoine—. Ya te dije que este matrimonio no será más que el trato comercial que me prometió tu padre. No pienso firmar esto.

—Eres la puta más estúpida del mundo. —Mi hermana niega con la cabeza—. ¿Cuál es tu plan? ¿Volver corriendo a las montañas, revolcarte con nuestro tío y tener hijos con él como una puta paleta? No podrás escapar de los titulares.

Me dedica una sonrisa espantosa, y Antoine hace lo mismo. Su expresión se deforma poco a poco en esa mueca que me deja claro que tiene preparadas las amenazas y que pretende volver a ponerme en mi sitio.

Esta vez no, imbécil.

—Aquí tenéis vuestro titular. —Le doy la vuelta a la primera página del tercer montón de documentos y les entrego una copia a cada uno—. ¿Qué os parece algo escandaloso como: «El fundador de Lane Enterprises acosó a una menor, la dejó embarazada y luego se negó a reconocerla tanto a ella como al bebé»?

Apenas miran los papeles antes de clavarme la vista encima.

—Oh, sí, aclaremos ese pequeño detalle, ¿verdad, Cris? Seguiste el ejemplo de papá difundiendo esos rumores de mierda de que Tegan Mitchell estaba embarazada, aunque sabías bien que el bebé nació antes de que ella muriera.

Interpreto su silencio como mi oportunidad para continuar.

Esta vez saco las copias de la fotografía que muestra a mi padre con el brazo alrededor de la cintura descubierta de una adolescente muy joven. Sonríe a la cámara con sus catorce años recién cumplidos, rizos rubios, carmín rojo y un lunar inconfundible sobre el labio superior.

—¿O qué tal esto?: «Erik Lane abusó de una menor: encubrió su depravación colocando a la chica delante de su hermano cuando estaba borracho, solo para poder utilizar la excusa de que era la esposa de Stôrmand Lane y mantenerla escondida en su apartamento».

Cris se pone roja como un tomate.

A Antoine se le podría reventar una vena a juzgar por su aspecto.

—¿Alguien necesita sentarse? ¿Queréis un vaso de agua? —Sonrío mientras ladeo la cabeza.

—¿Qué mierda es esto, Briar? No pensaba que fueras a rebajarte a inventarte mentiras escandalosas. Deberían encerrarte. —Por fin mi hermana recupera su lengua viperina.

—No. Lo que estoy haciendo es daros la oportunidad de no acabar en la cárcel por encubrir a un violador.

Respiro hondo y me aparto el pelo hacia atrás.

—Tegan Mitchell no especificó a quién se refería en la nota que dejó, y le vino muy bien a nuestro padre que todo el mundo asumiera que era su marido quien la había llevado a quitarse la vida, aunque solo estuvieran casados sobre el papel.

Golpeteo los archivos que tengo delante y atravieso a mi hermana con una mirada imperturbable.

—Resulta que era a nuestro padre a quien se refería en la nota. No me extraña que tuviera tanta prisa por encubrir todos esos

detalles sórdidos. Quizá ella no pensaba con claridad cuando escribió algo tan ambiguo, quizá seguía teniendo miedo y por eso no lo señaló directamente, o quizá simplemente intentaba proteger a su recién nacido de su propio padre. Sea como sea, a sus padres sí les contó toda la verdad para intentar justificar el dolor que sufrirían.

El aire es tan espeso aquí dentro que podría cortarse con tijeras.

—Dudo que queráis revisar ahora mismo toda esta documentación, pero le he pedido a mi abogada que os la envíe por correo electrónico para que podáis disfrutarla en un momento más conveniente. Aunque, Cris, tú conoces bien estos papeles, ¿verdad? Sabes perfectamente que el hijo de Tegan Mitchell nació antes de que ella muriera. Y, aunque no quiero hacer suposiciones, dudo que necesites leerlos, porque eras plenamente consciente del empeño de nuestro padre en mantener la versión de que seguía embarazada cuando murió.

—Con esto no vas a conseguir el divorcio, Briar. Puedes cargarte tu fortuna si quieres, pero yo sigo teniendo derecho a las conexiones con Lane Enterprises que me da tu maldito apellido en nuestro certificado de matrimonio.

Antoine se apoya en la encimera, mirándome con los ojos entrecerrados.

Me enderezo y le sostengo la mirada.

—De hecho, sí. Porque Montgomery Media organizaba los eventos corporativos que, por alguna extraña razón, siempre incluían actuaciones de cierto equipo de animadoras de instituto. No es solo que mi padre acosara a Tegan Mitchell cuando todavía era menor de edad; es que la agencia de tu familia se aseguró de que pudiera salirse con la suya delante de todo el mundo.

Me fulmina con la mirada.

—Eso es mentira. No puedes demostrar nada.

—¿Los pagos realizados directamente desde Montgomery Media a la cuenta bancaria de una niña de catorce años te parecen prueba suficiente? ¿Y las transcripciones de mensajes y correos electrónicos? Puede que Tegan fuera joven, pero era lo bastante lista como para guardar pruebas.

Antoine maldice entre dientes y los nudillos se le quedan blancos contra la encimera.

—Eres una cerda asquerosa.

—Y tú eres un puto infiel que va a concederme el divorcio ahora mismo. Vas a firmar esos papeles; de lo contrario, mi abogada enviará su propia nota de prensa a los medios… —Miro la hora en la pantalla del teléfono—. Ah, dentro de unos diez minutos, más o menos. Si he calculado bien las zonas horarias, debería llegar justo a tiempo para los titulares de la tarde en todo Reino Unido y Europa, implicando a Montgomery Media en una red de prostitución infantil y en la posterior muerte de Tegan Mitchell.

Me cuelgo el bolso al hombro y recojo las copias restantes de las pruebas, que ni siquiera necesito enseñarles.

—Pero ¿qué voy a saber yo? Solo soy una zorra estúpida, ¿no?

—Papá se arrepintió de haberte tenido. —Mi hermana escupe su última dosis de veneno, pero ya no me afecta. Estoy demasiado cansada.

—Teniendo en cuenta que llevó a una joven a quitarse la vida, coaccionó a su propio hermano para que se casara mientras estaba bajo los efectos del alcohol, y se negó a reconocer a un hijo que era suyo…, me importa una mierda lo que pensara de mí.

—Los Mitchell firmaron un acuerdo de confidencialidad. Haré que pasen por el juicio más doloroso y caro que se me ocurra si dicen una sola palabra. —Cris está casi morada viendo cómo Lane Enterprises se derrumba a su alrededor.

—Oh, ellos no van a decir nada. Pero el consejo directivo de la empresa ya ha sido informado y notificado de mi último acto como accionista principal. Han aprobado un nuevo fideicomiso y pagarán inmediatamente mis acciones. También expliqué que papá me comunicó personalmente que quería abonar con carácter retroactivo los beneficios de las acciones correspondientes a los últimos diez años… Ya sabes, como contribución a la importante labor de las agencias de adopción de todo el país. Está todo detallado en la página cinco.

Cris pasa las hojas hasta llegar a la parte donde aparece la donación anual de siete cifras, junto con la cantidad total del pago retroactivo de la última década.

—Puede que tú y papá le hayáis arruinado la vida a nuestro hermano, pero me alegra saber que, al menos, tendrá estabilidad económica. Y estoy convencida de que ese chico vivirá una vida mucho más sana y tranquila sin saber absolutamente nada de su conexión con los Lane.

Mientras hablo, observo cómo Antoine se inclina sobre los documentos, bolígrafo en mano, aunque todavía sin decidirse a firmar en las líneas marcadas.

—Mira, Antoine… Podemos hacer esto ahora, con unas firmas rápidas, o podemos despedazarnos en una guerra pública. Piénsalo así: dame mi libertad y tú serás libre de ir a restregarle tu miembro diminuto a tantas *socialites* de los Hamptons como quieras, y de

codearte con todos sus papis del club de la Ivy League hasta pescar alguna mujer florero dispuesta a quedarse felizmente sentada en esta casa haciendo el papel de ama de casa de Los Ángeles.

Parece a punto de replicar, pero entonces mira el reloj.

—Bien. Vuelve corriendo a tu jueguecito incestuoso.

Riéndome, me cruzo de brazos.

—No espero que lo entiendas, porque nunca te ha importado nada ni nadie aparte de tu gigantesco ego. Así que no; lo que voy a hacer es vivir mi vida. Voy a hacer algo bueno en este mundo, y voy a hacerlo junto a un hombre que me apoya y me entiende mejor después de compartir con él unas semanas que vosotros en veintiséis años.

Le arranco los papeles en cuanto termina de firmar la última hoja y compruebo rápidamente que tengo todo lo que necesito.

Mi hermana ha permanecido en silencio todo este tiempo, y, cuando la miro, se abalanza hacia mí llena de rabia, rodea la encimera de la cocina y me cruza la cara de una bofetada.

—Desaparece de mi vida, Briar. Eres lo peor que me ha pasado jamás. —La voz le sale temblorosa, aguda y chillona.

El golpe me provoca un sarpullido ardiente bajo la piel. Escuece como el demonio y me deja la cabeza dando vueltas.

En este mausoleo de mármol y cristal podría oírse el vuelo de una mosca.

—¿Estás bien, Briar? —La preocupación en la voz de Clara atraviesa el silencio desde el altavoz.

—Estoy bien, gracias, Clara. Lista para el chófer. —Frotándome la mandíbula con la mano libre, miro a mi hermana sin un ápice de ira.

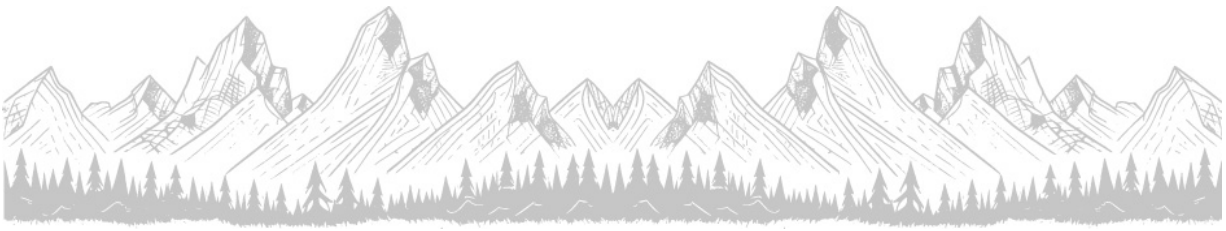
Solo siento lástima por la infelicidad que ha decidido alimentar dentro de sí durante todos estos años.

—Crispin, espero no volver a verte en lo que me queda de vida, pero hazme un favor y ve a terapia… o, mejor todavía, ponte a cortar leña.

Giro sobre mis talones y camino a grandes zancadas hacia la puerta principal, sintiendo cómo el peso de los últimos años de mi vida se desvanece con cada paso que me acerca al brillante sol del mediodía.

Por primera vez en mi vida, soy oficialmente libre.

Un temblor de ansiedad me sacude en lo más profundo del pecho mientras acaricio el brazalete que todavía llevo en la muñeca; solo espero que el hombre al que abandoné haya seguido esperándome todo este tiempo.



Capítulo 43

Storm



Abro el grifo y coloco con cuidado el vaso bajo el chorro de agua, sujetando los tallos de las flores a un lado para que los pétalos delicados no se estropeen.

Todavía huele a pintura aquí, junto al fregadero. Las encimeras ya no están llenas de manchas y grietas; las sustituí por unas nuevas de madera pulida que quedan un millón de veces mejor.

Hasta cambié el sofá horrible.

El baño sigue en mi lista de tareas pendientes, pero el verano está a la vuelta de la esquina y Beau llegará en cualquier momento para supervisar los avances en su rancho, así que no tengo demasiado tiempo para seguir trabajando en la cabaña.

Cierro el grifo y vuelvo a la mesa de madera —lijada y aceitada en el mismo tono que las encimeras—; dejo las flores exactamente

donde ella solía ponerlas.

Las flores de primavera cubren el paisaje como una alfombra alegre, pero sus colores vivos se me clavan en el estómago y me recuerdan que hace semanas que se marchó.

Y en todo ese tiempo no he sabido nada de ella.

La realidad pesa y me retuerce el estómago: puede que Briar no vuelva jamás.

No nos hicimos promesas. Espero que haya dejado a su asqueroso ex y quizá incluso el país. Se merece vivir su vida y ser libre lejos de los designios de mi hermano. A veces, cuando estoy tumbado en la cama por la noche enviándole esos mensajes que abre y lee al instante pero nunca responde, me imagino que estará recorriendo galerías de arte en París o paseando en una vespa por Roma o haciendo cualquier cosa parecida.

Luego empiezo a perderme en pensamientos oscuros sobre una interminable fila de tíos guapos ofreciéndose a hacerle de guía turístico, y eso me hace plantearme seriamente comprar un billete a Los Ángeles solo para intentar averiguar dónde está.

Nunca había sentido ganas de volver a esa maldita ciudad, pero por Briar me subiría a un vuelo directo sin pensármelo.

Me paso las manos por el pelo, recorro los pocos metros que me separan de la cocina y apoyo el culo en la encimera. Tengo una cantidad absurda de trabajo pendiente, mensajes de Beau a los que responder y una reunión programada con Lucas Rhodes sobre los caballos de su rancho.

Pero, en lugar de ponerme manos a la obra, me quedo mirando el sofá. Es un sustituto mucho más cómodo para la porquería que tenía antes, pero no puedo evitar pensar en Briar cada vez que lo miro.

La acaricio mientras ella frota su dulce coño contra mi muslo y nos besamos despacio, perezosos.

Mi brazalete en su muñeca me roza la clavícula y sus dedos tiran de mi pelo.

Le digo lo guapa que está y que es mi juguete perfecto; pero no le permito correrse, quiero llevarla hasta el límite.

Igual que ella está a punto de deshacerse, yo estoy a punto de confesarle cuánto la quiero.

Pero le succiono la lengua y gruño:

—Cabalga, cariño.

Briar me dedica una sonrisa y un gemido que es lo más bonito del mundo. Se inclina hacia delante contra mi boca al mismo tiempo que se desliza sobre mi polla, a horcajadas sobre mi regazo. Exactamente así es como quiero que sea cada puto día durante el resto de mi vida.

Es una tortura que cada rincón de esta cabaña me recuerde cómo era tenerla entre mis brazos. Juraría que puedo percibir su olor impregnado en las vigas de madera y en los muebles; de vez en cuando me llega un rastro de ella y me quedo paralizado.

En esos días amargos en los que estuve a punto de mandar toda cautela a la mierda e ir a buscarla, lo único que me detuvo fue saber que hacerlo solo empeoraría las cosas.

Si se despidió únicamente con una nota de dos palabras, no responde a nada de lo que le envío y no vuelve…, está bastante claro que no quiere que vaya tras ella.

No voy a forzar nada; esa chica se merece el derecho a tomar sus propias decisiones y, aunque me destroce pensar que está siguiendo adelante con su vida, también soy muy consciente de que puede encontrar algo mejor que un tipo como yo.

Aun así, soy un enfermo que sigue aferrándose a una pequeña chispa de esperanza, porque al menos Briar lee mis mensajes.

Los abre.

Eso tiene que significar algo…, ¿no?

—¿Storm? —El chisporroteo y la aguda estática de la radio atraviesan el laberinto de pensamientos en el que estaba perdido.

—Storm, ¿me recibes? —La voz de Layla llena la habitación.

Tras un par de pasos, cojo el auricular y respondo enseguida.

—Te recibo, Layla.

—Gracias a Dios. Te necesitamos en el rancho.

—¿Hay alguien herido? —Mierda. Me paso la mano por la nuca. Siempre he temido que le ocurra algo a Colt porque, con lo aislados que están, la ayuda médica tardaría demasiado en llegar.

—No, es uno de los caballos. Ha perdido una herradura.

Suelto una larga bocanada de aire. Al menos Colton Wilder no está desangrándose.

—No me des esos sustos, Layla.

—Bueno, en mi mundo esto sí es una emergencia. Winnie parece estar sufriendo, así que te agradecería muchísimo que trajeras tu culo hasta aquí ahora mismo.

La radio vuelve a crepitar.

—¿Por favor, Storm? ¿Por Winnie?

—Voy para allá. Déjala en el establo, procura que no se mueva demasiado y, si hace falta, véndale el casco hasta que llegue.

—Gracias. Sé que la dejarás perfecta.

—Llego enseguida.

Cuelgo la radio; no tengo tiempo para seguir pensando en la chica a la que echo de menos como si me hubiera arrancado el corazón para llevárselo consigo. Tengo demasiadas cosas pendientes, y esta visita al Rancho Devil's Peak probablemente me ocupe el resto del día.

Cojo la chaqueta, el sombrero, me calzo las botas y hago una pausa frente a la puerta.

Antes de salir, saco el teléfono del bolsillo y hago una foto rápida al jarrón con flores. No tengo tiempo para entretenerme ni para agonizar escribiendo un pie de foto, así que simplemente la subo a Instagram y la añado a la colección de imágenes diarias, aunque solo sea para intentar mostrarle a Briar que, aunque ella no esté aquí para verlo, este lugar siempre será su hogar.



Pongo la camioneta en punto muerto y salto a la grava del patio desierto. Cierro la puerta detrás de mí y voy directo hacia el granero, donde sé que Layla me estará esperando con Winnie, pero entonces oigo a alguien aclararse la garganta con brusquedad.

—Stôrmand.

Apoyado en la barandilla del porche de su lujosa propiedad, mirando hacia el rancho y a la cumbre de Devil's Peak, Colton Wilder me lanza una mirada que no consigo interpretar. O, más exactamente, que no tengo ninguna gana de interpretar.

—Ven aquí. —Me hace un gesto con la mano para que me acerque, y cuando se incorpora veo que sostiene dos cervezas en una mano.

—No es muy propio de ti tomarte una tarde libre, viejo.

Me contesta con un gruñido y una inclinación de cabeza.

—Siéntate conmigo un momento.

—Entiendo entonces que los caballos están perfectamente bien —refunfuño mientras subo el corto tramo de escalones flanqueado por piedra y madera de cedro. Me uno a él en una de las ridículas sillas de exterior gigantescas que tiene en el porche.

—¿Y cómo se suponía que iba a traerte hasta aquí si no? —Me pasa una cerveza, se deja caer hacia atrás con un suspiro y se recoloca la gorra sobre el pelo oscuro.

—Te has aprovechado de mi punto débil. Sabes perfectamente que subiría hasta aquí arrastrándome por la nieve si alguno de los caballos estuviera herido. Pensaba que solo el imbécil de tu hijo hacía ese tipo de bromas.

—Deja de quejarte y bébete la maldita cerveza.

Estiro las botas delante de mí y dejo el sombrero sobre el asiento de al lado para hundirme bien en los mullidos cojines.

Los dos nos quedamos en silencio, escuchando el crujido de los pinos movidos por el viento, mientras un largo trago de cerveza baja suave por la garganta.

Al final, Colt vuelve a aclararse la garganta.

Me giro hacia él y entrecierro los ojos.

—No hay ningún problema con los caballos y parece que tienes algo atascado en la garganta, ¿quieres escupirlo?

—Mira, no soy ningún experto…, pero, hablando como alguien que casi lo echa todo a perder solo por no ir detrás de ella…

El calor me sube por la nuca a toda velocidad.

—No tienes ni puta idea de nada, cariño. —Casi me termino la cerveza de un solo trago. Intento averiguar cuánto cree saber Colt.

—Bueno, lo que sí puedo decirte con absoluta certeza es lo horrible que es despertarte una mañana y darte cuenta de que has dejado escapar a alguien especial.

Vacío los pulmones y me paso una mano por la cara.

—¿Tan evidente es?

Sus ojos bajan un instante hacia mis nudillos.

—Storm, tú y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Y en todos estos años, aparte de esos malditos caballos, nunca te he visto preocuparte de nada ni de nadie, ni siquiera de ti mismo.

Siento como si un elefante se me hubiera sentado encima del pecho, y me obligo a dar otro trago de cerveza.

—Duele como el demonio. No sé mucho, pero estoy convencido de que el amor es un hijo de puta. —Se inclina hacia delante con los codos apoyados sobre las rodillas.

—Sí, bueno, es un hijo de puta y juega sucio.

—¿Va a volver?

Me paso una mano por el pelo.

—No lo sé.

—¿Has sabido algo de ella?

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? —gruño.

Colt se rasca la barba y me estudia en silencio.

—No pienso dejar que te pudras en esta montaña por cometer el mismo error que casi cometí yo.

—Sí, bueno, a ti te resultó fácil.

Suelta una carcajada.

—Sí. Facilísimo.

Yo mismo le vi vagar deprimido por el rancho durante casi medio año antes de decidirse a ir a buscar a su chica, así que sé perfectamente que entiende esa sensación de vacío constante y de corazón a punto de estallar.

Pero no quiero admitir que ya no sé cómo seguir respirando sin ella.

—Como alguien que estuvo a punto de perder lo mejor que le ha pasado en la vida, te lo digo muy claro: si tienes la más mínima idea de dónde está, ve a buscarla. —Colt hace girar la botella entre las manos mientras habla en voz baja.

Tirándome del pelo, cambio de postura.

—No sé nada de estas cosas, Colt. Ponme encima de un toro y puedo aguantar e incluso intentar no matarme. Dame caballos y puedo clavar herraduras y trabajar todo el día. ¿Quieres que arree ganado? Lo haré con un brazo atado a la espalda y montando un caballo cojo.

Dejo la botella casi vacía sobre la mesa, me crujo los nudillos y me inclino hacia delante. El estómago se me revuelve cuando por fin digo en voz alta lo que llevo semanas tragándome.

—¿Y si no quiere lo que tengo para ofrecerle? ¿Y si la razón por la que se fue es que lo jodí todo?

Él sigue mirando la cerveza, como si estuviera reviviendo su propia experiencia en este infierno del que yo no consigo salir.

—¿Crees que hiciste algo? —pregunta al fin Colt.

Odio no poder responder a eso. Lo que viví con Briar fue tan intenso y estaba tan entrelazado con su propio proceso de descubrir quién era… Me he hecho esa misma pregunta demasiadas veces mientras daba vueltas en la cama noche tras noche. Me he despertado empapado en sudor tras pesadillas en las que acababa haciéndole daño de algún modo. Tal vez fui demasiado brusco con ella, demasiado exigente, demasiado desesperado.

Me aclaro la garganta y consigo responder:

—No lo sé, pero quizá estoy condenado a acabar solo… Sea como sea, ¿cómo coño voy a saber qué hacer?

Colt se encoge de hombros, como el inútil que es.

—No lo sabrás si no lo intentas.

—¿Tenéis hambre, chicos? —Una voz suave nos interrumpe. Layla, la mentirosa, aparece por fin.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—No pienso volver a responder a la radio cuando haya una emergencia de verdad.

—¿Cómo? —Me mira con esos ojos verdes en los que no hay ni rastro de arrepentimiento. Su mirada, cargada de curiosidad, salta rápidamente entre Colt y yo, intentando calcular cuánto hemos hablado. Si Colt sabe lo de Briar, entonces está claro que ella también.

—Winnie no se merecía que la arrastraras a tu red de mentiras, Layla. —La fulmino con la mirada y ella me devuelve una sonrisa radiante, sin ninguna disculpa.

Se acomoda en el reposabrazos de la silla de Colt y enseguida le roba la cerveza para darle un sorbo.

—¿Puedo compensártelo con una cena?

Intento pensar en una excusa para largarme; lo último que me apetece es pasarme la noche viendo a estos dos tortolitos.

—No finjas que no tienes hambre. Sé cómo comes. Quédate un rato; incluso hay una cama si quieres pasar aquí la noche —dice Colt.

—Qué acogedor, ¿no? ¿Cómo funciona eso? ¿Tú y Kayce bajo el mismo techo? ¿No le resulta incómodo? —Levanto una ceja.

Layla se ruboriza al instante.

Me lo tomo como un sí.

Estos dos no parecen capaces de pasar más de cinco segundos sin tocarse, así que no me sorprende lo más mínimo.

—En realidad vivimos arriba, en la cabaña de la colina, pero noches como esta nos quedamos aquí, en la casa principal. —Colt se pone de pie—. Kayce va a pasar unos días en Crimson Ridge. Está entrenando en el rancho de Rhodes.

—Me alegro. Le vendrán bien unas cuantas montas de bronco salvaje antes de que empiece la temporada.

—Vamos, a ver qué encontramos para darte de cenar. —Layla me da una palmada en el hombro cuando pasa junto a mi silla—. ¿Te importa ayudar cortando unas patatas?

—Mientras no me preguntes nada, encantado.

—Perfecto. Layla frunce los labios, aunque la expresión se le suaviza un poco—. Solo voy a decirte que, si necesitas ayuda para comprar el próximo vuelo disponible, aquí me tienes. Dame la señal y te llevo al aeropuerto más rápido que un bombero.

A mi habitual ceño fruncido responde con una sonrisa que deja claro que conoce todos mis secretos.

Colt y Layla entran en la casa, pero yo me quedo fuera un momento más antes de seguirlos. El wifi aquí es una mierda, aunque a veces funciona en el porche, y hoy parece que tengo suerte, así que saco el teléfono para revisar los mensajes.

Paso de largo las notificaciones de Beau, otras consultas de trabajo y los comentarios idiotas en mis publicaciones de redes sociales.

Solo busco un nombre.

Solo abro una conversación.

Y confirmo lo que ya sabía.

No hay respuesta.

He cometido demasiados errores en mi vida. No voy a destrozar la de Briar por egoísmo. Aun así, ella leyó mi último mensaje y, si lo leyó, entonces también vio las fotos diarias que le envío de la cabaña, de las flores y de todas las cosas que haría por ella si me dejara cuidarla para siempre.

Jesús. Quizá Colt tenía razón y necesito ir a enfrentarme a la realidad con mis propios ojos. ¿Cuánto tiempo más voy a seguir sentado aquí sin saber nada?

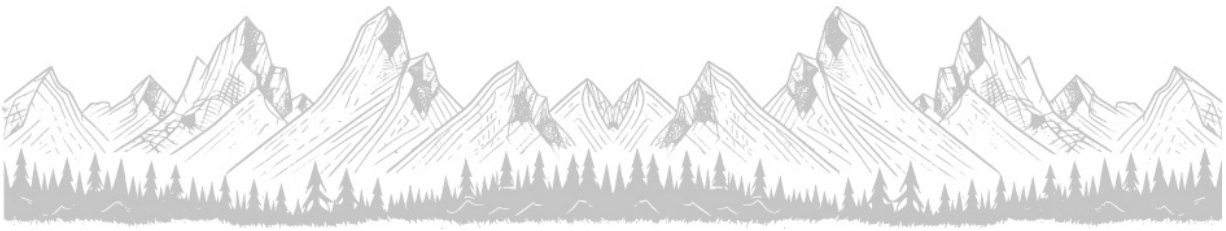
Bloqueo la pantalla del teléfono, me lo guardo en el bolsillo trasero y, mientras me quito las botas junto a la puerta, ya estoy gritando:

—Layla.

Ella asoma la cabeza desde la cocina y una sonrisa enorme le ilumina la cara al reconocer mi ceño fruncido y mi expresión decidida.

—¿Vamos a recuperar a la urbanita? —La emoción hace brillar sus ojos verdes.

—Que cocine él… —La agarro por los hombros y la conduzco hacia el despacho y el ordenador de Colt—. Necesito que me ayudes a reservar un vuelo.



Capítulo 44

Storm



La grava cruje bajo los neumáticos mientras derrapo hasta detenerme frente a la cabaña. Voy a tener que darme prisa si quiero llegar al aeropuerto a tiempo para coger este maldito vuelo.

Ni siquiera me molesto en sacar las llaves; salgo disparado de la camioneta y me niego a perder el segundo extra que me costaría cerrar la puerta detrás de mí. Solo necesito coger algo de ropa limpia; ya resolveré el resto más tarde.

Sin embargo, justo cuando estoy a punto de entrar, veo a través de la ventana un parpadeo de llamas. El humo llena el aire, bajo y denso porque el frío lo aplasta contra el suelo.

Mierda.

La cabaña.

El instinto me impulsa hacia los dos escalones, con el corazón en la garganta. ¿Me dejé algo encendido? ¿Un cortocircuito?

Jesús. Por favor, no. No puedo perder esta cabaña. Es su hogar. ¿Qué coño voy a hacer si pierdo este lugar que guarda entre sus paredes los mejores recuerdos de mi maldita vida?

No puedo soportar perder a Briar y todo lo que vivimos aquí.

Sin pensármelo dos veces, atravieso la puerta a ciegas dispuesto a apagar el fuego yo mismo. Espero no tener que llamar por radio al equipo de rescate de montaña mientras veo la cabaña arder como una cerilla; sería una pesadilla de la que no sabría recuperarme.

Reviento la puerta y ya voy a mitad de camino hacia la cocina para abrir el grifo y buscar algo con lo que sofocar las llamas cuando mi cerebro por fin procesa la escena que tengo delante.

Unos ojos marrones encuentran los míos desde el otro lado de la estancia.

Está acuclillada frente a la chimenea, con un par de astillas preparadas para añadirlas al fuego creciente, cuya luz anaranjada le baña la piel con un resplandor suave.

Dios mío.

Justo ahí, en ese instante, casi caigo de rodillas.

No sé cuál de los dos se mueve primero. Chocamos en algún punto en mitad de la habitación y, cuando Briar se lanza hacia mí, la atrapo a mitad del salto, rodeándome con sus brazos y piernas.

—Pensé que te habías ido, que te habías cansado de esperar. No estabas aquí y el lugar se sentía tan frío... —La voz y el cuerpo le tiemblan, quebrados por los sollozos, mientras sus lágrimas húmedas me rozan el cuello.

Me quedo sin palabras, abrazándola tan fuerte que quizá ni siquiera pueda respirar, porque creo que yo tampoco puedo hacerlo.

—Cariño… —La voz se me rompe. La cabeza me da vueltas—. No es una forma muy educada de pedirme que te folle eso de colarte aquí por las noches. —Las palabras me salen como un graznido.

El dulce cuerpo de Briar se queda quieto un instante, todavía con la cara enterrada en el hueco de mi cuello, antes de empezar a temblar… esta vez de risa.

—Dios, cuánto te he echado de menos. —Tiene los labios carnosos y cálidos apoyados contra mi pulso acelerado—. Muchísimo. —Volver a sentir su calidez y su olor envolviéndome mientras me rodea la nuca bajo el ala del sombrero es el mejor regalo que podría haber imaginado.

—Has vuelto. —Respiro las palabras contra su pelo. No quiero que suene como una pregunta. Con todo mi cuerpo necesito que sea verdad. Lo digo como una plegaria, esperando que tenerla aquí, entre mis brazos, en nuestro hogar, signifique que ha venido para quedarse y que ya no tendré que volver a pensar en cómo seguir viviendo sin ella.

—En realidad, nunca me fui del todo. Me he pasado todo este tiempo soñando con estar aquí contigo. —Esas palabras susurradas encienden una esperanza luminosa dentro de mi pecho.

Giro nuestros cuerpos y la siento con cuidado sobre la encimera de la cocina. Por mucho que quiera ir directo al dormitorio y no volver a asomar la cabeza en un mes entero —para recuperar todo el tiempo que ha estado lejos—, tengo demasiadas palabras dando vueltas por mi mente. Están revueltas, enredadas y lejos de ser

elegantes, pero espero con toda mi alma que consigan expresar lo que ella merece oír.

—Lo sien… —empieza, pero la interrumpo enseguida. Le sujeto la mandíbula con las manos y apoyo el pulgar sobre sus labios.

—Dame un segundo. —Me quedo ahí, entre sus rodillas, viendo destellos breves y fugaces de los momentos que compartimos en esta casa; fragmentos, esquirlas de escenas que he reproducido miles de veces en mi cabeza durante las últimas semanas.

Tiene las mejillas sonrosadas y húmedas por todas las lágrimas que ha derramado hace un momento; los ojos le brillan, enrojecidos y desbordados de emoción. Tengo que tragar saliva para deshacer el nudo que se me forma en la garganta mientras llevo la otra mano hasta su rostro.

Con ambas manos, deslizo las yemas de los pulgares por sus mejillas para secar cualquier resto de humedad e inhalo la manera en que se relaja y empieza a respirar con más calma bajo mis caricias.

Briar parpadea y yo le sujeto el cuello con suavidad, recorriendo la curva de sus mejillas y apartándole los mechones sueltos de la frente.

Alargo la mano para quitarme el sombrero y dejarlo caer sobre la encimera; luego me inclino hacia delante hasta apoyar los labios en su frente. Ella exhala un aliento tembloroso y la caricia de ese aire me roza la nuez.

—Por si no había quedado claro. —Bajando la voz, me aparto un poco y le sostengo la mirada, esperando que entienda cuánto significa este momento para mí—. La vida sin ti es una tortura. —Le rozo las mejillas con los labios y Briar deja escapar un sonido suave

—. Por favor, quédate conmigo. —Beso—. Déjame formar parte de tu vida. —Beso—. Te amo con toda mi alma y estaré enamorado de ti para siempre, cariño.

Esta vez dejo que mis labios por fin encuentren los suyos. Es tan suave como la recordaba, tan delicada como un pétalo de las flores del jarrón junto a la ventana, dulce como el aroma que llena esta cabaña cada día. Llena de esperanza, Briar me devuelve el beso.

Siento cómo sus dedos se cierran alrededor de mis brazos, dándole a mi pecho la seguridad que necesitaba para terminar de expandirse.

Nuestras bocas se mueven juntas en una sincronía lenta, exploratoria; es como el primer beso que nunca llegamos a tener. Una caricia romántica y suave de labios húmedos y carnosos, digna de dos amantes que por fin consiguen cerrar la distancia y rendirse a la electricidad que crepita entre sus cuerpos. Y, aun así, no cambiaría nada de ninguno de los momentos en que he tenido la suerte de probar la dulzura de esta chica.

Ella vibra contra mi boca y yo saboreo el milagro total de este momento.

Ahora que por fin he podido besarla, mostrarle de verdad lo que esto significa para mí, es como si las palabras encontraran por fin su sitio y estuvieran listas para desbordarse.

Me aparto apenas unos centímetros, dejando que nuestras miradas vuelvan a encontrarse, y le levanto ligeramente la barbilla con el índice. El marrón profundo de sus iris parece más claro bajo el peso de la emoción. Le brillan los ojos, las pupilas se le dilatan un poco cuando vuelvo a acariciarle los labios, porque soy adicto a

tocarla, a sentir su calor, a tener a Briar Lane de nuevo entre mis brazos.

—Esta es la primera vez que me caigo de verdad —murmuro—. He salido volando del lomo de un toro y he mordido el polvo incontables veces, pero esto… esto me deja completamente rendido. Esta será la única vez que me enamore en mi vida, cariño. Eres tú. Tú eres todo para mí. Siempre has sido tú y, durante todo este tiempo, ni siquiera sabía qué estaba buscando.

Su pecho sube y baja mientras me mira con los labios entreabiertos.

—¿Puedo decir algo? —susurra, acompañando las palabras con la sonrisa más pequeña del mundo, y esa mirada sella mi destino, porque ya quería darle el mundo entero antes y ahora haría cualquier cosa por verla sonreír así todos los días de mi vida.

—Depende —gruño, aunque no por ella, sino por la agonía de no saber qué va a pasar en los próximos segundos—. Pero ten en cuenta que este idiota está muerto de miedo porque vayas a romperle el corazón, Espinita. Así que trátame con cuidado, ¿vale?

Deslizo la mano hacia abajo hasta coger la suya y apoyármela contra el pecho.

—Storm… —La expresión se le suaviza mientras busca mis ojos y, justo antes de que diga lo que tenía pensado, lo ve.

Baja la mirada hacia el lugar donde sujeto su mano con la mía, aferrándome a ella como si estuviera a punto de ahogarme. Briar vuelve a mirar y frunce el ceño.

—Espera… ¿Qué es esto? —Intenta liberar su mano de la mía pese a mi protesta; inclina la cabeza a un lado mientras lee lo que me hice tatuar para que el mundo entero lo vea.

—Eres tú, cariño —digo mientras sus ojos recorren mis nudillos, incapaces de creer lo que está viendo.

Las letras que me tatué de forma permanente solo para ella. Para tenerla siempre cerca.

Aunque nunca hubiera vuelto conmigo.

B-R-I-A-R.

—¿Cuándo te lo hiciste? —Sus ojos, muy abiertos, vuelven a encontrarse con los míos mientras me gira la mano para que yo pueda ver las letras que ya sé que están ahí.

—Unos cinco minutos después de que te fueras. —Me encojo de hombros y vuelvo a cogerle la mano para apretármela contra el pecho; queda atrapada bajo su nombre, justo encima de los latidos de mi corazón—. No sabía bien por qué ese espacio seguía vacío. No sabía que estaba reservado para llevar tu nombre, pero ahora comprendo por qué nada me parecía lo bastante importante como para grabarlo en la piel. Haría cualquier cosa que me pidieras, cariño… Te daría el mundo entero si pudiera… Y, aunque nunca hubieras vuelto, necesitaba llevarte conmigo. —La otra mano, la que tiene tatuado mi propio nombre, sube a envolverle la mandíbula.

—Te quiero. —Briar deja que las palabras floten entre nosotros, sin imaginar siquiera lo mucho que significa para mí oírlas.

—Lo que ves aquí…, esta cabaña, esta vida…, es todo lo que puedo ofrecerte, Briar. —La garganta se me cierra mientras intento detectar el menor indicio de duda en ella—. Sabes que no podré darte una familia propia si eso era lo que querías…

Sus labios se curvan y empieza a negar con la cabeza antes incluso de que termine la frase.

—Nada de eso importa. Nunca he querido nada más que ser feliz, y eso es exactamente lo que me das tú. Mucho más de lo que jamás creí posible.

Llevándome la mano a la boca, le beso las yemas de los dedos.

—Nadie me había dicho algo así nunca —admito.

—Menos mal. Espera… —Abre un poco más los ojos, como si hasta ella misma se asustara de la intensidad de su confesión—. Perdona, ¿está mal que sienta eso? ¿Es raro decirlo en voz alta? Te quiero muchísimo y no sé si soportaría saber que alguien tuvo tu corazón antes que yo. —La sonrisa más brillante se apodera de su rostro como el primer rayo de sol de la mañana.

—Puedes ser todo lo egoísta que quieras… Los dos sabemos que yo lo soy contigo. —Las comisuras de mis labios tiemblan mientras la veo sacar la lengua para humedecerse el labio inferior.

Nos quedamos ahí suspendidos, mirándonos el uno al otro mientras el crepitar del fuego y mi propio pulso llenan el silencio. Sé que, para mí, esto parece un sueño, y solo espero no despertarme.

—Sigo llevando el brazalete. —Lo dice en voz muy baja, casi insegura, mientras se muerde ese labio carnoso. Sus preciosos ojos vuelven a mi boca. Es como si no creyera que he estado a dos segundos de perder la batalla con mi autocontrol.

—Estás preciosa con cualquier cosa, Briar. —La voz me vibra en el pecho mientras dejo que la mano resbale hasta su garganta—. Pero especialmente con mi brazalete y mi tinta.

—¿Podemos añadir también el sombrero? —Los ojos le brillan mientras aprieto suavemente.

—¿Quieres ponerte mi sombrero?

Asiente deprisa.

—Es tu sombrero, es tu brazalete… Todo es tuyo, nena.

El pulso se me dispara.

—Dios mío. Ha quedado claro que te quiero, ¿verdad? —La voz me sale prácticamente como un gruñido.

Briar vuelve a asentir, con las pupilas enormes.

—¿Te gusta que te llame nena?

Si ya no estaba loco por esta chica, eso acaba de sentenciarme.

—Te quiero… Así que recuerda eso durante los próximos veinte minutos, más o menos, ¿vale?

—Por favor. Sí. —La respiración ya se le entrecorta y empieza a removerse inquieta.

Alargo la mano, cojo el sombrero del banco y se lo coloco sobre los rizos brillantes, sintiendo que acabo de tocar el cielo con las manos. Me tomo un momento para dejar que este instante me atraviese por dentro mientras la recorro lentamente con la mirada.

Mi chica. La mujer a la que no pienso soltar mientras me quede aire en los pulmones.

La levanto en brazos y siento que floto de felicidad por toda la cabaña.

Mis labios encuentran su oído y el escalofrío que le recorre el cuerpo entre mis brazos prende la chispa que llevaba esperando todo este tiempo.

—¿Lista para aprender algo, cariño?

EPÍLOGO

Briar



Nada se siente tan bien como volver a esta montaña, a los brazos de mi vaquero y al rancho Devil's Peak.

Es como si mis pulmones por fin pudieran expandirse del todo, y siento el corazón más ligero que nunca.

Esto parece un nuevo inicio en muchos sentidos; no podía borrarme la sonrisa de la cara mientras conducíamos bajo la calavera de buey colgante y el cartel que nos daba la bienvenida a la cima de Devil's Peak.

En un abrir y cerrar de ojos, Layla me interceptó para tomar un café juntas mientras Storm se ponía a trabajar con los caballos. Después de arrastrarme al interior —entre abrazos largos y cálidos que me hicieron derramar unas cuantas lágrimas por el alivio de

estar de vuelta rodeada de gente buena, amable y cariñosa—, me confesó los detalles del plan que había puesto en marcha.

Resulta que Layla Birch es una buena amiga, una tumba sellada, y había guardado nuestro secreto durante bastante tiempo —desde aquella noche en que todos salimos a cenar— y, si yo no hubiera estado en la cabaña esperándolo la otra noche, ya había orquestado un plan para asegurarse de subir a Storm a un avión y mandarlo a buscarme.

—Urbanita, yo pasé todo un invierno atrapada en esta montaña con un hombre prohibido… Créeme, reconozco las señales.

Pasamos horas hablando, y Layla me puso al día de todo lo que me había perdido. Está emocionada porque Sage va a volver a Crimson Ridge para unas últimas reuniones con sus nuevos clientes antes de mudarse definitivamente a principios de verano.

Casi no puedo creer que esté sentada en la isla de la cocina de un precioso rancho, haciendo planes para cuando llegue el calor, respirando con la tranquilidad de saber que mi vida me pertenece y que puedo hacer lo que quiera.

Tengo todo un futuro por delante y parece que será increíble.

Ahora Layla se ha marchado a caballo a la cabaña en la que vive con Colt, en una parte más aislada de la propiedad. Parece estar viviendo en todo su esplendor el sueño de cualquier vaquera. Kayce anda por algún sitio, y supongo que Colt también. Pero no he visto a ninguno de los hombres Wilder desde que llegué.

Aunque está de más decir que no me quejo de tener un momento privado para disfrutar del espectáculo de Storm trabajando duro.

Dios, verlo con las chaparreras me provoca algo que no sé ni cómo explicar.

¿Habré desarrollado una adicción a las chaparreras? ¿O será un fetiche? Sea lo que sea, haría cosas muy cuestionables para asegurarme de que acaben en el dormitorio en algún momento.

—¿Siempre te pones tan húmeda viendo trabajar a tu tío? —Storm está inclinado, con el martillo en una mano y el casco del caballo que está atendiendo en la otra. Mientras habla, levanta la cabeza lo justo para clavarme sus ojos azules y dedicarme una sonrisa traviesa.

—Cállate. Oh, Dios mío, no puedes decir esas cosas aquí. —Mis ojos recorren el granero de un lado a otro.

—¿Ah, no?

—No. —Siseo, estirando el cuello para asegurarme de que nadie pueda oír sus provocaciones.

Con un movimiento preciso, corta los restos de clavo que sobresalen del casco y lima los bordes hasta dejar la superficie lisa.

Lleva puesta una camiseta blanca, ceñida sobre sus anchos hombros, y con cada movimiento seguro de las herramientas me regala un auténtico espectáculo de pornografía de antebrazos.

Se le marcan los músculos; las venas y los tatuajes destacan desde los brazos hasta el dorso de las manos.

Se me seca la boca mientras lo observo sin disimulo. Me resulta increíble poder hacerlo, pero la sensación de que no debería sigue ahí… y, bueno, tengo que admitir que, por lo visto, eso todavía me pone más.

Storm deja el casco del caballo en el suelo con la herradura nueva y me atraviesa con una mirada cargada de intención. Me quedo atrapada en ese gesto penetrante mientras recoge otra herradura y el martillo sin romper el contacto visual.

Me estremezco, y Storm avanza hacia mí de inmediato, todavía con las herramientas en las manos.

—Enséñame la muñeca —dice, sin tocarme, pero recorriendo mi cuerpo con una mirada cargada de puro deseo, y eso aviva las brasas que ya ardían suavemente en mi interior.

Las manos me tiemblan un poco por la emoción. Me echo la manga del jersey hacia atrás y le enseño el brazalete de cuero. La prueba de que este hombre posee por completo mi corazón y mi alma descansa sobre mi muñeca.

Llevo puesto el brazalete.

—Mmm. Ya me lo imaginaba. —Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba.

—No podemos. Aquí no. ¿Y si alguien nos ve? —Retrocedo rápidamente mientras Storm sigue invadiendo mi espacio y, antes de que me dé cuenta, estamos dentro de la sala de arreos. Un intenso olor a cuero llena el aire y el pulso se me acelera frenéticamente.

—Solo me llevará un minuto.

La confusión y la excitación libran una batalla en mi interior, pero ya sé que este hombre podría pedirme cualquier cosa y que confío en él con cada fibra de mi ser para que me cuide. Incluso cuando corremos riesgos como este.

—Enséñame el coño.

Mis ojos se desvían hacia la puerta abierta de par en par a su espalda y niego con la cabeza.

—Storm, no.

—Llevas puesto el brazalete, ¿verdad? Quiero ver exactamente lo mojada que estás. Así que vas a bajarte los vaqueros junto con las bragas. Lo justo para que pueda verlo.

—Dios, nos vas a meter en un lío tremendo. —No hay manera de disimular cómo jadeo por él.

—Dice mi juguetito precioso, bien mojada. —Sus grandes manos aprietan las herramientas mientras señala un punto justo detrás de mí—. Ahora siéntate en ese potro y enséñamelo. Quiero ver ese dulce coño mío.

Tengo que tragar saliva antes de humedecerme los labios. Va en serio.

Con manos temblorosas, me bajo la cremallera, haciendo exactamente lo que me ha ordenado. Mientras la tela se amontona alrededor de mis muslos, un escalofrío me recorre al sentir el roce del aire frío contra mi piel caliente; noto la dureza de la superficie cuando me echo hacia atrás sobre el potro de madera, colocándome justo en la posición que él quiere. El corazón me late con ansiedad y deseo por tener cada migaja de su atención. Adoro que toda su intensidad esté centrada en mí.

Storm se agacha sobre los talones, pero todavía no toca ninguna parte de mi cuerpo. En cambio, se dedica a inspeccionarme de cerca.

Mierda. La excitación que hervía lentamente en mi interior se transforma en un incendio forestal. Aun así, no puedo evitar mirar hacia la puerta abierta cada dos segundos.

—Enséñamelo bien, cariño. —Su voz suena peligrosamente grave. Cuando vuelvo la mirada hacia él, sus ojos azules se han oscurecido y las pupilas empiezan a dilatarse.

Puedo sentirlo. Esa sensación húmeda y resbaladiza. ¿Por qué me parece tan absurdo que esto me excite tanto? Saber que no puede

apartar los ojos de mí, sin importar dónde estemos, me llena el pecho de una calidez extraña.

—Con las dos manos. Enséñame lo mojada que estás.

Se me escapa un gemido mientras hago exactamente lo que me pide.

—Oh, cariño, mira qué desastre. Mira el lío que has montado. Dios, te mueres por correrte sobre mi lengua y mi polla encima de este potro, ¿verdad?

—Por favor. —Me está volviendo loca, y él lo sabe bien.

Me lanza otra de esas miradas que me dejan al borde de derretirme allí mismo, en el suelo del granero, y luego se inclina hacia delante. Sin apartar esos ojos de los míos, Storm me tortura con una única lamida lenta hacia arriba entre mis labios abiertos, emitiendo un leve gruñido mientras se impregna de mi sabor.

Estoy completamente a punto de estallar; lista para suplicarle que me devore allí mismo y olvidarnos del riesgo de que alguien entre.

Pero él lee todo eso en la forma en que me retuerzo buscando su lengua cuando vuelve a acomodarse sobre los talones y me dedica una sonrisa traviesa.

—Buena chica. Ahora, a trabajar.

—Dios mío. ¿Por qué? —No. No puede dejarme así. Estoy temblando, desesperada, y la tentación de terminar lo que él ha empezado resulta insoportable.

Se pone en pie, y su sonrisa es directamente diabólica mientras me contempla allí subida, completamente perdida por él.

—Esto es por hacernos agonizar a los dos durante todo el día.



—Ven aquí, cariño. —La voz de Storm está espesa de deseo—. Todo el peso. Sin sujetarte. Mójame la lengua y ahógame con esa dulzura.

Me sujeta de las caderas y me arrastra sobre su boca, y yo pierdo la cabeza.

Apenas hemos conseguido cruzar la puerta. Mientras bajábamos de la montaña, tenía la sensación de estar a dos segundos de parar la camioneta y recrear nuestras escapadas al borde de la carretera. Pero algo me dice que él tenía una muy buena razón para asegurarse de que llegáramos a casa y cerráramos la puerta.

A estas alturas, tengo la esperanza de que vayamos a escondernos del resto del mundo durante unos cuantos días.

Tenemos mucho tiempo perdido que recuperar. O, al menos, muchos orgasmos pendientes, si las intenciones de Storm son exactamente lo que parecen.

Mientras su lengua presiona y se desliza por mi entrada, noto sus dedos recorriéndome desde abajo, recogiendo toda la humedad resbaladiza que empapa mi centro. Pero no me penetra como esperaba. Esta vez arrastra toda esa humedad hacia atrás y empieza a jugar allí. Traza círculos lentos y acompasa el movimiento con su lengua experta.

—Oh, Dios mío —gimo bastante más alto de lo que pretendía, mientras una oleada de calor me inunda las venas.

Miro hacia abajo y es muy sucio verlo lamerme mientras estudia de cerca mi reacción. Aunque el brazalete de cuero en mi muñeca le da permiso para usarme como quiera, mi vaquero nunca me empuja más allá de mis límites.

La verdad es que llevamos acercándonos poco a poco a esto desde que volví y, aunque no puedo negar que estoy nerviosa,

tampoco he dejado de imaginar cómo sería hacerlo con él.

No voy a fingir que no investigué un poco en internet una noche, después de un sueño particularmente intenso en el que él se hundía hasta el fondo dentro de mí, y, Dios santo, jamás me había despertado tan excitada.

—Quiero hacerlo. Te quiero a ti. Por favor. —Con una mano me sujeto al cabecero y, con la otra, le hundo los dedos en el pelo; echo la cabeza hacia atrás y simplemente me entrego.

Su boca obra milagros sobre mi coño y me convierte en un desastre tembloroso en cuestión de segundos.

Succionando y mordisqueando mi carne al ritmo de la presión de sus dedos, frota con más intensidad sobre esas terminaciones sensibles, dejando escapar un sonido salvaje cuando le doy exactamente lo que quiere mientras succiona mi clítoris: la espalda se me arquea y una oleada que brota de mí le empapa por completo la cara, pero hace tiempo que aprendí que no tengo por qué avergonzarme de eso. Sobre todo, porque él disfruta provocándolo a propósito.

Está claro que el tiempo lejos del rodeo no le ha hecho perder su espíritu competitivo.

—Quédate ahí. —Storm se aparta de entre mis muslos mientras habla con su tono habitual. Como si yo pudiera hacer cualquier otra cosa. Estoy convencida de que debe de parecerle muy gracioso reducirme a un charco sin huesos.

El colchón se hunde bajo mi cuerpo cuando recoloca su enorme figura a mi espalda. Rodeándome con el cuerpo, me pasa el vibrador —ya ajustado en la intensidad que sabe que prefiero— y deposita un beso suave en el lateral de mi cuello.

—¿Quieres que te la meta en ese dulce culo mientras todavía tengo el sabor de tu coño en la boca?

De alguna manera consigo asentir.

—Solo tienes que hacer lo que te diga, ¿de acuerdo? Confía en mí; sé lo que necesita tu cuerpo.

Dios, cuánto lo quiero. Nunca me presiona y, aun así, siempre consigue guiarme hacia nuevas formas de placer. Creo que murmuro algo sobre cuánto lo he echado de menos, cuánto lo necesito y cómo puede hacer conmigo lo que quiera.

—Frótalo por todo el clítoris. Círculos lentos alrededor de ese botón hasta que te corras. —Por supuesto, ya lo estaba haciendo antes incluso de que terminara la frase, y eso le arranca una risa grave.

Me pierdo en la manera en que las vibraciones recorren todo mi cuerpo. Él echa lubricante sobre mi culo y el contraste frío me hace estremecerme; enseguida vuelve a acariciarme igual que antes.

Es demasiado bueno, demasiado adictivo, y, casi sin darme cuenta, a los pocos minutos estoy empujando hacia atrás contra su mano.

—Cariño, necesito más —me quejo. Todo en este momento es perfecto y, aquí y ahora, quiero que vaya más rápido, aunque una pequeña parte de mi cerebro entiende por qué no lo hace.

—Shhh. Solo respira. Quédate bien relajada. —Mientras frota y presiona contra mi entrada, siento cómo mi cuerpo termina cediendo y le permite introducir un dedo.

Mientras me prepara poco a poco, esas ondas de placer siguen extendiéndose en todas direcciones. No voy a aguantar mucho más antes de que el siguiente orgasmo me arrase por completo.

Cuando la estimulación en el clítoris me lleva al límite, Storm sigue elogiándome y susurrándome todas las obscenidades que sabe que quiero oír. Vuelvo un poco en mí y noto más presión, más estiramiento: ha metido otro dedo.

—Joder, lo estás haciendo de maravilla. Mírate, cada parte de ti encaja perfectamente alrededor de mi tinta.

Aprieto la frente contra las sábanas mientras un gemido profundo se me escapa de los labios.

—¿Quieres que la próxima vez grabe un vídeo para que veas lo bien que te entra?

Él ya sabe que esos sonidos ahogados que emito significan que sí.

«Sí. Por favor. Más. Eres el dueño de mi alma para siempre».

—Métete el juguete en el coño. Todo lo que puedas. —Su voz está espesa de excitación y, mientras hago exactamente lo que me pide, noto cómo retira los dedos con suavidad antes de que más lubricante cubra mi entrada.

Entonces siento cómo la punta de su polla ocupa el lugar de su mano, presionando lentamente hacia delante.

Solo veo destellos detrás de los párpados y noto un leve escozor mientras sigo entregándome a la lenta y cuidadosa adoración de mi cuerpo. Cuanto más avanza dentro de mí, más me pierdo en sus palabras. Ese tono profundo y aterciopelado fluye sobre mi piel y se asegura de que siga con él, aunque en realidad esté flotando entre ola y ola de un deseo que amenaza con arrastrarme por completo en cualquier momento.

—Respira, cariño… Así, muy bien. Sigue respirando; iremos poco a poco. —A ambos se nos escapa un gemido cuando consigue entrar un poco más—. Joder, no puede ser que estés tan apretada. Relájate

y deja que el juguete cuide de tu coño mientras yo lleno este dulce culo como sé que deseas.

Storm guía mi cuerpo con precisión y cuidado; estoy sollozando de placer mientras sigue avanzando lentamente, abriéndose paso dentro de mí hasta que ya no puedo pensar en nada más.

Las vibraciones que recorren mi coño deben de estar volviéndolo loco a él también, porque cada gruñido suena más ronco y sus manos se aferran con más fuerza a mis caderas mientras los dos nos abandonamos por completo al momento.

—Joder. Joder. Esto es demasiado bueno… Tu culo me aprieta tanto que va a acabar conmigo. Fóllate ese juguete más rápido. Necesito que te corras porque no voy a aguantar este placer. No tienes ni idea de lo increíble que es esto. —Las palabras le salen entre dientes apretados mientras mis gemidos brotan rápidos y entrecortados.

Caigo de cabeza en un orgasmo que se extiende por cada célula y cada músculo de mi cuerpo, dejándome temblando entre sus brazos mientras me envuelve contra él y pega mi espalda a su pecho.

Ya no existe nada aparte del placer, el deseo y todo el amor que hay entre nosotros mientras lo siento palpitar e hincharse; su erección termina de enterrarse dentro de mí mientras se corre y deja escapar un gemido salvaje junto a mi oído.

Solo somos corazones desbocados, respiraciones agitadas y piel resbaladiza por el sudor cuando el peso de nuestros cuerpos nos arrastra hacia delante sobre la cama. Apenas soy consciente de cómo me ayuda a sacar el vibrador y apagarlo antes de recorrerme entera con sus manos ardientes, amasando mi piel y murmurando cuánto me quiere.

Tumbados así, unidos de esa manera, todo resulta increíblemente íntimo; cuando me inclina el rostro hacia él y junta su boca con la mía, puedo sentir cada una de esas palabras mientras me besa lenta y profundamente.

Acuden a mí fragmentos de todos nuestros momentos robados, de cuando se suponía que entre nosotros no podía haber nada, como aquella noche junto a su camioneta en la que me besó por primera vez. Todo me envuelve y me sostiene con una dulzura inmensa.

Este hombre, nuestra vida juntos, es mucho más de lo que me hubiera atrevido a imaginar.

Estoy lista para pasar la eternidad aprendiendo cómo es sentir un amor tan grande.

AGRADECIMIENTOS

Crimson Ridge me robó el corazón y ha cambiado por completo mi vida como autora. Estoy muy agradecida a cada lector que decidió apostar por mis vaqueros, sus protagonistas femeninas y estas historias de amor prohibido ambientadas entre montañas.

A mi maravilloso Mr. Rose, que me apoya incluso cuando desaparezco para perderme entre palabras: te quiero con todo mi corazón.

Lazz, eres mi heroína, mi confidente, mi lectora alfa, la reina del apoyo emocional… El universo de Elliott Rose no funcionaría sin tu magia. Te quiero muchísimo.

Brandi, Sam, Colby, Lib y Lemmy me han regalado el espacio necesario para concentrarme en dar vida a este libro. Estoy inmensamente agradecida por todo lo que hacéis entre bambalinas.

Sandra, tu talento para crear algo PERFECTO en cada portada no deja de asombrarme. No puedo dejar de suspirar por nuestros vaqueros.

Heather, siempre estaré agradecida por tu entusiasmo, tus comentarios y el cariño que les tienes a estos mundos y personajes. GRACIAS.

Amy, gracias por traer tantas risas al proceso de escritura de este libro (y por animarme a no contenerme con Storm y dejar que fuese el vaquero pervertido al que todas queremos entregarnos).

A mis increíbles seguidores de Patreon: gracias por apostar por una autora independiente y pasar un ratito cada mes en mi mundo. No tenéis ni idea de lo importante que es eso para mí. ¡Os quiero muchísimo a todos! Leer vuestras reacciones a los contenidos exclusivos (¡y al arte!) cada mes es el combustible que me impulsa a seguir escribiendo.

Por supuesto, dar vida a un libro como este requiere un gran equipo detrás. A mis lectoras alfa, beta y tempranas: sois pura magia. Gracias por querer tanto a estos dos personajes. Gracias por acompañarme en todas mis travesuras, en el caos de los capítulos sueltos y en mis interminables preguntas.

Street Team, sois TODO. A mi equipo de ARCs, os deseo todos los vaqueros gruñones y malhablados del mundo. Y a todos los que habéis hablado de este libro, lo habéis promocionado o habéis insistido a algún amigo para que lo lea: sois maravillosos.

A cada persona que ha ayudado a promocionar alguno de mis libros: os adoro y todavía me cuesta creer la creatividad y el entusiasmo que despertáis por un personaje o una historia de Elliott Rose.

De todo corazón, y de parte del tío Storm y Briar…, os mandamos todo nuestro amor.

Besos y abrazos.

Índice

Introducción
Playlist
Capítulo 1. Storm
Capítulo 2. Briar
Capítulo 3. Briar
Capítulo 4. Storm
Capítulo 5. Briar
Capítulo 6. Briar
Capítulo 7. Storm
Capítulo 8. Briar
Capítulo 9. Storm
Capítulo 10. Briar
Capítulo 11. Storm
Capítulo 12. Briar
Capítulo 13. Briar
Capítulo 14. Storm
Capítulo 15. Briar
Capítulo 16. Storm

Capítulo 17. Briar
Capítulo 18. Briar
Capítulo 19. Storm
Capítulo 20. Briar
Capítulo 21. Storm
Capítulo 22. Briar
Capítulo 23. Storm
Capítulo 24. Briar
Capítulo 25. Storm
Capítulo 26. Briar
Capítulo 27. Briar
Capítulo 28. Briar
Capítulo 29. Storm
Capítulo 30. Briar
Capítulo 31. Briar
Capítulo 32. Storm
Capítulo 33. Briar
Capítulo 34. Briar
Capítulo 35. Storm
Capítulo 36. Briar
Capítulo 37. Briar
Capítulo 38. Storm
Capítulo 39. Briar
Capítulo 40. Storm
Capítulo 41. Briar
Capítulo 42. Briar
Capítulo 43. Storm
Capítulo 44. Storm

Epílogo. Briar
Agradecimientos

Título original: *Braving the Storm*
Traducción del inglés: Leila Gamba
Diseño de cubierta: Maldo Designs
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: septiembre de 2026

© 2024, Elliott Rose
© 2026, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Publicado originalmente por Cosmic Imprint Publishing.

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ISBN: 979-13-88287-16-9

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Elliott Rose
Portada
Dedicatoria
Introducción
Playlist
Capítulo 1. Storm
Capítulo 2. Briar
Capítulo 3. Briar
Capítulo 4. Storm
Capítulo 5. Briar
Capítulo 6. Briar
Capítulo 7. Storm
Capítulo 8. Briar
Capítulo 9. Storm
Capítulo 10. Briar
Capítulo 11. Storm
Capítulo 12. Briar
Capítulo 13. Briar
Capítulo 14. Storm
Capítulo 15. Briar
Capítulo 16. Storm
Capítulo 17. Briar
Capítulo 18. Briar
Capítulo 19. Storm

Capítulo 20. Briar
Capítulo 21. Storm
Capítulo 22. Briar
Capítulo 23. Storm
Capítulo 24. Briar
Capítulo 25. Storm
Capítulo 26. Briar
Capítulo 27. Briar
Capítulo 28. Briar
Capítulo 29. Storm
Capítulo 30. Briar
Capítulo 31. Briar
Capítulo 32. Storm
Capítulo 33. Briar
Capítulo 34. Briar
Capítulo 35. Storm
Capítulo 36. Briar
Capítulo 37. Briar
Capítulo 38. Storm
Capítulo 39. Briar
Capítulo 40. Storm
Capítulo 41. Briar
Capítulo 42. Briar
Capítulo 43. Storm
Capítulo 44. Storm
Epílogo. Briar
Agradecimientos
Índice
Créditos